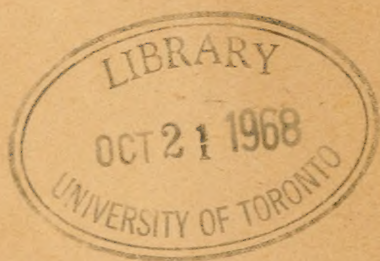

3 1761 07990391 0

Este libro cuya traducción al inglés se realiza en circunstancias de su aparición, será editado en breve en Estados Unidos de Norte América, bajo el título de "The Far West Argentine". :: :: :: ::


LIBRARY
OCT 21 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

CAPITULO I

La conquista del desierto. — Un vaticinio augural. — La expedición armada a la Pampa como acontecimiento militar y político. — Una campaña guerrera con economía de sangre y de recursos. — La guerra al indio fué una guerra virtual a Chile. — El origen araucano de las tribus. — "Chile gobierna a los indios"... — El parlamento salvaje de Poytahué. — La opinión de estadistas y legisladores chilenos. — Los robos de hacienda. — Indios ladrones y pulperos desalmados. — Anécdota ocasional. — La Pampa "de Dios sólo conocida"... — Preliminares de la ocupación civilizadora del desierto. — El Capitán D. Francisco de Viedma y su expedición al Colorado. — Un recuerdo del naturalista Azara y del capitán Castelú. — La campaña de Rozas. — El plan de Alsina con el foso artificial y los fortines. — Roca, en el ministerio de la guerra. — Su plan militar sobre las fronteras del sur y de la cordillera. — Los primeros éxitos de la empresa militar. — En plena campaña. — El parte general de la cruzada. — El país conquistado. — La Pampa de hoy. — Hacia los grandes destinos.

La primera impresión del territorio pampeano, renueva en el viajero una gloriosa remembranza: la conquista del desierto por las armas de la nación.

«Cuando la ola humana invada estos desolados campos que ayer eran el escenario de correrías destructoras y sanguinarias, para convertirlas en emporios de riqueza y en pueblos florecientes, en que millones de hombres puedan vivir ricos y felices, — decía a sus solda-

dos el general Roca en la orden del día, en Carhué el 26 de abril de 1879 — recién entonces se estimará en su verdadero valor el mérito de vuestros esfuerzos. Extinguiéndose estos nidos de piratas terrestres y tomando posesión real de la vasta región que los abriga, habéis abierto y dilatado los horizontes de la patria hacia las comarcas del sur, trazando, para decirlo así, con vuestras bayonetas, un radio inmenso para el desenvolvimiento y grandeza futuras.»

Y en verdad, el vaticinio del ilustre jefe se ha cumplido. La ola humana se ha diseminado por la rica campiña. La tierra salvaje, se rinde como una madre próvida al tajo del arado. Se inmoviliza el médano bajo el manto de las mielgas forrajeras. Florecen los trigos y florecen los pueblos como una inmensa constelación. Y mientras los ferrocarriles se bifurcan en todas direcciones sobre la campaña infinita y ondulada, se tonaliza el predio rústico con el verde intenso de los alfalfares, se extienden nuevas sementeras sobre el desmonte de los caldenes, y la colonización sistemada se rinde a Ceres, estira el alambrado civilizador en el latifundio inviolado y se arraiga al amor del clima y bajo la certeza augural del porvenir.

La expedición al desierto tiene para el país una significación trascendental: como acontecimiento militar interno, importa la campaña más fructífera de cuantas han podido realizarse después de la consolidación de la independencia nacional. Con economía de sangre y de recursos, se logró para la civilización el patrimonio de 20.000 leguas entregadas al arbitrio de las tribus indómitas. Como acontecimiento político, llegó aún más le-

jos la brillante cruzada: se cortó a Chile el recurso ilegal y cuantioso de la rapiña indígena. Según cálculos «grosso modo», excedía de 200.000 el número de cabezas de ganado vacuno y caballar que pasaba los boquetes de la cordillera en arrias indígenas apañadas por deshonestos acopiadores e industriales de ultracordillera. Este predominio, tradicional en el desierto, sobre el pueblo indígena extendido desde los campos de Buenos Aires hasta los Andes y desde las fronteras de Córdoba, Mendoza y San Luis hasta la Patagonia, tenía su explicación natural en el origen araucano de las tribus. La corriente salvaje se inclinaba al Pacífico donde la impunidad del robo se hacía fuerte al amparo de la tolerancia política. Cierto es que la opinión sensata del país vecino, repudió con energía el procedimiento y más de una vez se alzó la voz enérgica de los legisladores protestando de aquel comercio subrepticio que era un atentado contra la civilización y la amistad internacional. Pero es cierto también que durante largas décadas, el ganado de nuestras pampas y la sal de nuestras lagunas, adquiridos malamente, constituyeron la industria del tasajo con que Chile dominó el mercado pacífico desde Antofagasta al Ecuador.

El famoso cacique Juan Agustín, de la tribu de Las Barrancas, que tanto daño causó en Mendoza con sus cuatrerías y sus malones sangrientos, tenía en Chile concepto de honestísimo propietario y las prerrogativas de juez y subdelegado en las poblaciones indocriollas. El cacique Caepé, del Neuquen, de crueldad proverbial, afianzaba su impunidad en un parentesco empingorrotado por parte de su mujer; y el cacique Aillal,

regentaba sin control y en pleno territorio argentino, un establecimiento del general Bulnes, vale decir que tenía vara alta en el tránsito libre de las cordilleras. Cita Olascoaga, — nuestro más veraz historiador del desierto, — que el coronel Bulnes, pariente del general del mismo nombre, y que vivió muchos años en la frontera de Araujo, vino en diversas ocasiones al territorio del Neuquen, cultivando relaciones con los primeros jefes indios. De una de estas entrevistas que siempre fueron de carácter comercial, nació el propósito de sublevar las tribus ranqueles que poblaban la Pampa y mantenían tratados de paz con el gobierno nacional. Los caciques Rouan, Cheuquel y Udelman, engolosinados por las promesas del jefe chileno, desprendieron sus emisarios a Baigorrita, Epumer y Cayupan, incitándolos a la rebeldía y a la invasión. «Chile gobierna a los indios» — era la voz de orden. Allí estaba la génesis de la raza que idealizó Ercilla en la soberbia indómita de Caupolicán. Las tribus de la Pampa no eran más que las ramas de aquel tronco que había afianzado sus raíces en las costas del mar, desde Santiago al archipiélago del sur. Esta premisa que tenía todos los contornos de una política subterránea, capaz de influir en el diferendo territorial que nos tenía al borde de la guerra, trajo como consecuencia, el parlamento salvaje de Poytahué entre los ranquelinos y la embajada de Meliqueo que tenía la plenipotencia de sus amigos del Neuquen, para formalizar un plan subversivo contra las autoridades argentinas, llevando una invasión conjunta a las indefensas poblaciones del interior. Este plan maquiavélico, tramado a fines del 77, era conocido en

Buenos Aires seis meses después. Fué entonces cuando la prensa porteña tocó a rebato. El diario «El Siglo», en el mes de julio de 1878, ajustaba en su verdadero concepto la ominosa tentativa: «Una nación civilizada y cristiana, — decía — cualesquiera que fuera su propósito hostil y reprochable, no podría descender sin deshonrarse, a incitar los elementos bárbaros contra la civilización... Se refiere a un oficial del ejército de Chile y es necesario que se procure establecer la verdad del hecho para deducir consideraciones más serias y precavidas debidamente.»

Acontecimientos de tal trascendencia tenían que traer consecuentemente una campaña formal sobre el desierto. Era menester hacer la guerra al indio que era la guerra a Chile. Había que quebrar, con las armas de la nación, el bandalaje desalmado puesto al servicio de aquella rivalidad internacional que podía ser nefasta para nuestra integridad. La milicia chilena, puesta en tensión, con las perspectivas de la guerra al Perú y Bolivia, tentaba por medio de nuestros indios, de avocarnos al problema de la lucha interior, temerosa tal vez, de que pudiéramos tomar una participación decidida en la contienda. Mientras tanto, — cabe a nuestra hidalguía reconocerlo — no faltaron estadistas prudentes y sabios legisladores que se opusieron abiertamente a este juego peligroso sobre la base, no siempre leal, de las lanzas nómades que bien pudieran esgrimirse contra Chile si al gobierno argentino se le hubiese ocurrido conquistarlas con el halago de la tolerancia y de la protección...

Es de suponer que graves exigencias de política in-

terna, obligaron al gobierno chileno a mantenerse reacio a nuestras reclamaciones. Sólo así se explica el vacío que rodeo las quejas de nuestro representante Miguel Goyena cuando exigía control y castigo para el infamante comercio de ganado, producto del más descarado latrocinio. Para contraste del proceder de la Moneda aquel mismo año, — 1876 — el Canadá, con motivo de haberse internado en su territorio las mesnadas de Sitting Bull, producía en su protocolo oficial la siguiente declaración: «Conforme a todos los principios de la ley internacional, cada gobierno está obligado a proteger el territorio del Estado vecino y amigo contra actos de hostilidades de parte de refugiados que escapando a la persecución, cruzan las fronteras.»

Sea como fuere, la actitud insólita del gobierno chileno, mató las más bellas iniciativas de hombres de ponderación. Ya en 1870, el señor Puelma, desde su banca legislativa por San Carlos, sosteniendo la imperiosa necesidad de adoptar un sistema civilizador sobre el pueblo araucano, había dicho bien alto en sesión del 18 de agosto:

—Analicemos lo que sucede. En cuanto al comercio, vemos que el de animales, que es el que más se hace con los araucanos, proviene siempre de animales robados en la República Argentina. Es sabido que últimamente se han robado allí 40.000 animales, más o menos. Y nosotros, sabiendo que son robados, los compramos sin escrúpulo ninguno. Y luego decimos que los ladrones son sólo los indios...

Esta valiente afirmación, que era toda una apotegma, cayó en el vacío. No queremos, sin embargo, en es-

ta suscinta relación de los acontecimientos que ocasionaron la campaña civilizadora, dejar de mano las propias lacras, desarrolladas como enfermedad endémica intracordillera y hasta en las propias puertas de Buenos Aires, en campo sometido por el fortín y hasta por el riel. Siempre el abigeato encontró pie en el comercio inmoral de los acopiadores. La pulpería pampeana, lugar de regocijo y de pelea, no siempre contribuyó al estímulo civilizador de las armas que abrieron paso a la inmigración y a la colonia. La vida de fronteras tiene a menudo episodios que desdicen con el noble propósito de la civilización. No recordamos si Alvaro Barros o qué cronista de la gran expedición, narra el caso de un pulpero inmoral protector de montesinos y carneadores de ajeno, castigado en su propio delito.

—Traime todos los cueros que te vengan a mano — reclamaba a un paisano ladino, un negociante crapuloso de la campaña de Olavarría.—

—¿Voltiaré alzaos, nomás?... Porque los ajenos...

—De todo, che. Hay que hacer plata. Y vos que andás con pandiya noche a noche, podés hacer una buena rejunta. Yo compro de todo... Voltiá, nomás. Ya sabés qu'el jujao está a mi cargo...

Emprendió la tarea el gaucho. Por muchas mañanas, entre dos luces, se apareció en la casa del pulpero, trayendo una buena cosecha de cuerambre. El pulpero pagaba poco, pero pagaba. Los paisanos eran diestros para cuerear a campo; y el producto de la correría fué copioso en un par de semanas.

Pasó por fin la partida a las estacas. Se tendieron las pieles en una enorme superficie. Y cuando el viento

del sur barrió el secadero, se patentizaron las marcas sobre los cueros de vacuno y caballar. ¡Eran del propio herraje del pulpero, era su misma hacienda la que había hecho sacrificar por ambición del lucro inmoral y desmedido!

—¡Ah canaya! — le dijo al gaucho cuando se acercó con la última remesa. — ¡Vas a pagar caro, ladrón!...

—¡No s'enoje patroncito!... Usté me dijo que carniara ¿y de'ai?... Yo creí que fueran de los suyos... ¡Natural! Porque yo no nací para ladrón ¿sabe?... Y vaya pagando esta última partidita porque tengo que dar cuenta a los muchachos que m'esperan afuera... ¡Que ni pa los vicios con sus cuatro riales locos que aflueja!...

Tuvo también su alcance moralizador la partida militar sobre este desquicio social de la campaña. El ejército argentino llevó la seguridad territorial, la paz indígena y la depuración. Se vió claro, además, aquel misterio de la Pampa que a los ojos de Buenos Aires era el dragón terrorífico puesto en guardia para velar los pasos de la Cordillera. Nuestra pampa, la de Echeverría, reclamada por las musas y por Minerva, terminaba en Mercedes y en Areco. La llanura dilatada, «inmenso piélago verde», se perdía con el ombú junto a los ríos dóciles y claros de la provincia. La otra Pampa, la ondulante, la eterna Pampa, la

«de Dios sólo conocida,
que El sólo pudo sondar»,

la del calden milenario, la de las dunas caprichosas, la del silvestre alfilerillo, la de las lagunas, la de los bosques, tenía que romper el velo de la leyenda y abrir su misterio a la civilización. Nos imaginamos la sorpresa que causaría en los austeros padres de la patria el alegato de Avellaneda, robusteciendo, en su mensaje al congreso, del 14 de agosto de 1878, la petición de acuerdo para arbitrar los recursos reclamados por la campaña civilizadora. «El ministro actual de la guerra, — decía el ilustre presidente, — ha recorrido personalmente estos lugares y puede asegurarse que son inmejorables para la ganadería y aún para la colonización. Abundan pastos de varias clases; el agua dulce y clara se encuentra en grandes lagunas, al pie de los médanos de arena; y donde no se la ve en la superficie, se oculta tan de cerca, que basta levantar algunas paladas de arena para que surja en abundancia del seno de la tierra.»

Y sin embargo, la idea de la ocupación civilizadora hasta Río Negro para fijar una frontera natural a la nación aborigen, databa de un siglo atrás. Durante el virreinato del marqués de Loreto, el capitán D. Francisco de Viedma, llevó una expedición parcial hasta los valles del Colorado y más allá. Esta primer tentativa en tierra salvaje originó un precioso informe en donde el intrépido explorador puso de relieve la importancia estratégica del Río Negro, como línea militar defensiva. Tiempo después, el naturalista D. Félix de Azara, — 1796 — aconsejaba la necesidad de ocupar Río Negro, «como el único medio de asegurar la tranquilidad y posesión de las pampas», compartiendo de igual opinión,

el capitán D. Sebastián Undiano y Castelú, jefe de guarnición en Mendoza y hábil conocedor de la extendida región de los mapuches. Pero ningún gobierno mueve la iniciativa. Pasa la vorágine de la revolución. Pasa la lucha gloriosa. Se afianza la emancipación americana. Se inician los primeros tanteos del gobierno libre. Y recién, cuando Rozas asume el primer mandato popular, recién se echa de ver la necesidad de poner los ojos en el desierto. La campaña de Rozas fué el primer triunfo. Y hubiera bastado este título de «héroe del desierto» para asegurar a su nombre la gratitud nacional, si la hazaña gloriosa no hubiera cimentado el abismo de la dictadura. Cincuenta años más tarde, el general Roca, en plena juventud, preparaba, sobre las propias bases, la presidencia de la República. ¡Grande debió ser la obra como grande fué el premio!

Y en verdad, difícil hubiera sido concebir y ejecutar un plan más estratégico, más político, más sobrio, más definitivo. Los Estados Unidos, con más recursos que nosotros, no solucionaron con mayor lucidez y economía su problema autóctono sobre las tribus del oeste. Y esto que sus salvajes no contaron con la protección vecina como los nuestros. El plan de Alsina, de ir ganando paulatinamente el dominio de la Pampa, con el foso artificial y la línea de fortines, tenía su indiscutible y acertada orientación; pero era largo y dispendioso. Tres años gastaron nuestras tropas en abrir aquella zanja que ha borrado el tiempo. Pero fué un envión noble en el sentido de la incorporación territorial pacífica. Después de este iniciador, la empresa armada debía caber a Roca. Ya la ley que autorizaba el avance y

la posesión real del desierto, dormía un encarpetamiento de diez años, — 1867 — y posiblemente a Mitre le hubiera tocado en suerte esta campaña, para mayor lustre de su nombre, si la guerra con el Paraguay no se prolonga con el incruento sacrificio de cuatro naciones.

No bien se inicia Roca en el ministerio de la guerra, dedica toda su atención a las fronteras del sur, de las cordilleras y del Chaco. Su plan, conocido ya por sus comunicaciones epistolares con Alsina, tiende a concentrar un movimiento simultáneo con fuerzas destacadas convenientemente a flor del extenso perímetro y que deben operar de norte a sur y de este a oeste, estrechando cada vez más al pueblo indígena hasta llevarlo al otro lado del caudaloso Río Negro. Como prolegómenos de este plan, los diversos cuerpos del ejército comienzan a ejercitar su acción en las distintas zonas del imperio bárbaro. Se suceden los primeros encuentros, felices siempre para las armas de la nación. Estos preliminares abarcan el espacio de tiempo comprendido de julio del 78 a mayo del 79. Buenos Aires, descreído hasta entonces de estas incursiones al país de los indios, ve regresar a sus soldados trayendo infinidad de prisioneros, que la previsión oficial destinaba a la marina y a las colonias agrícolas de Santa Fe, Entre Ríos, Córdoba y Corrientes, a emporios industriales y establecimientos de educación. Y recién entonces se comienza a creer en la eficacia de la gran empresa militar.

Puesto en juego el plan general de la campaña, las diversas divisiones del ejército debían de operar en la siguiente forma: Levalle se iniciaría por Traru-Lau-

quen hasta Toay o Naico y se correría hasta Lihuel Calel; Racedo, desde Villa Mercedes de San Luis, haría una descubierta en toda la comarca ranquelina; destacaría su jefe de vanguardia hacia Chadi-Leuvu y trataría de ponerse en comunicación con las fuerzas que salieran de Trenque Lauquen y que alcanzaría en Toay; Napoleón Uriburu, destacado en el fuerte General San Martín (Mendoza), emprendería su marcha en dirección al Neuquen, limpiando de indios las pampas mendocinas y los valles intracordilleranos; Hilario Lagos, saldría de Carhué, camino de Llanquil-co hasta Toay o Malal; el comandante Enrique Godoy, recorrería de Guaminí a Naicó. Centro de concentración general de todo este movimiento sería Choele Choel, a las órdenes inmediatas del propio ministro de la guerra, general Roca.

La campaña se llevó punto por punto con una precisión admirable. Comenzó el desbande de las tribus. Pincen, Epumer, los Catriel, Baigorrita, Mariano Rozas, Namuncurá, y cien capitanes más, desorientados ante este avence sistemado y uniforme sobre sus dominios, o caen prisioneros, o se someten, o huyen hacia el sur a recaudo del avance arrollador. La nación ranquelina, extendida en setecientas leguas sobre la Pampa, en medio de espesos bosques y grandes praderas, tiembla ante esta irrupción civilizadora, se defiende al principio con recursos infructuosos de montonera; pero desprevenida y desorganizada para la lucha, cae, se rinde o huye. Lo propio ocurre con las demás tribus, enseñoreadas hasta entonces del desierto. No hay derramamiento de sangre en nuestras tropas. Y ese es, pre-

cisamente, el mayor de los triunfos del punto de vista militar. Las travesías, sin embargo, son penosas. Aquella naturaleza montaraz supo tener sus dolorosas sorpresas para nuestros soldados, desconocedores del amplio e ignorado país. A veces la sed; el hambre a veces. La engañadora laguna, daba salitre en vez de agua cristalina; el campo de totoras ocultaba el temible tembladeral. ¿Y la falta de forraje para las bestias? ¿Y la arena cruel de los médanos? ¿Y los vientos? ¿Y el despiadado temporal?...

—Si no te hallas en actitud con estos medios, de dar debido cumplimiento a lo que se te va a encomendar y crees que se te sacrifica, — le decía el general Roca a uno de sus jefes, quejoso por la escasez de elementos con que debía de iniciar su marcha, — dilo con tiempo, que yo no quiero forzarte a marchar contra tu voluntad. Debo prevenirte, que ni Uriburu, ni Racedo, ni el comandante Roca, ni Levalle, ni García, llevan carros ni carruajes. El único que lleva esas cosas soy yo y no sé si tendré que tirarlas en el camino...

Meses después el ilustre jefe podía asegurar con entera confianza en la eficacia de la magna obra:

«Los indios se han visto asediados, confundidos y oprimidos en todas partes y en todas direcciones. No ha quedado un sólo lugar del desierto donde pueda crearse una nueva acechanza contra la seguridad de los pueblos que tocan con sus pertenencias en la Pampa ni de las personas e intereses que vengan en lo futuro a radicarse en estas vírgenes y generosas tierras que por sus cualidades naturales de producción y de clima revelan hoy claramente la razón de ser del arraigo secu-

el capitán D. Sebastián Undiano y Castelú, jefe de guarnición en Mendoza y hábil conocedor de la extendida región de los mapuches. Pero ningún gobierno mueve la iniciativa. Pasa la vorágine de la revolución. Pasa la lucha gloriosa. Se afianza la emancipación americana. Se inician los primeros tanteos del gobierno libre. Y recién, cuando Rozas asume el primer mandato popular, recién se echa de ver la necesidad de poner los ojos en el desierto. La campaña de Rozas fué el primer triunfo. Y hubiera bastado este título de «héroe del desierto» para asegurar a su nombre la gratitud nacional, si la hazaña gloriosa no hubiera cimentado el abismo de la dictadura. Cincuenta años más tarde, el general Roca, en plena juventud, preparaba, sobre las propias bases, la presidencia de la República. ¡Grande debió ser la obra como grande fué el premio!

Y en verdad, difícil hubiera sido concebir y ejecutar un plan más estratégico, más político, más sobrio, más definitivo. Los Estados Unidos, con más recursos que nosotros, no solucionaron con mayor lucidez y economía su problema autóctono sobre las tribus del oeste. Y esto que sus salvajes no contaron con la protección vecina como los nuestros. El plan de Alsina, de ir ganando paulatinamente el dominio de la Pampa, con el foso artificial y la línea de fortines, tenía su indiscutible y acertada orientación; pero era largo y dispendioso. Tres años gastaron nuestras tropas en abrir aquella zanja que ha borrado el tiempo. Pero fué un envión noble en el sentido de la incorporación territorial pacífica. Después de este iniciador, la empresa armada debía caber a Roca. Ya la ley que autorizaba el avance y

la posesión real del desierto, dormía un encarpetamiento de diez años, — 1867 — y posiblemente a Mitre le hubiera tocado en suerte esta campaña, para mayor lustre de su nombre, si la guerra con el Paraguay no se prolonga con el incruento sacrificio de cuatro naciones.

No bien se inicia Roca en el ministerio de la guerra, dedica toda su atención a las fronteras del sur, de las cordilleras y del Chaco. Su plan, conocido ya por sus comunicaciones epistolares con Alsina, tiende a concentrar un movimiento simultáneo con fuerzas destacadas convenientemente a flor del extenso perímetro y que deben operar de norte a sur y de este a oeste, estrechando cada vez más al pueblo indígena hasta llevarlo al otro lado del caudaloso Río Negro. Como prolegómenos de este plan, los diversos cuerpos del ejército comienzan a ejercitar su acción en las distintas zonas del imperio bárbaro. Se suceden los primeros encuentros, felices siempre para las armas de la nación. Estos preliminares abarcan el espacio de tiempo comprendido de julio del 78 a mayo del 79. Buenos Aires, descreído hasta entonces de estas incursiones al país de los indios, ve regresar a sus soldados trayendo infinidad de prisioneros, que la previsión oficial destinaba a la marina y a las colonias agrícolas de Santa Fe, Entre Ríos, Córdoba y Corrientes, a emporios industriales y establecimientos de educación. Y recién entonces se comienza a creer en la eficacia de la gran empresa militar.

Puesto en juego el plan general de la campaña, las diversas divisiones del ejército debían de operar en la siguiente forma: Levalle se iniciaría por Traru-Lau-

ley; se abría la Pampa como un tesoro invalorado al empuje civilizador. Sobre las huellas frescas de nuestra caballería, se plantaba la colonia. Eclosionaron los pueblos. El tren, detenido en el Azul, avanzó campo afuera mientras nuevas ferrovías pobladoras debían llegar al corazón del país de los caldenes, llevando el éxodo emigrador. Cuarenta años después de aquella gran cruzada, capaz de consagrar por sí sola la figura del héroe, el viajero de hoy mira desde el tren la campiña florida. Se renueva el paisaje con la loma tamizada de verdura, la arboleda de sauces, de eucalitos y de aromos, el chalet elegante, el camino decidor y geométrico, linde y motor de la propiedad subdividida y cultivada. Un hálito de vida nueva invade el solar infinito. Y todo se transforma. ¡Hasta los vientos! Cae el bosque hirsuto bajo el hacha del leñador. Mueren los pastos punas al cruce del arado y se alegran los oteros con las gramillas y el aromado trebolar. ¡Y qué transformación! Ya no se queja en los senderos el chirrión de dos ruedas que conducía a nuestros bravos oficiales del ejército a su destartalada estación telegráfica en donde, por estrechez, se fumaban hasta los libros. El salto ha sido brusco, fundamental, imprevisto, vertiginoso. De la carreta, al automóvil; de la vaca cueruda y flaca, a los más nobles ejemplares de alta mestización; del trigo salvaje, cultivado a la buena de Dios, al trigo campeón consagrado en el más significativo de nuestros certámenes con el nombre bautismal de «trigo argentino»; del lanar pampa, al lincoln, a la cruza fina, desideratum en textil, en carne y en sabor. Quiere decir que sobre

la redención territorial, vino de golpe y porrazo la savia nueva. La Pampa es el único de nuestros territorios del que puede decirse que no ha tenido adolescencia. Y de este espécimen de colonización es posible que no pueda jactarse ninguna nación de la tierra. No sólo no hay indios. ¡No hay gauchos! Es de Europa el entrevero que ha venido a plasmar esta generación uniforme, inteligente y definitiva. El misterio ha quedado a la espalda en el devocionario de la tradición. Los descendientes de los indios son hoy inteligentes colonos y criadores técnicos. De esta raza bravía que dominó el desierto — ¡suyo era al fin! — no es difícil encontrar hoy retoños de significación en el ganadero acomodado, en el industrial y hasta en la maestra de escuela.

Queda, sin embargo, un rastro de aquel pueblo salvaje y varonil: la nomenclatura de su dominio accidentado. ¡Y bien! conservémosla, siquiera sea por el recuerdo, por la misma étnica tan ajustada al concepto geográfico que consagró el valor de su lingüística, por la propia noción del sacrificio que costó al ejército y a la tutela nacional. Cuando este gran campo de actividad humana se consolide de firme; cuando las colonias sean pueblos y los pueblos ciudades, la posteridad podrá entonces adjudicar el justo premio a los próceres de la noble expedición.

Ya se inicia el pago de la deuda, con modestia, pero con devoción. Santa Rosa ha levantado su pirámide. Ya Pico ha puesto en su plaza pública el busto de Alsina. Mientras la gratitud nacional unifica en una sola voluntad rememorativa el bronce que ha de retar a los

siglos, abramos nuestro corazón a este gran territorio destinado a ser una de las primeras provincias argentinas (1).

---

(1) La huelga ferroviaria del mes de setiembre, detuvo al autor de este libro en Trenque Lauquen, uno de los pueblos más simpáticos y progresistas del oeste, fundado a raíz de la campaña al desierto, por el general Villegas.

La gentil acogida que nos dispensara su vecindario durante nuestra estada, forzosa pero seducente, obligó nuestra tentativa de modesta retribución con la conferencia pública a beneficio de la Biblioteca Rivadavia. Las bases del capítulo precedente sirvieron de tema para nuestra disertación. Pero al especializarnos sobre la participación gloriosa que cupo en la cruzada a Trenque Lauquen, algo más dijimos en nuestro discurso, algo más dijimos que no queremos dejar en el olvido siquiera sea en honor de justicia y en recuerdo al vecindario que nos dispensara tan culta y cariñosa acogida.

"Los pueblos occidentales de la provincia, — dijimos, — rememoran la gloriosa remembranza, en el recuerdo de sus héroes y en la consagración del bronce inmortal. Cada municipio rinde culto propicio a esas figuras de la leyenda en la plaza pública y en la estatua, en la nominación de sus calles y en la institución educadora, contribuyendo con la rama de laurel que tejerá más tarde la gran corona de la gratitud nacional.

"Y bien, señores: Trenque Lauquen fué una de las primeras avanzadas en aquella memorable expedición. El viejo fortín, perdido en la inmensidad de los campos, como un reto bravío a las hordas indómitas, último vestigio de la civilización puesto en reto al bárbaro dominio, debía florecer más tarde en el brillante pueblo de hoy, que afianza en el trabajo la base de su cultura proverbial y su auspicioso porvenir.

"Fué aquí en Trenque Lauquen, conjuntamente con Guaminí, donde se organizó la quinta división del ejército en la campaña, frente por frente al más temerario de los caciques. Fué aquí donde se libraron tenaces encuentros con el salvaje ensoberbecido; donde nuestros bravos soldados aprendieron a derramar su sangre en aras del progreso institucional de la República; donde la figura legendaria del héroe, aquel Conrado Villegas, caballero de Roncesvalles, que simbolizará el tiempo bajo la envoltura de su poncho blanco, puso freno a la trágica epopeya del desierto, al doblar la cerviz del último de los Caupolicanes, el famoso Pincén."

CAPITULO II

De Bahía Blanca a Toay. — Un tren madrugador. — Lo que se habla en el restoran. — Lanas y trigales. — Un chacarero prudente. — El mentidero de las estaciones. — Al paso por Villa Iris. — Casas de colonos afincados y casas de locatarios. — Diferencias fundamentales. — Hay que abolir el techado de chapas de hierro. — Necesidad de propagar el «ru-ber-oid». — Por Jacinto Arauz y Villa Alba. — El primer paisaje genuinamente pampeano. — El tren leñatero. — Notas al pasar.

Por el tren de las seis de la mañana, vía General Acha, hemos realizado nuestro viaje hasta Toay, en donde la línea del Pacífico combina con el Oeste en amplia curva hacia Buenos Aires. No obstante frisar en septiembre, hace mucho frío. Los pasajeros, — pocos, — que vienen en el convoy, son en su mayoría agricultores que se van diseminando en los pueblos y estaciones del trayecto. Todo el mundo pasa al coche-comedor en tren de refacción mañanera. Bien arropado, con media cara escondida en la bufanda, establecemos en un rincón nuestro observatorio cerca del calorcito de la cocina. El sol se insinúa en el espacio anunciando un día primaveral. En las mesas próximas se han formado grupos de chacareros que hablan con calor de las perspectivas del año. No se necesita oir las conversaciones para penetrar en el franco optimismo de los circunstantes. Basta mirar la risueña esperanza de los campos...

A veces en una parada del tren llegan hasta nosotros diálogos interesantes:

—¿Esquiló, Apesteguia?

—Sí. Las ovejas que tengo en El Rincón. Es una puntita, nomás. Tenía compromiso de vender.

—¿Y a cómo?

—A 17.50. Poca cosa. Es fina pero es lana pesada y con semilla...

—¡No sea chambón! El otro día se ha pagado por fina terrosa y corta de Nueva Roma a 23...

—Es que la mía era un lotecito. Tenía que liquidar... Y como se empeñó mi consignatario...

En una mesa más retirada, un joven de marcada pronunciación francesa, se empeña en convencer a un chacarero de que no deben vivir en la eterna zozobra hasta el resultado final de las cosechas. Se diría que este Aristarco no ha pasado las amarguras del labriego cuando divisa la nube de voladora o recibe el anuncio de la helada con el barrido del viento sur, intemperante y glacial.

—Hasta cuando tienen los trigos en las planchadas están temblando ustedes, — dice el mozo. — Que si se quedaran con el stock, por falta de marchantes; que si se vendrán abajo los precios, por un juego de bolsa o por que no hay bodegas; que si se incendiarán... Y recién les viene el alma al cuerpo, cuando han pescado al comprador y tienen la platita en el bolsillo...

—¡Cómo se conoce que usted no ha sembrado nunca! — responde el chacarero. — La vida del agricultor está sujeta por un hilito a los caprichos del tiempo. Si estuviéramos más adelantados, si fuéramos más pre-

visores, es cierto que no nos iría tan mal. Con la chacra mixta, por ejemplo. Siembre usted variado, cultive su alfalfarcito y métale a la chacra unas vaquitas y unas ovejas. Pero si no sale del trigo, siempre va a tener que andar de la cuarta al pértigo, salvo que los años sean excepcionales...

—¿Y ahora de qué se quejan?

—¿Yo?... De nada. Hay algunos pobres que les ha tocado la lotería de la isoca... Ahí andan desesperados a puras consultas y a puros ensayos. A usted no le supone nada la isoca ¿verdad? por que si encuentra una en el jardín de su casa, la mata con el pie... Pero en los campos!...

Y atenuando la ironía campechana y sincera que desconcierta un tanto a su interlocutor, le enseña por la ventanilla el predio verde y parejo tendido junto al tren como con un golpe de espátula.

—Vea los campos. ¡Eso es trigo! Buen madrugador ha sido ese colono. Si parece una bendición de Dios.

Y en verdad que están verdegueantes y lozanos los trigales de la comarca.

Se suceden los centros poblados sin interrupción. Cada estación es un foco de actividad y movimiento a la hora del tren. El vecindario y los colonos que vienen a recoger su correspondencia, tienen consagrado este mentidero del andén de la estación en donde se toma lenguas sobre el estado de las sementeras, se palpita el porvenir del año agrícola y se formalizan transacciones.

Predomina en esta masa de población el elemento europeo, rubio casi siempre y de origen inmigratorio. En Villa Iris, centro comercial de mucha importancia, nu-

merosos vehículos de todo tamaño y calidad ocupan el canchón de espera: un par de autos norteamericanos, media docena de bateas rusas con sus cuadrigas fornidas, arañas voladoras y flexibles «boggys»... Al paso del tren se ven las calles rectas y amplias con sus faroles a hidro-carburo o alcohol. Cada estación está provista de sus espaciosos galpones de hierro y tinglados, síntoma evidente de riqueza cerealera. El molino de viento se alza en todas partes. El rancho de paredes quinchadas y techo de paja, tan vulgarizado en la provincia de Buenos Aires, no se conoce por aquí. Las casas de los colonos son de hierro galvanizado en casi su totalidad. Nos llama la atención, por cierto, la difusión de estos materiales. Bien está que la chapa de hierro pueda suplir la pared en las poblaciones inestables; pero nos parece inadmisible que se utilice como techo. El clima de la Pampa es recio, sin términos medios, dentro de una indiscutida salubridad. En consecuencia, el hierro se hace insoportable durante la intensidad de las estaciones. El material más adaptable, óptimo si se quiere, es el «ru-ber-oid» una especie de yute hecho de fibras, amianto y substancias especiales, inaccesible, a la lluvia, al frío y al calor. Resiste, además al fuego. Este material se elabora en rollos de 36 pulgadas de ancho conteniendo 216 pies cuadrados para una superficie de 200 pies. Es absolutamente liviano y su costo, menor de la tercera parte del fierro galvanizado. Un metro de «ru-ber-oid» cuesta alrededor de 1.50 pesos, comprendiendo, además, los clavos y ruberinos. Hay también una derivación en color, de este material denominado «kaloroid» para chalecitos y viviendas elegantes.

Pero sigamos en la marcha del tren. El terreno es ligeramente ondulado. Mucho ganado lanar pace en los potreros, a uno y otro lado de la vía. Hasta Jacinto Arauz, entrada a la Pampa, abundan las praderas naturales. De allí el tren corre por entre sementeras a uno y otro lado. La tierra en esta gran zona está más subdividida. El aspecto externo de cada vivienda demuestra que está bajo el cuidado del propietario. Son campos de colonias subdivididas los que vamos cruzando. Es rara la casita de material, pelada y sin árboles que la cobijen y le presten su simpática tonalidad.

Antes de llegar a Villa Alba, alegra la vista el monte de una chacra donde, de entre el verde suave de sus sauces y las ramas color siena de los álamos erectos se destaca el rosado de los durazneros en flor. Villa Alba es uno de los focos de colonias rusas más significativos de la Pampa. Desde lejos advertimos el letrero de un almacén en el que, junto al nombre polaco de su poseedor, con un «insky» inconfundible, se destaca el título sintomático de «La Pampa Moderna»...

Sigue otra vez la llanura tendida. Un jinete, a lo lejos galopa en un camino en sentido contrario al tren. Parece que estuviera desprendido de la tierra. Y más allá, mucho más lejos, un remolino de polvo se eleva en amplia columna, hasta desaparecer confundida con el azul terroso del cielo. El día es magnífico. Un sol de las once castiga la tierra e improvisa su espejismo a lo lejos. Vuelven a ralear los árboles en las viviendas diseminadas por todas partes, blanqueadas unas, otras de chapas, sin molino ni reparos.

Después de Bernasconi se advierte el paisaje genui-

namente pampeano: la loma poblada de arbustos naturales ensombreando la hondonada.

En Abramo nos cruzamos con el primer tren leñatero. con disposición de seguir a Bahía Blanca. Empieza el dominio de los caldenes. Grandes pilas de leña guardan turno junto a los desvíos. A menudo cruzamos predios que fueron tupido monte, entregados hoy a la agricultura y sobre los cuales queda aun la remembranza de uno que otro árbol salvaje y disperso en la sábana verde del trigal.

Son los últimos vestigios de la Pampa de ayer, desgarrados del misterio secular para incorporarse a la civilización.

CAPITULO III

En Santa Rosa, capital del territorio. — Primeras impresiones. — Edilidad y buen tono. — La plaza Mitre. — Calles y veredas. — Comercios, nomenclatura, pavimentación. — La fiesta patronal. — Con el gobernador, señor Centeno. — Los gobernadores de territorios, funcionarios sin atribuciones. — El «homestead» y el valor de los campos. — «Sembradores y no agricultores». — Características de determinados núcleos coloniales. — La policía territorial. — Datos generales sobre el municipio. — Gastos, recursos e iniciativas. — La municipalización de la carne. — Una ordenanza benéfica. — Economía vecinal y fuente de recursos para la comuna. — La lucha con los abastecedores. — Precios de venta. — Carne buena y barata. — Servicios municipales de importancia. — El proyecto de las aguas corrientes. — Instituciones culturales, magistratura, foro y periodismo. — Los grandes certámenes agrícolas. — La zona cercalera. — La rémora de los grandes fundos circunvecinos. — Poca ganadería y poca horticultura. — Una quinta modelo. — La huerta de Badía. — El panorama de la capital.

A medio día llega el tren del Oeste a Santa Rosa. La impresión primera es agradable. La línea del ferrocarril ha venido bordeando el centro urbano. La estación es el remate de las calles principales en cuyo perímetro se recuesta el conglomerado macizo de la población. Transitamos un par de cuadras sobre pavimento de madera, — tacos de calden sobre portland, — adoquín de ensayo que se afianzó hace cinco o seis

años con un costo de 11.000 pesos por cuadra, o sea ocho pesos el metro cuadrado. La población es compacta, elegante la edificación. Se nota, de entrada, un ambiente de buen tono, en pequeño, si se quiere, algo así como una suave aristocratización, una sosegada estabilidad vecinal, que no condice con la agilidad urbana con que se han organizado los demás pueblos del territorio, bajo el aluvión de la colonia. ¡Claro! estamos en la capital, foco de fuerzas directrices, si no económicas, y donde se han recostado elementos significativos en la administración pública, la magistratura, el foro, el profesorado y la prensa.

Después de dejar nuestro equipaje en un hotel vecino a la plaza central, recorremos la población, al azar, para impresionarnos en conjunto. Es recto su trazado. Las calles están arborizadas con ligustros. La plaza Mitre, donde se levanta un prisma conmemorativo a la conquista del desierto, es un paseo umbroso y bien lineado, con sus plantas ornamenticias, sus alamedas coposas y sus escaños de «laqué», con su gimnasio infantil al aire libre, como en los grandes paseos de Buenos Aires, manifestaciones de edilidad que hablan con elocuencia de munícipes diligentes. Son polvorosas y pesadas las calles; correcta es su nomenclatura; tonificante el aspecto general de sus comercios: amplias y bien pavimentadas las veredas. No hay agua corriente todavía. El molino y las cisternas suplen la falta. El agua es potable y cristalina.

El día patronal del municipio, nos tomó en Santa Rosa. La procesión sacramental de la virgen abogada, congregó a numerosas familias. Pudimos advertir en

este acto religioso la homogeneidad del concurso social, manifestado en una porción ponderable de su vecindario. Abría las filas, después de las congregaciones y de la imagen que se veneraba, el anciano fundador del pueblo, don Tomás Masson, acompañado de un grupo de vecinos de significación, que contribuyen con su validez a prestigiar la obra colectiva.

Después hemos recurrido a la fuente oficial en procura de informaciones. Visitamos en su despacho al entonces gobernador, señor Centeno, quien dentro de breves días debía delegar su mandato, por terminación de período. El señor Centeno es un caballero de fino trato. Nos habla con la conciencia del deber cumplido. No deja ponderables iniciativas, a pesar de sus tres períodos; pero esta infecundidad no es culpa suya. Es el sistema de las gobernaciones territoriales, lo que ahoga todo buen propósito. Un gobernador de territorio es un delegado sujeto de pies y manos al ministerio del interior y que se mueve según la cuerda que le tiran. Es un funcionario, subalternizado injustamente a la política oficial, despojado de toda facultad inicial y sometido a recibir para los servicios del territorio al excedente de paniaguados que flota en Buenos Aires por falta de acomodo. El señor Centeno no deja obras pero tampoco deja enconos. Ha sido un funcionario correcto y digno de la estimación pública. Con él discurrimos sobre diversos tópicos de actualidad.

—¿Qué le parece el proyecto Costa sobre el «homestead»? — le interrogamos, girando sobre un asunto de tanto interés que está en el tapete de la discusión parlamentaria aquellos días.

—Sería muy buena su implantación en la Pampa, — nos responde. —Pero en la Pampa no se podría aplicar el «homestead» por falta de tierra pública. Apenas quedan al Estado algunos lotes en la parte oeste y sudoeste, donde no ha llegado la agricultura todavía. Lo que podría hacerse, en caso de legislación, sería expropiar...

—¿Y cuál es el valor de la tierra?

—En los alrededores de Santa Rosa, el campo virgen, monte sucio o rastrojo, tiene precios entre 100 y 150 pesos. Al sur, hasta General Acha, a ambos lados del ferrocarril Pacífico, puede valer 60. Donde los campos han alcanzado precios excepcionales es en la zona pastoril de Pico. Allí las tierras alfalfadas pueden valer hasta 500 y 600 pesos la hectárea.

Nuestra interlocución se extiende alrededor de diversos temas, mostrándosenos el señor Centeno como un observador sagaz. Para él, en la zona sur de la Pampa hay pocos agricultores de profesión. Son sembradores los más. No es la primera vez que oímos este concepto que define una colonización ambulatoria. Fuertes comerciantes del sur, — sobre todo de la zona tributaria de Bahía Blanca, — opinan lo mismo. Esto se debe, creemos nosotros, al temperamento ancestral de ciertos núcleos de población. Ya lo decimos por ahí en un capítulo referente a los rusos de Doblas y Rivera, procedentes de la región de Odessa, comparados con sus connacionales de otras latitudes. Sin duda alguna, las pampas del sur están más retrasadas que el norte. Los centros coloniales suelen, por mayoría de nacionalidad, imponerse, no sólo en la vida urbana si no hasta en las

orientaciones de la instrucción pública. En Villa Alba, por ejemplo, población en la que predomina el elemento ruso judío, el carnicero criollo no puede faenar sin que mate sus reses el rabí, de acuerdo con sus ritos. En otra forma caería bajo el «boycott» de la colectividad y se vería obligado a levantar su tienda. Hay un egoísmo recalcitrante en todas sus ceremonias, reflejo de la necesidad instintiva de defenderse en tierra extraña y con lengua y religión, extrañas también. Por lo menos queremos, por tolerancia, imaginarlo así.

Nos interesa conocer las relaciones policiales con la provincia de Buenos Aires. Ese meridiano quinto, que separa la provincia del territorio, se nos antoja como los burladeros de las plazas taurinas, usados por los matadores para zafar a las furias del toro. Hemos pensado que la delincuencia puede escurrirse allí por arte de tramoya. El señor Centeno nos hace notar, efectivamente, que la policía del territorio tropieza con sus dificultades en aquella larga frontera, debido a las continuas incursiones del elemento maleante y a los robos de haciendas y carneadas a ambos lados de la línea divisoria, no muy abundantes pero no por eso menos atrevidos. Con policía escasa es imposible hacer proezas; y la consecución de estos hechos delictuosos no puede hablar en menoscabo ni del gobierno territorial, ni del jefe de policía, señor Palasciano, uno de los funcionarios del territorio más correctos, más estimados y más conceptuosos del deber.



El éjido del municipio de Santa Rosa comprende una superficie de 8000 hectáreas. La planta urbana tiene 155 hectáreas, con una población superior a 6.500 habitantes. Corresponde, políticamente, al departamento segundo del territorio. Está regida por una municipalidad compuesta por cinco miembros y su presidencia es, a la vez, departamento ejecutivo. Cuenta con un cálculo de recursos que oscila alrededor de 60.000 pesos, siendo sus principales rubros patentes fiscales, rodados, contribución directa, alumbrado y limpieza y carnicería municipal.

Dentro de las iniciativas comunales, la que más ha llamado nuestra atención, por ser de beneficios comunes y posiblemente la única de tal carácter en el país, es la municipalización de la carne. En el deseo de poner freno a la especulación de vendedores y matarifes, y abaratar este artículo de primera necesidad, sin violentar la libertad de comercio, se llevó a la práctica el proyecto de municipalización de la carne, dictando una ordenanza en la que se encarecía tendenciosamente los derechos de abasto. Se prohibía, por esta resolución, el faenamiento de reses fuera del matadero municipal y se fijaba los derechos de matanza con las siguientes cifras: por cada animal vacuno, 30 pesos; por cada cabrío o lanar, 10; por cada yeguarizo, 25; por cada ternero mamón, 25: Esta ordenanza comenzó a regir el 2 de mayo de 1916.

La exorbitancia del arancel impositivo, fué, sin duda, una cortapisa para el negocio de los abastecedores. Pero fué también, la única forma de moderar los pre-

cios, hacer un servicio de higiene y economía públicas y beneficiar las rentas de la comuna.

Acto seguido de ponerse en vigencia la ordenanza, la municipalidad llamó a licitación pública para la adquisición de la carne de lanar y vacuno necesaria al consumo de la población, por un término de seis meses, con prórroga del contrato a celebrar por otro término igual. Se adjudicó la propuesta a razón de 43 centavos moneda nacional el kilo, quedando a beneficio de la municipalidad las vísceras de las reses, cabezas y patas. La administración de la venta de carne está a cargo de la secretaría municipal, y el sistema administrativo de los puestos de venta, bajo la dirección de un regente-cajero, carnicero de profesión y remunerado con un sueldo de 200 pesos y cuatro cortadores vendedores con sueldos de 90 pesos cada uno.

El sistema de la municipalización de la carne, produjo en los ocho primeros meses de su instalación una renta a la municipalidad de pesos 5.615.19 sobre un total de 1.355 vacunos faenados y 1.489 ovinos, con un rendimiento de 369.930 kilos. El precio de venta al consumidor es de 50 centavos el kilo, con 25 % de contrapeso. El kilo de lomo se vende a 65 centavos. Las menudencias se venden a precios ínfimos, cosa de favorecer al proletariado. Patas, a 5 centavos; hígado, a 10 el kilo; mondongo limpio, a 40.

Mensualmente la municipalidad hace donación de 130 kilos de carne a la sociedad de Beneficencia, que sostiene un hospital, y a las Hermanas de los Pobres que sostienen un asilo de ancianos.

Debemos hacer constar que el temperamento adop-

tado por la municipalidad para oficializar el artículo, no fué resultado de una violenta y caprichosa restricción. El sistema surgió de la imposibilidad de poner de acuerdo, en mediación amigable, al gremio de expendedores de carne y matarifes, para fijar precios equitativos. Los beneficios fueron inmediatos. El cálculo de recursos asigna hoy una partida que no baja de 10.000 pesos, por concepto de la venta oficial de carne, mientras el vecindario come carne higiénica, nutritiva y barata. Este recurso que es diario y parejo y no obedece a dilaciones, suele ser rubro castigado para las erogaciones, como que es el más seguro. No es extraño, pues, que algún «Boletín Municipal» nos anuncie que un edil, — el señor Eduardo Espeche, por ejemplo, presidente a la sazón, — solicite que se autorice la inversión de 3000 pesos de la reserva de fondos de la carnicería, para la construcción de un veredón de cemento portland, de seis metros de ancho en la avenida norte de la plaza Mitre y la adquisición de veinte bancos «laqué» y dos hamacas para el gimnasio de los niños...

***

Pasemos revista por otros servicios de importancia que ha establecido la municipalidad:

Ha instituído dos becas de 30 pesos cada una para alumnos del colegio nacional, pobres y aplicados; entrega a los niños de las escuelas del Estado útiles esco-

lares, a la presentación de vales de pobreza otorgados por la dirección de la escuela; ha establecido el gimnasio de que hemos hecho mención, en la plaza Mitre, aprovechando dos cuadros del jardín de árboles coposos; ha establecido en su local propio, un servicio de baños públicos, con libre acceso; ha organizado un vivero municipal, con el objeto de difundir el árbol en el departamento.

Una obra destinada a tener resonancia, será la instalación del servicio de aguas corrientes, cuyos estudios, formalizados ya, asignan un costo de 200.000 pesos, labor que corresponde al ministerio de obras públicas de la nación, y que bien merece ser realizada a la brevedad, en atención, siquiera, al aporte material valiosísimo con que la Pampa contribuye al engrandecimiento nacional.

***

Posee Santa Rosa establecimientos culturales de significación, tales como la escuela normal y el colegio nacional bajo la docencia de personales competentes. Tiene, además, diversas escuelas nacionales, entre las que descuella la Sarmiento, no sólo por el número crecido de sus educandos, si no por las condiciones pedagógicas de su hermoso local. La biblioteca pública, bajo el patrocinio de la municipalidad, presta sus buenos servicios al elemento estudioso. En lo administrativo y ju-

dicial, sus tribunales con dos juzgados letrados y su correspondiente fiscalía, han congregado un núcleo forense de primer orden, cuya radicación ha contribuído a enaltecer los contornos intelectivos y sociales del municipio. Diversos diarios y periódicos entre los que figuran en primera línea «La Capital», «La Autonomía» y «La Tribuna», — órgano este último del colegio de abogados, — dan la nota acabada de la cultura vecinal, como portavoces de la opinión, pudiendo hacerse notar que a la iniciativa de uno de ellos, — «La Autonomía», — se debe la organización del primer congreso de la prensa territorial del país.

Foco de intensas actividades agrícolas, en Santa Rosa se han celebrado dos certámenes de alta figuración y de perdurable recuerdo: el primero en 1913, — la fiesta del grano, — algo así como el santoral de las cosechas; y el segundo, el congreso agrícola del territorio, que ha tenido lugar en el pasado mes de diciembre, bajo los mejores suspiros y tutelado por el ministerio de agricultura de la nación.

*
* *

La zona circunvecina a Santa Rosa es eminentemente cerealera. Esta circunstancia circunscribe la intensidad de su movimiento comercial a la época de las cosechas. No han transcurrido todavía diez años de las últimas explotaciones leñateras en los campos vecinos.

Pero los montes, descuajados ya, han dado campo a las sementeras y el departamento se ha sembrado de colonias. Es lástima que el latifundio sea todavía la eterna rémora en estas feraces campiñas y que la expansión urbana de Santa Rosa se encuentre con la trabazón de dos heredades que constriñen sus extramuros a manera de ajustado dogal... Pero la razón, el tiempo o la testamentaría, tarde o temprano se encargarán del desembarazo obviando la legítima expansión mundial.

Poco desarrollada está la ganadería en los campos del departamento, como asimismo la horticultura. Para la industria de la huerta, hubo al principio sus reparos. Reacias eran las tierras y bravíos los vientos, según el pesimismo vulgarizado. Paulatinamente se ha ido rompiendo el prejuicio, sin que por esto deje de traerse para las necesidades del abasto local, verduras de Chivilcoy y de Mercedes y aun de Mendoza, dato que hemos podido confirmar en las oficinas del ferrocarril. Todo puede dar esta tierra de Santa Rosa. Nuestra visita, en compañía del agrónomo regional, ingeniero Roberto P. Godoy, a la quinta Villa Concepción de don Luis Badía, situada en la proximidad del municipio, ha sido para nosotros el mejor comprobante de la feracidad de estas tierras. Su dueño, que es un progresista vecino de la capital, no sólo ha dominado al médano, si no que ha logrado su cultura agrícola, aun para las plantas más exigentes. Son una maravilla sus parras, sus frutales y sus hortalizas. Posiblemente esta quinta, tecnificada con las exigencias de los modernos cultivos, es una de las más hermosas y bien cuidadas que hemos encontrado en el territorio. Pero lo que más de-

bía de halagarnos fué la comprobación de lo que puede hacerse en Santa Rosa y que venía a dar al traste con el poco de excepticismo y de rutina que retrasan los cultivos caseros, tan útiles para la economía familiar.

La quinta de Badía se destaca como un oasis sobre la duna conquistada. Desde allí, y bajo el sol radioso de una mañana de noviembre, contemplábamos la campiña, ancha cenefa de verde y siena circuyendo en gracioso panorama la capital.

CAPITULO IV

Los valles frutícolas. — Utracán y General Acha. — ¿Cuál es más prodigio? — Los poseedores de Utracán. — La tierra sudividida y cultivada. — El paisaje pintoresco. — Cómo se organizó la colonia. — Remembranzas de los primeros pobladores. — Un recuerdo el general Manuel J. Campos, primer agricultor. — Los cercos arborizados. — Sobre el surco. — Cómo vinieron los primeros argonautas. — Una colonización excepcional. — Los grandes premios al maíz y a la alfalfa. — Perales y durazneros. — La moscatel rosada. — Noticias sobre el manzano fundador. — El primer arado. — La rutina en los cultivos y en las podas. — Un gran criollo. — El valor de la tierra. — Vientos y heladas. — Preparando el congreso agrícola.

Dos valles pintorescos y alegres se disputan la supremacía productora en el departamento de Utracán: el de Utracán y el de General Acha. Los dos corren entre médanos bravos; los dos son de tierra morena y fácil; y rinden los dos con igual feracidad. Utracán es largo y angosto. Por quince leguas, desde Doblas a la Hachita, se prolonga la hondonada dentro del marco de las lomas separadas por un kilómetro y medio de extensión. El agua dulce y clara que viene del sur, afluye de la arena como una bendición, para empapar los sembríos. Los primeros predios cultivados, diminutos los más, que constelan el valle con su verde matiz, han dado resultados excelentes. Todo rinde aquel valle providencial: frutas delicadas, frescas hortalizas

exuberantes forrajeras. Pero los cultivos no han pasado aun de ensayos incipientes. El incentivo agrícola está en las doce mil hectáreas circunvecinas entregadas a las sementeras. Don Miguel Ardohain, don Paulino Silva, don Sixto y don Agustín Neveo, don Santiago Iraldi, don Avelino Gutiérrez y otros «fundatarios», dedican la heredad a los cultivos sobre firme: trigos, avenas y alfalfares. Podrán ser muy exquisitas las peras valletanas y el moscatel dar ópimos racimos; pero mientras la tierra se abra en surcos para recibir la caricia de Céres y haya lluvias germinativas y soles benignos que apresuren la macolla y doren las espigas, debe ser un lirismo aquello de engalanar el valle con manzanos, con guindos y perales y ver florecer los cerezos por la primavera...

Pero esto no ocurre en el valle de General Acha. La población aquí es de hortelanos y quinteros genuinos. La tierra está subdividida y cultivada. Cincuenta fincas se extienden desde las cercanías de la estación del ferrocarril hasta los últimos médanos que encajonan el valle y se desparraman como pequeños oasis entre las lomas caprichosas. El plantel primitivo de esta colonización fué a base de los lotes donados por el gobierno nacional, allá por el año 83, meses después de fundar el pueblo de General Acha — 12 de agosto del 82.—Cada predio tenía dimensiones de 220 metros de frente por 400 de fondo. Sobre esta dádiva, que venía como un corolario a complementar la campaña al salvaje, se delineaban las quintas pobladoras cuyos vestigios nos hablan hoy, en achacosos manzanos, de aquel esfuerzo civilizador. Fueron franceses en su mayoría los prime-

ros colonos. Los hubo también españoles, italianos y criollos. La quinta del general Manuel J. Campos, hoy parque del Estado, situada fuera del valle, fué la primer revelación. La tierra era pródiga y había que aprovecharla. El primer poblador del valle de General Acha fué el francés Adolfo Laffouillade. Vinieron después el italiano Cirilo Paoli, el argentino Pantaleón Tébes y el español Guillermo Giménez. Y más tarde, la segunda generación de quinteros: Larrañaga, Oyhenard, Lescano, Jesualdi, mientras un grupo numeroso de quinteros fundadores, emigraba a Victorica, buscando las nuevas praderas que despertaba el ferrocarril.

Hemos recorrido el valle en toda su extensión deteniéndonos en sus fincas mejores. La impresión es halagadora, desde que se desciende a la amplia hoyada. Por entre las macizas arboledas que deslindan cada propiedad se advierte el lote de frutales en plena floración, la huerta y el pequeño viñedo extendido en hileras o en parral sombreador, acotado a las viviendas. Se nota un franco espíritu de previsión que debió anticiparse a los cultivos: el reparo forestal. Gruesos álamos, en hileras dobles alineados como cancerberos junto al alambre divisor, ponen vallas a las furias del pampero. A veces la barrera es combinada, — álamos con mimbres o con sauces, pues la situación del valle abierto de norte a sur, reclama toda defensa precaucional. Guarnecida así, aquella tierra no tiene reatos para brindar su tesoro. ¡Y qué frutos!

Visitamos la quinta de don Pedro Oyhenard, vasco francés establecido en General Acha desde 1885. Un mocetón de veinte años entrega a la labor una media

fanega de tierra, desmontada recién, y en donde los últimos raigones del saucedal se desparraman sin medida por la superficie muelle y fresca.

—Es como manteca — nos dice el labriego. — Fíjese en la yunta... ¡Ni mella que le hace!

—¿Y qué dá esta tierra?

—De lo que le ponga, señor. Dá hasta por lujo. ¿Ve esas papas que asoman en los surcos? No vaya a creer que son de siembra. Aquí había monte y basura. Son papas tiradas al azar...

Y sigue en pos de su yunta, manejando con pericia la esteva, mientras la cuchilla destripa con facilidad los terrones y se revuelcan los pájaros en la tierra removida que deja a la espalda.

Aquella misma quinta era la que en la exposición universal de París, — 1889, — se aseguraba un primer premio con sus espigas de maíz piamontés.

Nos encantan, en verdad, los prolegómenos de esta colonización. Los primeros vecinos, hechos en Europa sobre la rutina del surco, ajenos a todo tecnicismo agrícola, muy sagaces y valientes debieron ser para afrontar el valle desconocido, luchar con los vientos y reclamar de la tierra inviolada todo lo que la tierra podía dar. Sobre los primeros tanteos debió consagrarse la rutina que ha perdurado hasta hoy. La herramienta moderna, el grano seleccionado, el procedimiento reformador, no debieron llegar hasta esta fértil cuenca, perdida en la inmensidad del desierto. Cuando se escriba la historia de la agricultura de la República Argentina, bella y fundamental debe ser la página que consagre el esfuerzo de estos argonautas.

Lo que ocurre en General Acha es un caso de agricultura que pudiéramos llamar «autóctona», dada la forma en que se ha producido y las condiciones de aislamiento en que ha podido intensificarse, marcando un provechoso ejemplo para las tierras pampeanas.

La fruta de este valle ha alcanzado justa celebridad, no sólo en el territorio de la Pampa, si no en las rotiserías de Buenos Aires, en donde no siempre pasa con el informe de su procedencia nativa, — como que la fruta cuyana o los ejemplares de California, tienen éxito indiscutido tanto por sabor como por novelería.—

—¿Le dan bien sus perales? — interrogamos a un viejo quintero, que ha venido a la reunión de vecinos citada por el agrónomo regional, en propaganda del congreso agrícola a celebrarse en diciembre.

—Espléndidamente, — nos responde.

—¿Y qué clase?

—Eso sí que no le puedo decir. Tengo unas peras largas, grandes, en forma de brevas, que maduran en invierno; otras chatas, panzonas, amarillas, de febrero a abril... ¿qué serán, pues?

Nos suponemos, por la reseña superficial, que se trata de la «belle Angevine» y la «duchese d'Angouleme», de exquisito paladar.

Otro nos explica lo propio de sus manzanas.

—¡Viera qué ejemplares! — nos dice con legítimo orgullo. — Me han dicho que son del país nomás, pero tienen un sabor exquisito... ¿Conoce esas manzanas retaconas, angulosas, grandes, de color verde claro?... De esas... Tengo también de la misma clase de las californianas que importan a Buenos Aires.

Sin duda alguna nuestro informante se refiere a la manzana «de las cordilleras» y a una clase de la familia de las «renettas», muy vulgarizada en todas las quintas.

—¿Y cuál fué el origen de los manzanos fundadores? — interrogamos.

—En un viaje que hizo mi padre a Guaminí, — nos dice don Leopoldo Laffeuillade, — se le ocurrió traer algunas semillas de manzana cultivada en aquella población. Las plantó y dieron. De este almácigo provienen las primeras plantas que se han desparramado por todo el valle. Si fuera usted por la finca que fué del viejo, vería alguno de esos manzanos que plantó mi madre. ¡Y cómo cargan! No diría usted que llevan treinta años bien cumplidos sin cansarse de florecer y producir...

¡Es bella la añoranza de este colono sencillo, que evoca con emoción, el recuerdo maternal en la planta solariega, incansada y generosa!

En esa forma surgieron los plantíos. La necesidad, madre previsora, se anticipaba a la civilización forestal, para alegrar la mesa del labriego. Así se prodigaron los durazneros y los guindos y los perales: por simiente, a la ventura, obra del empuje rústico puesto sobre la tierra providencial. Cuatrocientos años atrás, hacían lo propio los conquistadores, trayendo en las pasas de Málaga las primeras semillas que serían sarmientos criollos después, hasta culminar con las clases tecnificadas del cabernet, malbec y semillón, lo más ilustre en la nomenclatura vitícola. Estas quintas, no son solamente las primeras de General Acha; son las primeras de la

Pampa. Vive aun el viejo que trajo el primera arado a la yerma soledad y que nos habla con amor de aquella colonización familiar en donde han retoñado dos generaciones.

—Estos solares no nos costaron nada, —nos dice, — Ya ve la tierra; es una maravilla. Nuestro esfuerzo debía concentrarse más en el reparo que en la propia tierra. Ya ve, con arboledas hemos domado los vientos. ¡Si pudiéramos hacer lo mismo con la langosta y las heladas! Pero esto es un mal general y cuando vienen no hay más que conformarse. Nosotros seríamos unos ingratos si nos quejásemos. La buenaventura nunca nos ha abandonado... Los gobiernos fueron buenos con el colono. No nos dieron consejos para sacarnos del camino trillado, pero no nos pusieron trabas tampoco. De quien guardamos un gran recuerdo es del general Campos. ¡Ese sí que era buen criollo para amparar al agricultor!

Y a renglón seguido, el anciano nos hace una semblanza del tiempo pasado y de aquel jefe de la brigada de Acha, figura heroica y tutelar.

Estos colonos de General Acha, son dignos de la más decidida protección de parte del gobierno. Con hacer algo, y mucho, en su favor, no se haría más que reparar una deuda. Demasiado abandonados del amparo oficial han vivido para que se siga incurriendo en la omisión. Aquí la agricultura ha sido obra del prodigio silvestre. Las parras, — moscatel rosada, en su mayor parte, — algunas veintenarias, cargan porque hay una providencia en este valle. ¡Qué podas tan mal hechas! Como que están libradas a zagalejos que no han salido del solar. Virgilio nos habla con más técnica de esta prepara-

ción de sus viduños, dos mil años atrás. Esta inexperiencia preliminar, se justifica con el propio amor a las plantas que profesa el colono. Descargar al sarmiento de los troncos inocuos, sería herir en la entraña aquella vid, cuya conservación ha costado sacrificios. Se prefiere que se prodigue en ramas aunque no cargue en racimos. Viene un Tomba con nosotros, — Sylla, — de abolengo viticultor y mendocino por añadidura. No es posible permanecer impávido ante este espectáculo del espaldero protector, en donde las plantas se enseñorean en ramas inservibles. Nuestro acompañante coge la podadera y ofrece un ejemplo práctico sobre la forma eficaz de descargar las vides.

No para en esto la rutina. El ejemplo de sembrar las cucurbitáceas, — zapallos, melones y sandías, — se tomó de los indios, sin que se hayan reemplazado hasta ahora los procedimientos. La reproducción de los manzanos sigue haciéndose por hijuelos, en forma primitiva. Este sistema tradicional de cultivos ha desaparecido en muchas quintas. No faltan los fruticultores imbuídos ya en los beneficios de la agricultura científica.

—Mis duraznos, — nos dice Bonifacio R. Roldán, — proceden de ingertos que compré en lo de Peluffo. Es una hectárea y media, nomás, pero me está dando muy bueno.

Y sabedlo bien: este buen criollo, casi pampeano, orgulloso con su granjita La Nena, que es una monada, ha obtenido el gran premio en la exposición internacional de San Francisco, por su semilla de alfalfa.

—La cosecha es poca, — nos dice casi con rubor, —

pero a mí me gusta que sea de calidad. No siempre los criollos hemos de quedar dejados de mano.

Roldán tiene una pradera alfalfada de 150 hectáreas, que le da, a conciencia, dos cortes anuales. Cultiva, además, un predio de hortalizas y algunos estadales de maíz.

Largo sería enumerar la nómina de colonos que dan vida a este valle próvido. Es lógico que no se hayan improvisado fortunas, pero no será aventurado asegurar que no hay ninguna familia que no tenga su buen pasar. La tierra se ha valorizado notablemente. Pero nadie vende su heredad. Fuera de la cuenca, se han hecho transacciones a 240 pesos la hectárea alfalfada. En las abras vecinas, estrechadas por los médanos, quedan aun muchos claros sin cultivo, entregándose los prados naturales al ganado lanar. El valle es fructícola por excelencia; y mucho nos equivocamos o su verdadero porvenir está en la viticultura.

—La manzana y la uva no fallan nunca, — nos manifiesta un experimentado agricultor. — ¡Lástima las heladas que a veces suelen ser crueles! Contra esas sí que no hay reparo...

—Pero se van atemperando, — asegura un tercero. — Después de aquella famosa que cayó en marzo de 1912, que heló la alfalfa alta y achaparró hasta los eucalitos, no han sido tan malignas las otras. Los vientos fuertes del sur nos tienen con el Jesús en la boca, porque siempre se anticipan a una noche polar. Hasta en diciembre... Pero ya nos estamos acostumbrando a estas amenazas, menos perjudiciales que la langosta cuando se viene a embolsar en el valle.

Hemos pasado una tarde deliciosa entre estas arbo-

ledas que nos traen el recuerdo de las quintas del delta del Paraná. El agrónomo regional, ingeniero Roberto Godoy, secundado por el enviado del ministerio de agricultura, agrónomo Elías Melópulos, ha congregado a los colonos del valle para gestionar su concurrencia al congreso agrícola que se celebrará en Santa Rosa el 16 de diciembre. De esta cita, numerosa e interesante, ha salido el delegado de la comarca: Clemente Jacobia. La reunión ha sido franca, numerosa, al aire libre, con sencillez vecinal.

Una hora más tarde regresábamos a la vieja capital del territorio.

CAPITULO V

La estancia San Huberto del doctor Luro en Naicó. — Características de las poblaciones leñateras. — Por el camino pintoresco. — Una vivienda señorial. — Obras de estética y de civilización. — El chalet estilizado y el parque. — Perspectivas panoramáticas. — Bajo los cáldenes. — En la faisanería. — El cuadro de los ciervos. — El bosque de los jabalíes. — La difusión del árbol y la belleza del jardín. — El monte de fresnos. — Plantaciones y cultivos. — La estancia-institución. — Una nota cinegética.—Remembranzas del duque de Montpensier. — La caza del puma. — Lo que cuenta el anecdotario de una célebre montería.

Se va a San Huberto por Naicó. Se quiebra el camino entre bosquecillos de caldenes, sementeras y campos a medio desmontar. San Huberto es la estancia del doctor Pedro O. Luro, magnífica propiedad que supone al viajero la más avanzada y elocuente nota de cultura en anticipo al porvenir augural del territorio.

Naicó es una estación leñatera. El plantel de casas, paralelas a la línea del tren, da la idea del futuro centro nutrido. Se recuestan sobre la misma acera, la fonda y el correo, el almacén, que es un vademecum, la carnicería y la tienda de campaña, pródiga en paños gruesos, ropas de cargazón y colorinches. En un recodo de la plaza de la estación, advertimos los postes y faroles destinados a alumbrado público, y traídos por el propietario fundador. Se habla aquí con entusiasmo de urbanizar el caserío, se insinúa la panadería con harinas

blancas de Santa Rosa; y nada de difícil será que al retorno de nuestra jira nos encontremos hasta con el periódico «de intereses generales». Ya en Unánue, población de idéntica categoría, una mano anónima nos alcanza por la ventanilla del tren, el primer ejemplar de «La Crítica», hoja dominical que llega con buenos bríos y programa de luchar por todo lo «que sea noble y justo»....

Este pueblito de Naicó es una promesa. Sin embargo, sobre la prolongación de estos centros, derivados hasta hoy de la industria rudimentaria de sus bosques, no falta el prejuicio pesimista que atribuye al local una vitalidad circunstancial.

—Se van con los caldenes... — suelen decirnos.

—No, — hemos argüido siempre, llenos de fe. — Se van los caldenes, pero vienen los trigos.

Estas poblaciones leñateras tienen el porvenir siempre abierto. No ocurre aquí como en los asientos mineros, donde, extinguido el caudal generoso del subsuelo, el organismo vecinal se desmorona, se liquida, siempre que no tenga a la vera el recurso del valle feraz.

Los caldenes, arrancados de cuajo, según el régimen de explotación inveterado, dejan expedito el suelo para toda suerte de cultivos. Removido el desmonte con un rozado previsor, la primera siembra de trigo basta para unificar la condición agrológica del suelo. A pocas cuadras de Naicó, se extiende, en una veintena de casas, el pueblito de Ministro Lobos, en uno de cuyos edificios, — la escuela, — flamea la bandera nacional.

Vamos a San Huberto. Se suceden las lomas variando el paisaje a cada paso. No hay hojas en los ár-

boles. Pasa agosto tenuemente... En cambio, la pradera se insinúa en el verde de las gramíneas a medio despuntar. Los campos, rizados por la reja, van borrando el color terroso y diseñando los predios de labor. A lo lejos, las lomas azules cierran el cuadro con una amable tonalidad. Se descubre, por fin, la roja techumbre de la estancia y poco a poco va apareciendo el chalet Luis XVI, que emerge con elegancia de la cenefa siempre verde del monte. Bella es la estampa del cuerpo principal del edificio elevado sobre el principio básico de la línea y de la sobriedad. Tal mansión, que rompe con su discreta y civilizadora enseñanza, la sencillez pastoril de la región, mucho de educador y subjetivo guarda en su interior. Tiene aquella vivienda todo de «cottage» señorial y de cultura clásica, brillante nota estética con que un espíritu superior como el de Luro suscribe la clara visión sobre la Pampa futura. Todo en su interior es estilizado y elegante. El amplio comedor «renacimiento» deja la primer impresión. La mano del pintor Tristán Lacroix se prodiga en telas de mérito, escenas de la campaña y apuntes cinegéticos de buen tono. Es una obra de mérito el revestimiento de la gran chimenea donde un tallista parisién puso arte genial en los bajorrelieves. Nada choca en el estilo general del salón. Repisas, jarrones, cuadros, estátuas, todo obedece a una armoniosa sencillez. Y condiciendo con la advocación del santo francés que patrocina las cacerías y da nombre a la valiosa propiedad, el reloj de San Huberto con mil días de cuerda, marca las horas amables de la estancia. La biblioteca, bien nutrida de obras seleccionadas y con su colección

completa de tratados deportivos, ofrece su dilecto regazo junto a la sala de billar.

Del «fumoir» tibio y lleno de luz, pasamos al jardín. Incipientes son los parterres, pero la curva delinea con gracia cada cantero. Se prodigan las plantas de adorno, ligustros y pinos marinos. Sobre esta base, aquello será bien pronto un parque coquetón, de corte versallés y en donde los rosales darán la nota de alegre policromía en sus innumerables variedades. En nuestra presencia, dispone el dueño de casa la ubicación de los escaramujos que han de trepar por las ventanas que dan al valle. Un hábil jardinero combina con previsión las variedades apropiadas al clima y busca, para el conjunto del jardín, la estética ornamental evitando el hacinamiento de ejemplares y la nota pesada. Desde la estancia, el paisaje es realmente pintoresco. La laguna se extiende como un río a lo largo de la hondonada. El cuadro nos evoca las riberas del alto Paraguay en las proximidades de Asunción con sus lomas empenachadas de arbustos. Y por cierto que para Buenos Aires, desconocedor en absoluto de estas bellezas pampeanas, muy raro debe ser el simil entre la laguna salitrosa y el ancho río tropical.

En la cercanías del edificio, bajo caldenes y en amplia extensión, está el corral de las aves, planteles finos cuyos maravillosos ejemplares fundadores, aclimatados en la zona, se han prolongado en espléndida generación.

En un cuadro del bosque, más allá de la laguna, se extiende la faisanería tomando un perímetro de varias hectáreas preservadas y techadas por alambre teji-

do, a recaudo de los gatos monteses y de los gavilanes. En esta sección destinada a la cacería menor, un chalet semi oculto entre los árboles ofrece grato refugio en las accidentadas travesías del bosque.

El montaráz que guarda el precioso y nutrido plantel, nos habla de la acechanza de aquellos pequeños y ágiles felinos sobre las aves inocentes.

—Estos gatos tienen el alma de Lucifer, — nos dice. —Hace tiempo, se coló uno por una falla del cerco y en dos minutos mató más de una docena de faisanes.

—Le hago un buen regalo, — le dice el doctor Luro, — si se anima a limpiarme de gatos esta parte del monte.

—¡Quién sabe si es posible, doctor!... Son andariegos... Hace una semana he muerto un gato montés de aquí a una legua... Lo agarré a tiro porque andaba rengo. Que yo sepa, la pata que le faltaba quedó en uno de los cepos armados aquí nomás. Son muy bandidos estos gatos...

Pero con toda la habilidad de estos montesinos que no dejan en paz a los faisanes, una media docena de pellejos barcinos... estaqueados al sol, demuestran claramente que donde las dan las toman...

El cuadro de los ciervos ocupa el bosque extendido a lo largo de la laguna. Hasta allí, y por cañerías que vienen del gran tanque situado en la proximidad de la estancia, llega el agua nutricia. En este perímetro se han distribuído los tablones de cebada. Han procreado mucho estos gráciles rumiadores, que dejan año a año sus estriadas ornamentas entre la ramazón. En ellos, posiblemente, está el incentivo de la próxima montería.

Mientras bajamos a la laguna, un grupo de ciervos se entrevera en el monte con el recelo habitual.

A espaldas del chalet, hacia el oeste, está el trozo de bosque destinado a los jabalíes, monte bravo donde la caza mayor tiene sus más gratas y accidentadas emociones. También se ha propagado notablemente esta especie cuyos jabatos tienen tan exquisito sabor, sobre todo después de la correría emocional por la maraña.

Finamente guiados por el dueño de casa, hemos recorrido todas las dependencias de San Huberto, apreciando en su justo valer ese espíritu cultivado del doctor Luro, que no pone reparos para dar todo el efecto de la nota bella y armoniosa en la hospitalaria mansión. Ensaya la aclimatación de plantas nuevas, difunde el árbol y busca para el jardín motivos de eterno color, capaz de mantener la alegría, salud espiritual de los selectos. Nos encanta ese noble romanticismo, franco y optimista, en su amplia cultura. Bremontier llenó de pinares las riberas medanosas de la Gazcuña; para Luro no debe haber sólo caldenes en la Pampa. Sin dejar de lado la flora regional, respetando esos magníficos ejemplares de largas centurias, la arboricultura exótica de la región le lleva al parque civilizado. El chalet, medio oculto al naciente por árboles montaraces, emergerá como una nota vívida de entre la verdura de los eucalitos y las araucarias y el amarillo de los aromos.

Hasta el cuadro de los fresnos que acaba de plantar en el suave repecho que se inclina desde el gran tanque distribuidor hacia el edificio, suelen venir los ciervos en busca de la mielga verdegueante y fresca y a

afilar los puñales de sus cuernos. Llegan con la tarde, en la impunidad vesperal, sin que pueda el alambrado poner obstáculo a sus ágiles remos. ¿Cómo repeler esta salvaje incursión que descorteza los arbustos tiernos y abre claros en el elegante plantel? ¿Los ciervos o los árboles? Grave dilema.

—Suélteles los perros, — ordena el propietario al hortelano. —

—¡Pero, si vuelven, señor!... Son curtidos...

—Entonces una perdigonada discreta, que los castigue. Por los cuartos, nomás... A sesenta metros, con munición perdicera... ¡No faltaba más que van a destruir los árboles!...

Sospechamos que la instrucción no dará pie al guardián a que se le pase la mano en el calibre de la munición y en la puntería. ¡Cáspita! Cuesta quinientos pesos cada uno de estos gráciles cuadrúpedos. Pero, si así ocurriera, le quedaría el consuelo al doctor Luro de haber estado del lado más noble de la defensa.

Tal le ocurrió al presidente Avellaneda, en su quinta de Temperley, ante el avance de la rama vigorosa de un eucalito, sobre la cornisa del edificio.

—Va a echar la casa abajo, — arguyó el administrador. — ¿Lo cortamos, señor?

—¿Cortarlo? Rectifique el muro, si es preciso; pero usted no me toca una hoja de este árbol.

Así hablaba el gran argentino, hijo de las florestas tropicales.

*
* *

San Huberto representa un considerable esfuerzo, cuya obra ostensible se embellece con la insinuante subjetividad que fluye de la naturaleza y el arte, en magnífico consorcio. Fué en sus comienzos esta heredad bosque bravo en sus tres cuartas partes de extensión. De aquella floresta, donde los árboles progenitores se levantan sobre troncos de más de cuatro metros de circunferencia, fué necesario abrir claros para facilitar la industria pecuaria, asegurando a las haciendas la umbría de los árboles, fresca en verano y reparadora en la estación invernal. Y he aquí la belleza nativa, consagrada por obra cultural, en nota de arte bajo la exigencia de la razón científica y de la necesidad. Y no ha desaparecido con esto el panteísmo silvestre de la maraña. Mientras se galopa por el bosque, absorto el espíritu bajo la influencia del paisaje, cada abra suele darnos la sorpresa de un grupo de bovinos, nobles por refinamiento, fornidos y dóciles; o el paso de la cabalgadura espanta la tropa de tímidos antílopes que se esfuma entre los espinosos matorrales.

Un gran cultor del árbol, esteta y naturalista, don Carlos Thays, antiguo director de parques y paseos y a quien tanto debe el país, en lo que se relaciona al cultivo y divulgación de nuestra flora, visitó, hace algunos años San Huberto. Y fué tan viva su impresión por la obra realizada por el doctor Luro, para destacar la belleza de los caldenes, que, un año después, en el congreso forestal de París, mencionaba con entusiasmo el amor de este argentino a la flora indígena de un territorio cuya exaltación al rango de provincia constituye su más viva preocupación y su más férvido anhelo.

Los propósitos cardinales del doctor Luro sobre San Huberto, han sido hacer de esta propiedad un establecimiento agropecuario modelo. Los grandes valles silvícolas, abiertos a hacha, son aptísimos para la agricultura por los detritus foliáceos, acumulados durante siglos en la superficie. Sin duda alguna, este descuajamiento de grandes trechos de bosque, ha debido costar ingentes sacrificios pecuniarios, en tiempo en que, por abundancia del carbón, la leña de calden no tenía incentivo como combustible de negocio, cubriendo escasamente el transporte. Hoy por el contrario: la valorización del calden será una providencia para San Huberto, siempre bajo el sistema de desmontar macizos de selva, abriendo claros de distintas dimensiones para entregarlos a las nobles industrias rurales. Para facilitar la explotación leñatera, se está construyendo un ramal ferroviario de la línea del Pacífico que se internará en la propiedad en una extensión de 12 kilómetros. La agricultura ha sido un poco esquiva estos últimos años en la comarca. Sequía, langosta, heladas y granizo, pasaron como por arte de maleficio. En cambio, la guerra viene a ofrecerle una compensación reparadora.

Administra este importante establecimiento el señor Ernesto Martí, hombre joven e inteligente, capaz de contribuir con eficacia a la obra tesonera y pujante que se ha impuesto su propietario.

Después de las gratas enseñanzas que nos ha dejado San Huberto, amén de la importancia de sus cultivos, del proyecto de viñedos, de su plantación frutícola, de la explotación leñatera del fondo de sus bos-

ques por un desvío próximo a tirar por el ferrocarril; después de todo lo hecho y en vías de hacer; después de valorar en todo su alcance el resultado de esta acción civilizadora, bien podemos asegurar que esta obra hace honor a la Pampa.

Ya el doctor Torres, juez letrado del territorio, hombre talentoso y elegante en su apreciación conceptual, había tenido una expresión feliz para San Huberto:

—Es una institución nacional, — había dicho.

Y ha dicho bien.

* * *

No queremos cerrar este capítulo sin una remembranza que trajo el azar.

Visitando los montes y el campo con el doctor Luro, se alzó de una laguna la nube de ánades y flamencos. Fué allí donde, años atrás, el duque de Montpensier, cinegeta experto, en compañía de otros cazadores invitados por el doctor Luro, recogía una nota pintoresca para su «portfolio» de incansado viajador. Aquella laguna no parecía violada aún. Era una ciudad toda rosa compuesta por miriadas y miriadas de flamencos. Se distribuyó en forma conveniente la partida, acometiendo a voz de mando contra las aves. ¡Qué carnicería! Pero, lo curioso del caso es que aquella urbe gigantesca, que revoloteaba despavorida, había establecido su población urbanizada en la margen de la laguna. Con

barro fino habían levantado sus nidos por centenares en una enorme extensión. A distancia, poniendo un istmo de barrera entre la vida y la muerte, se levantaba el cementerio común, donde los huesos de las aves progenitoras podían levantarse a paladas. Por cierto que esta característica, que define el concepto de disciplina y el amor nativo de estas aves, escapó para «El pájaro» a las observaciones campesinas de Michelet.

El duque de Montpensier, principe real, hermano de la ex reina Amalia de Portugal y del duque de Orleans, francés de origen y marino español, había venido al Río de la Plata en la «Nautilus». En Buenos Aires se preparó en su honor esta cacería pampeana. El ilustre viajero, matador de paquidermos en Africa y de tigres de Bengala en las selvas del Ganjes, tenía grandes deseos de llevar una batida al puma criollo. La partida, organizada con todo el «savoir faire» de estas excursiones montaraces, se llevó a cabo en estos mismos montes y campos circunvecinos. Guanacos y avestruces cayeron a centenares bajo el proyectil certero de los cazadores. Tembló el monte entero ante aquella irrupción diabólica desatada contra toda la zoología silvícola. Pero el puma, más cauteloso que la tigre de Ruben «con su lustrosa piel manchada a trechos», no aparecía por ningún matorral del bosque ni dejó oir su rugido de amor en la siesta canicular. Sin embargo, el anecdotario narró después, la noble ultimación de la bestia y se encargó en corrillos sociales de dar todo el colorido que reclamó la hazaña...

En un claro del bosque se apostaron los cinegetas. La fiera, perseguida por un cordón de jinetes, tenía

que desembocar, forzosamente, en el abra que la ponía al descubierto de los fusiles. Se dejó ver, por fin, «chispeante el ojo verde y dilatado», erguido el testuz, zahareña, elegante, llena de orgullo montaraz. Cesaron de latir los corazones. Era para el ilustre huésped la pieza brava.

Un silencio aterrador se apodera del bosque.

El puma avanza.

El duque, espera.

Va a producirse el encuentro trágico.

¡Guay del que yerre!

Hasta el viento ha enmudecido bajo la gloria del sol.

Se miden los rivales.

Afila su garra la bestia, mientras el hombre impasible, aguarda la salvaje agresión.

El puma avanza.

El duque, espera.

Se decide por fin el encuentro. Se atreve la fiera bravía. Cuatro saltos la ponen a diez pasos del duque. El duque entonces, inmutable, frío, lleno de noble serenidad, requiere su escopeta. Dispara. Y viene la fiera a caer a sus pies echando espumarajos de sangre. La bala le ha atravesado el corazón.

Así, según comento, terminó esta clásica cacería.

Horas después, en San Huberto, el duque de Montpensier encontraba las armas de su casa sobre el envase de un rancio cognac que el obsequioso anfitrión adquiriera, años atrás, en una célebre bodega de Francia.

CAPITULO VI

La colonia israelita Narcisse Leven. — La obra de un gran filántropo. — El barón Mauricio de Hirsh. — Perfiles de una vida consagrada al bien. — La inmigración a la Argentina de judíos rusos. — La Jewish Colonization Association. — 30.000 hectáreas bajo cultivos. — Cómo está distribuída la colonia. — Contratos de arrendamientos y promesas de venta. — Medios de vida y de labor. — Malas cosechas y buenas intenciones. — Frutales y cercos protectores. — En busca de surgentes. — El condominio del agua y las diseciones de vecindad. — Las escuelas del Estado. — La instrucción nacional y la hebrea. — Un ofrecimiento de tierra para chacra experimental. — El huerto abandonado. — Al cruzar la campiña.

En Villa Alba hemos visitado la colonia Narcisse Leven (La Esmeralda) de la Jewish Colonization Association.

La Jewish Colonization Association, asociación internacional con colonias en Brasil, Canadá, Palestina, etc., etc., fué instituída con el cuantioso legado del barón Mauricio de Hirsch, filántropo israelita y hombre de altos prestigios en el mundo de las finanzas. En nuestro país, esta institución posee colonias en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Santiago del Estero y Entre Ríos y en la Pampa Central.

El administrador general de la colonia, don Alejandro Sel.gsohn, esboza someramente la biografía del ba-

rón de Hirsch y nos da algunos detalles sobre la iniciación de la obra humanista de este hombre superior.

—El barón de Hirsch, — nos dice, — fué una figura excepcional que dedicó toda su existencia a mejorar la situación de los hijos de Israel. Dotado de una clara inteligencia y poseedor de una gran fortuna, heredada de su abuela paterna y acrecentada con el patrimonio de su esposa, se inició en la vida de las grandes obras con la construcción de ferrocarriles en Austria, los Balcanes y Rusia. La idea de unir la Europa oriental con el lejano occidente por medio del ferrocarril, no gozaba en Europa de auspicios ni entre los gobiernos ni entre la banca y los hombres de empresa. El barón de Hirsch, contra viento y marea, llevó adelante su propósito civilizador. Y fué éste su primer gran éxito financiero, en contraposición al pesimismo ambiente y a la incredu lidad de los hombres que parecía uniformada contra su decisión.

La dirección personal de estas grandes obras, le dió motivo para compenetrarse de las condiciones lamentables en que vivían los israelitas de oriente, debido, en primer término, a la falta de instrucción y de una orientación levantada y patriótica para ganarse la vida. Sus sentimientos altruístas le llevan a cooperar en forma eficiente en el sostenimiento de la Alliance Israelita Universelle, poniendo a disposición de esta entidad una suma considerable, cosa de extender su radio de acción en toda la Turquía europea. En 1873 dió un millón de francos a la Alliance para creación de escuelas; y a partir del 80, hasta su muerte, tomó a su cargo la obligación de cubrir su déficit anual que sumaba cente-

nares de miles de francos. Y no contento con estos valiosos desprendimientos, durante la guerra ruso-turca estableció hospitales para ambos ejércitos sufragando los gastos de sostén y entregando al propio tiempo, a la emperatríz de Rusia, 40.000 libras esterlinas con fines humanitarios.

Los padecimientos de los israelitas en Rusia, privados de derechos políticos y hasta civiles, mucho más lamentables que la de los judíos en Galitzia, Turquía y los Balcanes, le inspiró un proyecto tendiente a mejorar sus condiciones de vida. Su propósito era favorecer a los israelitas con disposiciones adoptadas en Rusia mismo, sin tener que adoptar el medio extremo de la emigración. Pero el gobierno ruso, celoso de sus leyes dictatoriales, no quiso admitir la generosa oferta que alcanzaba a 80.000.000 de francos con destino a propósitos educacionales, sólo con la facultad exclusiva del empleo y control de esta suma, aceptaba el gobierno el donativo, lo que no pudo ser aceptado por ningún concepto. Frustrada tan noble tentativa, se dió cuenta Hirsch que el único plan factible para ayudar a los israelitas rusos era sobre la base de la emigración. De ahí nació la asociación internacional constituída bajo las leyes inglesas y denominada Jewish Colonization Association.

Conviene conocer por boca de su mismo gestor los propósitos básicos de esta asociación: «Facilitar y promover la emigración de los israelitas de todos los países de Europa y Asia, — había dicho el barón de Hirsch, — y especialmente de aquellos países donde fueran o pudieran ser sometidos a gabelas especiales, inhabilitaciones políticas u otras arbitrariedades, a cualquier otra

parte del mundo. Fundar y establecer colonias en varios países del norte y sur América y otros países también, con fines agrícolas y comerciales».

Constituída la asociación, dirige el barón Hirsch un llamamiento a los israelitas de Rusia, instándoles a aceptar esta emigración forzosa para sus destinos y su mejoramiento. Y, — cosa rara, — el mismo gobierno de Rusia, que rechazara su oferta años antes, le prestó su contingente para organizar su sistema de emigración. Se inicia un comité central en Petrogrado y más tarde, en pleno auge la Jewish Colonization Association, se organiza la junta central definitiva en París, compuesta por personajes de respetabilidad de diversas naciones, judíos de Alemania, Francia, Inglaterra y Bélgica.

Esta es, a grandes rasgos, la obra capital de este gran benefactor, — termina nuestro informante, — para quien «los cuarenta años del desierto», de que nos habla la Escritura, si no podían ser eludidos, por lo menos podían ser abreviados. Para el mejor recuerdo de su obra dedicada al bien y al perfeccionamiento, no puede otra frase ser más consagratoria que su propia expresión, cuando contestaba un mensaje de pésame por la muerte de su hijo:

—He perdido a mi hijo, mas no a mi heredero. La humanidad recibirá mi herencia.

*
* *

La colonia Narcisse Leven tiene 46.000 hectáreas, de las cuales se cultivan año a año un término medio de 30.000. El resto del campo, con pastos naturales o viejos rastrojos, se destina a la ganadería, — vacunos en su mayor parte. — Hay, además, 800 hectáreas de alfalfar.

Pueblan la colonia actualmente 265 familias que constituyen un total de 2.075 almas. Los agricultores colonizados son 1.852 y emigrante 223, rusos todos, salvo algunos rumanos.

—¿Y en qué condiciones se establecen los colonos? — interrogamos al administrador.

—Se formaliza un contrato de arrendamiento, fuera del cual se otorga al colono un crédito de 3000 pesos correspondiente a tres anualidades. Este crédito comprende menesteres rurales, la casa del poblador, alambrados, implementos, etc. Pagadas las tres anualidades, se hace un contrato de promesa de venta. Cada chacra tiene una extensión de 150 hectáreas, costando al colono, al finalizar el contrato de venta, — es decir, en un término de 15 años, — 90 pesos más o menos. En esta cantidad están involucrados los intereses del 4 %.

—¿Y qué elementos de labor entrega la compañía al colono?

—En primer término, le proporciona la población, consistente en dos habitaciones y cocina de chapas de fierro. Sobre este cuerpo, puede el colono hacer ampliaciones que quedan para la asociación, sino llega a finalizar su contrato y a hacerse propietario efectivo de su chacra. Se le da, además, 2 vacas, 10 ó 15 yeguarizos, un carro ruso, un arado, una rastra y los elementos ne-

cesarios para alambrar su predio y una hectárea junto a la población, a manera de corral.

Nos llama la atencin que a pesar de que la colonia lleva ya ocho años de establecida, sólo un colono ha podido pagar los 3000 pesos que corresponden a su contrato de arrendamiento para quedar en condiciones de formalizar el contrato de promesa de venta.

—Esta circunstancia, — nos dice el administrador, — hay que atribuirla a las malas cosechas. Con un buen año como el que asoma, es probable que la mayoría de los colonos apresuren sus pagos de locación, adelantándose en la propiedad definitiva. Tiene usted un síntoma que habla por sí sólo: desde la fundación de la colonia a la fecha, sólo se han retirado diez familias, mas dos o tres que ha sido necesario desalojar por ser elementos de disgregación. Otro detalle sugerente sobre el arraigo a que aspira el colono, es que muchos que no están al día en sus compromisos con la colonia, han construído casas con materiales completamente nuevos y se han rodeado de ciertas comodidades de carácter definitivo.

Pensamos, sin contrariar la palabra respetable de nuestro interlocutor, que estos síntomas tienen más atingencia con el espíritu previsor de ciertos colonos, que con el propósito de arraigo en una colonia a la que están sujetos por compromisos severos y dilatorios. Y una prueba de ello es que cada colono busca, cuando puede, su pequeño desahogo en la ganadería: compra sus vaquitas y sus pocos lanares para defenderse en los momentos de apremio. Si por necesidad y por ingratitud de las cosechas, está obligado a permacer hasta que la tierra le pertenezca en patrimonio, nada más justo

que trate de buscar un poco de holgura para pasarlo mejor. Es así cómo se explica que, aparte de la tendencia general por la monocultura, muchos colonos dedican atención a la huerta, plantan árboles, crían aves de corral y hasta se dan el lujo de una porqueriza. Se cita el caso de un colono que ha comprado 300 frutales de su propio peculio; y, según cálculos, hay en la colonia alrededor de veinte y cinco quintas cultivadas con buen éxito.

La administración se ha interesado mucho en las plantaciones. Ha comprado árboles en el vivero de Argerich, distribuyéndolos entre los colonos y ha ensayado con dedicación el cultivo de tunas sin espinas traídas de Puerto Militar y con destino a cercos vivos. La quinta de la administración, antiguo plantel de la estancia La Esmeralda, que fué de Basset e Hilairet, está rodeada de frondosos tamariscos, cuyos cortes de poda son plantados junto a los deslindes y caminos, organizando así un sistema de arborización y defensa cuyos resultados serán de gran importancia para la zona.

El cultivo general de la colonia es trigo, aparte de pequeños retazos dedicados a otras gramíneas. La maquinaria agrícola es diversa. Se prefieren los arados Secretario reformado y Molinet, que hacen una labor de una hectárea y media, si tiene dos rejas, y dos hectáreas, si tienen tres, término medio. La roturación de estas tierras se practica en los meses de marzo, abril y mayo. Se utiliza la sembradora Superior de veinte discos, que puede trabajar ocho hectáreas por día. Muchos colonos poseen sembradoras adquiridas directamente en las casas importadoras de Buenos Aires y Bahía

Blanca. Funcionan en la colonia 130 cosechadoras marca Golondrina y Australiana, con peines. Se están ensayando las cosechadoras a cuchillo que parece dan mejores resultados.

El agua del subsuelo varía en la colonia entre los 8 y 100 metros de profundidad. Las fluctuaciones en los precios de las cañerías, — según nos informa el administrador, — han sido óbice para ensayar pozos surgentes, que, tenemos la intuición, hubieran dado resultados, como ha ocurrido en Guatraché. La tosca se encuentra entre los cincuenta centímetros y un metro y medio de profundidad.

Para el servicio de cada dos casas hay un molino de viento. Este condominio suele ser a veces, manzana de discordia. No siempre una distribución equitativa de tan preciado bien, mantiene la paz vecinal. Pero para estos pleitos hay una comisión de arbitraje dentro de la Unión Cooperativa Agrícola, constituída por los colonos con autonomía propia y a título de fomento y economía social. Para evitar estos diferendos, hay colonos que han preferido construir su molino, — que ya lo dijera la Escritura, — «cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera».

En la proximidad de la administración se han construído una veintena de casillas de chapas de fierro, destinadas al elemento emigrador, a negociantes y peones. Los letreros de esta alqueria, alineada a ambos lados de la calle de acceso al edificio central, denuncian el mercadito, el almacén, la tienda y el taller de calzado.

—¿Y las escuelas? — interrogamos al administrador.

—En eso estamos bien, — nos responde con cierto énfasis, — Hay seis escuelas en la colonia. Además, muchos niños de los colonos van a recibir instrucción a Bernasconi. Las escuelas primitivas tenían tres grados. Ahora la enseñanza se ha reducido a dos. Hace un par de meses que estos establecimientos se han puesto bajo la dirección oficial del gobierno. De manera que sus maestros son nacionales, como asimismo la instrucción que se suministra. Hay en cada escuela alrededor de sesenta educandos. Los edificios constan de dos aulas y de dos casas separadas, una para cada maestro.

Y ampliando sus informaciones, pone en nuestras manos el convenio suscripto con la inspección nacional, por el cual la compañía entrega al Estado por un plazo prudencial los edificios y útiles escolares de que dispone. En cambio, la empresa queda con el derecho de dictar sus clases de religión y de hebreo en la misma aula. Este sistema heterogéneo de enseñanza no nos parece ni pedagógico ni moral. Tutelada la escuela por el gobierno de la nación, no cabe otra enseñanza que la dispuesta por los programas vigentes. Ni se concibe tampoco, que después de abandonar el aula el maestro argentino, que cultiva el sentimiento argentino, en aquellos niños, argentinos también, ocupe el mismo pupitre un maestro ajeno a nuestro plan de estudios que va a instruir en lenguas exóticas y religión, contraviniendo al sistema laico de nuestra enseñanza.

Este detalle que conviene conozca el ministerio de instrucción pública, se atempera un tanto con otra nota simpática.

—La administración de la Jewish, — nos dice el

señor Seligsohn, — cedería de muy buen grado al ministerio de agricultura 25 hectáreas en Bernasconi para establecer una cnacra experimental. Con este objeto contribuiría la compañía con una casa de dos piezas, molino, alambrados, etc. Esta chacra podría transferirse por un plazo largo y no sería difícil que la compañía contribuyera con una subvención.

En compañía del administrador recorremos la huerta y la quinta de frutales. Prosperan los eucalitos, los sauces, los coníferos y las acacias. La horticultura rinde bien pero no se significa por una dedicación especial. Apena la quinta de frutales con más de diez hectáreas de extensión, con los árboles sin podar aun y en el más completo abandono. Fué, sin duda, un primor en manos de su dueño primitivo, que alineó con esmero los camellones y se prodigó en selección y variedad. Esta quinta, cuya formación costó más de 30.000 pesos, revela el espíritu emprendedor del señor Basset, entusiasta francés que dedicó sus más nobles energías al progreso del territorio.

—No me dan peones para su cuidado, — nos dice el administrador, en justificación de aquella orfandad en que agoniza el huerto.—

Y pensamos que sacrificar las plantas es contravenir los manes del ilustre altruísta Hirsch, que buscaba la felicidad de los hombres en el arraigo, en el hogar, a la sombra de la familia y del árbol bienhechor. Pero el amargo sedimento se disipa pronto. Ha vuelto a correr nuestra máquina por los campos. Cruzamos el valle bordeando los trigos, y cuando ganamos el repe-

cho, una visión de grandeza, se apodera del espíritu. Se domina el amplio panorama de la colonia, salpicado de casitas y matizado de cultivos. La línea de las lomas se quiebra suavemente, insensiblemente. Una brisa suave pasa acariciando las sementeras como el aliento de Dios...

CAPITULO VII

La Asociación de Fomento Agrícola del Cuarto Departamento. — Algunos guarismos reveladores. — 220.000 hectáreas cultivadas. — La subdivisión paulatina. — El latifundio de Hucal y las poblaciones progresistas de Abramo, Villa Alba, Bernasconi y Jacinto Arauz. — Bases fundamentales de la Asociación de Fomento. — Lo que nos dice su presidente, D. Ignacio Laza. — Arraigar al colono. — Lineamientos generales. — El mutualismo como cimiento del esfuerzo agrícola. — Observaciones del agrónomo Tassart. — Por qué emigran los jóvenes rusos. — Cultivos, plantaciones y estudios del subsuelo. — Un organismo social de primer orden. — El carácter argentino de la obra. — Amar la tierra que produce y amar a la nación. — La gestión eficaz de semillas y crédito para los chacareros. — El camino de Abramo a Lihuel Calel. — La iniciativa privada del señor Laza. — Una línea telefónica de gran utilidad.

La impresión más grata que nos ha dejado el cuarto departamento de la Pampa, que acabamos de visitar, es la que se relaciona con la organización de la Asociación de Fomento Agrícola-ganadero.

El cuarto departamento, denominado Hucal (laguna profunda), comprende la estación de Hucal y las florecientes localidades de Abramo, Bernasconi, Villa Alba y Jacinto Arauz, centros todos llenos de vitalidad y de porvenir. Sin duda alguna, la forma decidora con que el ferrocarril atraviesa este departamento, equidistante de los focos de colonización y dividiendo medio a

medio aquellas 200 leguas aprovechadas en toda su extensión, ha operado un desarrollo parejo, cimentando de firme las industrias agropecuarias.

Sobre el millón de hectáreas de extensión, 220.000 están entregadas a cultivos, correspondiendo en su totalidad a trigos, salvo un 5 por ciento de avena. De este total de sementeras, comprenden los cultivos de arrendatarios, un 65 % y un 35 a propietarios. Las cuatro quintas partes del área total del departamento corresponden a campos de ganadería, dándose preferencia al lanar. No hay industrias de otra naturaleza, salvo el molino harinero de Villa Alba y la sal de Bernasconi, muy buena y en explotación desde hace veinte años. Como centro agrícola de gran significación en la zona, figura la Jewish Colonization Association, empresa judía de la que nos ocupamos en capítulo aparte. La tierra va subdividiéndose paulatinamente, aunque no con la celeridad que sería de desear. Alrededor de este problema concretará todo su empeño la naciente asociación de fomento agrícola. Apena el enorme latifundio con cabecera en la estación Hucal, todo un condado de veinte y tantas leguas. Cierto que su poseedor, don Diego de Alvear, le saca el jugo a la tierra, sembrando sin medida y tirando alambrados para sus parcelas. Y cultivar es servir a la nación. Pero es verdad también que el hermetismo de aquel feudo, puesto como una enorme piedra al paso del camino, resiente la vialidad y retarda el progreso colectivo que debe ser nuestra más sana aspiración nacional. El comprobante de esta premisa está en la exigüedad de la estación Hucal, pulmón de la estancia, pero que se nos antoja una

piedra de segunda agua engarzada a esta brillante cadena de pueblos, potentes y sanos, que viven del propio oxígeno de su vitalidad.

Trata, en término general la sociedad de fomento agrícola, de arraigar al colono, poniendo a su alcance los medios de cultura y bienestar. Pasa de 1500 el número de colonos arrendatarios, distribuídos en la zona. Entre el que arrienda y el que posee el terreno, hay, generalmente un intermediario. Esta intercepción es, casi siempre, la que consigue mayor usufructo. El dueño del campo apenas recibe un dos por ciento de lo que produce. El colono, vive, sencillamente. El que lleva la mejor parte es el subarrendatario, interpuesto a menudo, como factor de utilitarismo y regresión, salvo en los casos en que, persiguiendo moderadas utilidades, vincula con medianerías al colono y le proporciona medios de vida y de labor, lo que significa exponer capital.

—El desideratum de nuestra obra — nos dice el señor Ignacio Laza, presidente de la novel asociación y hombre de carácter y prestigios bien ganados — es tentar por todos los medios, el arraigo definitivo del colono. — Hay que hacer obra argentina, sobre todo; y creo que esta es la forma eficaz para estimular al agricultor y seleccionar la inmigración que conviene a nuestras tierras.

Y nos explica con calor, el plan general de la obra emprendida cuya realización ha despertado verdadero entusiasmo en toda la zona.

—Es ardua la tarea que nos hemos impuesto; pero hay necesidad de enseñarle al colono que debe buscar

su tranquilidad con la chacra combinada. Variar los cultivos, cosa de no exponerse a los fracasos, es una precaución fundamental. Y si a esto agrega la necesidad de no descuidar la ganadería, y criar unas pocas vacas u ovejas, el colono se pone a recaudo de la miseria. Si cada familia de colono arrendatario, logra dedicar su atención a un hato de vacas, diez o quince aunque sean, sume usted el incremento ganadero, que en conjunto puede tomar la región. Esto, amén de otras especulaciones caseras: la cría de cerdos y de aves, por ejemplo, que traen aparejados los cultivos hortícolos y que suponen un perfeccionamiento en la vida rural.

El ingeniero agrónomo Enrique Tassart, con asiento en la zona sur de la Pampa y que es un observador sagaz y tiene ingerencia en el desarrollo de la Asociación de Fomento Agrícola, refuerza los argumentos del señor Laza sobre la necesidad de mutualizar el esfuerzo agrícola. Para el señor Tassart, es menester organizar un estudio prolijo sobre los factores que se oponen al arraigo del colono y resienten la selección. Opina con toda razón, cuando nos dice:

—Los rusos, que abundan tanto en la zona, no son agricultores de profesión. Su tendencia se orienta, casi siempre, en el sentido de ganar unos pesos y establecerse con algún negocio. Puede justificarse esta idiosincracia especial en diversos casos. En muchas colonias ocurre que la tierra está distribuída sin equidad, con respecto a sus condiciones productivas. No todas están bien ubicadas ni rinden con el mismo resultado. Esta circunstancia provoca el malestar en muchas familias y es por ello que el colono tiende a emigrar o a estable-

cerse, aparte de los factores atávicos, que tendrán su influencia, pero que no es del caso profundizar. Hay que tener en cuenta que la colonización rusa en toda esta región, comprende, en Bernasconi, un 67 % con respecto a la superficie cultivada y en Abramo un 56 % con respecto a los arrendatarios.

Hace algún tiempo que en el cuarto departamento comenzó a producirse un éxodo de juventud moscovita. El agrónomo Tassart, deseoso de puntualizar esta emigración, que podía ser sintomática, abrió una encuesta.

—¿Por qué se van? — interrogó a los jóvenes rusos.—

—Nos vamos, porque la tierra no produce...

Esta respuesta, muy generalizada, pudiera ser desconcertante. Pero por suerte, una declaración fidedigna viene a poner en claro, la razón fundamental.

—Ellos se van — dice un joven de arraigo en Villa Alba — porque quieren independizarse, formar su hogar, salir de una vez de la tutela paterna.

Y en fuerza a su tesis, se explaya en pormenores del hogar, las rencillas caseras, el desacuerdo entre padres e hijos y los disturbios de vecindad, sobre todo en las colonias donde se han establecido grupos de dos y tres casas juntas. Con estos antecedentes, la emigración tiene justificativo de carácter social pero no económico.

Volviendo a los propósitos que persigue la Asociación de Fomento Agrícola Ganadero, el señor Laza nos explica someramente los puntos cardinales que comprenden su amplio programa.

—Esta entidad, — nos dice — que nace bajo auspicios colectivos como una necesidad sentida en la re-

gión, contribuirá, en primer término, al fomento de la colonización oficial y privada. Sobre esta base que es la piedra angular, propenderemos con todo nuestro esfuerzo, a la subdivisión del latifundio, a abaratar los arrendamientos a prolongar los plazos y modificar la forma de pagos, generalmente impremeditada y extorsiva en la actualidad.

«Pondremos todo nuestro empeño en favor del cooperativismo y formación de sociedades de producción y seguros agrícolas.

—¿Mucho arrastran las compañías de seguros? — interrumpimos.

—Puede calcularse en algo más de 250.000 pesos el monto a que ascienden las primas de seguros. Ahora, si considera usted que sólo con el 43 % se pagan los siniestros, tendremos que emigran 142.500 pesos de la comarca. Organizando la sección seguros, este dinero se incorporaría a la economía local.

La Asociación gestionará, asimismo, la implantación de un régimen de valuación racional de impuestos a industrias relacionadas con la agricultura.

—¿Y con respecto a cultivos? — interrogamos.—

—Propenderá con toda decisión al cambio de sistema actual de cultivos, que tiene sus graves inconvenientes y fomentará la explotación mixta agrícolo-ganadera, o sea la granja modelo. Tratará la Asociación de introducir nuevos cultivos fundamentales, divulgación de frutales y forestales y prestará atención preferente a la industrialización de los productos.

—¿Y sobre estudios del subsuelo y la probabilidad de surgentes, se ocupará la Asociación?

—Está, igualmente, en nuestro programa tal propósito. La investigación subterránea está dando buenos resultados. En la región de Guatraché, son varios los surgentes que funcionan con un caudal definitivo y es de suponer que se puedan conseguir resultados prácticos por aquí.

—¿Quiere usted exponernos, en síntesis, los demás propósitos de la Asociación?

—De mil amores. Además de los fines que le he enunciado, la Asociación gestionará ante los poderes públicos y empresas ferroviarias el mejoramiento de la vialidad y de los transportes, abaratamiento de fletes y alquiler de depósitos para productos agropecuarios. Fomentará, también, la formación de cajas rurales y funcionamiento de organismos de crédito. Organizará y propiciará concursos, congresos, exposiciones y ferias. Constituirá un tribunal de arbitraje para asuntos agrícolas y ganaderos. Aconsejará la destrucción de plagas, difundirá los conocimientos de interés general relacionados con la producción y en general propenderá al mejoramiento de la agricultura y al bienestar del colono. Estas son, en concreto, las bases generales.

—Nos parece muy interesante el programa — aducimos; — y aun cuando no se consiguiera llevar a feliz término todas estas bellas orientaciones, bastaría llenar una tercera parte del programa para asegurar el éxito de la institución.

—Con motivo de la fiesta del árbol celebrada el 2 de setiembre, la asociación ha realizado plantaciones en Jacinto Arauz, Bernasconi, Villa Alba, Abramo y

Hucal. El agrónomo Tassart dió conferencias alusivas muy interesantes.

Pensamos sinceramente que esta institución, organizada con carácter de federación de asociaciones, con comisiones vecinales en cada pueblo, va a ser de grandes resultados para la región. Por lo pronto constituye un organismo social capaz de operar una modificación completa en el sitema colonial del departamento, resentido por prácticas inveteradas que no armonizan con la cultura gremial a que hemos alcanzado, merced al mutualismo y la cooperación. Y si esto no fuera suficiente para su consagración, amén de otras ventajas igualmente significativas, el carácter eminentemente argentino de la obra basta por sí para que merezca la asociación nuestro más merecido apoyo. Convencidos estamos de la urgencia de poner un poco de argentinidad en estos campos. No siempre hemos de recrear nuestro espíritu en el florecimiento de los trigales y en el porvenir de los pueblos nuevos, dejando de lado los problemas sociales que deben reclamar toda nuestra atención. Hay colonias extranjeras que a pesar de su personería judicial son todo un estado, metido a manera de ingerto, a trueque de nuestra legislación y como un dique al sentimiento nacional.

Muy poco llega de argentino hasta estos centros exóticos, retazos de la Europa esclavizada, incapaz de evolucionar en esta convivencia con la República...

Y conste que no reza esta premisa con la colonización latina, cuya difusión en la Pampa ha sido de tan beneficiosos resultados, ni es nuestro deseo agraviar al agricultor individualmente, sea de cualquier nacionali-

dad. Nos referimos a determinadas «entidades colonizadoras» encerradas en prácticas ajenas a toda modernización y adaptamiento y en cuyos dominios tiene trabas hasta el empadronamiento y la instrucción nacional.

Sobre esta rémora — ese es el término — si no material, moral y política, por lo menos, mucho y bueno debe operar la asociación de fomento, tendiendo a cultivar el espíritu del colono y al hacerlo amar la tierra que le da su fruto, hacerlo también amar a la nación.

*
* *

No hemos de cerrar este capítulo sin poner de manifiesto los primeros frutos obtenidos por la Asociación de Fomento Agrícola del Cuarto Departamento. Por su gestión se ha conseguido que la Dirección general de caminos se ocupe de la vialidad departamental. Con el arreglo de caminos entre Abramo y el Bajo de los Guanacos, se allanará las dificultades del tráfico en una zona entregada de lleno a las industrias agropecuarias.

La asociación ha intervenido muy eficazmente ante el gobierno nacional para el préstamo de semillas. El señor Laza realizó personalmente las gestiones ante el ministerio de agricultura. Del resultado de su intervención, informa el juicio elogioso que nos formula sobre la acción del ministro Dr. Honorio Pueyrredón, quien prestó su más decidido concurso en beneficio de la zona, como asimismo el director de agricultura, Dr. Felipe Senillosa.

A pedido del presidente de la asociación, el Directorio del Banco de la Nación, dispuso que su sucursal de General Acha, prestara su ayuda a los colonos. Al efecto se concedieron créditos a razón de 7 pesos por hectárea y sin garantía. Son más de 150 familias colónicas las favorecidas con este préstamo a saldar el 31 de Marzo. El propósito de la asociación al asegurar para los agricultores la ayuda bancaria, oportuna y liberal, tendía a subsanar la falta de semilla.

La asociación ha tomado una participación activa y descollante en el congreso agrícola de Santa Rosa, siendo el señor Laza designado vicepresidente segundo. Bastarán, sin duda, estos antecedentes para demostrar la acción eficiente y progresista que ha comenzado a desarrollar la asociación.

Por separado, su presidente el señor Laza, cuyo gran dinamismo tiene fuerza de sanción, dá cuerpo a las más bellas iniciativas. Ha puesto en condiciones francas y expeditas el viejo camino de Bernasconi a las sierras de Lihuel Calel, en una extensión de treinta leguas, reduciendo la travesía de tres días en molestas tartanas, a seis horas de automóvil, sin fragosidades ni obstáculos de ningún género. Con su peculio particular está construyendo un camino desde la Colonia María Luisa, en Abramo, hasta el paraje conocido por Cuchillo-Co, es decir quince leguas de longitud. Este camino va a beneficiar grandemente los campos del recorrido donde está muy difundida la ganadería lanar. Por su esfuerzo y su iniciativa, y bajo su dirección, se construirá una línea telefónica entre Abramo y Lihuel Calel. Esta línea beneficiará a las siguientes poblaciones y estable-

cimientos del camino: Colonia María Luisa, Bajo de los Guanacos, Hucal Chico, Remecó Grande, El Mirador, El Pozo Hondo, Cerro Chato, La Escondida, El Lucero, San Diego, Zanjón del Indio, Los Tres Botones, El Puntero, El Porvenir, etc. Esta obra se ha comenzado a realizar con la cooperación de los vecinos beneficiados y sobre una base económica digna de anotarse como modelo: cada kilómetro costará 35 pesos, más o menos, distribuídos así: 18 pesos de alambre, número 12 galvanizado; más de 2 pesos de aisladores, con postes a 80 metros de distancia; 15 pesos de mano de obra. Los postes serán donados por cada uno de los vecinos beneficiados por la línea. Serán de calden y empatillados con la misma madera. El señor Laza ha contribuído, además, a la fundación de la escuela número 113, en la Colonia Santa Luisa, construyendo el edificio para su funcionamiento. Esta escuela proporciona instrucción a más de 40 niños.

No necesitamos agregar una palabra más sobre este gran trabajador, espíritu juvenil y fuerte que tan bellas cosas realiza, con noble entusiasmo, con desinterés, por amor al progreso y a la nación.

———

CAPITULO VIII

La Chacra experimental de Guatraché. — Los trigos del país. — Una opinión autorizada. — El Barletta, el Arrieta y el Riete. — Lo que dice el experimentador Backhouse. — El trigo Pampa. — Cómo se tergiversa la denominación de los trigos. — El Ruso sin barba. — Los experimentos de trigo Kansas. — Características de este cereal. — En las parcelas de experimentación. — La hibridación de las especies. — Trabajos de comprobación. — Resultados prácticos. — La oficina meteorológica. — Por la huerta. — El álamo simonii.

En Guatraché visitamos detenidamente la Chacra Experimental, establecimiento de aclimatación e investigaciones agronómicas dependiente de la Dirección de Enseñanza Agrícola.

La obra fundamental de esta chacra corresponde a la experimentación de trigos, iniciada en 1914 y que se viene prosiguiendo bajo la dirección del agrónomo inglés Guillermo O. Backhouse, de la universidad de Cambridge, contratado al efecto por el gobierno de la nación.

Opina Backhouse «que poco o nada se sabe respecto a los trigos cultivados en el país, excepción hecha de que se conocen ciertos tipos bien definidos que en realidad son mezclas obtenidas mediante tentativas más o menos afortunadas para clasificarlas con destino a semilla y haciendo completamente los caracteres morfológicos de la planta». Con esta idea, — agrega, —

en ciertos lugares se pone en práctica la mala costumbre de bautizar con nombres nuevos buenas muestras de semilla pertenecientes a tipos comunes y conocidos al solo objeto de aumentar su venta y su precio.

Esta desorientación en la nomenclatura de los trigos y falta de tecnicismo y pericia para clasificarlos, pusieron trabas al mejoramiento de las especies. El barletta, el arrieta y el riete, fueron, sin duda, los que mayor dificultad opusieron a los clasificadores, por la cantidad de variedades que a simple vista no presentan diferencias fundamentales.

Los tipos cultivados en la zona de Guatraché son: ruso sin barba, barletta y australiano; y en menor cantidad, los trigos pampa, francés y candeal. El trigo húngaro data de 1914, a raíz de la distribución de semilla efectuada por el gobierno de la nación. Estos son los tipos principales, pero las variedades son numerosísimas.

Backhouse, dice que el nombre de barletta en Guatraché o la región del sur, no tiene otro significado que el trigo barbado de primavera. Debido al hecho, — agrega, — de que los trigos son verdaderas mezclas parecidas unas a otras y fertilizadas, posiblemente por cruzamiento, resulta que se puede adquirir un trigo con el nombre de «pampa», que se aproxima al barletta, húngaro, ruso con barba o arrieta. El colono compra su semilla con un cierto nombre y la vende bajo la misma denominación, por más que en muchas ocasiones hace caso omiso de este detalle. El almacenero, si algo puede cambiar con el cambio, la vende bajo otro nombre.

El premio excepcional otorgado por la Bolsa de Ce-

reales en el certamen agricola de 1914, a un trigo híbrido del territorio, que se bautizó después con el nombre de «pampa», ha dado pie a la especulación de los vendedores de semilla. Todo grano que tenga cierta analogía con el cereal laureado, se denomina indistintamente «pampa». Y hasta la misma Chacra Experimental fué sorprendida con la adquisición de una partida de «pampa» apócrifo, que resultó ser un touzelle excepcional.

El trigo mayormente difundido en esta región es el ruso sin barba, que se siembra temprano y no es muy dañado por las heladas de invierno. Le sigue en cantidad el barletta. En la distribución de semilla de 1914, se entregó mayor cantidad de este trigo. Y la buena cosecha aseguró el porvenir del barletta en la comarca.

Entre las variedades introducidas en la Chacra Experimental, nueve son de origen ruso seleccionadas en Kansas (Estados Unidos). Sobre ellas se expresa así el señor Backhouse:

—Estas son una novedad dentro de su género y posiblemente resultarán de gran valor. Cinco de ellas fueron cosechadas y del resto se sacó lo suficiente para sembrar otras tantas pequeñas parcelas. También se cosecharon ejemplares del turqey red y crimean winter, como pertenecientes al tipo invernal de tierras secas, formando un total de siete. Estos trigos están particularmente adaptados a la zona pampeana, donde es menester sembrar temprano, porque haciéndolo en estación avanzada, el suelo escasea de humedad y se corre el peligro de que se formen médanos con la remoción del terreno. Las heladas de invierno no las afec-

tan en lo más mínimo. Además, espigan tarde cuando ya el peligro de las heladas ha disminuído grandemente, llegando a su madurez a fines de diciembre o en la primera semana de enero.

«El grupo perteneciente al arrieta y pampa-barletta sufre mucho por las heladas y de ahí proviene el incremento alcanzado por el cultivo del ruso sin barba. Los trigos de Kansas poseen hojas angostas y alargadas, con reducida superficie de evaporación, y su crecimiento de invierno es más bien de carácter rastrero, lo que evita que los fuertes vientos de invierno, cargados de partículas de arena, les hagan los mismos daños que a los de crecimiento erecto. El grano de estos trigos es una decidida mejora sobre el del ruso común, único representante de la clase a que pertenece».

Efectivamente: sobre las parcelas sembradas en mayo, hemos comprobado estos caracteres citados por el señor Backhouse. El kansas sufre la seca por su misma exigüedad foliácea; y su conformación rastrera es muy conveniente para los terrenos medanosos. Sin embargo notamos que el kansas está un poco atrasado con respecto a las demás variedades. Convendría, tal vez, sembrarlo en abril. El barletta del plantel que visitamos, en donde hay veinte clases en observación, ha sufrido las heladas algo más que el colombiano. El ruso está más bajo que el barletta. En general estos trigos (barlettas), están adelantadísimos, lo que importa decir que su siembra conviene efectuarla en julio, evitando así que reciba las heladas en plena florescencia. El trigo húngaro también se significa por cierta precocidad.

Con respecto a la hibridación de las especies, el experimentador Backhouse informa:

—La hibridación no reviste en esta zona la importancia que asume en el norte, porque si bien allí parece ser el camino más seguro para llevar a cabo un mejoramiento de los trigos, aquí los ensayos realizados hacen presumir que la introducción de nuevas variedades y la selección continuada de los tipos existentes, conducirán al éxito que se anhela. Sin embargo existen factores en distintas variedades que, aunados en una sola, producirían un producto mejor que cualquiera de las variedades consideradas aisladamente. Por ejemplo, el verdadero barletta no se desgrana, tiene una espiga dura al tacto y una gluma que imparte a la trilla su dejo de dificultad. Los puntos débiles del barletta en el distrito de Guatraché, ya han sido discutidos y tratados. En cambio, los trigos kansas, tan indicados en muchos respectos adolecen de una propensión al desgrane. Lo mismo puede decirse del trigo ruso con barba cultivado en las inmediaciones de Pontaut.

«Algo se ha hecho en Guatraché respecto a ésto. Se cultivaron sesenta cruzas de primera generación. La mayor parte de los cruzamientos se hicieron sobre un barletta, un verdadero representante del tipo, cuyas plantas estaban caracterizadas por una espiga grande, un grano lleno y de buen color que bajo ninguna circunstancia puede llegar a desgranarse en el campo.»

El ensayista en la Chacra Experimental es el agrónomo inglés Juan Willansson, que secunda con toda dedicación la obra de Backhouse.

* * *

Conviene, a título informativo, que nuestros lectores conozcan el resultado de los trabajos de comprobación realizados por este especialista en la zona de Guatraché. A tal efecto, reproducimos algunas de las conclusiones a que arriba Backhouse en su memoria elevada al jefe de las secciones agronómicas y experimentales:

«En los distritos de Guatraché y Alpachiri, — dice, — la cosecha fracasó a pesar de que el total de lluvia caída fué solamente menor en 84 mm. de la que cayera en Darragueira en donde la cosecha fué regular. De ahí se comprueba que en los distritos secos donde la tosca queda a escasa profundidad, la lluvia en otoño no influye en la cosecha venidera. La lluvia caída en el otoño de 1916 en Guatraché, fué excesiva, y sin embargo fracasó la cosecha. La siembra del trigo en aquella zona puede compararse con un cultivo en maceta; y así como no resulta práctico regar una planta en estas condiciones, cada día durante una semana y dejarla luego sin hacerlo durante la semana siguiente, no es posible tomar la lluvia de otoño como indicación de buena cosecha para el año en cuestión.

«Esto quedó bien demostrado por un estudio complementario de los almácigos sembrados temprano, es decir, a partir del 13 de abril. Estos cultivos iniciaron su periodo vegetativo en buenas condiciones y hasta septiembre hicieron suponer que iban a proporcionar los mejores rendimientos. En todos los almácigos se cavaron pozos de prueba que demostraron la presencia de mucha menor cantidad de humedad en los sembrados tempranos. La causa debe atribuirse a que el cultivo anticipado había llegado a un amplio desarrollo de hojas

y macollos, necesitando más agua para la evaporación, lo que dejó el suelo relativamente seco. Tan es así que en la primavera, cuando la temperatura se tornó más templada y la planta hubo de desarrollarse rápidamente, sufría más por la falta de agua que el trigo sembrado más tarde.

«Los almácigos de junio dieron mejor resultado que aquellos sembrados en julio, lo que confirma las deducciones del año anterior, en el sentido de que la siembra es la mejor, a no ser que la efectuare antes de mediados de mayo.

«Los almácigos dedicados al estudio de la influencia de la época de la siembra con relación a la variedad sembrada, resultaron tan interesantes como los del año pasado, habiéndose llegado a comprobar que, en términos generales, los tipos de invierno sembrados tardíamente, fracasan, mientras que los tipos de primavera sembrados más o menos en la misma fecha, aun en el mes de septiembre, dan cosechas parciales. Las mejores cosechas, aun de los tipos de primavera provinieron de las siembras realizadas en junio. La variedad chargarod (candeal) fué indudablemente, la más flexible de todas, pues, sembrada en septiembre, dió una cosecha bastante regular.

«Este es el primer año desde que empezaron los trabajos, que ha sido posible pesar los rentdimientos y calcular el rendimiento en quintales por hectárea, Los pesos obtenidos en los canteros de cien metros cuadrados, fueron los siguientes:

Cosechado a mano

VARIEDAD	Rend. por hectárea	Peso por hectl.
Chargarod................	7.50	80.10
Las Varas................	6.56	73.65
Defiance..................	6.25	69.55
Ruso 26/16..............	5.93	78.30
Kansas 3/16.............	5.54	76.90
Ruso 27/16..............	5.46	77.10
Colombiano..............	5.46	70.55
Barletta 80/15...........	5.46	68.85
Tuzela....................	5.31	70.65
Australiano..............	5.31	68.85
Barletta común..........	5.01	74.15
Pampa..................	5.00	75.00
Barletta 24/16...........	5.00	73.65
Turkey red..............	5.00	74.65
Touzelle de París.........	3.61	74.85
Ruso común..............	2.14	70.50

Cosechado a máquina

<table>
<tr><th>VARIEDAD</th><th>Rend. por hectárea</th><th>Peso por hectl.</th></tr>
<tr><td>Kansas 1/16..............</td><td rowspan="4">2.90</td><td rowspan="4">70.00</td></tr>
<tr><td>Kansas 1/16..............</td></tr>
<tr><td>Kansas 1/16..............</td></tr>
<tr><td>Kansas 1/16..............</td></tr>
<tr><td>Kansas 2/16..............</td><td rowspan="4">2.85</td><td rowspan="4">74.35</td></tr>
<tr><td>Kansas 2/16..............</td></tr>
<tr><td>Kansas 2/16..............</td></tr>
<tr><td>Kansas 2/16..............</td></tr>
<tr><td>Hurón....................</td><td>2.22</td><td>66.00</td></tr>
<tr><td>Ruso común..............</td><td rowspan="2">1.41</td><td rowspan="2">69.55</td></tr>
<tr><td>Ruso común..............</td></tr>
</table>

Después de nuestra detenida visita a las sementeras y planteles de ensayo, concentramos nuestra atención en la oficina metereológica, casi completa en su instrumental, muy bien instalada y en donde las observaciones se registran con meticulosidad.

Recorremos después, la huerta y el plantel de parque, con infinidad de forestales de significación, casi abandonado por la escasez de agua. Las hortalizas producen bien, especialmente los espárragos que se dan con una robustez maravillosa.

La chacra, en general, nos ha impresionado bien. Tal vez la diversidad de facultades, dentro de un mismo organismo, fuera un defecto de administración. Nos referimos a la autonomía de cada rama, dentro del establecimiento: Experimentación de cereales, metereología y chacra en general. Pero esto es un detalle de fácil solución.

La sección de horticultura y frutales está organizada con dedicación, arborizadas convenientemente sus parcelas. Prosperan los tamariscos, las tuyas y el coral.

Una amplia avenida bordeada de álamos simonii, impresiona agradablemente a la entrada de la chacra. El álamo simonii, adaptable al clima y fácil para su conservación, es una de las variedades más elegantes y graciosas como planta ornamental. Un vivero en Guatraché, podría ser el proveedor de todos los pueblos del sur de la Pampa, en donde se difundiría sin reatos en calles y plazas públicas como elemento de estética y edilidad.

CAPITULO IX

Las empresas pobladoras. — La «Guatraché land company limited». — Guatraché y Alpachiri. — Cómo se inició el centro urbano. — Chacareros tributarios y chacareros compradores. — Quintas y solares. — Valor de la tierra. — Superficie cultivada. — Fisonomía de la población. — Edificación, luz, edilidad. — Con el comerciante don Gaspar del Campo. — Situación ferrocarrilera y bancaria de Guatraché. — Un radio comercial de 100.000 hectáreas. — Perspectivas sobre el año agrícola.

Guatraché (1), situado en una región eminentemente agrícola, centro cabecera del Departamento Tercero, corresponde a la constelación de pueblos precoces afianzados en la colonia y vitalizados por el tren. Su urbanización data de 1908, a renglón seguido de constituirse la Guatraché Land Company Limited, empresa particular, a cuya iniciativa se debe, asimismo, la colonización de Alpachiri, sobre la base de los campos de Anasagasti y Girondo.

---

(1) «Guatraché», en la lengua de los puelches, quiere decir «muela brava».

En la reciente división geográfica del territorio, — mapa de septiembre de 1915, — se atribuye a la palabra «guatraché» el siguiente significado: «crujido de dientes».

Hemos tratado de establecer la verdad sobre esta etimología, recurriendo a la fuente original de los propios pobladores aborígenes. Esta investigación ha puesto de manifiesto el error. El chacarero de Trenque Lauquen, Mariano Payllanao, hijo del cacique del mismo apellido y nieto de Callfucurá, indígena versado en la lengua autóctona, baqueano y lenguaráz, nos da el significado de «muela brava».

Con un capital nominal de 550.000 libras esterlinas, se inició esta compañía de tierras, circunscribiendo su acción alrededor de estos propósitos fundamentales: comprar, tomar en arriendo o en canje, o de otra manera adquirir, cultivar y aprovechar cualesquiera tierras en el territorio del país o en otra parte; mejorar y desarrollar los recursos de tales tierras en la forma que creyere conveniente y con especialidad por desmontes, plantaciones y edificaciones; facilitar, estimular y promover la inmigración y colonización y fundar ciudades, pueblos y colonias. Hasta el presente, el capital emitido asciende a la suma de 167.712 libras. El directorio de esta empresa está radicado en Londres, siendo sus presidentes J. A. Goude y Percy Cross.

Adquirido el terreno, se delineó la colonia con chacras regulares y se trazó el égido urbano. El juzgado, la comisaría, la escuela, fueron base de la edificación fundadora; y, en primer término, la iglesia, muy bonita, de construcción cuasi-gótica y que está en manos del padre Juan Vaira, de los salesianos, cofradía valiente y eficaz.

El terreno de cultivos se divide en fracciones de 100 hectáreas. Para la locación o propiedad de estas chacras, se han tenido en cuenta las siguientes categorías de pobladores: chacareros al tanto por ciento (en especies); chacareros por anualidades, que adquieren su terreno mediante cuotas temporarias y en el término de diez años; y chacareros compradores. Los lotes en el pueblo fueron vendidos a pagar en sesenta mensualidades.

En el radio urbano el valor de la tierra llegó a al-

canzar al precio máximo de 4 pesos, pagándose en la actualidad de 1.50 a 1.60. Este dato nos lo suministra el administrador general de la compañía, don Carlos L. Webster.

Este año la «Guatraché land company limited» tiene la siguiente extensión bajo cultivos: en Guatraché: 7500 hectáreas de trigo; 2600 de avena y 250 de cebada. En Alpachiri, los cultivos abarcan un área mayor de acuerdo con la extensión de la colonia, que es de 13.000 hectáreas. Actualmente en Guatraché hay 60 familias de agricultores bajo la jurisdicción de la compañía.

La población ha prosperado visiblemente. Su ubicación ferroviaria, con ramales a Alpachiri y Remecó, es de notoria importancia. La edificación en general, es sólida, descollando algunos chalecitos y casas elegantes. La edilidad tiene, por cierto, sus deficiencias, debido a la falta de representación municipal. Pero esto no es óbice para que sus setecientos habitantes, se desenvuelvan en una ordenada convivencia vecinal, tengan las sencillas distracciones del bar-cinema, el oficio religioso dominguero y el correveidile de la crónica mundana en el periódico semanal.

La aspiración del vecindario se orienta, por cierto, hacia la municipalización, ya que la edilidad pública comienza a reclamar servicios regulares. La usina eléctrica, que no ha llevado sus alambres a la vía pública, va ganando paulatinamente el servicio particular, que arroja, a la sazón, un número de cuarenta abonados. Piensan algunos que el petróleo crudo podría competir en lucidez con las estrellas de la Pampa, — ¡oh fanales! — tan magníficamente bellas. Pero, mientras la opi-

nión decide el alegato, parpadean por las calles vagarosas las linternas, o suele el farolillo del cura cruzar como un alma pálida la plazuela, frente a la casa de Dios...

El señor Gaspar del Campo, español de buena cepa, vecino fundador y comerciante bien abroquelado en su amplia tienda de campaña, presta un servicio de significación con esta usina que va tomando cuerpo y que a la fin y a la postre, será el alumbrado público de Guatraché, si es que algún futuro munícipe no encuentra otro farol que pueda reemplazar al arco votaico.

Del Campo, que es uno de los vecinos más caracterizados de la comarca, nos suministra informes de interés general que no podemos menos de reproducir.

—Sobre la situación ferroviaria de la población, Guatraché estaría en condiciones inmejorables, — nos dice, — siempre que se prolongara la línea de Remecó a Perú. En esta forma estaríamos a algo más de cinco horas de Santa Rosa. Mientras tanto, por condición de horarios ferrocarrileros, tenemos que emplear dos días para ponernos al habla con la capital del territorio.

—¿Y para los asuntos bancarios?

—Nos comunicamos con Puan, en automóvil, o vamos por el ramal de Altavista. Pero esto no resulta ni cómodo ni ventajoso para nuestros intereses. Sin embargo, por jurisdicción, dentro del Banco de la Nación Argentina, dependemos de Puán.

—¿Y dónde adquieren las maquinarias?

—En casas de Buenos Aires, pero enviadas desde sus depósitos en Bahía Blanca.

—¿Qué radio abarca Guatraché comercialmente?

—Algo así como 100.000 hectáreas.

—¿Y el año agrícola, se presenta bueno?

—Creo que inmejorable. Pero nadie puede prever las contingencias... A lo mejor la langosta, las heladas, la seca, el granizo, echan por tierra las esperanzas del labriego. Hemos gozado de años muy buenos. Esta casa en 1911 y 1914 ha tenido un movimiento comercial superior a un millón de pesos.

El señor del Campo nos informa de la acción de las sociedades de seguros contra granizo, especializándose en manifestaciones laudatorias con la de Tres Arroyos y Pigüé, muy difundidas en todo el sur de la Pampa. Sobre el valor de la tierra, nos manifiesta que el precio actual por chacra gira alrededor de 80 pesos la hectárea y por quinta 250. Su casa ha solido operar en préstamos a colonos, en condiciones bancarias, pero ha tenido que modificar el sistema de sus operaciones fiduciarias, atendiendo a diversos factores.

Este comerciante hace ocho años que está radicado en Guatraché, y goza, dentro del vecindario y del elemento colonizador, de una reputación espectable.

Hemos visitado detenidamente la población. Nuestro juicio es optimista sobre el porvenir de este centro, siempre que se complemente su sistema ferroviario, que las autoridades territoriales le dediquen preferente atención y que la Guatraché Land Company Limited,

poseedora de cuantiosas tierras, apresure con el estímulo y las facilidades reclamadas por el agricultor, el arraigo definitivo de la colonización. Nos parece muy simpático, por lo pronto, su procedimiento de haber cedido al gobierno nacional, 70 hectáreas de terreno para la chacra experimental, como asimismo la casa destinada a alojamiento del director.

CAPITULO X

Colonización seleccionada. — Los rusos de «La Mercedes» y los vascos de «La Cornelia», en Macachín. — Don Enrique F. Parodi, factor de progreso. — El perfeccionamiento rural por el estímulo y la buena fe. — Base moral del colono. — «El sol nace para todos». — Características del trabajo agrícola y del hogar. — Trigos del 83 ½ de densidad. — El agricultor vascongado, espécimen de colonizador. — Preliminares de La Cornelia. — La chacra combinada. — La comodidad campesina, base de convivencia y de labor. — Una inmigración sana de cuerpo y de espíritu. — La vivienda modelo. — Una avena blanca de 57 por hectólitro. — Alfalfares y haciendas. — La chacra italiana. — El grafófono, instrumento de divulgación agrícola. — Junto al bebedero. — Las novilladas mansas. — Ayer y hoy.

En Macachín hemos visitado la colonia La Mercedes, poblada por familias rusas. Se nota, desde luego, en este centro agrícola, una notoria selección, manifestada en el sistema de cultivos, en el aprovechamiento de la tierra, en el deseo bien noble, de poseer en propiedad los elementos de labor y de tonalizar un poco la vida con el modesto halago del hogar. Estas características, que definen un núcleo de agricultores sagaces, en armoniosa convivencia con el predio, tienen su explicación en el medio administrativo en que se desenvuelve la locación. Modificar el carácter, generalmente hosco y desconfiado del colono ruso, — sea ortodoxo o judío, — no es un problema, cuando se da con el propietario

tolerante, incapaz del abuso, buen consejero y amigable protector. La Mercedes está en estas condiciones. Desenvuélvense en este campo de 10.000 hectáreas, alrededor de cincuenta familias con un total de 400 almas, estando la colonia completamente cultivada.

Nueve años lleva de iniciativa La Mercedes y hace dos que está en manos de don Enrique F. Parodi, un verdadero pioneer, iniciador del florecimiento agropecuario de la comarca.

Apartándonos del alambrado de ocho hilos, — lo mejor y más firme que hemos visto en nuestras giras, — hemos recorrido de linde a linde la colonia, cortando por las abras estrechas el inmenso trigal. ¡Qué tonificante impresión de belleza, de vida, de color! La tierra nutritiva y amplia, se da toda entera al mar de las gramíneas, sin flaquezas, sin limpiones, pródiga de humus y de generosa maternidad. Se inclina el campo en suave planicie hacia la hoyada de una laguna; y es de ver la línea panorámica curveando graciosamente hasta perderse en el infinito, sobre el pálido boceto de una duna!...

La impresión más elocuente que nos ha dejado este paseo matinal, es el aprovechamiento de la tierra. ¡Bienhaya el arado avaro que ha venido a meter su diente hasta en el mismo salitral!

—¡Siembren... siembren! — les ha aconsejado Parodi a sus rusos.

—¿Y si viene mal? — pensaron al principio, tímidamente, los colonos.

Después echaron de ver que la tierra no tenía reparos para rendir parejo; que no faltó la semilla, ni la

maquinaria, ni el crédito para sufragar la existencia durante la larga espectativa, desde la roturación a la cosecha al troje. Y sembraron hasta el último estadal, hasta el monte mismo, hasta agargantar al médano en estrecho dogal y desafiar el ingrato cabú de la salina.

El estímulo de Parodi ha operado el optimismo y la cultura especial de sus colonos. Sólo la laguna puede detener la sementera, con sus arbustos grisáceos de jumen, sus cachiyuyos y sus matas de trébol de olor. Esta perseverancia, que ha creado la selección en los cultivos, dando rendimientos excepcionales en peso y calidad, ha tenido su noble premio en trigos de una densidad de 83 ½ por hectólitro, casi el desiderátum. La perspectiva se repite con esperanza augural en los trigales de este año, sanos, sin plagas, sin isoca, llenos de lozanía y de vigor.

Todos estos factores han creado una base moral en los colonos de La Mercedes. El trato administrativo y la propia confianza en la obra, sintomatizan un suave bienestar, ageno de sobresaltos y propicio a la labor y a la estabilidad. Saben estos buenos rusos, que si nace el sol, nace para todos; y que el sudor que humedece la gleba, no ha de ser estéril sacrificio, si fecunda en la espiga. La cultura industrial, — y social si se quiere, — de esta colonia, tiene su punto de apoyo en la comunidad de acción y de miras, entre el arrendatario y el arrendador. Parodi ha hecho su aprendizaje desde abajo. Ama estos campos, porque los ha vivido en toda su intensidad y en todo su proceso civilizador; porque ha contribuído, como nadie, a la reforma del predio, desde el pasto salobre hasta el forraje artificial y el silo; des-

de el jagüel pampa hasta el surgente y el molino. En esta escuela rural, que es toda una vida, se ha afianzado el concepto de solidaridad, capaz de forjar nuevos horizontes a la colonización rusa, de continuo tan zarandeada, demostrando al propio tiempo, que es posible modificar el temperamento colectivo de esos núcleos rurales, cuando se procede con tolerancia y buena fe.

Los colonos de La Mercedes poseen en propiedad sus maquinarias y elementos de labor. Plantan sus arbolitos de sombra, — frutales a veces, — y no descuidan sus hortalizas para el uso casero. Elaboran su pan, que es, sencillamente, blanco, suave, delicioso; y se atreven a un poco de cecina y tal vez a un jamón que dura una eternidad. Gustan de instruir a sus muchachos; y cuando se producen reuniones educativas sobre temas rurales, no tienen reatos para salvar largas distancias y asistir a estos concursos donde pueden adquirir conocimientos nuevos. A la cita convocada en Macachin en preparación del congreso agrícola de la Pampa, concurrieron todos estos colonos. Al paso de nuestro coche nos cruzamos con sus bateas peculiares, arrastradas por caballos fuertes y clinudos. Cinco leguas tuvieron que salvar esa mañana para encontrarse a las diez en el coche-aula de la delegación...

Junto a La Mercedes, está La Cornelia. Esta es una colonia mixta, cultivada en sus 5.500 hectáreas de extensión, con 3000 de alfalfar. Este campo está bajo el arriendo inmediato del señor Parodi. En sus praderas pacen 2000 vacunos y 8000 lanares. La colonización es agropecuaria, en consecuencia. Pero lo que nos ha llamado poderosamente la atención en este caso, es le cali-

dad de sus pobladores. Es una colonia eminentemente vascongada (vascos españoles). Sólo hay una familia italiana en el campo, familia que ės un modelo de laboriosidad y que se desenvuelve con todos los recursos de la chacra combinada.

Esta colonia, que conviene ser tomada como espécimen para su divulgación en el territorio, marca caracteres especiales que deben dar tela de juicio a los hombres de estudio. El vasco, colonizado, es un elemento de primer orden. Es ganadero, agricultor e industrial a la vez. Trabajador, fuerte, sano de cuerpo y de espíritu, es incansable en la labor, leal en sus tratos, paciente en el fracaso y juicioso en el porvenir. Elije su terreno, y busca, sobre todas las cosas, el agua buena, elemento primordial de la vida. ¿Es buena el agua? Profundiza su hoyo y planta su casita. Vendrán después, las contingencias, los años ingratos, la adversidad de los vientos, de los acridios y las pestes.

—Va mal... sí, sí... Pero algún día irá bien; no hay que apurarse... no, no!...

Verdad que en esta resignación simpática y hombruna, suelen sentirse espaldados por el patrón. Y esto constituye una fuerza en el rodar parejo del capital y del trabajo, orientados hacia el porvenir común.

¿Cómo se organizó esta colonia? De Carlos Casares y Tejedor salió, hace aproximadamente ocho años, un grupo de vascoespañoles, con rumbo a la Pampa, buscando tierras propicias para establecerse. Don Enrique Parodi lo congregó en Macachin. Eran nueve familias. Azotadas por años crueles y cosechas efímeras, sólo pretendían afirmarse al suelo y trabajar. De este con-

tingente, nació la colonia. Sobre la prueba dura de los años iniciales, se afianzó el centro agrícola, que debía florecer y prosperar. Trabajando la tierra sin desmayos, se ahuyentó el pesimismo y se arraigó esa cordial convivencia que es fuerza decisiva en el rudo bregar. De nueve, llegaron a veinte las familias arrendatarias. Y nadie quiere hoy abandonar su tierra ni su vivienda, digna de ser propia, por el espíritu familiar que se ha puesto en las comodidades sencillas de la huerta y del corral. ¡Ah, si los campos de la Pampa pudieran poblarse de vascos! Sobre este modelo de centro agrícola, hemos podido apreciar la necesidad de fomentar en el territorio tan importante colonización.

La casa del poblador vasco, se significa, en primer término, por su hospitalidad, cosa que no es común en la de colonos de otras razas. Los pobladores de La Cornelia se han preocupado con empeño, en rodearse de un modesto bienestar. Crían aves; tienen sus lecheras bien cuidadas; hacen su queso y su manteca; benefician sus porcinos en sabrosas facturas; se esmeran en la huerta; y donde hay muchachas, es inevitable el jardincito, en donde junto a los pensamientos vulgares y las achiras ingenuas, suelen abrir sus cálices algunos narcisos y tuberosas, sembrados «para probar, pues» y «porque los trajo el patrón»...

Esta tendencia a suavizar la aridez de la vida, ha dado campo a la iniciación de cultivos frutales. Parodi ha proporcionado a sus colonos, ejemplares de la casa Peluffo: higueras brillasotto y española; durazneros pavía, norteamericano y gran monarca; manzanas renettas y cerezas graffión de Dolores. Merced a esta ten-

tativa, cada familia puede gustar todo el amplio beneficio del predio, desde el puchero español, tan sabroso y patriarcal, hasta el postre de frutas de estación y la natilla con fresas, que es manjar delicado.

Es así como se puede amar la tierra.

Todo cuanto se pueda decir en favor de esta inteligente colonización resulta pálido, ante sus apreciables condiciones de vida y la necesidad de fomentar su arraigo en la Pampa. Excelentes cultivadores, han dado impulso a la comarca. Los fracasos del trigo, en algunos puntos de la zona, se han debido, generalmente, a la seca. Los vascos de La Cornelia, han cosechado trigos de óptimos rendimientos. El año anterior, una avena blanca de esta colonia, dió una densidad de 57 por hectólitro. Pero, a pesar de estos triunfos, no descuidan la ganadería, a la que dedican atención especial. Los campos de Macachin son inmejorables como praderas artificiales. La tosca está a un metro y medio y el agua, — un agua cristalina, dulce y fresca, — se encuentra desde tres a nueve metros de profundidad. Esta característica, fuente de vida para los ganados, es quizá, la riqueza más fundamental de la zona. El molino, el tanque y el abrevadero metálico, han venido a suplantar la represa y la «bebida» tradicionales, a donde acudían las vacas criollas a resarcirse de la mezquindad silvestre de los prados, veinte años atrás...

La alfalfa rinde exuberantemente en los campos del Departamento Tercero. El cultivo de una hectárea de alfalfa, tomada en una proporción de 400 hectáreas, cuesta alrededor de 50 pesos, de acuerdo con el precio de la semilla en la actualidad (18 pesos, más o menos).

Una hectárea necesita 22 kilos de semilla. En las faenas de arar, sembrar, rastrear, etc., se invierte alrededor de 12 a 13 pesos. Hay que anteponer a estos gastos el valor del alambrado, molino y tanque del lote, amén de otros gastos accesorios. Sobre esta base se establece la proporción relativa de la hectárea.

Hemos visitado con verdadero placer algunas casas de la colonia. La perspectiva agrícola, que es inmejorable, mueve la diligencia de los pobladores. En una población, con aspecto de vieja estancia, se ha comenzado a repasar el motor de la trilladora, cosa que jueguen bien sus piezas en el momento de alzar los trigos. Allí nos convidan con mate y nos hablan de una transacción feliz en ovejas. En otra vivienda churrasqueamos un buen costillar y gustamos de un queso exquisito, mientras la vista se solaza en la huerta verdegueante, donde no falta nada, desde los espárragos hasta el perejil y los cebollines de verdeo. Ya, en la mañana, hemos probado la amable hospitalidad del colono italiano, bella persona que ha formado su paraíso familiar con dos generaciones y que se siente feliz en entregar a la Pampa su tranquila vejez. Esquilan a esa hora los muchachos en el galpón. Las muchachas se desviven por hacernos agradable la visita. Y nos obsequian con una sencillez encantadora, un chocolate que es restaurador, después de nuestra gira matinal. ¡Qué aseo en la casa! ¡Qué sencilla pulcritud! Se respira una espontánea comodidad que habla desde la alacena bien provista hasta el grafófono.

Hemos observado que el grafófono está muy difundido entre los colonos de la Pampa. Esta circunstancia, nos mueve a indicar la conveniencia que habría en que el ministerio de agricultura, imprimiera discos sobre asuntos de enseñanza agrícols y consejos prácticos relacionados con cultivos, cosechas, plagas, etc., y los distribuyera profusamente entre los agricultores. Estos discos podrían ser impresos en los idiomas más difundidos en la colonización. Se prestaría con esto un verdadero servicio a los cultivadores, secundando eficazmente la tarea de los agrónomos de la enseñanza agrícola.

Al regresar, nos hemos detenido en un bebedero, en circunstancias que el ganado vacuno se ha acercado a abrevar la sed. Es un noble mestizaje el de estos animales corpulentos que se dejan casi palmear, mientras el agua se apresa en el amplio recipiente.

—¡Qué cambio! — nos apresuramos a decir a Parodi ante esta sintomática mansedumbre de las bestias.

—¡Ah!... Era otro cantar la novillada criolla de hace veinte años, — nos responde. — Con los cultivos, con la civilización, se han domado hasta los médanos...

El tren, que viene de Doblas, pasa a la distancia con su airón de humo. Se detiene en Atreuco. Debemos estar antes de las dos en Macachin.

Nuestra máquina vuela por el camino, paralelo al ferrocarril...

CAPITULO XI

El cooperativismo en las colonias hebráicas. — La «Jewish» de Bernasconi y la de Rivera y Rolón. — La condición social de cada centro. — El ruso emigrante y el ruso agricultor. — Una colonización seleccionada. — Propósitos de la cooperativa de Narcisse Leven. — Preliminares de una colonia. — Diversas.

Los colonos de la Jewish Colonization Association, hebreos en su totalidad, han constituído en cada centro agrícola su cooperativa. Responde este propósito no sólo a una finalidad de economía y bienestar, sino a un plan defensivo del interés común. La condición social de estas instituciones gremiales, varía según la importancia y calidad de los núcleos de colonización judía. La colonia Narcisse Leven, de Bernasconi, constituída por rusos y unos pocos rumanos y organizada con apresuramiento sobre la base de una inmigración heterogénea, no ha podido prosperar como la colonia de Rivera, con sus doce leguas de Pampa, en Rolón, bien pobladas. Este fenómeno, producido sobre campos análogos y bajo una misma administración, se explica por la diversa condición social de cada centro. No todo el pueblo ruso es agricultor. En las colonias de Bernasconi, se nota cierto espíritu tendencioso, contrario a la estabilidad y el arraigo. Hay una propensión emigratoria, que es todo un síntoma ancestral. El colono que ha tenido buena sombra en la cosecha y se arma de unos pesos, difícil será que no se asiente con un negocio cualquiera, bus-

cando el reparo de la estación ferroviaria en la época del movimiento agrícola. Luego, realiza su tendejón y vuela. Contra esta idiosincracia, tiene su capítulo punitorio la coperativa de la colonia, la que castiga con expulsión al que rescinde su contrato de promesa de venta celebrado con la Jewish Colonization Association, referente a la chacra que posea en Narcisse Leven, o si una vez poseída la chacra con título definitivo, la llega a enajenar o a alquilar a otra persona. Es, realmente, una forma, más o menos eficaz, para contrarrestar el temperamento ambulatorio de sus asociados.

Por cierto que el plan de cooperativismo de esta sociedad se orienta sobre los más laudables propósitos. Y si alguna objeción pudiera hacerse, sería sobre la exigüidad del capital, de 10.000 pesos para afrontar un programa demasiado frondoso.

—Nuestro propósito, — nos dice uno de los organizadores de la asociación, — se orienta sobre las siguientes bases: Procurar y obtener el bienestar económico de sus asociados; fomentar el desarrollo de la agricultura, suprimiendo la acción de sus intermediarios; vender a los asociados y al público en general, artículos de consumo, maquinarias e instrumentos agrícolas, bolsas, hilos y accesorios para la agricultura y ganadería; facilitar créditos a los asociados para levantamiento de las cosechas, siempre que la situación financiera de la sociedad lo permita; establecer fábricas de bolsas o de otros materiales; proveer a los socios que lo soliciten semilla seleccionada y otros productos de la industria agrícola o ganadera; crear secciones de tienda y otras que armonicen con los fines arriba expresados; comprar

y arrendar casas o terrenos para edificar en ellos galpones para depósito de productos agropecuarios de sus asociados, así como para oficinas y dependencias de la sociedad; ejercer toda clase de representaciones y comisiones que se relacionen con la vida agrícola de sus asociados; recibir depósitos en caja de ahorro y en otra forma y realizar con sus asociados toda clase de operaciones financieras; fundar en la colonia bibliotecas y escuelas y organizar en la misma el servicio sanitario, velando por su cultura e higiene; actuar como árbitro en todas las desavenencias que se susciten entre sus asociados.

La sociedad cooperativa de Rivera, que comprende también los campos de Rolon, ha dado ya frutos sazonados. Es indudable que estos colonos superan, como entidad colectiva a los de Narcisse Leven. Aquí la selección es de origen. Son agricultores de verdad, como que proceden de los campos de Odessa, sobre el Mar Negro, «zona de trigo», designada por la geografía rusa. Cada colono debía traer consigo un capital de 2000 rublos. La colonización se organizó por grupos. Recibieron la tierra sin ayudas ni mejoras. Cuarenta familias, que en la organización de la colonia se denominaron «Novobug», constituyeron el primer núcleo de población que roturó los campos vírgenes adquiridos a Leloir, — algo más de 100.000 hectáreas. — Vino después el segundo grupo que se denominó «Bojedorovsko», — (dado por Dios), en eslavo, — compuesto de veintidós familias. Con elementos organizados en Europa, se inició la colonización en 1905. Dos años después, sobre esta base agrícola, que tomaba incremento, se fundó Rivera.

Los primeros tiempos fueron de dura prueba. Por cada chacra de 150 hectáreas, se estableció una reserva de 75. Esta división de los campos de la colonia, ocasionó un desacuerdo entre los pobladores y la administración general, pues la Jewish, quería obligar a que sus colonos ocuparan de inmediato las reservas. Y esta pretensión no podía conciliarse, dado las dificultades iniciales que castigaron al colono impidiendo el desenvolvimiento normal de sus labores.

Esta lucha entre el capital y el trabajo, duró tres años. Por fin, intervino el ministerio de agricultura para allanar las dificultades. La Jewish, entonces, envió un agrónomo para que informara. El emisario resultó un cooperativista de fuerza que se puso en la línea razonable y estudió a conciencia el problema, dando la razón a los colonos. Esta circunstancia obligó a la Jewish a desenvolver procedimientos equitativos prestando su ayuda eficaz al colono. Inició labores de mejora y fomento, buscando la comodidad de sus colonos. Una de sus obras de significación, fué el vivero destinado a distribuir plantas en todas las viviendas de sus pobladores. El año anterior fueron distribuídas 10.000 plantas de acacia y otras forestales.

En la actualidad pueblan esta colonia más de 250 familias, contando con dos establecimientos de instrucción.

A nuestro paso por Rivera, en viaje a Macachin, visitamos el local de esta cooperativa, teniendo oportunidad de departir con su presidente don Aaron Brodsky, hombre de cultura general, colono fundador y muy versado en temas de mutualismo y cooperación.

CAPITULO XII

Por los bosques de calden. — La leña de la Pampa, gran industria. — Los desmontes entregados a la agricultura. — Un poco de sentimentalismo y de leyenda. — Los árboles eternos. — El servicio de guardería forestal, prudencia en el usufructo y legislación. — Convoyes de leña. — Los bosques de Anzoategui en Guatraché. — Visita al obraje. — Labores y peonadas. — Un negocio de leña por 20.000.000 de pesos. — El record de las transacciones en el país. — Contornos del negocio. — El ferrocarril industrial. — 600.000 toneladas, base del embarque anual. — Lo que dicen los peones. — La futura colonia. — El agua providencial.

«Nobis placeant ante omnia sylve», — había dicho Virgilio en uno de sus grandes poemas. — «Nada nos guste tanto como el bosque». — Brisas del Helicón, patria de las musas, soplaban todavía por el Mediterráneo, y la Europa toda, sostenía aun el culto legendario de las florestas. Bien pudo la loa del bucoliasta, ser anate-
de talar Julio César, — según Lucano, — camino de Mar-
matizante reivindicación para el bosque que acababa
sella.

De este atentado, arrancó la odisea de los bosques de Europa. Pero es que el dictador vitalicio no iba, hacha en mano, contra las selvas, por molestar a Ceres, como lo hiciera Eriticson, a estar a lo que cuentan «Las Metamórfosis» de Ovidio. Julio César quería cortar de

cuajo contra las supersticiones druídicas. Y blandió su herramienta mortal contra los robles sagrados. Fué la hora trágica de las selvas. ¡Para él, el primer tajo sobre el árbol secular! El verso de «La Farsalia», pinta en boca del héroe su brava decisión, para instigar a sus legionarios al doloroso desgarramiento de la floresta primitiva y gloriosa:

«Ya será el hecho imitación, no intento;
Proseguid, no abonéis la acción que elijo,
Que si emprendió profanidad mi mano,
No es vuestro el crimen, yo seré el profano».

Tal ocurre a los bosques pampeanos. El hacha de César ha declarado su guerra cruel a los caldenes. Pero es la necesidad, la apremiosa necesidad, no el fanatismo, la que abre el tajo y allana la floresta. Caen los árboles corpulentos, milenarios tal vez, reclamados por las usinas, por las fábricas, por el ferrocarril. El sentimiento nacional pone una nota de angustia sobre la agonía de sus bosques, mientras la avidez agraria se apodera del viejo patrimonio, regado aun por la savia roja de sus árboles, y donde la colonia ha de espolvorear el oro de las mieses...

Y bien: explotemos nuestros montes, pero con prudencia, con talento, con amor. No hagamos lo que Estados Unidos, que después de arrasar sus grandes florestas, en una extensión tan amplia como Europa, ha tenido que castigar su irreflexiva sordidez, con la «fiesta

del árbol», la más bella advocación a Flora y una de las mejores conquistas de la civilización. Explotemos nuestros bosques: pero llevando siempre en el corazón el verso de Virgilio: «Nobis placeant ante omnia sylve»...

*
* *

La explotación leñatera está en todo su apogeo en la Pampa. El encarecimiento del carbón mineral ha operado el florecimiento de una industria que venía desarrollándose paulatinamente y sin el incentivo de las grandes empresas. La necesidad y el usufructo, han despejado el horizonte para la explotación. El calden, leña del hogar, ha pasado al fogón de la locomotora a suplir al Cardiff. Y de muy buena calidad debe ser este combustible, cuando las empresas ferroviarias se apresuran a formalizar, con los beneficiadores de bosques, contratos de consideración y a largos términos. Esta enseñanza, que viene a sacudir la indolencia del país, es una de las buenas cosas que nos deja el prontuario de la guerra universal.

De tres años a esta parte, se ha venido intensificando la industria. Las ferrovías del sur, que cruzaban hasta hace poco, el monte salvaje, cortan ahora predios civilizados por la colonia. ¡Es de muerte la guerra emprendida por el hacha talar! Pero, sobre los bosques de

la Pampa sería difícil, hoy por hoy, imponer una legislación previsora que perpetúe la floresta primitiva. El servicio de guardería forestal debe ser obra del interés privado, de acuerdo con las ventajas que reporta una explotación sistemada; que no destruya, que civilice; que no arrase, que usufructe y combine. Los bosques purifican la atmósfera, atemperan la impetuosidad de los vientos, suavizan el rigor del clima y regularizan las lluvias. Se explica la legislación inglesa sobre sus bosques. Pero no es éste el precedente que conviene a la Pampa argentina. El gobierno británico bien hizo en permitir el descuajamiento de sus florestas. Las corrientes submarinas que bañan las costas de aquellas islas con el calor del trópico, y la humedad que traen los vientos del Este, bastan, como elementos naturales, para hacer productivas aquellas regiones geográficamente frías. El arrasamiento de sus bosques fué para Inglaterra una solución, pues no sólo abrió campo a sus cultivos agrícolas, si no que desecó el suelo y disminuyó la humedad de la atmósfera.

El desiderátum de nuestra explotación forestal en tierras pampeanas, será la chacra-monte, combinación nueva, en vísperas de crearse en los bosques vecinos al Colorado, por obra de don Fortunato Anzoategui. Será éste un espécimen de colonización de orientaciones nuevas en el país, que tenderá al usufructo mixto de la selva montaráz y el cultivo agrícola, sobre la base de la estabilización de los hachadores. Es decir: llevar a la acción, en una palabra, el aforismo alemán, tan eficiente y civilizador: «ni cultivo sin monte, ni monte sin cultivo». Por lo pronto, derribar los caldenes comporta, en

la actualidad, rescatar los campos para el dominio del arado. Si fuera posible la repoblación de estos bosques en el tiempo breve en que se desarrollan los árboles del trópico, se impondría de inmediato la ley precaucional que tutelara su explotación. Pero estos tremendos ejemplares parece que no han tenido infancia. Los viejos vecinos de la Pampa, que saben conservar, por cariño, algún calden familiar, a cuya sombra retozaron sus hijos y sus nietos, suelen decirnos, orgullosos de aquella longevidad indescifrable:

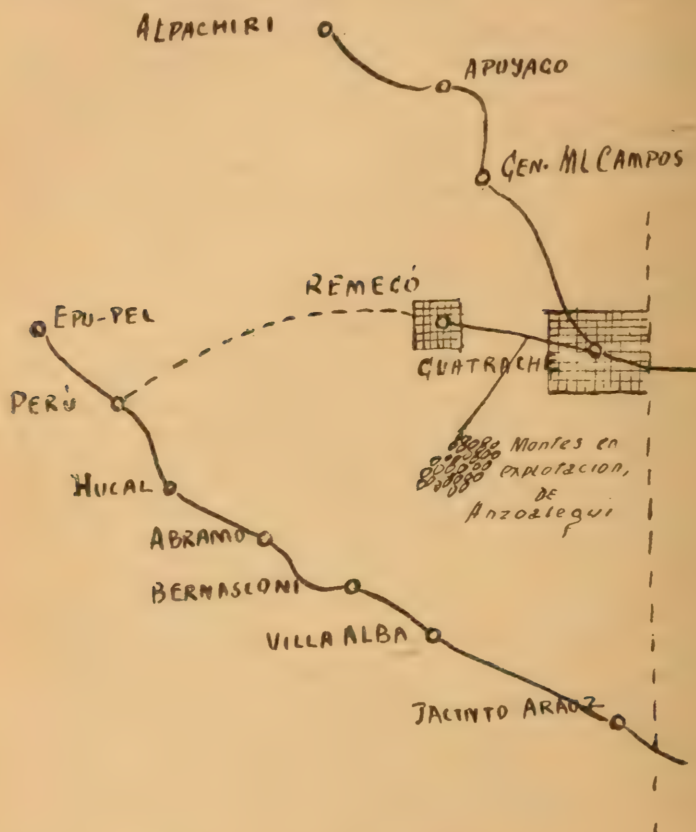
—Es el mismo siempre. No ha echado ni una rama más desde que lo conozco...

La botánica se estrella ante el enigma de esta vitalidad montaraz tan digna de estudio. La fito-biología falla, inevitablemente, ante los círculos concéntricos que rodean la médula de los troncos. Y como es cómodo dar rienda suelta a la imaginación y buscar una procedencia legendaria a los viejos amigos que se van, no faltan bondadosos informantes que remontan el origen de algunos ejemplares, a los tiempos de Noé...

—Yo creo que hay árboles que se mantienen en pie desde el diluvio — nos dice el señor Don Tomás Masson formidable anciano, fundador de Santa Rosa, que no ha leído a Chateaubriand, sin duda, pero que rescataría para nuestros caldenes la expresión grandilocuente del escritor francés sobre los bosques: «son los primeros templos de la divinidad».

Los propietarios previsores, al desmontar el bosque para entregar la tierra a los cultivos, dejan árboles en pie de trecho en trecho, no sólo como un adorno para el campo, si no como elemento de sombra para

los ganados, que aprovecharán el rastrojo después de las cosechas. Entre los caldenes suele medrar, en ejem-



plares aislados, algún tupido «sombra de toro», de forma eclipsoidal y hoja perenne, tan uniforme, tan umbroso,

tan bello en fin, que lo reclamaría sin desdoro el parque más exigente y estilizado de Buenos Aires (1).

El movimiento ferroviario del sur y del oeste de la Pampa, no se da tregua en el arrastre de convoyes leñateros, rumbo a los puertos de Bahía Blanca y Buenos Aires. Junto a los desvíos de cada estación, enormes parvas de calden esperan turno para el transporte, consignadas a las grandes empresas, fábricas y frigoríficos del litoral.

En Guatraché hemos visitado detenidamente la «hachada» más importante del territorio, industria del señor don Fortunato Anzoategui, uno de los hombres jóvenes más progresistas y emprendedores del territorio. En compañía del administrador del establecimiento, nos internamos en el corazón del monte, siguiendo el sendero tortuoso, ahondado por el trajín incesante de los carros cargadores. Toda la superficie circunvecina a la vieja estancia, está desbrozada ya. Los hachadores, distribuídos en pequeñas cuadrillas, van derribando el bosque, sin dejar rastros de la floresta secular. Abatido el calden, se descuaja el recio tronco, se queman las raíces y luego se ciega el hoyo, allanando la tierra que bien pronto ha de confundir y emparejar el arado con su tajo atrevido. ¡Y qué pocos meses de vida tiene este bosque! Setecientos hachadores fornidos han iniciado la

---

(1) Se ha observado una nota análoga entre esta planta silvestre y los citros (naranjo, limonero, mandarino, etc.) tanto en los caracteres fisiológicos como en su constitución foliácea. Nada de extraño sería que después de un prolijo estudio sobre los puntos de contacto entre ambas especies, se arribara a la posibilidad de formalizar ingertos, dando vida a una curiosa combinación.

obra del desmonte. Y mientras las rajas van apilándose en verdaderas montañas, — hay 50.000 toneladas de leña listas ya para embarque, — el ferrocarril se apresura a terminar su línea industrial para dar salida a la cuantiosa producción.

Un compromiso celebrado entre el señor Anzoategui y el ferrocarril del Sur ha ocasionado esta vertiginosa explotación que reclama sin medida, jornaleros y celeridad. El contrato, cuyos términos generales han trascendido, de acuerdo con la importancia del negocio, atribuye a las partes la obligación de entregar y recibir leña por 20.000.000 de pesos, enorme suma que se hará efectiva en el transcurso de cinco años y mediante la explotación de diversas matas. Esta transacción, la más importante que se ha celebrado hasta ahora en el país, ha venido a dar a este obraje el contorno de un verdadero emporio de riqueza. Respetamos, por que así lo exige la reserva comercial, el precio estipulado por tonelaje y otros detalles de la operación. Baste saber, como dato ilustrativo, que el ferrocarril del Sur tendrá, para muy en breve, listo su ramal que empalma con el Pacífico. Esta línea tiene una longitud de 14 kilómetros y combina entre Remecó y Guatraché. La reciente huelga ferroviaria ha venido a dilatar la inauguración de esta línea. El señor Anzoategui se dispone a entregar, a partir del primero de año, 1000 toneladas diarias, como base, tratando de exceder de 600.000 al año, si es posible, cantidad única, hasta ahora, en esta clase de operaciones, entregada al arrastre del ferrocarril. En la actualidad, el monte de Anzoategui industrializa diariamente más de 600 toneladas, siendo pro-

bable que la producción se duplique con el acrecentamiento de hachadores que se producirá a renglón seguido de las cosechas.

El peón en este obraje gana un jornal de 2.50 a 3 pesos, según la calidad del monte, intensidad o rarefacción de ejemplares nobles. En medio de la maraña, suelen aparecer limpiones de monte sucio que es necesario extirpar también. En esta operación cabe el aumento de salario.

En la proveduría, contigua a la estancia, hemos departido con algunos peones, quienes nos informan sobre las condiciones de labor.

—El trabajo es rudo, señor, — nos dice un joven español. — Menos mal, cuando uno es del oficio y tiene callo formado en la labor... Que no todos pueden rendir su tonelada diaria.

—No se puede, — arguye un criollo, — por que en descuajar, cerrar el pozo y quemar los raigones, que es trabajo aventado, se echa un cuarto de día, por lo menos.

—¿Y en qué condiciones trabajan ustedes?

—Nosotros nos organizamos en cuadrillas de a cinco, — continúa el español ladino. — Tenemos que comprar los elementos de trabajo; esos cuatro fierros que ve usted: un martillo grande, dos cuñas y el hacha. Este lote para cada trabajador; además de la sierra grande, el pasaportodo, que corresponde al grupo y es la herramienta de más valor.

—¿Y cómo adquieren estos elementos?

—Los fía la casa. Un total de cerca de 70 pesos en conjunto. De manera que uno al iniciarse, entra en deu-

da con el patrón. Y créame que los artículos de consumo no dejan de ser un poco pesados...

—¿A cómo?

—La carne a 55 centavos; la galleta a 40; el azúcar a 75... ¿No le parece caro?

Tenemos siempre el espíritu bien dispuesto en favor del trabajador; pero, en este caso, no encontramos razonable la protesta. 40 centavos se paga por la galleta en Santa Rosa; y el azúcar, posiblemente, no se consigue a menor precio en ningún pueblo de la Pampa. En la cooperativa de los colonos de Rivera, — la Jewish Colonization Association, — que hemos visitado, se cobra a los asociados 84 centavos por el kilo de azúcar, a pesar del mutualismo que proclaman.

De primera intención, parecería esquilmadora la medida de cobrar medio centavo por el litro de agua entre los hachadores, mayormente teniendo en cuenta que el agua abunda en este campo, en donde los surgentes han sido una revelación. Pero hay que convenir que la distribución del agua a las numerosas cuadrillas diseminadas en el monte, importa establecer servicios auxiliares y carros aguateros cuya circulación irroga gastos (1).

---

(1) Posteriormente a nuestra visita, hemos recogido las informaciones completas relacionadas con las condiciones de labor. He aquí el compromiso general de trabajo aceptado por ambas partes:

—Pasajes: De ida, desde Buenos Aires, gratis, siempre que trabajen 3 meses.

—Herramientas: prestadas debiéndolas devolver al terminar el trabajo. Herramientas que se entreguen inservibles, serán abonadas por el hachador por la mitad de su valor. Las herramientas que se pierdan, deberán abonarlas por su valor.

En Naicó, por ejemplo, como asimismo en diversos beneficios leñateros en la zona del sur, los obreros trabajan en condiciones inferiores. Ganan de 2 pesos a 2.20 por tonelada o 50 centavos por metro cúbico. Se paga 80 centavos por metro, de acarreo, hasta tres leguas, — un carro carga de 15 hasta 22 metros. — Hay que tener en cuenta que en acarreos de tres leguas de distancia, se puede realizar un viaje cada día por medio.

El campo Los Surgentes, donde están estos montes destinados a desaparecer en breve, será uno de los mejores de la comarca, una vez entregado a los cultivos. Nada de difícil prever que el ramal eventual, construído a los fines de esta explotación pasajera, sea un

---

—Carne: a $ 0.45, si el obrero vá a la proveduría a buscarla, y $ 0.50 con el reparto.

—Entrega de leña: Los recibos de leña, habiendo carros, serán de inmediato, y si faltaran éstos no se metreará la leña y se le pagará por metro en la misma proporción que se le paga por tonelada.

—Hachadas: Las hachadas se harán con la base de la limpieza del campo, sacando los árboles de raíz, quemando las ramas y tapando los pozos. La leña podrá ser hasta de 70 centímetros de largo por 8 a 22 centímetros de diámetro. Los precios se pagarán de acuerdo con los hachadores convenido de antemano y en relación a la clase de monte y en forma de que obtenga buen jornal el hachador.

—Cuentas: En cualquier momento que el hachador lo desee serán éstas arregladas y abonado su importe.

—Agua: El agua será limpia y les será entregada en el campamento gratuitamente en la misma proporción como cuando tenían que pagar al que la llevaba.

—El arreglo de las herramientas es por cuenta del establecimiento.

—Los hachadores podrán controlar la balanza y presenciar el peso de cada carro y retirar el vale en el acto.

—Cabos: Cuando se compruebe que los cabos se han roto por el uso, serán cambiados por nuevos.

—Precios: Los precios nunca serán menores de $ 2.50 a $ 3.— m/n la tonelada.

desahogo para la futura colonia o estire sus rieles hasta Bernasconi, civilizando nuevas tierras. Por lo pronto, el gran porvenir de este campo, ganado al monte, está asegurado ya con los surgentes de agua riquísima, — uno de los cuales da más de 150 litros por minuto, — y que serán manantiales de vida para las futuras poblaciones. En la actualidad son diez los surgentes de una profundidad de 120 a 150 metros, distribuídos con inteligencia y previsión en todo el campo. Estos pozos rinden constantemente, de 60 a 150 litros por minuto y cuestan cada uno alrededor de 500 pesos. Sobre esta base del agua, se ha de afianzar la labor futura del gran establecimiento agropecuario que se iniciará con la caída de los últimos caldenes y sobre una extensión de 15.000 hectáreas.

Se dirá que en esta guerra sin cuartel contra la naturaleza salvaje del terreno, no volverán los árboles magníficos y llenos de sombra a tonalizar el valle y empenachar los collados, pensando, con dolor, en la expresión de Tehuriet de que el monte es la poesía y el perfume de la tierra; pero sobre el salvaje orgullo, nadie negará que se ha puesto una nota de poesía, civilizando la heredad con la colonia y con el tren...

———

CAPITULO XIII

La comarca de Naicó. — El ciclo completo de la explotación forestal. — El pioneer. — Del monte hirsuto, a la colonia y al centro urbano. — Los primeros cultivos. — Habla Anzoategui sobre los preliminares. — Civilización agraria de los campos vecinos. — Con rumbo al sur. — La «chacra-monte», sistema novísimo de colonización. — Las tierras del Colorado. — Un ferrocarril poblador. — El gran porvenir de una comarca nueva. — La ciudad futura. — Arraigar al hachador, con el estímulo de los cultivos, base de un plan educativo y social. — El feudo improductivo, en manos de la energía y del capital. — 75 kilómetros de ferrovía. — Las salinas y el bosque. — Nuevo horizonte industrial y económico para los campos del sur.

Una de las regiones de la Pampa donde la explotación forestal ha realizado su ciclo completo, desde el monte primitivo hasta la colonia, ha sido la comarca tributaria de Naicó, junto a la línea del Pacífico. Hasta estos montes solitarios, llevó hace ocho años su acción valiente y juvenil don Fortunato Anzoategui. De aquella violación decisiva a la selva intocada, debía nacer el centro futuro, la colonia próvida y la pradera boyal. Fué una brava aventura la de este argonauta joven, que se lanzaba a la conquista del monte vigoroso y desconocido, a civilizar heredades sin deslindes, sin aguadas, sin caminos, sin perspectivas de utilización agrícola. Rudos fueron los prolegómenos de esta atrevida iniciación. Sobre extensas tierras de la sucesión de Ataliva Roca,

pobló Anzoategui, colonizó, dividió, alfalfó, mientras sus hachadores talàban la selva en tres leguas a la redonda, sobre la estación del ferrocarril. El emporio de labor que venía a sacudir la armonía salvaje de aquella agreste virginidad, reclamó, bien luego, el núcleo vecinal. Y Anzoategui funda el centro urbano a la vera de la estación, en donde se congregan las primeras familias rusas que tentaron su bienestar en la colonia. Es así cómo se inicia el pueblo Ministro Lobos, a base de un prudente loteo de chacras, quintas y solares.

Mientras tanto, los primeros cultivos, diseminados a título de comprobación sobre la aptitud agrológica de aquella tierra, comenzaban a tomar incremento. El maíz rindió en forma excepcional, habiéndose aprovechado en una de sus cosechas más de 5000 bolsas. La alfalfa verdeó parejo en 1.200 hectáreas, a manera de ensayo, y el trigo, la avena y el centeno, comenzaron a prodigarse con buenos augurios en predios de consideración. Actualmente en estas colonias se ha cultivado una superficie de 12.500 hectáreas de trigo y más de 3000 de maíz.

El pueblo Ministro Lobos, que creció, al propio tiempo que se urbanizaba con nuevos edificios los terrenos contiguos a la estación, acrecentó su importancia con el reflejo tributario de las setenta familias colonizadoras que fueron en pos de la vitalidad productora de aquellos campos brutos, que resultaron tierras de panllevar. Interin, el ferrocarril seguía evacuando, con rumbo a Bahía Blanca, el tributo del bosque que llegó a significarse, en números redondos, con 300.000 toneladas.

—Fué una lucha tenaz aquel comienzo, — nos dice

el señor Anzoategui. — Pero no pudo el pesimismo ambiente contra la visión clara que se había apoderado de mi espíritu. Sin defecciones, sin desmayos, con fe sincera en el porvenir, emprendí la labor. Los cultivos primeros fueron de prueba y por administración. Bien pronto me di cuenta del valer productivo de toda la zona. Y fué una comprobación muy grata para mí poder apreciar que el éxito de la agricultura en esta comarca, está basado, más que en la cantidad, en la oportunidad de las lluvias. 400 milímetros que es el promedio anual, bien distribuídos y a su tiempo, bastan para levantar buenas cosechas.

La obra de Anzoategui tuvo, como era de esperarse, su grata repercusión vecinal. Pasado el Rubicón con tan buen éxito, se arremangaron los vecinos a tentar fortuna en la colonización. Campos de Esturizar, de Atali-va, Roca, Roca de Bollini, Madero, García, etc., que no habían intentado aventar, siquiera un grano, al erial, roturaron francamente el baldío, seguros que la tierra no sería esquiva a sus afanes. Ocho años han bastado para transformar la fisonomía comarcana. El pueblo, la colonia, el campo pastoril, el molino, el alumbrado divisor, el camino insinuante, han operado la transformación vertiginosa de la selva huraña. Y si para el sentimentalismo nativo, cabe la melancólica añoranza de los árboles criollos que se fueron en la lenta agonía de las cosas, con su sombra, con sus aves, con sus nidos, con su fragancia, arrastrados por el torbellino de la conquista, signos de progreso definitivo, ponen su nota augural en la maquinaria moderna que surca, que siembra, que engavilla, que arrastra; en el seleccionamiento

de los cultivos y los ganados; en el bienestar invalorable de la campiña, tecnificada ya, y hasta en el canto de los labradores, calandrias de la civilización...

*
* *

Pero no para ahí la obra eficiente y porfiada de este hombre emprendedor, de esta «garra», en el sentido generoso del vocablo. Anzoategui, Júpiter de los caldenes, — si cabe el teogonismo pagano atribuído a las florestas pampeanas, donde puede el calden, como el roble, ser símbolo de suprema fuerza forestal, — lleva sus hachadores al sur, a las márgenes del río Colorado. Pero, hombre de empresa y civilizador a la vez, ha de buscar, como lo indicamos en nuestro capítulo anterior, una combinación novísima, capaz de dar la nota más alta, completa y educativa en nuestras especulaciones agrícolo-ganadero-forestales: la «chacra-monte».

No conocemos en la economía forestal el precedente que se haya anticipado a esta explotación «sui-géneris». Alemania, cuya política arbórea culmina en sabias legislaciones sobre bosques, pudiera tal vez, darnos entre sus disposiciones algún ejemplo análogo. Inglaterra no nos lo da. Ni Francia. Ni España mismo, que posee una de las codificaciones más avanzadas sobre bosques, y que a partir del Fuero Juzgo, que dejaron los godos, — ¡hijos de las selvas, al fin! — y las pragmáticas de los reyes Católicos, supo distribuir con mesura el patrimo-

nio de las florestas. Ni Estados Unidos, que comenzó su conquista agraria con el incendio de sus selvas, y que, pueblo arrebatado y nuevo, no tenía noción de aquel sabio código de Castilla, que decía en su libro 8º, título 2º: «si algún onme enciende monte aieno o árboles de cual manera quier, préndalo el iuez, e fagal dar C azotes e faga enmienda de lo que quemó, cuemo asmaren onmes buenos»... Felizmente, para la gran nación del Norte, su fiero empuje arrasador buscó el correctivo en el culto a las plantas, extremoso y sentimental.

¿Cuál es el plan de Anzoategui? En síntesis, crear un tipo montaraz, el hachador-labriego, que se arraigue a la tierra, que deje de ser el saltamontes, el gandul, el obrero paria, hecho a la herramienta desvastadora como una prolongación cruel. El leñador, en esta nueva escuela del trabajo, sabrá bien que si desbroza la maraña, — sobre el suelo domado, para él germinará la espiga que fecundará su sudor. Y con esta perspectiva, educadora y franca, ha de ser piadoso con la selva, respetando los árboles de sombra, que diseminados por el campo, abierto a los sembríos, abrigarán al ganado de sus dehesas, como preveía la pragmática de Carlos V sobre la prudencia en las explotaciones, por que «hay mucho desorden en los disipar; de que resulta que no hay abrigo para los ganados en tiempo de fortuna y gran falta de leña».

Mucho y bueno debemos esperar de esta iniciativa que abrirá nuevos horizontes al leñador, mientras se pueblan comarcas nuevas y se fecunda la virginidad de aquellas tierras del Colorado, que son un misterio todavía para el espíritu descreído de Buenos Aires.

De cien leguas es la superficie que acaba de arrendar Anzoategui a don Dalmiro Martínez, sobre la margen izquierda de aquel río. ¡Imaginaos las sorpresas que puede guardar este feudo, al empuje civilizador! Selvas impolutas, aguardan en la misteriosa soledad, la hora en que la mano del hombre, vaya a adueñarse de aquel «summum munus homini datum», que atribuía Cicerón a los bosques; praderas cerriles, que esperan la caricia sensual del arado, para abrirse en estupenda maternidad; salinas riquísimas, como lagos árticos, sólo conocidos por las aves; poéticas cuchillas y hondonadas feraces...

Hasta este fundo inmenso llevará el ferrocarril del Sur sus rieles, movido por el interés común. Son 75 kilómetros de línea, comenzada ya, que facilitarán la conquista, empalmando en el trayecto de Gaviotas y Río Colorado. Sobre esta intersección, tenemos fe en que ha de organizarse, en forma vertiginosa, una ciudad de porvenir, núcleo central del Sur pampeano.

Conjuntamente con estos campos, el señor Anzoategui ha adquirido 40.000 hectáreas vecinas, que comprende el campo de los Achával, en cuya superficie desarrollará con preferencia, su plan de colonización. Hasta allí irá un ramal de 5 kilómetros, cuyas ventajas allanarán los preliminares de la cultura agrícola a que están destinados.

Hasta el presente la comarca vecina a los campos que acaba de adquirir Anzoategui, desconocen en absoluto las labores agrícolas. Algunas vegas están pobladas de ganadería lanar, pero en forma de crianzas rudimentarias. El futuro centro de población, el ferro-

carril, que ya comienza a afirmar sus durmientes y la explotación mixta que usufructuará el monte y hará rendir forraje y cereal a la tierra desbrozada, van a sacudir la molicie del Sur y a abrir un nuevo horizonte industrial y económico a la Pampa, completando para el gran territorio, la cenefa que cerró magistralmente Pico por el Norte y por el Este el rosario de pueblos recostados sobre el Meridiano Quinto.

CAPITULO XIV

La industria minera en la Pampa. — Lihuel Calel, yacimiento aurífero. — Las arenas ferruginosas de los médanos. — El fierro titánico del Colorado. — ¿Habrá en el subsuelo de la Pampa una gran cuenca petrolífera? — La sal común, fuente de riqueza industrial. — Los grandes criaderos. — Una visita a Salinas Grandes, en Macachín. — El gran emporio de la «Compañía Introductora». — Cómo se practica la explotación salinera. — Las máquinas raspadoras. — El ferrocarril, el molino y el puerto. — Labores, obreros y jornales. — La mina eterna. — Cosecha e industrialización. — 300 toneladas diarias.—La sal fina tan buena como la de Cádiz. — El «decauville» a la estación Hidalgo. — Diversas.

—Lihuel Calel, — nos informa en General Acha, el criador don M. Otero, fuerte afincado en el Noveno Departamento, — es una sierra rica en minerales de cobre y oro... ¿Por qué no la visita?

Deseos tendríamos, en verdad, de hacer una excursión a estas montañas, que, con la Sierra Chica, constituyen un raro sistema orográfico perdido en la inmensidad de los campos; pero nuestra visita, a simple título contemplativo, a ninguna explicación concreta podría arribar sobre las condiciones científicas de aquellos minerales. El viejo beneficio, que tentó la codicia de algunos mineros profesionales en el espacio de veinte años, a partir de 1885, está completamente abandonado. Baste saber, a mérito informativo, que los pozos cavados en este asiento, tienen algunos, una profundidad

de setenta metros. El usufructuario de las minas de Lihuel Calel, fué don Juan de Dios Sepúlveda, quien las trabajó durante diez años enviando su producto a Chile. Durante los años de 1902 y 1903, la explotación estuvo en manos de una compañía de Bahía Blanca. El embarque de minerales se hacía por Pichi Mahuida (1) — F. C. S. — a veinte y cinco leguas de distancia. Probablemente, los gastos originados por el transporte fueron óbice para continuar la explotación. Y ahí están los trabajos paralizados, a la espera, tal vez, de que se formalice la línea proyectada por el ferrocarril Pacífico, de General Acha al occidente, acortando en una tercera parte la distancia ferrocarrilera que conviene a la explotación.

La minería, industria incipiente todavía en nuestro país, no ha despertado en este territorio el interés de la empresa. Los buscadores de fortuna, tentados por el oro de las mieses, no salen de las especulaciones trilladas. Las arenas de estos médanos, — no es una novedad para nadie, — poseen un buen porcentaje de pirita de fierro. Esta proporción que por su abundancia pudiera tener su interés para la industria minera, vale mucho más para la explotación agrícola, en forma indirecta y en el sentido práctico de los colonos. El aprovechamiento racional está en la inmovilidad de esos médanos ferruginosos, y sobre ellos el cultivo adaptable y eficaz. Engolosina, de primera intención, la riqueza metálica de las arenas. Pero no se pone en cuenta las

---

(1) Sierra Chica.

dificultades y el costo de la explotación. Es un ingenuo lirismo esta novedosa teoría de explotar los médanos, alejándolos de su destino natural de ser tierra firme con el tiempo. Y hasta hay personas graves, que nos dicen con énfasis, como si hubieran encontrado la piedra filosofal:

—¡30 por ciento de fierro! ¡Si es una riqueza colosal!...

Ante este entusiasmo desmedido en vías de dar consagración a una novelería, cabe preguntar, lo que sería de esta Pampa, si le quitaran el hierro que constituye, precisamente el poco de densidad de sus médanos. Las dunas, lejos de civilizarse con plantaciones y sementeras, se convertirían en un piélago de arenas indóciles, reacias a todo empeño de cultura agrícola y de inmovilidad, destinadas a eterno juguete de los vientos y azote de las poblaciones...

Cuando el general Roca, a punto de culminar su campaña civilizadora llegó al río Colorado, los oficiales descubrieron en las arenas vecinas una mezcla poderosa de fierro titánico. Por medio de un imán, se extrajo el mineral; y era tan pequeña la cantidad de arena pura, que quedaba, después de esta separación, que apenas rendía un diez por ciento... Esta existencia de fierro titánico, que venía a dar la presunción de un arrastre aurífero, despertó en el público una gran predisposición por las tierras del Colorado. Felizmente no se produjo el éxodo californiano, a pesar de la aseveración optimista de los sabios teutones que acompañaban la expedición. Quedó, sin embargo, un vaticinio augural, que suscribió el redactor militar de la cruzada.

—Tengo la esperanza, — decía el coronel Olascoaga, — de oir decir un día que se ha descubierto un rico lavadero o mina de oro en cualquier parte del río Colorado; y más probable entre sus nacimientos y las inmediaciones de Pichi Mahuida.

Van corridos treinta y ocho años y aun la profecía está en pie. Aquellas tierras se han poblado, pero el oro del ensueño no ha despertado aun la avidez de los buscadores.

Tal, la amable fábula de esta industrialización de los médanos, con la diferencia que exprimir el hierro de los médanos sería fomentar el Sahara infecundo, despiadado y eterno...

Cuando se estudie con detención el subsuelo de la Pampa, nada de extraño será que se abra un nuevo horizonte capaz de concentrar fecundas actividades. Este territorio, geológicamente considerado, es una prolongación de las pampas mendocinas que tienen su punto de arranque en las nacientes del Atuel, en donde los cateos acaban de revelar la existencia de carbón (que ya se explota), alquitán y petróleo, fuera de los ricos minerales de cobre, conocidos y trabajados de tiempo atrás. Esta derivación es probable que nos reserve algunas sorpresas. La necesidad de buscar el surgente, que es la vida económica y firme de los cultivos intensivos, ha de despejar la incógnita en el momento menos pensado, revelando la existencia de hulla o la cuenca petrolífera significada en fecundo nacedor.

*
* *

La sal común es el único mineral que actualmente se explota en la Pampa. Las fuentes productoras están al sureste, comprendiendo tres o cuatro lagunas en los departamentos Tercero y Cuarto. Estos criaderos de sal en pleno beneficio hoy, fueron focos de atracción otrora de las tribus nómades que pululaban por el desierto, antes de la campaña militar. La labor elemental y rendidora de la explotación, y el abandono en que yacían estos bienes del Estado, dieron pie a la depredación de las indiadas, completando así, con las haciendas mal habidas, el comercio inmoral en los mercados de ultracordillera.

—Yo he visto con mis propios ojos, — nos dice un anciano, peón todavía en Pico, — ¡ah, criollo! — que actuó como soldado en toda la campaña, desde los preliminares de Alsina hasta la concentración histórica de Choele-Choel, — yo he visto las arrias indígenas, cargadas de sal, camino de Naicó, rumbo a las cordilleras. Y le garanto que eran por lo menos cincuenta cargueras y más de treinta lanzas que les venían pisando los garrones... Estaba yo entonces, destacado en patrulla volante y bajo las órdenes del Comandante Clodomiro Villar... Eramos diez de la partida, internados campo afuera, siguiendo los rastros de una indiada, que había pasado tres días atrás. Como a doce leguas de la laguna Mari Mamuel, la cruzada de un monte de caldenes nos separó y quedé con dos soldados entre unos medanales más traicioneros!... sin víveres, sin pilchas y hasta sin tabaco... ¡pa pior! Era una corajeada bárbara... A eso de oraciones habíamos desencillao al reparo de una barranquita, cuando vimos pasar como a dos cuadras,

como botón de chaleco, a la indiada... Venían del lao de las salinas... ¡La suerte que no nos habían tomado el olor!...

«—¿Atacamos?» — les pregunté a los muchachos.

«—¿Pa qué?» — me dijeron... ¡Si es al ñudo!... ¿Pa que nos pongan como arneros a lanzasos?...

—Tenían razón. Era morir. ¡Sin güelta! Morir en lay, pero sin provecho pa la nación. Y le garanto que sentí como qu'el corazón se me achicaba. Y pensé en los versos de Martín Fierro que sabía leer mi sargento en el fortín de Carhué:

«El hombre hasta el más beyaco
Aflueja andando en la mala
Y es blando como manteca»...

*
* *

En Macachín, gentilmente acompañados por el progresista vecino don Enrique F. Parodi, uno de los iniciadores del progreso agrícola-ganadero de la comarca, hemos visitado las Salinas Grandes, distante tres leguas del centro urbano y bajo la explotación, actualmente de la Compañía Introductora de Buenos Aires.

Un auto volador, — es el automóvil, elemento de locomoción consagrado en toda la Pampa, — nos pone bien pronto sobre el camino, entre sementeras y predios

alfalfados que son una maravilla. Minutos después, desde una lomada que bordea la ribera, se domina la cuenca extendida como un inmenso manto color gris. Estamos en presencia de uno de los más cuantiosos criaderos de sal de la Pampa. El panorama es absolutamente nuevo. Se diría un lago de nieve, donde el cielo indeciso de la tarde ha impuesto su brumosa palidez. El trajín de la ribera, nos habla con elocuencia del emporio industrial. Se destaca, en primer término, el cuerpo principal de la fábrica, a la izquierda, con sus galpones espaciosos y bien construídos. Se alinean, a renglón seguido, las casas de los obreros, uniformes, aseadas; la maestranza, el depósito de maquinarias y otras dependencias auxiliares; luego la casa de la administración, aparte, a la derecha, sobre la barranca poetizada un tanto entre enredaderas y jarillas.

La impresión que nos causa este asiento salinero, es la de un puerto mediterráneo y singular. Un puerto sin barcos, pero con aparejos, con desvíos, con todo el aparato ribereño para la carga y el transporte y, — ¡asombráos! — con su largo muelle de punta que se interna decididamente hasta el corazón de la salina. Por este muelle, corren las locomótoras y el convoy industrial transportando la sal virgen, descortezada a la laguna.

Hemos querido presenciar la faena para recoger nuestra impresión objetiva sobre esta gran industria. A lo lejos, muy lejos, hormiguean unos puntos negros perdidos en el piélago impoluto de la salina. Son los obreros que apilan el noble producto en las parvas alineadas a lo largo del carril. Dos puntos más grandes, definidos con contornos de maquinaria, se mueven tam-

bién, rastreando en ruta ondulada sobre la tersa superficie. Son los motores que traccionan los aparatos raspadores.

¿Qué distancia nos separa al foco de labor? Sobre el manto blanco, sin un punto de comparación se pierde el cálculo del trayecto. Para nosotros no puede pasar del kilómetro la distancia. Y nos ponemos en marcha. Primero seguimos sobre el muelle a paso largo. Pero el muelle es como una aguja interminable. Después comenzamos a cortar campo sobre la sal endurecida, salvando, sin dificultad, los charcos de agua pluvial esparcidos por todas partes y que no han entrado todavía en el estado de saturación, con los 25 grados Beaumé de base para su cristalización. Un hálito salobre se compenetra en nuestro cutis. Los labios son de sal; las manos se alisan notablemente. Sin sentir, vamos ganando trecho; pero los puntos que hormigueaban a lo lejos, siguen siendo los mismos puntos, a la lontananza como si nada hubiéramos adelantado en la incursión. Por fin llegamos.

—¿No sabe cuánto hemos recorrido? — nos interroga el administrador de la salina, señor Amán Castells, que nos ha acompañado en la travesía.

—¿Una legua, quizá?...

—No tanto; pero algo así como unos cuatro kilómetros largos.

La novedad de la labor atempera el poco de cansancio que se ha apoderado de nosotros. Con razón, el señor Parodi no ha querido moverse del puerto, abstraído tal vez, en la poesía del panorama...

La tarea es simplísima. Los motores, — una especie de Champion, de 25 caballos de fuerza a nafta, —

mueven un aparejo sencillo, patentado por la empresa. Este acoplado, consta, en síntesis, de una cuchilla como de un metro de largo que funciona en sentido perpendicular a la dirección que lleva el motor y raspa el suelo horizontalmente. El funcionamiento elemental de este aparato nos recuerda el aplanador que usan los hortelanos, una especie de arado superficial que va desmontando suavemente las sinuosidades del terreno. Sobre este implemento, que en esta explotación obra de máquina fundamental, dos hombres gradúan la labor y levantan la cuchilla a espacios de tiempo regulares, formando así pequeños montículos de sal. Viene, entonces, la operación de los paleros y acarreadores. De la superficie, pasa la sal, en carretillas a las pilas. Luego, al «decauville» y después a la línea central, al muelle, rumbo al puerto.

La labor, de la extracción, por lo mismo que es sencilla, es rendidora. Un peón, tomado en conjunto con relación a los diversos menesteres del ingenio, vale por algo más de dos toneladas diarias. Gana un jornal de tres pesos, estirable a seis, en tiempos de cosecha.

En épocas de trabajo intenso, han laborado en la extracción hasta cuatrocientos obreros con un rendimiento de mil toneladas por día. La faena no es tan pesada como la de los leñateros ni la de los emparvadores de cereal, salvo durante el rigor de las estaciones, con la crudeza de los fríos pampeanos y el azote del sol del estío. El esfuerzo muscular por otra parte, no es abrumador. Reina el mayor orden y aseo en estas labores fiscalizadas por capataces expertos. Durante el trabajo, un convoy de víveres y elementos de uso per-

sonal, ocupa el desvío, contribuyendo así a la economía de tiempo y a la higiene reclamada por el trabajo. Actualmente los hombres de labor de este ingenio alcanzan a 140 con un rendimiento de más de 200 toneladas de sal por día.

El yacimiento de esta laguna es inagotable, no sólo por la profundidad de algunos de sus criaderos, si no por la cooperación de las aguas pluviales que contribuyen, al saturarse, al crecimiento por yuxtaposición del preciado mineral. El raspaje se practica superficialmente, por que el espesor no es el mismo en toda la laguna. Hay parajes, determinados ya por el calado, en donde la sal se concentra en núcleos de consideración, formando lo que podríamos llamar la verdadera mina.

Veamos ligeramente lo que compete a la faena de industrialización. Las vagonetas del convoy vuelcan su carga de sal gruesa en unos buzones cilíndricos de cedazos metálicos y en donde el mineral se somete a un lavado con agua dulce, a fin de quitarle las impurezas superficiales. De ahí, recogida nuevamente la sal por un convoy que circula a nivel inferior, es llevada a los departamentos de laboración para la molienda. Allí se practica la separación. La sal gruesa que ha de salir al mercado, no requiere preparaciones accesorias. Se embala en bolsas, simplemente. La sal de mesa, pasa al molino, — que no tiene diferencia fundamental con el harinero, — y después de la acción de práctica, bajo la fuerza de pistones y trituradoras, queda en condiciones de consumo.

La sal de Salinas Grandes, por el resultado de sus

análisis y su agradable paladar está conceptuada análoga a la sal de Cádiz, de fama universal. La sal de mesa se prepara en bolsitas de tela blanca, de un kilo de peso y se ha difundido bajo la marca de Dos Anclas.

De las salinas parte una línea de trocha angosta hasta la estación Hidalgo, distante nueve kilómetros. Por estes tren industrial se evacúa el producto sobre la línea del Pacífico. Para tal servicio, la empresa cuenta con 10 locomotoras y más de 300 vagonetas de transporte. La sal de este yacimiento se distribuye en todo el país.

Nuestra impresión general del establecimiento y sus dependencias ha sido inmejorable.

Regresamos. La tarde agoniza. Nuestra máquina vuela por el camino amplio y polvoroso. Del campo dormido, viene como una suave caricia del perfume de los pastos artificiales. Venus se abre en el cielo con su luz radiosa y tutelar. Al cruce de un camino se intercepta una tropa de vacunos que vuelve de la feria en bulliciosa caravana.

—¿De quién son. ché? — interroga Parodi a los reseros.

—De don Fulano... No alcanzaron a venderse por falta de tiempo... Estuvieron fuerte los negocios...

Aquella tarde, — supimos después, — en la feria de Macachín se habían vendido animales por más de 100.000 pesos...

———

CAPITULO XV

De Valentín Gómez a Winifreda. — Evocaciones del paisaje. — Semblanza de la alquería. — El centro comercial. — Estación rica en galpones, rica en cosechas. — Fisonomía general a la hora del tren. — 70.000 hectáreas cultivadas en la zona. — La obra de don David Lerman. — Una colonización arriesgada. — Los primeros tropiezos. — Sin agua y sin ferrocarril. — Del campo pelado y virgen, a la roturación y cultivo de 20.000 hectáreas. — La protección al colono, cimiento del bienestar común. — De treinta familias a cien. — Cultivos, viviendas, maquinarias, costumbres. — Una étnica especial que no es étnica... — El problema agrario. — La colonia El Guanaco. — El porvenir de la comarca. — Winifreda, futuro gran centro de población.

La línea férrea de Valentín Gómez a Winifreda la hemos recorrido en una mañana de noviembre. El día es amable, soleado, tibio. Hay alegría, verdor y luz en las praderas. La primera impresión, inconfundible, al cruzar tierra pampeana, es la laguna, volcada junto al tren sobre un campo de gramillas silvestres. La garbosa novillada, de inequívoco tipo durham, de pulpas firmes, de líneas gráciles, y en vísperas, tal vez, de frigorificación, se ha dado cita junto al agua, tranquila, familiarizada ya con el bullicio ciclópeo del tren...

Winifreda, es una alquería, con contornos de pueblo, que nos produce, de llegada, buena impresión. La calle principal, se abre a lo largo de la vía, abarrotada

de pequeños negocios: la fonda, la botica, la peluquería, el almacén. Más allá, la carnicería. Se comienza el diseño de las calles adyacentes. Se aguirnaldan de verde follaje algunos sauces, en la línea de la acera que da al tren. Pero, con displicencia, a la ventura, sin propósitos de edilidad. Numerosos galpones junto a los desvíos, anticipan la exigencia agraria de abundosas cosechas. Basta este síntoma de los tinglados, para adjudicar la importancia de la región. Así como la estación sin pueblo, nos da la idea del latifundio ganaderil vecino, la estación pobre en galpones, nos habla con elocuencia de cosechas precarias o de una incipiente agricultura. Winifreda se sintomatiza como comarca productora en esta exteriorización de sus trojes de hierro galvanizado, en donde vuelcan los colonos sus ingentes cosechas. Se puebla la estación a la hora del tren. Hormiguean los sulkis por los caminos y las chatas promiscuas. Algunas bateas rusas fuertes, sin elásticos, trasunto de la estepa ventosa o de las tierras de pan, de Odessa, se prodigan en la cancha de espera junto a un par de baqueteados automóviles, signos de prosperidad colonial.

Espléndidos están los trigales. En esta zona se ha cultivado este año alrededor de 70.000 hectáreas.

Hace algo menos de ocho años que se organizó esta colonia en campos de Don José N. Drysdale y por obra de un hombre de progreso y de empuje: Don David Lerman. Campos pelados, incultos aún, sin la más remota perspectiva de ferrovía, fué una valiente empresa afrontar su cultivo. Todo el mundo, — es decir «celui qui ne comprend pas», — puso su irónica dubitación

en la aventura. Aquella era una utopía, una empresa descabellada. Si la estación próxima dista más de cuatro leguas de la zona de producción, — aconseja la eco-



nomía agrícola, — no compensa los gastos de acarreo. Más de diez leguas tuvieron que recorrer los primeros trigos de Winifreda.

—Las grandes dificultades, — nos dice el señor

Lerman, — las tuve al principio. Aquella de encontrar agua potable, fué un problema. Después de consecutivos e infructuosos ensayos, puede allanar el obstáculo, encontrando napas muy buenas. Créame que los tres primeros años fueron para mí un verdadero fracaso. No desmayé, sin embargo. Seguí proporcionando a mis colonos elementos, semillas, dinero, para que no se malograra la labor.

—Pero ha triunfado al fin...

—No puedo quejarme. Moralmente, siento la gran satisfacción de haber dado vida a una rica zona de la Pampa, luchando abiertamente por su cultura agrícola, por su población y por su expandimiento ferroviario.

«Suele haber, sin embargo, un cierto prejuicio con los extranjeros, — arguye el señor Lerman, con cierta amarga ironía —. La creencia de que nuestro único móvil es embolsar dinero, no siempre es razonable y justificada. Verdad es que nadie trabaja por amor al arte... Pero, puedo asegurarle que esta empresa colonizadora me ha costado muchos quebrantos en los primeros tiempos. ¿Que han reaccionado las perspectivas? ¿que después de tan rudo bregar debo recoger el fruto de mi empeñosa labor? No hay duda alguna. Pero, aun en el éxito, no se dirá que abandono a mis colonos...

Y, a renglón seguido, el señor Lerman nos muestra en su copiador, el documento de garantía subscripto a favor de una veintena de sus colonos, con el Banco de la Nación en General Pico, por una suma superior de 20.000 pesos en garantía de dinero para levantar las cosechas.

Cierto es que la recolección está ad-portas; que se

anticipa un óptimo rendimiento, — noviembre se desliza temperado y parejo. — Pero estos buenos augurios que pudieran desvalorizar la acción prestataria, frente a la pronta y segura recompensa, suelen ser humo de paja cuando ha de venir el granizo, las heladas y aun las fuertes lluvias de fines de primavera, verdaderos turbiones que malogran el trigo hasta en la misma parva. El colono no está seguro hasta que tiene su grano en las planchadas o lo ve alejarse en los vagones del tren.

La colonia de Lerman, lleva el nombre simbólico de La Espiga de Oro. Su éxito, formalizado en estos tres últimos años, ha dado pie a la organización de otras colonias vecinas tributarias de la estación Winifreda: La Delfina, La Paz, Santamarina, etc. Actualmente La Espiga de Oro tiene bajo cultivos una superficie de 20.000 hectáreas, siendo sus colonos, alemanes católicos y protestantes.

Fueron treinta las familias fundadoras de este campo. De entonces acá, los años han tenido sus veleidades. Los últimos cinco pueden significarse por dos cosechas malas y tres buenas. Se dijera que el complemento del ferrocarril, estableció, en definitiva, la bonanza de la región. Actualmente ocupa la colonia 108 familias, subarrendatarios que pagan como locación el 16 % de la cosecha, con contratos por cinco años y por lotes de 100 a 300 hectáreas.

Los campos de esta colonia son de tierra firme, exentos de médanos. El agua está de 6 a 15 metros y la tosca a dos. La ganadería es muy precaria.

Las habitaciones de los colonos constan de dos piezas y cocina. Son muy reducidos los mejoramientos que

introduce el colono en su vivienda, pues su carácter de locatario, que ha de abandonar su predio al finalizar el contrato, no le da bríos para tonalizar el rancho con cultivos forestales ni reformas que han de quedar en la tierra. La maquinaria, eso sí, es de propiedad de cada familia. Los colonos utilizan las espigadoras Mc Cormick y Beering. No usan cosechadoras, ni engavillan. Espigan.

Nos interesamos vivamente por algunas características morales de la masa, su grado de comprensibilidad en los negocios, etc.

—Nuestros colonos, — nos dice el administrador de La Espiga de Oro, señor Golovanevsky, — constituyen un tipo de excelentes cultivadores. Son laboriosos, tenaces, fuertes; pero les falta espíritu de iniciativa. No tienen preparación técnica, y en consecuencia no trabajan con sagacidad los campos feraces. Son, por otra parte, analfabetos en su mayoría. Estas circunstancias contribuyen a dificultar las operaciones comerciales y bancarias, aguzando en el colono el instinto de conservación hasta el punto de cometer torpezas que pudieran sospecharse de acciones deliberadas y dolosas ocultaciones.

Nos agrada conocer esta semblanza de los colonos, presentada por el señor Golovanevsky como un rasgo saliente de su étnica. A nosotros, que hemos visitado todos los núcleos coloniales del territorio, se nos antoja que estos perfiles no definen un temperamento ancestral, refractario a todo perfeccionamiento. Rusos más hoscos y colonos trapisondistas hemos encontrado en el camino, modificados en su temperamento primitivo por los beneficios del predio propio. Cuando se solucio-

ne el problema agrario, ya hemos de ver que todas las razas serán igualmente aptas para tecnificar y ennoblecer los cultivos. Y será, sin duda, esta Pampa generosa, el gran crisol en donde se han de retener, fundir y unificar los pueblos migradores en un tipo común.

Felizmente para la colonia, ha comenzado a funcionar la escuela pública, bajo el patrocinio de la nación y con más de cuarenta educandos, costeada en su mayor parte por los señores J. N. Drysdale y con el producto de algunos festivales y donaciones.

Vecino a La Espiga de Oro, el señor Lerman cultiva, por igual sistema de arrendamiento, la colonia El Guanaco, con subarrendatarios alemanes. El terreno es algo inferior en calidad a La Espiga de Oro y más distante de Winifreda. Los colonos pagan el 15 % en especies sobre las cosechas y por concepto de arrendamiento.

Como se desprende de estas ligeras apuntaciones, es de gran porvenir esta comarca, hecha pródiga merced a la valentía de una vertiginosa colonización. El tren, que llegó un día, después que el esfuerzo promisor maculara la tierra virgen, para recoger el premio generoso, no ha de estacionarse allí. Nuevas tierras al oeste reclaman sus paralelas de hierro. Mientras tanto, Winifreda, que se anticipó a la conquista, irá urbanizándose poco a poco, — no bien desaparezcan ciertas trabas que se oponen a su expansión edilicia, — hasta transformarse en un centro de primer orden llamado a desempeñar un papel importante en aquella extendida región de los trigos.

CAPITULO XVI

De Pico a Santa Rosa. — 40 leguas en automóvil. — El aguacero bienhechor. — Reflexiones del camino. — Una exposición ganadera circunstancial. — Trigos y alfalfares. — La cadena de pueblos nuevos. — Cómo se improvisan los centros urbanos. — La civilización de la campaña con arbolados y cercos vivos. — Las liebres emigrantes. — Arraigo vecinal. — El fenómeno del crecimiento vegetativo. — La familia nueva. — Disgreciones del camino. — El prejuicio augural.

Las cuarenta leguas que separan a Pico de Santa Rosa, las acabamos de salvar en automóvil, dejando para más adelante nuestra visita detenida a los campos pastoriles del norte.

Fué el 3 de setiembre. Una lluvia torrencial diluviaba sobre la tierra sedienta. El viento sopló del sur-este, un viento agreviso que no cesó sino à última hora de la tarde. El ganado vacuno, que puebla los gramillales y campos de alfalfa en todo el trayecto de Pico a Catriló, venía a embolsarse en el alambrado del camino, paralelo a la línea del ferrocarril, viento abajo, inmóvil y resignado ante el azote del temporal. Fué para nosotros una oportunidad preciosa aquella de poder observar el enorme tesoro ganaderil de las grandes praderas, en todos sus ejemplares de excelente mestización, que se daban cita a lo largo del camino en filas interminables, verdadero certamen de gordura, de tipo, de calidad.

Los vientos de la comarca del norte, antes tan bravíos y desatados, se han venido atemperando paulatinamente. Maracó, Rancul, Realicó, Chapaleufú, Trenel, Conhello, Qeumú-Quemú, han sufrido una transformación radical con los cultivos, y lo que es más sintomático para el arraigo territorial, una transformación metereológica. Es la obra de la civilización de los campos la que opera el fenómeno. Los cultivos atraen las lluvias, modifican los vientos, estabilizan los arenales. Sin embargo, no podemos decir que se ha llegado a la verdadera protección de las sementeras y los alfalfares con la divulgación de los cercos vivos. Esto importa un problema, sobre todo cuando se trata de lindes extensos y es menester preservar los cercos protectores, incipientes aun, de la zaña destructora de las liebres y las vizcachas. Para felicidad de los colonos, las liebres en esta zona van desapareciendo poco a poco. Hace algunos años se propagó un flagelo que no llegó a sintomatizarse con exactitud, pero que se hizo sentir como una racha destructora para la especie. El daño, que se generalizó como una epidemia en toda la región del norte, se singularizó con una característica particular: las liebres venían a morir en los caminos. Esta circunstancia facilitó la limpieza de los predios pastoriles. Después de este azote, la invasión de las liebres se dirigió al suroeste, quizás para no volver más sobre la rica zona. Queda aun la vizcacha difundida por los campos. Pero su extinción es mucho más sencilla y su obra de desvastación se circunscribe alrededor de su madriguera, dando facilidad al colono para localizar el ataque.

Algunos chacareros previsores han ensayado el cer-

co vivo con buenos resultados; otros han colocado tejido en el linde de sus cultivos o alfalfares. Pero este sistema precaucinal es dispendioso y sólo tiene efecto contra las plagas de las liebres. Lo importante sería conciliar la defensa contra los vientos. De ahí el cerco vivo. Tenemos fe en que no han de pasar muchos años en que estos campos feraces, subdivididos por granjas y potreros, se pueblen de arbolados. La lluvia de este día, lluvia de oro para los sembrados nacientes, pero que chasqueó sin piedad sobre el lomo de las bestias como las cuerdas de un látigo movido por el aquilón, interrumpiendo el tranquilo pacer del ganado, nos dió idea clara de la necesidad de difundir el forestal por los campos, para la grata sombra en el estío y el reparo en la crudeza invernal.

Muy pocos árboles hemos visto en el largo trayecto. De vez en cuando algún sauce en eclosión de yemas, rompía la línea ondulada del paisaje. Siempre el molino junto a la vivienda reclamando la fuerza del viento para regar la huerta o abrevar al ganado; raras veces el árbol. Hasta los mismos focos de población, nutridos ya, poco culto le dedican a las plantas. Se explica esto por el carácter genuinamente comercial de los centros urbanos que se suceden en el camino. ¿Qué importan los eucalitos, el sauce campechano, los paraísos fragantes, el jardín sencillo, en la fonda de la estación o la tienda de abarrotes, destinados a servir al elemento movedizo y emigrador de la colonia? Pero los centros que se conglomeraron a la ventura por el propio desarrollo vegetativo y por exigencias de la vecindad colonizadora, van municipalizándose poco a poco y es ne-

cesario pensar en la edilidad definitiva, carente de incentivo sin la propagación civilizada del árbol. Dorila, Quemú-Quemú, Relmu, Catriló, Lonquimay, La Gloria, Uriburu, impresionan gratamente por su intensidad de vida mercantil, pero no por la influencia emotiva que deja el árbol, signo de avanzada civilización. Sólo Miguel Cané, que cruzamos en el trayecto, se engalana profusamente con atavíos forestales. Cada casa tiene su huerta y por sobre las chapas de hierro de sus techados asoma la alegría de un vegetal. Suponemos el tono alegre de la alqueria, destacándose del paisaje pampeano en un día claro de primavera...

¿Adversión al árbol? — supondrá algún espíritu caviloso, ante el retraimiento prosaico de estas poblaciones. — No. Es la propia juventud de cada centro, la improvisación vertiginosa de la comuna que no ha formalizado aun su vida social, ni se ha dado tiempo para estas especulaciones del espíritu que dulcifican la vida. El arraigo vecinal extiende sus primeras raíces de la tierra pródiga. Cada uno de estos pueblos nació con los preliminares de la colonización agrícola, resultando, casi siempre, de una emigración heterogénea ávida de tentar fortuna en el noble trabajo de la tierra. El crecimiento de cada población ha sido un fenómeno imprevisto en casi todos los casos, salvo en la capital del territorio. De la noche a la mañana han surgido los pueblos: con vida propia y de gran porvenir en las cercanías de las chacras y los campos subdivididos; anémicos, en la vecindad de los latifundios y las grandes invernadas.

Arraigados los vecindarios, se patentizan los proble-

mas de la urbanización. Felizmente los fundadores de pueblos tuvieron casi siempre, — ¡y cómo no! — la visión del futuro; y al delinear y subdividir, convinieron, por lo menos, en la amplitud de las calles y el reparo de los vientos. En muchos casos no se anticipó el gran centro y la economía de los propietarios del terreno original, a pesar de la baratura del suelo, limitaron su dádiva al lote para algunas oficinas de rigor, — la policía y el juzgado, sin duda. — Pensar en plaza pública sería un lirismo; en iglesia, una regresión. No necesitaría de estos lujos la sola adventicia de la colonia! Fondas, almacenes fuertes, panaderías, canchas de bochas y despachos de licor, era lo que necesitaban los poblados. Sin régimen para la colonización, los pueblos agrícolas fueron, casi siempre, el resultado lógico de la colonia. Un campo de labor adjudicado a doscientas familias, reclamaba, como consecuencia, el centro urbano, exigido con antelación y a título de negocio, por el poseedor primitivo. Conjuntamente con el pueblo, asomó el ferrocarril a recoger las cosechas y se insinuó el amparo oficial con la administración de orden y de justicia. En esta forma han surgido de diez años a esta parte casi todos los centros agrícolas de la Pampa. La improvisación de ayer reclama hoy atenciones diversas y fundamentales. El conglomerado de comercio que definió un centro poblado, tiene hoy exigencias de carácter social. Se organiza la familia nueva, la familia pampeana, adherida al terruño con aspiraciones propias y caracteres definitivos. La escuela pública unifica en el territorio la instrucción nacional. El elemento extranjero que ha sudado sobre la tierra arizca o ha levantado

fortuna desde el mostrador, se encariña al suelo en espontánea y fructífera convivencia. Ha llegado el momento, entonces, de cimentar sobre bases definitivas el pueblo que nació a la ventura, obra de un tanteo comercial o de una exigencia de la comarca. Y vienen los reparos a la imprevisión, ya que no es dado detener al progreso. Y entran los pueblos en la segunda etapa de vida comunal, tratando de rectificar los errores propios de la improvisación.

En esto están los pueblos del norte que dejamos atrás al paso acelerado de nuestra máquina, el propio «Mercedes» que sirvió a Roosevelt para cruzar la cordillera de los Andes. Ahí quedan los pueblos con aleteos de aldea y proyecciones de urbes populosas. A ellos volveremos en incursión territorial, anhelosos de estudiar su constitución, su vitalidad, su porvenir.

Mientras tanto, el camino se ensancha a nuestro paso como una arteria abierta a las praderías infinitas, en donde se insinúan los embrados nacientes, jubilosos ante el aguacero torrencial. ¡Y qué auspiciosa compañía la que nos lleva sobre el camino trillado hacia la capital! El telégrafo, el teléfono, el riel...

———

CAPITULO XVII

El pueblo de General Pico, gran centro comercial. — La Rosario de la Pampa o la Kansas City argentina. — Características del Far West. — Una población vertiginosa. — Albores. — Lo que dice el primer comerciante de Pico, señor Pozo. — El primer tren de pasajeros. — Semblanza de un día histórico, lleno de augurios y de incertidumbres. — Solares, quintas y chacras. — Precios primitivos. — El florecimiento urbano. — Una crónica detallada del primer colonizador, señor Isidoro Brunengo. — Pobladores iniciales. — Gobierno comunal. — Reseña actual de Pico.

General Pico es el primer centro comercial del territorio. Bautizarlo Rosario de la Pampa, sería vaticinarle un porvenir político dentro de la futura provincia; y ¡líbrenos Dios de caer en suspicacias! Fué ingenuo, sin duda, el mote de «Chicago del porvenir», que suscribió un gran espíritu, sembrador de pueblos, — Chapeaurouge. — Pico, por su situación mediterránea, podrá nuclear con fuerzas propias una inmensa y rica comarca, pero nunca será la ciudad de la carne, la ciudad de los «packing house», bajo la garra colosal de Armour. Chicago, junto al Michigan, tiene la gran comodidad lacustre que ha podido favorecer la expansión de sus frigoríficos. Pico, finca su porvenir en las industrias agropecuarias, y mientras el tiempo y la testamentaría, no barran los latifundios, está su departamento destinado a ser la región, — única, por la calidad de sus

forrajes, — de las grandes praderías, la región de las invernadas o «de cebo» como llaman los estadounenses a los ranchos de Nebraska. Con Kansas City sería más apropiado el parangón que le cuadra a Pico, siquiera por su similitud geográfica y la forma vertiginosa en que se va acrecentando su población.

De todas maneras, bajo su aspecto comercial, Pico se nos antoja un pueblo del Far West. Sin aguzar la imaginación, retrotrayendo aquella agitación febril que caracterizó las transacciones primitivas y, a renglón seguido, al agiotaje de los terrenos, podremos encontrar los preliminares de Pico en aquel pueblo de Guthrie, en el corazón de Oklahoma, tal como lo describe Paul de Rousiers. Suponemos a los afanosos lonjistas oteando como buenos sabuesos, la lucrativa reventa; los «leand agents», — especuladores en tierras, — y aquella frase sacramental en todos los labios, de una invariable elocuencia: «¿how is business?» (¿cómo van los negocios?), tan propia del Oeste de allá como de nuestro Oeste, signo etnográfico de todas las improvisaciones. Y hasta la vida accidentada de aquel capitán Couch, cuya figura de poblador y hombre de empresa debe haber quedado como una leyenda en Oklahoma, nos proporciona acontecimientos análogos al origen de nuestras poblaciones vertiginosas, en donde no siempre la noble labor colonizadora está exenta de tropiezos, cuando hay intereses encontrados entre propietarios de campos favorecidos y empresas de ferrocarril.

¿Queréis conocer los preliminares de Pico? Nadie puede narrarnos con mayor interés que el primer comerciante, que vino a establecer su casa La Fundado-

ra, salvando con valentía y con fe todos los obstáculos. Escuchemos lo que nos dice don Juan L. Pozo:

—Era el mes de julio del año 1905. El tren del Oeste llegaba hasta el Meridiano Quinto, límite de la provincia de Buenos Aires con nuestro territorio. Bajé en ese punto para trasladarme hasta el lugar indicado donde había de fundarse el pueblo. Un tren en construcción me trajo hasta la puerta de la estancia del entonces presidente de la República, doctor Quintana, en donde fuí recibido por el mayordomo del establecimiento y por mi buen amigo, señor Luis Castellanos, futuro administrador del pueblo General Pico. En esa época, la actual estación estaba en construcción a un metro y medio del nivel del suelo, siendo todo este campo una desolada pampa de propiedad del señor don Eduardo Castex.

«El agrimensor señor Aubin, venido de Intendente Alvear, terminaba la mensura del gran pueblo, y una cuadrilla de veinte peones, formó campamento frente mismo de la actual estación, para levantar los galpones de hierro de la casa de comercio de los señores Juan L. Pozo y Cía.

«A dos leguas de la estación existía una pulpería, llamada Las Liebres, de propiedad del señor Santos Ayerra; de aspecto humilde, con el clásico enrejado delante del mostrador y una pequeña abertura para despachar los artículos a los pocos compradores que acudían.

«No había por allí otro signo de civilización; los campos en su totalidad estaban dedicados a la cría de ovejas, pues solo existía el pasto natural y algunas aguadas. Los materiales de construcción que yo hacía venir

de la capital federal hasta Meridiano Quinto, para fundar la casa de comercio que más tarde debió llamarse, á título de buen derecho, La Fundadora, eran traídos aquí en carros y en tren de balastro, cuando se podía. Pueden imaginarse las dificultades que tendríamos en desarrollar todas nuestras energías, cuando la galleta, por mencionar el primer renglón de comestibles, nos llegaba de una distancia de ocho leguas y propiamente de la estancia del señor don Bartolomé Ginocchio (Santa Aurelia), célebre después por su cabaña, en toda le República.

«Construído el galpón para mi casa de comercio, al mismo tiempo edificaron en adobe y barro pequeñas habitaciones, los señores Saturnino Moreno y Julio Baquedano, que se dedicaban al comercio de restaurant y hotel. La gente trabajadora acudía bulliciosamente a comer, y yo mismo, recuerdo, que pasé algunos días vinculado a esa nueva vida para mí.

«Fijada la fecha del remate por el señor Eduardo de Chapeaurouge, socio a su vez, en aquel entonces, de la firma Juan L. Pozo y Cía., para el 11 de noviembre empezaron las construcciones de carpas y casas de zinc que se levantaban en el día. Con el permiso del señor Chapeaurouge se ubicaba en el solar que lo creían conveniente, para quedar propietarios, sujetándose al precio del día del remate.

«En general, ocurre que la formación de pueblos nuevos, trae dos corrientes de elementos como pobladores. El elemento trabajador que viene buscando nuevos horizontes, y el elemento inservible de otros pueblos, que son despedidos, expulsados por sus raterías o cua-

trerismo. Acá hemos tenido suerte desde ese principio de formación, con elementos sanos, trabajador, progresista, como figuran los señores Saturnino Moreno, Julio Baquedano, Florentino Anocibar, Nicolás Alvarez, Gervasio Ferreira, Santos Ayerra, Juan Evangelista, Boles Galarza, Alonso, José Moiso, y muchos otros que en estos momentos no recuerdo.

«El 11 de noviembre de 1905, por primera vez veíamos un tren de pasajeros, que era un expreso, donde, aparte de las primeras autoridades del territorio, como el gobernador doctor Diego González, su secretario Víctor Lamela, intendente municipal, Manuel Güiraldes, Juan Fons Artigas y muchos otros caballeros de Santa Rosa y Buenos Aires, venía un millar de personas que al son de los acordes de una banda de música y disparo de bombas, se encaminaban a ver el trazado del pueblo y eligiendo sus lotes ya preferidos según el plano.

«Ya desde temprano, más de doscientos vehículos de puntos lejanos, habían llegado al renombrado Pico, con ansia; aquello era una verdadera fiebre de entusiasmo. En nuestro galpón se realizaba el remate que duró tres días. Es de notar que aunque con todas las incomodidades del lugar y del momento, los espíritus no desfallecían. Al tercer día hubo más animación que en el segundo y las ventas sobrepasaron el millón de pesos moneda nacional. Todos querían poseer un pedazo de suelo como si se tratara de una tierra prometida.

«No todo, sin embargo, andaba a pedir de boca; entre la concurrencia había personas interesadas en hacer fracasar el remate. Lamento anotar que algunas de estas personas eran emisarios de fundadores de otros pue-

blos, que a pesar de una descarada ayuda oficial, no conseguían progresar, debido a las pésimas tierras en que los habían ubicado.

«Empezó a divulgarse la noticia de que el empalme del ferrocarril Pacífico era un sueño y que el pueblo no tendría vida propia: que el nombre de la Chicago de la Pampa, era una burda superchería; y que los compradores que invirtieron sus ahorros en estas tierras, tarde o temprano quedarían en la miseria.

«En efecto: el ferrocarril Pacífico, había prometido empalmar en el lugar donde estaba ubicado la estación del ferrocarril Oeste; pero no había pasado de las promesas. Esta demora hacía fracasar una parte de los planes de los compradores. Se sabía que en Catriló había un ingeniero del ferrocarril Pacífico, pero nada más. El primer día del remate no hubo mucha animación; la gente quería ver llegar esa cuadrilla del ferrocarril Pacífico y nada se divisaba. Seguía el remate; en los planos figuraba el empalme, dibujado en lienzos y avisos de propaganda; pero hasta ese momento, nada había de seguro.

«Los ánimos estaban excitados; los emisarios hacían circular malas noticias. Hubo un momento en que se suspendió el remate. El almuerzo no fué alegre. Había algo que flotaba en el ambiente; abatimiento, desconfianza; no sé lo que era.

Pero de pronto, alguien lanzó un grito: «¡Llega gente a caballo!» «Son indios», dijeron algunos. «No; son coches; vienen al remate».

«En efecto: en el lejano horizonte se destacaba un punto negro envuelto en una nube de polvo. Los con-

currentes miraban todos para aquel lado. El señor Chapeaurouge, tenía noticias de que las cuadrillas del Pacífico, debían llegar a las diez de la mañana; eran las dos de la tarde; tal vez por la falta de caballada no podrían llegar. Poco a poco se divisaron las mulas y los carros cargados de carpas y de herramientas para dar principio al terraplenamiento de la línea. 1.700 hombres, bajo la dirección del ingeniero don Tomás Allán, realzaron los ánimos y todo fué a las mil maravillas.

«Este fué el principio de la fundación, el principio de una era de trabajo y de verdadero orgullo para aquellos que como yo, olvidaron la gran ciudad de Buenos Aires y las comodidades de la vida, entregándonos a una vida activa y de trabajo, llenos de júbilo, cuando todos los días al amanecer veíamos levantar cuatro tirantes formando un cuadrado o un cuadrilongo, y días más tarde quedaban cubiertos con chapas, siendo un nuevo poblador que venía a radicarse lleno de vivas esperanzas.»

Hasta aquí la interesante descripción del señor Pozo, tan gráfica como llena de sencilla emoción. Así fueron los prodromos de Pico. La pequeña población comienza a tomar contornos, a edilizarse con rapidez vertiginosa. Los solares fueron vendidos desde 25 centavos a 2 pesos el metro cuadrado; las quintas, desde 85 pesos a 300 y las chacras desde 58 a 92. El ferrocarril del Oeste comenzó a descargar diariamente sus convoyes con materiales de construcción. Brotaron casas y galpones como por obra de magia. Cuatro hornos de ladrillos, iniciados a renglón seguido de los primeros remates, no daban abasto para satisfacer las exigencias del

florecimiento urbano, sin precedentes en el territorio, por su celeridad. Y como todo fué obra de la improvisación, no faltaron tampoco, los trances angustiosos que pusieron su nota de incertidumbre en el espíritu de los valientes pobladores. El trazado del ferrocarril Pacífico, a punto estuvo de sufrir una transformación, llevando su paso a nivel con el Oeste, a dos leguas de Pico o sea en el deslinde de Las Libres. Felizmente, primó el buen criterio de la empresa y el cruce vino a favorecer la incipiente población, poniéndola en contacto con los puertos de Bahía Blanca. Diez y ocho meses después de la fundación de Pico, este ferrocarril inaugura la línea con su servicio regular de pasajeros y carga. A partir de esa fecha, toma la población un incremento considerable. Y mientras el centro urbano se intensifica y se embellece, las colonias circunvecinas, acrecientan sus labores, se pueblan y se subdividen.

Veamos lo que nos dice el primer colonizador de Pico, don Isidoro J. B. Brunengo, uno de los hombres más caracterizados y progresistas de Pico:

—Con motivo de un negocio de campo, entré en relación con el señor Eduardo de Chapeaurouge, quien conocía perfectamente este territorio y de acuerdo con él vine a revisar los campos de la sección primera, pernoctando en la estancia Las Liebres del malogrado doctor Quintana, cuyo encargado, el señor Anastasio García, me facilitó amablemente los medios necesarios para llenar mi cometido.

«La primera impresión que tuve de estos campos, a decir la verdad, no fué del todo agradable. La falta de pastos tiernos, en primer lugar, escasez de humus

en la primera capa, me desalentaban: pero noté que a ocho o diez centímetros de profundidad, en un terreno cultivado, a pesar de los tres o cuatro meses que no llovía, subsistía una regular humedad. Comprendí entonces, la bondad para el trigo, de estas tierras arenosas; en primer término, por cuanto mantienen la humedad en tiempo de sequía prolongada, permitiendo la filtración del agua en caso de exceso de lluvia.

«Por último, tuve una prueba más decisiva y me permito citarla. A pocas cuadras de la estancia Las Liebres, había una pequeña parva que más bien parecía un montón de yuyos. Por un peón supe que aquello era trigo cosechado en el año anterior, que quedó sin trillar, por falta de máquinas. En seguida me trasladé al lugar de la parva y del interior de la misma saqué un manojo de espigas. Fué para mí una grata sorpresa constatar la calidad superior a todos mis cálculos; era un trigo húngaro, de un color y peso, para mí desconocidos en la provincia de Santa Fe. Me es grato, en este momento, dejar constancia que dicho hallazgo me llenó de entusiasmo.

«Regresé en seguida a Buenos Aires para firmar el contrato de arrendamiento, conjuntamente con el señor Chapeaurouge, de la colonia La Argentina del señor Antonio Devoto.

«Los primeros pobladores de esta colonia, fueron los siguientes: José Brunengo, en el mes de mayo de 1905; y los señores Pedro, Mauricio, Juan B. Brunengo, José Bergogno, Bartolo Daró, Caldera hermanos, Miguel Fantini e hijos, Luis Sartaris, procedentes de Teodolina,

provincia de Santa Fe, los que tomaron posesión del campo en agosto y septiembre del mismo año.

«Al siguiente año se fundaron las colonias Belbedere, por el señor Mazzola; Itálica, por los señores José Grassi y Buscaglia; Las Liebres, por los señores Primitivo Torres Acosta, Pozos y Cía. En 1907, se incorporaron las colonias Malvicino y colonia Dora, por los señores Carlos Malvicino, y Pelayo, Fernández y Cía., respectivamente. En 1905, sólo el señor José Brunengo, sembró unas treinta hectáreas de trigo, con un peso específico de 81 y 83 kilogramos por hectólitro y un rinde de 650 ks. por hectáreas. Los demás colonos sembraron maíz con resultados poco satisfactorios.

«¿Cómo se explica que lo poco recolectado en el primer año y toda la cosecha de 1906, a pesar de la falta casi total de lluvias y la mala preparación de la tierra por el mal estado de los animales de labranza, los que no permitían arar a la profundidad necesaria de nueve a quince centímetros; los primeros años se obtuvo trigo de muy buena calidad y peso específico, los que hoy no se consiguen? La contestación, por lo general, es la siguiente: «Tierra vieja, cansada». Verdad es que ya no tiene la cantidad de humus, arcilla, silicio, calcáreo, etc., que tenía los primeros años de su cultivo: pero también es cierto que el resultado poco satisfactorio obtenido en estos últimos años, sobre todo en calidad y peso específico, a pesar de las abundantes lluvias caídas, no es del todo culpa de la tierra, si no a muchas causas, y ocuparía demasiado tiempo en explicarlas en la forma debida. La mayor parte de los colonos preparan con una sola reja la tierra destinada a la siembra

de los cereales, unos por abarcar más de lo que pueden, otros por inexperiencia y otros por falta de elementos: resultando, por esta causa que las tierras cultivadas temprano, si bien entierran cuanto yuyo o maciegas hay en el campo, raros son los años que no nazcan al poco tiempo, el trigo quedado en el rastrojo: y a pesar que el agricultor siembra con sembradoras de discos, ese trigo que vulgarmente se llama «guacho», no se extirpa, al contrario; se desarrolla con más vigor, cubriendo de tal modo el trigo recién nacido, que en retazos lo ahoga casi por completo.»

No pueden ser más interesantes estos preliminares hondamente vinculados al progreso de la región. Con hombres de esta laya, emprendedores, tenaces, inteligentes, el porvenir de Pico estaba asegurado. Recordemos, siquiera sea incompleta, la nómina de los pobladores dignos de ser legionarios de aquellas bizarras expediciones de la conquista: Pío Santos Ayerra, Pedro Mazzola, Adolfo Cambra, Saturnino Moreno, Marcos Labarronie, Nicolás Alvarez y Cía., Florentino Anocibar, Agustín Carricaburu, Guillermo Brizuela, Emilio Loina, Francisco Piacenza, Alfredo Wilson, Narciso Izú, Ernesto Guiganti, Federico Erranz, Pozo y Cía., Torres Acosta, Ginocchio Etcheverry y Cía., Pedro Arocena, Ramón Corominas, Angel Bó, Gervasio Ferreira, Pío Bescovo, Martín Carracedo, Juan Pinto, Augusto Villamil, Victoriano Santisteban, Juan Leguiniosa, etc.

El desenvolvimiento demográfico y la vida social, reclamaron, bien luego, apremiosas atenciones urbanas. Seis años después, — el primero de febrero de 1912, — el gobierno federal, le acuerda el derecho de municipali-

dad propia, dilatando injustificadamente una autonomía bien ganada con prestigios propios. Don Pedro Alfredo Bó, uno de los hombres más influyentes y caracterizados, afronta los destinos de la comuna, acompañándole como secretario, don Luis P. Argentó, difundido periodista. De entonces acá, la cosa pública ha estado en manos de buenos munícipes. Hoy Pico cuenta con más de 7000 habitantes en su éjido urbano, y 15.000 con su Departamento de cien leguas. Tiene sus calles abovedadas y arborizadas de ligustros. Posee una sucursal del Banco de la Nación y una importante sociedad de seguros contra el granizo, — «La Pampa», — mercado, hospital, buenos hoteles, escuelas del Estado y particulares, dos sala-teatros, una hermosa plaza pública, donde la gratitud popular, — ¡bella ofrenda! — ha levantado el busto de Alsina; fábricas de mosaicos, de jabón, de hielo, de pastas alimenticias, fideos, etc.; fuertes y bien acreditadas casas de comercio, cuatro remate-ferias; luz eléctrica y teléfono, periódicos, biblioteca pública y oficina municipal de trabajo. Y como si esto no fuera un síntoma definitivo de su prosperidad, en sus praderas vecinas pacen más de -50.000 cabezas de bovinos, 80.000 lanares y 15.000 yeguarizos, tecnificados con alta mestización.

Así ha iniciado su infancia Pico, esta Kansas City de la República Argentina. Hoy tiene 7000 habitantes. ¿Cuántos tendrá de aquí a un par de décadas? Si nuestro deseo augural puede encarnarse un día, basta recordar que Kansas City tenía en 1860 ocho mil habitantes, y treinta años después excedía de doscientos millares...

CAPITULO XVIII

Espíritu local de Pico. — Un preconcepto. — Luchas políticas. — La agitación electoral. — Capacidad política de Pico para defender sus intereses comunales. — Las primeras maniobras. — Periódicos y boletines. — Artículos de fondo y prosas bravas. — El verso juguetón como elemento político. — Austero doctrinarismo de una circular. — El representante federal y el juez letrado. — El emporio comercial trocado en comité. — 80.000 pesos gastados en una elección. — Después de la tempestad, la calma... — Visitando las huertas y el hospital. — El Banco de la Nación. — Zona de influencia del establecimiento. — Con el gerente. — Una vinculación necesaria entre el colono y la institución. — La garantía prendaria, base de responsabilidad material y moral. — Características de la colonización. — Guarismos elocuentes. — La gran región agropecuaria.

Conocimos a Pico en un momento de intensa agitación política: a raíz de las elecciones municipales del 2 de setiembre. Y por cierto que ninguna hora más propicia para compenetrarnos de su alma de pueblo nuevo, de sus pasiones, de su vitalidad. Teníamos mentas ya de su espíritu localista, trabajado por la propia noción de una prosperidad vecinal, hija del esfuerzo sin padrinazgos oficiales ni rodrigones.

—Los de Pico, — nos habían dicho en alguna parte de la Pampa, — son rumbosos y soberbios... ¡Y cuidado si usted no les cae en gracia! Va a tener que salir más ligero que volando...

No nos inquietó la advertencia, acostumbrados a gastar nuestro escaso don de gentes y dejar en el camino, siempre que sea posible, un amable sedimento de nuestra personalidad. Nos supo a ingenua emulación simplemente. «¡Vaya! — pensamos —: es el caso de los parientes pobres que siempre están protestando a regañadientes por la ventura del pariente con plata...»

Y fuimos a Pico.

El emporio comercial, advertido no bien se desciende del tren, se había trocado en un comité político. Tres fracciones, — dos de ellas con etiqueta nacional y una independiente, — disputaban las posiciones comunales. El movimiento político que iba a dirimirse en los comicios al día siguiente de nuestro arribo, concentraba en absoluto la atención pública. Era otro el Pico de esta hora excepcional. La gimnasia de cuatro meses en agitados prolegómenos electorales, había puesto en tensión los ánimos y avivado pasiones, como si el alegato puesto en juego, fuera el único recurso vital del municipio.

Seríamos injustos si dijéramos, — argentinos sobre todo, — que esta característica, nueva en la tranquila población, movió nuestra censura. Al contrario: nos gustó el torneo, no sólo por la tonificante pasión puesta en el ensayo, sino porque nos habló claro sobre el Pico capacitado para defender sus intereses y regirse solo, signo elocuente de preparación para su futuro augural.

A partir de mayo, en que se iniciaron las maniobras con balas de fogueo, — vale decir, con mesurados boletines, — la agitación política había ido subiendo de tono. Las primeras manifestaciones de la palabra escrita, ponen en juego la más bella convicción doctrinaria. «Más

que una entidad política, este comité, — decía una de las fracciones, — es una agrupación de vecinos que se ha decidido a defender los intereses generales, segura de que en esta forma defiende los suyos propios. El atraso y la miseria de un pueblo, no constituye porvenir para nadie particularmente, porque la prosperidad individual en todas partes, es simplemente consecuencia de la prosperidad colectiva. Es de obtusos suponer que alguien pueda enriquecerse en una localidad destruída. Por consiguiente, queremos acabar con todos esos mezquinos afanes de preponderancia y usufructo vedado, consolidando la situación sobre los cimientos de una municipalidad libre, trabajadora, honesta y capaz.»

A los disparos con pólvora sola, siguen los cartuchos de perdigón. La prensa local se acoraza y desde los minaretes lanza su fuego cerrado contra el bando rival. Algunas hojas sueltas, que coleccionamos oportunamente, nos encantan por sus premisas doctrinarias, verdaderos artículos que figurarían sin desdoro como editoriales de cualquiera de nuestros grandes rotativos. Otras, — facturas de cargazón, — escritas por manos, si no más expertas en achaques de pluma, más hábiles en muñequeos electorales, se prodigan en dicterios de léxico pesado, sabedoras de aquello de que «el que más grita es el que más se hace oir». Algunas de un lirismo simpático: otras, de una desconcertante procacidad. No faltan los versos satirizantes, donde la musa juguetona de la localidad, vuelca todo su ingenio para ridiculizar a los candidatos de la fracción contraria. Y de entre el fárrago de hojas impresas que salen a la calle cada diez minutos, agresivas las más, o llenas de ditirambos para

sus parciales, no falta la palabra de cordura, el consejo doctoral, que se extiende como un bálsamo sobre las rozaduras del ambiente. No podemos excusarnos a la tentación de transcribir este recordatorio, que se nos antoja una evangélica electoral, síntesis clarísima y completa de la ley, y que puede servir de formulario para todas las agrupaciones municipales del país que aspiren de veras el bienestar de la comuna.

« Señor..... Tenemos el agrado de comunicarle que a usted le corresponde votar en la mesa número....., situada en la escuela número....., calle tal, etc.

« Le recordamos, al propio tiempo, que el voto es absolutamente secreto. Nadie puede saber, si usted mismo no lo dice, por quién ha sufragado.

« La ley garantiza al ciudadano una libertad tan amplia, que la íntima voluntad puede imponerse por encima de todos los compromisos personales. Es cuestión que usted sea o no hombre de conciencia.

« Reflexione usted tranquilamente. Como parte del vecindario, tenga en cuenta la conveniencia colectiva y apoye a los hombres que por sus dotes de inteligencia, de moral y de labor, puedan hacer un buen gobierno y dar impulso al progreso general de Pico.

« Le adjuntamos la lista de nuestros candidatos con el fin de que usted los conozca y esté habilitado para discutirlos. No pedimos su voto, no presionamos su ánimo, porque tenemos aspiraciones de que la justicia se cumpla y como ciudadanos emancipados, deseamos la libertad de conciencia.

« Tenga usted carácter. Sea usted dueño de sus de-

cisiones. No descienda usted a la condición menguada del que no sabe lo que hace.

« Vote usted digna, altiva, libremente. »

De la lucha álgida, nació la apelación a cortes. Y el gobierno central se vió en la necesidad de ejercer su representación por medio de un emisario, con facultades tan exiguas como pudiera tenerlas un mero espectador. Se explica entonces, que aquellas agrupaciones, caldeadas por el ejercicio del comité, y que habían solicitado una «panacea» para los males eleccionarios, y no una momia, concentraran sus mandobles sobre el duro pellejo del comisionado federal, incapacitado para distribuir la razón equitativa, de acuerdo con la ley. Sin duda alguna, no debe achacarse al ministerio del interior los actos derivados de la representación, — ya que una acción ajena a las decisiones autónomas del municipio, debía limitarse a excrutar, nunca a dirimir;—y si alguna actitud ostensible y bien quista asumió el poder central, fué disponer en Pico la constitución del juez letrado, quien bajó de Santa Rosa y con dignidad consular rodeó al acto eleccionario de los mejores prestigios.

¡Y han de perdurar en Pico los recuerdos de esta afanosa lucha electoral! Todos los elementos de locomoción se pusieron al servicio de los comités. Más de setenta automóviles cruzaron como exalaciones durante el día las calles del municipio conduciendo electores. Y es de fama, según los mentideros oficiosos, que alcanzaron a 80.000 pesos en cifras redondas, los dineros gastados durante todo el proceso electoral. Damos los guarismos en la seguridad de que no han de alarmarse ni los estadounenses maestros de democracia, ni algunos de nues-

tros políticos de vieja cepa, acostumbrados a concurrir a los actos comiciales con la rosada libreta de cheques...

Las primeras horas de la mañana las gastamos en el incesante tragín de los comicios a la comisaría, a los comités y al hotel, constituído en cuartel general del comisionado. Después, cuando se estableció la corriente electoral del ir y venir de sufragantes, en una rutina sin incidentes de consideración, fuimos a respirar el aire de las afueras, bajo el cielo de una tarde plomiza y templada. Nos atrajo el hospital, sito en el aledaño y donde una benemérita corporación, bajo la presidencia del señor Juan Forns y el auxilio desinteresado y constante del médico Dr. Félix Maggiorotti, — tipo cabal de nuestro Ricardo Gutiérrez, — derrama a manos llenas la simiente de la filantropía y la bondad.

Visitamos después las quintas. Fueron revelaciones aquellos huertos levantando sus árboles porfiados contra las inclemencias del pampero, que suele ser recio y hostil. Aquel espectáculo venía a poner la última nota propicia sobre los destinos de Pico: mieses, ganados, huertas... Tibia y buena era la tarde. En el corazón del municipio, jugaban su apasionada partida los hombres, cuyas rozaduras desaparecerían bien pronto bajo la acción niveladora del trabajo. En los huertos se vestían de yemas los durazneros...

* * *

Con el día siguiente, renacía el espíritu de labor. Recobraba su aspecto habitual el vecindario. Se iniciaba el éxodo a la campaña, con aquella población inestable que había acudido a jugar la suerte municipal del pueblo. Se desahogaban un tanto los hoteles, y las noches del cinematógrafo volvían a concentrar sus contertulios. Buenas o males, las nuevas autoridades quedaban con la carga de la cosa pública. Se despertaba, por fin, de la pesadilla...

Nosotros buscaríamos, mientras tanto, argumentos para justificar aquel progreso tan significativo y tan franco. El templo de Mercurio nos daría un poco de luz para seguir en el sendero. Y fuimos al Banco de la Nación.

—Esta sucursal, — nos dice su gerente, el señor Fernando Márquez, — hoy inspector seccional, por ascenso bien ganado, — sirve a los departamentos de Maracó, Trenel, Quemú-Quemú y Conhello, en la Pampa, y al partido de Rivadavia en la provincia de Buenos Aires; es decir, una zona que comprende cuatro pueblos de importancia y treinta y una estaciones de ferrocarril, con un total de 37.000 habitantes. Fué establecida en abril de 1909.

«Mi constante acción, — agrega, — se ha concentrado alrededor de la necesidad que hay de vincular el colono directamente a la institución, evitando los intermediarios. Y puedo asegurarle que he logrado mucho en este sentido. El colono ha sido reacio hasta el presente, porque se vió obligado siempre a ser un cliente indirecto. El comerciante era el mediador inveterado. Su acción y su responsabilidad con el Banco, son inmediatas

ahora. La condición de los préstamos con garantía de prenda agraria, ha venido a librar al colono de compromisos absorcivos y a tonificar su temperamento moral, mediante la obligación directa con la institución que le proporciona los recursos necesarios. Este «modus operandi» ha fomentado en el chacarero un sentimiento respetuoso hacia el Banco, que le mantiene siempre bien dispuesto para cumplir con sus obligaciones.

—¿Y en qué condiciones cultivan estos colonos?

—Arriendan la tierra, generalmente a plazos reducidos, sin la más remota creencia de que la han de poseer en propiedad algún día. Siembran grandes extensiones, pero por lo común, sin espíritu de previsión. Si les va bien un año, todo el producto lo invierten en la nueva labor. Esto demuestra que, en la mayoría de los casos no son agricultores profesionales. Un fracaso suele aniquilarlos después de ruda labor.

—¿Cuál es el valor de la tierra dentro del radio en que opera el Banco?

—Hace veinte años, la hectárea tenía un valor de 10 pesos, más o menos; ahora, alfalfada, vale de 150 a 200 y más, como promedio.

Remata sus informaciones el señor Márquez, con los siguientes significativos datos sobre la importancia agropecuaria de la región:

—La zona que sirve el Banco, — nos dice, — tiene en la actualidad, las siguientes extensiones bajo cultivos: 300.000 hectáreas de trigo; 40.000 de avena; 20.000 de maíz; 8.000 de cebada; 10.000 de centeno; 230.000 de alfalfa y 7.000 de diversos cultivos (huerta,

viña, etc.). En ganadería podemos anotar las siguientes cifras: 280.000 vacunos; 320.000 ovinos; 90.000 yeguarizos; 5.000 mulares; 2.000 cabríos y 15.000 porcinos.

No se puede pedir un detalle más elocuente sobre la importancia rural de la región.

CAPITULO XIX

Por los establecimientos pecuarios de Pico. — Las estancias modernas. — La «Gwenita», de Federico Wallace. — Primeras impresiones. — Con el administrador Mr. Ffrench. — Anecdotario humorístico. — Cabaña e invernada. — 8.000 hectáreas de alfalfar. — Cómo se inició el establecimiento. — Los primeros ejemplares. — Precios y densidad. — Procedimientos para la selección y el peso. — En el corral de los toros. — En campo abierto. — Los silos de cemento armado. — Por los alfalfares. — Las tumbas de forraje. — En el galpón de esquila. — En «Trebolares». — Un campo de 40.000 hectáreas con ocho leguas de alfalfares. — Interesantes prolegómenos. — La Pampa de treinta años atrás. — Cómo se inicia la gran estancia. — Domando médanos y civilizando campos vírgenes. — 20.000 vacunos de raza Durham, 1000 yeguarizos shire y húnter y 6000 lanares cruza fina. — Una interesante hibridación. — Don Diego Reid, gestor de la fama de «Trebolares». — El administrador, Mr. John Dickie, gran muñeca. — La estancia poética. — Contrastes de criollismo y tecnificación. — Perfiles del campo y su amable soledad...

Nuestra excursión a través de los grandes establecimientos pecuarios del Norte, la iniciamos por la Gwenita, de Mr. Federico Wallace, a seis leguas de General Pico. Va en nuestra compañía, el doctor Osvaldo Ricchieri, gentil cicerone, veterinario del Departamento Nacional de Ganadería, y cuyo tecnicismo profesional contribuye muy eficazmente a facilitar nuestra tarea investigativa.

Es bello el conjunto de la estancia, con edificios cómodos y arbolados elegantes y tupidos. Cruzamos la tranquera de servicio y vamos a detener nuestro auto frente al galpón de los aperos, donde Mr. Walter Ffrench, el principal, departe con el mecánico del establecimiento. Mr. Ffrench, tipo adusto, nos recibe con dosificada discreción, casi con sequedad. Ya veníamos olfateando un poco de excentricismo en la mansión: primero, cuando quisimos franquear la avenida, limpia y ensombreada, y un zagal nos cortó el paso. «¡Vaya! — pensamos, para nuestro fuero íntimo, — la escalera de honor de la Opera de París»... Y buscamos el rodeo, junto a las cuadras, — la gatera, como quien dice, — para llegar al administrador. Luego, el mismo nombre del establecimiento, completaba su nota de rareza: La Gwenita. ¿Qué quiere decir La Gwenita? Nada. Ni en inglés, ni en criollo... Después Mr. Ffrench entra por fin en juego. Se abre, como quien dice. Pone en su expresión un poco de amabilidad, tal vez una sonrisa. Se sienta sobre el escritorio para darnos algunos informes. Nosotros trepamos el pie sobre la silla, para recogerlos campechanamente en nuestro cuaderno de apuntes. No se puede pedir más francachela en esta inocente pampasia, enclavada en el corazón de «South América»...

Después hemos sabido que bajo este temperamento aparentemente hosco y retraído, se oculta un «gentleman», humorista, inteligente y mordaz, epigramático más que aticista, supuesto que no le ayuda el idioma. Hasta nosotros ha llegado esta anécdota de corrillos:

Un amigo le dice a Mr. Ffrench:

—¿No le parece, señor Ffrench, que la Pampa debe ser declarada provincia? Un territorio tan rico...

Mr. Ffrench, como buen súbdito británico, sabedor de que «las colonias son siempre las colonias», responde:

—Lo que yo crrrreo que necesita la Pampa es un tirano... ¡qué caramba!

—Pero un territorio tan rico, tan grande...

—Bueno: si es tan grande, métale dos tiranos.

Esto, como opinión sin argumento, es lapidario, admirable. Lo que sería curioso conocer es la explicación que daría el señor Ffrench cuando algún otro amigo de su cenáculo, le interrogue sobre la razón de las dos primeras efes de su apellido, frondoso derroche de consonantes, que obedecerá, tal vez a un rasgo de buen humor...

Comprende el campo de La Gwenita, una superficie de 9000 hectáreas, de las cuales 8000 están bajo cultivos, con espléndidos alfalfares. El establecimiento comprende cabaña e invernada. Sus ejemplares, en tipo durham, son de la más noble procedencia. La cabaña se inició hace nueve años con toros y vaquillonas, puros por mestización de Chapadmalal de don Miguel Alfredo Martínez de Hoz. De entonces a la fecha, se ha puesto en práctica los mejores procedimientos aconsejados por la zootecnia para la selección y refinamiento, con padres importados directamente de Inglaterra. Sobre esta orientación, base de una administración inte-

ligente, no es extraño que se hayan obtenido los más altos rendimientos en carne y los precios más lucrativos. El peso de cada ejemplar de este establecimiento, en vacuno, tipo frigorífico, oscila entre 680 y 840 libras, habiéndose obtenido en 1915 precios de 190 a 200 pesos como máximo.

En la actualidad La Gwenita posee alrededor de 5.300 cabezas de ganado vacuno y 3000 lanares. El máximo de bovinos lo alcanzó en 1915 con 6000 cabezas.

—Nuestro negocio, — nos dice el señor Ffrench, — lo mantenemos especialmente con los frigoríficos. La cabaña es un derivado de la invernada. Pesos y tipos buenos es lo que nos proponemos mantener y perfeccionar, si es posible. Y siendo este un permanente interés nuestro, creemos inoficioso enviar a las exposiciones ejemplares de La Gwenita.

«Excuso decirle, — agrega el señor Ffrench, — que tomamos severas medidas contra los flagelos del ganado, — el carbunclo y la mancha, — comprando los animales reproductores, tuberculinizados ya.

Visitamos el corral de los toros importados. A esa hora los requisa el galponero. La presencia del Dr. Ricchieri se hace notar entonces sobre el terreno de su profesión. Siempre alguna dolencia, por leve que sea, llena de inquietante zozobra al cuidador y al dueño. Un toro fino, tiene a veces el valor de un edificio y una insignificante afección, suele ser como la gotera que si no se atiende defonda el techo de la casa más fuerte. Hay algunas dolencias en el plantel. Un magnífico toro rosillo manquea ligeramente. El cuidador ignora la causa. El Dr. Ricchieri la ausculta y diagnostica. Tiene una

tumefacción entre las pezuñas de la mano derecha. El profesional aconseja el tratamiento. Otro toro, al orinar, se encoleriza y patea. Tiene también para este noble enfermo su prescripción facultativa el veterinario.

Del local de las bestias finas, que no por ser pocas dejan de valer una fortuna, pasamos al campo abierto, a visitar los silos, los reservorios de forraje. El silo aéreo de cemento, de este establecimiento, es de lo más moderno, resistente y lujoso que se conoce. Consta este depósito, de forma cilíndrica, de 29 pies de alto por 4.50 metros de diámetro. Sobre una armazón de varillas de acero, se han afirmado los bloques de material compuestos de piedra molida, portland y arena de Montevideo. Una máquina trituradora de alfalfa, movida por un motor Triunfo, de 18 H. P. y marca Ohio, a la cual está acoplado un ventilador, eleva el forraje hasta la ventanilla superior del recipiente. No se usa de prensaje para el pasto. Lleno el silo, y cerrado herméticamente, cosa de evitar la influencia del aire, tres meses después está en condiciones de ser utilizada su alfalfa.

La distribución de forraje se hace por una serie de ventanillas escalonadas y a resguardo del viento, mediante un buzón acoplado al silo a manera de chimenea y verticalmente.

Después, recorremos los potreros, en donde la alfalfa se prodiga muelle y uniforme. ¡Qué espléndida está la pradera! Es un verdadero espécimen de la región este campo, en donde la proximidad del agua, — de 5 a 8 metros, — y la falta de tosca, ha podido arraigar el forraje en lozanía extraordinaria. En uno de los potreros que cruzamos, pace la majada de romney marsch,

difundida en tipos corpulentos y apelotonados de gordura.

Visitamos luego los silos del subsuelo, verdaderas tumbas de alfalfa, en donde se conserva el forraje por un procedimiento más económico, más simple y quizá tan práctico que los silos aéreos.

Una hora más tarde, después de haber visitado las maestranzas y el galpón de esquila, donde las máquinas esquiladoras se desenvuelven con sus 120 ovejas por tijera y por día, emprendemos nuestro viaje a Santa Aurelia, donde almorzaremos. El señor Ffrench nos insta para que le acompañemos a su mesa. Su retracción primitiva ha ido atemperándose con el roce de la mañana hasta convertirse en amable camaradería. Lamentamos no acceder a su invitación porque probablemente hubiéramos hecho buenas migas. Nos reclamaba la tarde en Santa Aurelia y Trebolares.

«Au revoir», señor Ffrench.



Uno de los establecimientos ganaderos más reputados de la zona de Pico es Trebolares, capaz, por su enorme superficie, la importancia de sus praderas y la tecnificación de sus ganados, de llamar la atención al «ranchman» más localista de Nebraska, tierra de las famosas estancias de engorde.

Imaginaos un campo de 40.000 hectáreas, dividido

en 60 potreros por alambrados de ocho hilos, con 50 molinos, con 12 puestos, — edificios de mampostería, — y con más de 20.000 cabezas de ganado vacuno, tipo durham, y os daréis una idea aproximada de lo que puede ser este establecimiento. Trebolares, por otra parte, no es una improvisación del capital como pudiera suponerse, en este territorio nuevo y promisor. Sus preliminares se remontan a treinta años atrás, cuando la Pampa del norte, recién aventada la dominación ranquelina, era todavía un interrogante. Esta antigüedad unida al espíritu conservador y progresista a la vez de su propietario y administradores, marca un timbre de honor que casi pudiera llamarse gentilicio, si cupiera el concepto atribuído a la noble sangre de sus ganados.

No es necesario hacer un gran esfuerzo imaginativo para darse cuenta de los graves inconvenientes que tendría que salvar aquella colonización pastoril, tan alejada de los centros urbanos y del tren. Aquellas diez y seis leguas de campo primitivo, entregadas a gramillales veleidosos como las lluvias, reclamaron la más constante y empeñosa labor para su cultura. Solamente la conducción de materiales para poblaciones y potreros, debió irrogar ingentes sumas y largas demoras, como el transporte de los ganados y de los reproductores que reclamaron apremiosas comodidades.

De aquellos orígenes se remonta la reputación de hoy. La heredad no ha sido alfalfada en toda su extensión todavía. Restan ocho leguas aun de campo grosero, con la virginidad de los pastizales silvestres, único predio de la región que no ha sentido en su entraña la reja del arado... Es un resto de la Pampa incivil, donde el

espíritu romántico de sus poseedores ha perpetuado la silvestre tradición con guanacos y avestruces. Pero, el prado artificial, que es lo técnico, va ultimando al campo bruto con sabrosas forrajeras, con abrevaderos y molinos. Día vendrá en que Trebolares, duplicado el número de sus haciendas, sea, tal vez, el más extendido alfalfar de la República.

Establecimiento organizado con método, con inteligencia, con los procedimientos prudentes y decisivos que aconseja el arte de criar y seleccionar, ha logrado ponerse a la altura de los primeros del país alcanzando los mejores precios en sus ventas a frigoríficos. Según datos que recojemos en la estancia, de una tropa de vacas para la exportación, se obtuvo un promedio, en peso, de 854 libras de carne limpia, casi el record. La constitución de este campo es, sin duda, la más apropiada para el sostenimiento y calidad de los alfalfares, — arenoso y liviano. — La profundidad del agua oscila de un metro a nueve. Esto es un factor importantísimo para la longevidad de los prados. No hay que extrañarse haya cuadros de alfalfa, cuya siembra data de más de veinte años, en perfecto estado de conservación.

La cultura pastoril de este campo, tuvo sus tropiezos con los médanos movibles, diseminados en diversos potreros. Para combatir este mal que va desapareciendo paulatinamente en la Pampa, su administración, ensayó hace diez años los cultivos de centeno con excelentes resultados. En la actualidad sigue formalizando esta clase de sementeras en los terrenos flojos y destinados a forraje de invierno.

Trebolares, además de sus 20.000 vacunos, posee 280

cabezas de pedigree (vacunos puros), 1000 yeguarizos mestizados con shire y hunter; 6000 ovinos, cruza de lincoln y rambouillet, que da un excelente tipo. Como padres equinos, tiene actualmente dos magníficos ejemplares puros de carrera y tres shire. El Drabble Conscript, fué campeón de Palermo el año anterior.

Una característica que nos ha llamado profundamente la atención en el establecimiento, es la crianza, por deporte, simplemente, de un tipo híbrido de rumiante, producto de guanaca y llama macho, a decir del administrador. No ponemos las manos en el fuego sobre esta bastardeada procreación, conociendo la característica fisiológica de la llama y su dificultad de convivencia en otro terreno que no sea su fragosa meseta. Pero, «se non é vero»...

Trebolares tiene su «herd» propio para la inscripción de los toros destinados a sus planteles.

En los potreros no se ha establecido el sistema de silos todavía. Sin embargo, su administrador se inclina en sentido favorable, convencido de que es el procedimiento más técnico y de mejor resultado para la conservación del forraje. La alfalfa se estaciona en parvas y almiares.

Estos son, en síntesis, los perfiles más salientes de este establecimiento. Alma y motor de sus progresos generales, fué el señor don Diego Reid, experimentado administrador de la sociedad originaria que se denominó Las Barrancas y que importó los primeros ejemplares para formalizar la mestización que hoy culmina en rendidores ejemplares. El administrador actual de Trebolares, es Mr. John Dickie, culto inglés, cuyo don de

gentes y exquisita amabilidad, corren parejos con sus conocimientos científicos sobre la moderna ganadería.

La estancia nos produjo una impresión muy agradable. Por sobre los parterres cercados de tamariscos disciplinados, a manera de cercos protectores, se destaca el chalet de corte inglés, sencillo, aereado y elegante. Hasta su terraza llegamos en nuestro auto. En el jardín contiguo, miss Dickie, hermana del dueño de casa, oficia de bondadosa jardinera. Nos recibe con esa franca alegría de los espíritus selectos que saben embellecer la vida, buscando las rosas entre los madroños. Su hermano está en el campo. Ha ido a presenciar un aparte a uno de los potreros vecinos. Hasta allá vemos en compañía del segundo administrador. La máquina se pierde entre el mullido gramillal. Junto al rodeo, en el martillo del alambrado, encontramos a Mr. Dickie, dirigiendo la faena, caballero bien puesto sobre un nervioso bridón. Presenciamos la maniobra rural a campo, con el sello argentino y tradicional de los quehaceres de la vieja estancia. Es interesante, sin embargo, el contraste de este criollismo que no se va, junto al alambrado de púa, por donde no pasan ni las liebres y bajo la fiscalización de administradores europeos que se afianzan con garbo sobre la silla inglesa...

Regresamos, visitando luego todas las dependencias de la estancia, los tres grandes galpones de mampostería, destinados a establo de los toros, a depósito del cuerambre y a maquinarias (limpiadora de avena, trituradora y machacadora de maíz, etc.). Visitamos las casas

del personal, los compartimentos accesorios y nos enteramos de la salud de un apreciable semental importado que no anda con muy buen humor aquellos días, «malgré» la tarde amable y el potrerito seductor donde está confinado. Y volvemos al chalet central, pequeño paraíso que da idea de buen tono, de pulcritud y de confort.

Caía la tarde cuando nos pusimos en marcha de regreso a Pico, costeando en siete leguas la línea del ferrocarril.

CAPITULO XX

Las grandes cabañas de la Pampa. — Santa Aurelia de D. Bartolomé Ginocchio e Hijos.—Un establecimiento de celebridad nacional. — 30.000 hectáreas de campo cultivado y poblado. — Los primeros tiempos de Santa Aurelia. — Cómo se inicia la cabaña. — El lote histórico de vacunos. — Los puros por mestización. — Desde Marttier a Golden Fame I. — Perfiles de este célebre toro. — Una ilustre descendencia. — A rey muerto, rey puesto... — Americus, el toro más caro del mundo. — 80.000 pesos paga el señor Ginocchio por su adquisición. — Algunos ejemplares de nota, hijos de Americus. — Premios ganados por Santa Aurelia. — 20.000 cabezas de ganado vacuno. — Los grandes padrillos Clydesdale. — King's Choice, base del plantel. — Pergaminos de este semental. — La raza Berkshire, en porcinos. — El Elvetham Bugler, creado por lord Callthorp. — Ejemplares y premios. — La raza asnal. — Visitando los galpones, el parque y los silos. — El sistema The Mc Clure Company, para silos. — Los médanos domados. — Los álamos de Italia y la caña de Castilla. — En la lechería. — La manga para faenas ganaderiles. — Visita a la escuela. — Un edificio modelo. — Impresiones generales del emporio ganadero. — Un establecimiento que honra al país.

Usando el término que los norteamericanos emplean para significar la importancia de sus grandes granjas del Dacotah, podíamos decir de Santa Aurelia, de D. Bartolomé Ginocchio e hijos: es una cabaña «mammouth». El prejuicio, trabajado por la fama nacional de

este gran emporio ganaderil se torna en bella comprobación, no bien se ha traspuesto sus tranqueras y se tiene a la vista el dilatado bosque del establecimiento, a manera de pueblo arborizado, más que de estancia. La celebridad de Santa Aurelia acrecentada en los últimos años con la progenie de Americus y de Golden Fame, era ya proverbial por la selección y honestidad de sus productos. Agréguese a ésto el valor material de aquel enorme campo de más de 30.000 hectáreas, completamente cultivado y el invalorado caudal de sus hacienda, y se tendrá idea de la importancia de Santa Aurelia, como uno de los primeros establecimientos del país.

Salvando todos los inconvenientes propios de la época, — distancia y falta de elementos de transporte, en primer término, — se inicia el establecimiento el 22 de marzo de 1889. Con el primer año de labor, se introduce el alto mestizaje y la tecnificación en los procedimientos de crianza. Los primeros animales durham llevados a la futura cabaña, tienen su origen en la estancia Sajones, de la sucesión de Santiago Lawrie, en Ranchos (General Paz). Lote histórico en los anales del establecimiento, conviene recordarlo. Estaba compuesto así: 2 vacas de pedigree, Merry Thought y Happy Thought, madre e hija. Merry Thought era hija de Master Tom (1044) H B I 46.766, criado por S. M. la reina de Inglaterra y adquirida por D. Santiago Lawrie; Happy Thought, hija del toro Lowther (474), criado por lord Lovat, en Escocia, y adquirido por F. J. Meeks para Paradise Grove, en Lomas de Zamora. Además de estos dos ejemplares de tan linajuda estirpe, 52 vacas de vientre: 15 vaquillonas de dos años y 24

de un año, puras por mestización, y un toro, Poligamist, hijo de Lowther (474), en Patience, criado por Lawrie y vendido más tarde al señor J. F. Meeks. Estos ejemplares eran internados en el establecimiento el 12 de abril de 1890. Meses después, en setiembre del mismo año, la novel cabaña se enriquece con un nuevo semental: el toro Gobernador III (616), por Knight of Oxford, de la cabaña La Inés, de D. Juan Cobo. Gobernador y Poligamist son, en definitiva, los fundadores del plantel primitivo de Santa Aurelia.

A partir de esta prestigiosa iniciación, comienza el establecimiento a desenvolverse con elementos propios, usando para sus planteles, puros por mestización. Se suceden los padres de gran sangre: Merttien, Bermecide, Mapocho, Conde V, Heir of Englishman, Farrier, Calomel, Golden Fame I, y otros de no menos empingorrotada genealogía, llegando Santa Aurelia a tener a los veinte y cuatro años de su fundación, más de 1000 cabezas entre vacas y vaquillonas puras por mestización. Es así como va conquistando su bien cimentada fama el establecimiento, a base de una constante labor, siguiendo el plan primitivo, sobre la pureza de sangre, en procura siempre de la línea armoniosa y el mayor rendimiento, en carne, de sus productos.

Con Golden Fame I, adquirido ternero en Chapadmalal, culmina la consagración industrial de la cabaña. Este célebre toro adquiere primer premio y campeonato medalla de oro, copa Macllennan y copa Nicanor Olivera en la exposición Internacional de 1910 y forma la base de una ilustre familia que se significa entre sus principales representantes, con G. Fame 3º, Golden Fa-

me 10th (rosillo), Corsair (colorado y blanco); Golden Fame 14 (blanco); Golden Fame 15, (rosillo); Golden Fame 16, (colorado); Sunwise, (colorado y blanco); Augustus Waterloo (rosillo); Golden Fame 17 (colorado y blanco); Golden Fame 18, (rosillo); Golden Fame 22, (rosillo); Golden Fame 24, (rosillo) y Golden Fame 25, (rosillo). Además, las vacas Servia 5, Baronesa Santa Aurelia, White Rose 2, Industry 22, Wallflower 43.

La Baronesa Santa Aurelia, exhibida en la exposición Rural Argentina de 1914, obtuvo el primer premio, siendo reservada a campeón; y en la exposición Rural Argentina de 1915, fué ganadora del premio campeón, primer premio y premio Windson. La Industry 22 obtuvo en la exposición Rural Argentina de 1913, el premio campeón y primer premio.

Muerto Golden Fame I en 1913, tan brillante plantel de vaquillonas nacesitaba un padre de abolengo. En la exposición de Palermo durante el mes de setiembre, el señor Ginocchio adquiere, en subasta, el gran toro Americus, por la enorme suma de 80.000 pesos, el precio más alto que se ha pagado hasta ahora, en el mundo, por un reproductor. Americus traía su pedigree nobilizado con ruidosos triunfos durante la exposición de 1912: con Narciso Vivit, copa Norberto Quirno, copa Olivera, copa A. de Bary y Cía., copa Shortorn Society y copa Macllennan. No podía pedirse mayores galardones para su heráldica taurina.

Este ejemplar, cuya adquisición fué tan sonada en el país, dejó alrededor de cuarenta hijos, entre los cuales han descollado Gran Duke of Aurelian, descendien-

te por vía materna de la afamada tribu Duchess, de Mr. Thomas Bates; Baronesa Santa Aurelia 4, que ganó conjuntamente con su hija Baronesa Santa Aurelia 4th, el premio Windsor (vaca con cría), en la exposición Rural de 1915; American Ruth, American Orphan 2 y Aurelian Champion.

A la muerte de este celebérrimo ejemplar, su esqueleto fué donado al Museo de Ciencias Naturales de La Plata. Golden Fame, fué enterrado en una de las calles transversales del parque, bajo una glorieta. Si los canes tienen cementerios en las grandes ciudades de Europa, nos explicamos esta piadosa recordación al noble ejemplar, que al dejar sellos tan inconfundibles, puso un nuevo blasón en nuestra industria pecuaria, respondiendo al esfuerzo de los «pioneers» del progreso nacional.

Con tan sistemado e inteligente seleccionamiento, nada de extraño que la hacienda general sea de primer orden. Actualmente en los campos de Santa Aurelia hay alrededor de 23.000 cabezas de vacuno, hacienda caracterizada por el tipo uniforme, la línea curva y suave y la firmeza de carnes en cada ejemplar.

La Cabaña Santa Aurelia, en el transcurso de los últimos años ha obtenido los siguientes premios: 15 campeonatos, 8 reservados de campeón, 81 primeros premios, 74 segundos premios, 46 terceros premios, 71 menciones, copa Macllennan, copa N. Olivera, copa La Blanca, copa Carlos Villate, premio Windsor, premio Amos Cruyckshand, premio Familia, 13 copas y premios particulares. En total 309 premios.

En lo que respecta a ganado yeguarizo, Santa Au-

relia se ha especializado en la raza clydesdale, consiguiendo ejemplares de nota. King's Choice, magnífico semental, base del plantel, fué criado en Inglaterra por David Ridell, Blackhall, Paisley, Reufrewshire, en el famoso stud de Clydesdale. Es nieto de Prince of Wales, el más famoso padrillo que registra la historia de su raza. Por tal ejemplar, cuando contaba 19 años de edad, Mr. Ridell pagó 900 guineas. La madre de King's Choise, fué Jean, yegua premiada en diversas exposiciones y hermana del gran semental Gallant Prince, propiedad de Mr. Ridell, que fué utilizado al servicio de yeguas a razón de £ 10.10.0 cada una y de Frivolity, laureado con numerosos premios. Otro padre clydesdale, Bold Shepherd, fué traído de Inglaterra.

En porcinos, la raza cultivada es berkshire, siendo uno de los padres de la cabaña Elbetham Bugler, criado por lord Callthorp, en Inglaterra. Este gran ejemplar produjo hijos que ganaron los siguientes premios en la exposición de la sociedad Rural Argentina de 1914: Danesfield Mermaid 17, primer premio y premio campeona en mayo; Danesfield Mermaid 20, primer premio, premio campeona y copa British Bershire Association, en agosto; Elvetham Meridian 2, primer premio y premio campeón, en mayo; Elvetham Model 3, primer premio y premio campeón, en agosto. En premio (grupo de tres), obtuvieron el primer puesto, Queen Danesfield 4, Elvetham Mermaid 5 y Elvetham Mermaid 6.

Como dato ilustrativo, podemos informar que se han vendido algunos padrillos porcinos por precios que exceden de 1000 pesos.

Actualmente, entre puros y mestizos, hay en la cabaña más de 200 ejemplares adultos.

En ganado asnal, se sigue un especial seleccionamiento, produciéndose mulas de la mejor estampa, con alturas parejas de más de 1.60, ejemplares que se venden a precios no inferiores de 300 pesos, pagados por compradores de Chile y de las provincias andinas.

*
* *

Hemos visitado el enorme establecimiento. Recorriendo sus amplios galpones construídos de acuerdo con la última palabra de la higiene zootécnica, sus cuadras cómodas, sus porquerizas, sus maestranzas, desde el escritorio a la lechería, desde los silos a la manga, desde el parque, donde el culto al árbol difundido en bosque inmenso, revela el espíritu superior de sus propietarios, hasta el médano, inmóvil ya con los abrigos forestales, hasta la lechería, hasta los potreros florecientes, lozanos, llenos de alegría y de verdor; recorriendo todo esto, no podemos menos que laudar con sentimiento argentino, la obra del valiente industrial, del precursor, que contrarrestando todos los inconvenientes de la Pampa desolada de hace tres décadas, trajo hasta aquí energías, capitales, civilización.

Lamentamos de verdad, no poder admirar el conjunto de novillada selecta mandada días atrás a Buenos Aires al concurso de hacienda gorda. Suplimos esta falta, con el espectáculo de un plantel de vacas finas que pacen en un potrero próximo a la estancia y cuyo

enorme tipo, plasticidad y suavidad de líneas, dan idea de una prole excepcional.

Nos interesamos vivamente sobre el resultado de los silos. Santa Aurelia practica el ensilaje de la alfalfa en dos formas: en silos de madera de pino colorado (The Mac Clure Company) y por un sistema especial del establecimiento. Consiste el procedimiento en emparvar el pasto verde. Luego de hecho el almiar, se cubre herméticamente con chapas de fierro galvanizado, ajustándose luego por medio de torniquetes, de manera de prensar el forraje, evitando la entrada del aire. Este procedimiento ha dado muy buenos resultados, allanando la faena de la distribución. Los silos de madera (dos) pueden contener 120 toneladas de alfalfa cada uno. Son de forma cilíndrica como los de cemento armado y más económicos en su construcción.

Iniciamos nuestra excursión por el campo con la visita a un médano vecino, a medio estabilizar. En resguardo, se han plantado allí 275.000 estacas de álamo de Italia, por el sistema del arboricultor, D. Alejandro Miroli. Sin duda este procedimiento tiene no sólo la ventaja de rescatar para los cultivos, el terreno inestable, sino que crea el monte, capaz de ser una industria lucrativa, a la vuelta de ocho o diez años.

Para el arraigo de las dunas se ha puesto en práctica el procedimiento de cultivos de caña de Castilla. Un médano de 76 hectáreas que hace cinco años era un Sahara y que amenazaba con correrse a merced del viento, inutilizando vegas vecinas, se vió, de pronto, atrincherado por este tupido carrizal. Y ahí ha que-

dado el pobre, vencido, esperando el arado y sin fuerzas para levantar una arenilla deleznable. Este ensayo, tan provechoso, sencillo y de un tan rápido resultado, debe ser tomado en cuenta por los agricultores de la Pampa como el medio más eficaz para detener las arenas, después de la simplicidad primitiva y provechosa de los cultivos de centeno.

Visitamos la lechería y quesería, establecimiento complementario, en donde con la base de 100 lecheras se elaboran 60 kilos de queso diario, producto que tiene su venta acreditada en Buenos Aires. Luego destinamos breve tiempo a ver el funcionamiento de la manga, sistema novísimo de bretes (Cremona y Sala), donde con ahorro excepcional de tiempo y de brazos, se puede realizar todas las faenas rurales: marcar, descornar, pesar, apartar, bañar, tusar, curar, etc., la hacienda, tanto lanar como vacuna y yeguariza. Este brete cuesta alrededor de 18.000 pesos.

Rematamos nuestra gira visitando la escuela, terminada de construir en el mes de julio, contando en la actualidad con 50 educandos. Este edificio, tipo norteamericano, estilizado y elegante, ha sido donado al gobierno de la nación, con el terreno correspondiente, bancos y útiles, por el señor Ginocchio. La enseñanza se reduce, por el momento, a los dos primeros grados. Como tipo de escuela, no se puede pedir nada más completo, obedeciendo a las exigencias de la pedagogía moderna. De acuerdo con la limitación de sus aulas, es el edificio escolar más hermoso y apropiado de la Pampa.

De las 12 leguas de campo que comprende este gran

establecimiento que acabamos de visitar, hay 26.000 hectáreas alfalfadas; 2000 cultivadas con cereales por administración y 2000 por chacareros que pagan un arrendamiento equivalente al 14 % de sus cosechas. En haciendas, además del cuantioso número de vacunos ya mencionado, hay 4000 ovejas lincoln; 1500 yeguarizos clydesdale; 200 ejemplares de ganado asnal y más de 200 porcinos berkshire.

Las 30.000 hectáreas de campo están divididas en 130 potreros. Hay 76 molinos y 11 puestos para distribuir las labores rurales. 74 kilómetros de teléfono de doble línea, ponen en comunicación directa todas las dependencias de esta gran estancia que hace honor al territorio y honor al país.



Después de esta reseña que suponemos dá la impresión aproximada de este establecimiento, huelga la sugerente laudatoria. Aquello es, sencillamente, un gran emporio industrial. Pero caeríamos, sin duda, en omisión si a la apología sincera que nos merece tan bella fuente de la grandeza nacional, no ligáramos el perfil de su héroe, de su denodado gestor. Don Bartolomé Ginocchio pertenece a la pléyade de los precursores. Se inicia con nuestra evolución y sigue su proceso como eficiente factor, compenetrado del porvenir de la República. Llegado niño a nuestras playas, se inicia muy joven en el comercio. Bien pronto su laboriosidad, su práctica en los negocios, su clara inteligencia unida

a su carácter tesonero y su honestidad, — virtud máxima de aquellos felices tiempos del viejo Buenos Aires, — le llevaron a un puesto destacado en el mundo de los negocios. Su importante casa de consignaciones y almacén mayorista afianzaron su reputación comercial y le dieron la base de su gran fortuna. Seguirlo paso a paso a través de su larga actuación en la plaza sería ímproba labor. Baste decir que su nombre está ligado a infinidad de iniciativas de carácter bancario, económico y social a numerosas empresas mercantiles, a cuanta sociedad anónima ha buscado en él el impulso directriz y la influencia decisiva del capital y sobre todo a la evolución edilicia de la metrópoli, a cuya estética y expandimiento urbano ha contribuído como progresista, fuerte y antiguo propietario.

Pero, donde su obra, a nuestro entender, adquiere contornos más amplios y sobresalientes, es en la industria ganadera. Basta mentar este gran establecimiento pampeano, además de diversos establecimientos en las provincias de Buenos Aires y San Luis, para adjudicarle uno de los primeros puestos entre los «pioneers» de la grandeza nacional. Y he ahí, precisamente, la silueta del precursor, afianzada en los prolegómenos de nuestra ganadería científica, piedra angular de la riqueza del país. Otros antes que él, habrán, posiblemente, iniciado ese gran paso del perfeccionamiento ganaderil, pero nadie podrá aventajarle en valentía para afrontar la evolución, desde su aventura de llevar toda su fe y su energía al desierto hosco y apenador de hace treinta años y convertir al baldío en el establecimiento más completo y educador, hasta el gesto significativo

de adjudicar el precio mayor del mundo por un ejemplar bovino, lo que importa a nuestro entender la mejor propaganda que pueda hacerse de nuestros productos ganaderos ante el mercado del mundo.

Completando la firma social, colaboran eficazmente, junto a este gran laborador, — cuya ancianidad no amengua sus energías excepcionales, — sus hijos Bartolomé Luis, en lo que se relaciona con los intereses ganaderos y Máximo Alfredo, en los negocios del «bureau» y administración de propiedades.

CAPITULO XXI

Santa Catalina, de Engelbert Hardt y Cía. — Una invernada perfecta. — El campo de engorde y el campo de crianza. — La rotación de las haciendas. — En viaje a la estancia. — El jardín y el monte. — A través del establecimiento. — Los planteles Durham. — 5000 novillos en vísperas de frigorificación. — Precios y rendimiento en carnes. — La cabaña para el servicio interno. — La hacienda yeguariza. — Las razas Oldemburguesa y Bulonesa. — Tipos de caballos de ejército. — Sus características. — Lanares y porcinos. — En el campo de los silos. — Descripción de la faena de ensilaje. — El silo subterráneo. — Haciendas y alfalfares. — De retorno.

Santa Catalina, de Engelberdt, Hart y Cía., constituye, como establecimiento ganaderil, el tipo perfecto de la invernada. A semejanza de los grandes «ranchos de cebo» de Estados Unidos, Santa Catalina tiene su «rancho de cría», es decir su campo generatriz. Como en el Norte lejano, los vacunos que se tonifican con forrajeras nobles y con salvado en las estancias de Nebraska, para lucirse después en los «stok yards» de Chicago, fueron la misma hacienda cerril y flaca de las praderas del Wyoming. Santa Catalina tiene este complemento a manera de «almácigo», si cabe la expresión: la estancia El Campamento, en el sur de Mendoza.

Es sencilla la rotación de las haciendas, en este procedimiento combinado de crianza y engorde. El Campamento, cuyos ganados proceden de Santa Catalina y son

hijos de toros importados, surte a este establecimiento con 2 a 3000 novillos por año. Con dos años de invernada en Santa Catalina, queda esta hacienda apta para el frigorífico, con rendimientos de un «chilled» excepcional en calidad y gordura. Las vacas viejas, una vez paridas y producido el destete de sus crías, pasan a la venta, mientras sus becerros son llevados al campo de crianza, de cuyas vegas silvestres tornarán dos años después en la remesa anual de novillada. Actualmente en Santa Catalina hay 1300 vacas en estas condiciones, muy próximas a la hora fatal del matadero.

*
* *

Con sumo placer hemos realizado una visita a Santa Catalina. En breve tiempo hemos salvado las seis leguas que nos separan de Pico, volando en automóvil por el camino accesible y llano. Se derrocha el sol corruscante de la mañana. Se engalanan las vegas con margaritas purpúreas y blancas, mientras las flores azules de los linos, dan la nota amable del comienzo de la primavera. La estancia, que emerge del arbolado como un nido, se baña en sol y en rosas. Suben los escaramujos por los espalderos del corredor constelados de flores en donde el rojo se prodiga en toda la gama, del pálido al carmín.

El jardín, de cotos nuevos, recién trazado, se insinúa en elegantes dibujos, dando estilo al parquecito europeizado, de geométricos camellones. Adivinamos el espíritu femenil que da vida a estas bellezas subjetivas, a

trueque de la aridez industrial que supone el importante establecimiento.

La expansión de la mesa, nos revela después el secreto de esta nota floral, risueña y pródiga. La esposa del señor Gerardo Gietz, finísima y espiritual dama rosarina, que cultiva sus niños, flores del hogar, debe también prodigar su afecto al jardín.

El señor Gietz, caballero argentino, muy gentil, que con inteligente dedicación, administra el establecimiento, nos dispensa su más benévola acogida. Después del almuerzo pasamos a recorrer las diversas dependencias de la estancia. Nos llama la atención, en primer término, el monte umbroso y joven que espalda el edificio, y en donde una plantación de 7000 árboles, da sombra y perfume y atempera la irascibilidad de los vientos: eucalitos, álamos, ligustros, paraísos, moreras, acacias, pinos y plátanos, en razas promiscuas, se han reunido en civilizada floresta, prometiendo arraigarse y convivir. Y junto al monte de adorno y de reparo, se difunde el huerto en manzanos, durazneros, nísperos, perales...

Santa Catalina tiene una extensión de 6600 hectáreas, El primer poblador de estos campos fué don Wilfredo Baron (argentino), hace once años. La nueva estancia, bajo la firma de Engelbert, Hardt y Cía., data de siete años. Toda la superficie está subdividida en 46 potreros, con 17 molinos Aermotor, con tanques australianos.

Actualmente el establecimiento posee un plantel de 400 vacas puras durham, con ocho toros a galpón procedentes de Inglaterra y de las grandes cabañas argentinas de Pereira, Pagés, Healy y Etcheverry. Hay más

de 5000 novillos en los diversos potreros, hacienda que paulatinamente pasa a los frigoríficos La Blanca y La Plata, embarcada por las estaciones Agustoni y Mira Pampa.

El sistema de alimentación y las prescripciones higiénicas puestas en práctica con todo rigor, constituyen la base del éxito en las ventas, por excelencia de tipo y calidad. Rara vez se produce en frigoríficos el rechazo de un ejemplar de Santa Catalina, obteniéndose precios que oscilan entre 160 y 200 $ con densidades de 720 a 750 libras de carne limpia. Las haciendas a invernada son mantenidas con la variedad posible de forrajes, alternando alfalfa verde con seca y silo y avena o centeno, cosa de no fatigar al animal con una alimentación única. Los preceptos de la zootecnia hacen lo demás, utilizándose, al efecto, cómodos y modernos bretes para baños preservativos de sarna y de parásitos, y además, para la higiene, en la oportunidad del peleche. Los sementales vacunos son utilizados exclusivamente para el servicio del establecimiento. No se exponen ni se envían a certámenes ganaderos. Si exceden del número necesario, se venden, pero como excepción.

En yeguarizos, Santa Catalina se ha dedicado con especialidad a las razas oldemburguesa y bulonesa, a base, la primera, de puros importados de Alemania. Este tipo, según los técnicos, ha dado los mejores resultados en lo que se refiere a aguante, agilidad y presentación en el trote.

De tronco tan ponderativo, se han derivado dos ramas de gran significación, con las siguientes cruzas: 1º, padre oldemburgués puro y madre 7/8 de carrera,

hijas de Briceño y Cagliostro; 2º, productos de la cruza anterior, como madres; y como padre, oldemburgués puro. He aquí los resultados: la primera cruza da el prototipo del caballo de oficial de ejército. Es decir, el caballo de carrera, más fornido, de cabeza pequeña y remos más cortos, pero más resistentes, buen cuerpo y especialmente pelo parejo y buena silla; aptos para saltos y marchas resistentes. La segunda cruza, da el caballo para oficial de ejército, del arma de artillería liviana, por tener más sangre oldemburguesa. Este producto es especial para trote. De cabeza chica, es elegante y fornido.

En lo que respecta al bulonés (raza francesa), tipo del percherón liviano, el establecimiento dedica constante atención, como medio de conseguir buenos ejemplares en yeguas para las labores del campo. Las características del bulonés se individualizan por el cuerpo fornido y voluminoso y a la vez presteza en la acción. Son caballos especiales para la agricultura por su férrea complexión y gran consistencia y sirven, al propio tiempo, tiros pesado y liviano. La cabeza es muy chica, tirando a árabe. Una particularidad especial de este tipo es que no tiene ranilla, condición ventajosa para el aseo y que pone al animal a recaudo de algunas dolencias en los vasos. Hay actualmente cerca de 500 yeguarizos en el campo, de ambas clases.

En lo que respecta al ganado lanar, se ha comenzado a cimentar la crianza con carneros romney marsch importados, consiguiendo, con varios cruzamientos, un espléndido plantel de ovejas puras de esta raza. Este tipo da lana excelente, es de mucho cuerpo y engorda con

facilidad. Según la opinión del señor Gietz, es el verdadero animal para frigorífico. Un borrego de diez meses da fácilmente 35 kilos de carne. Por borrego pelado del mismo tiempo, se ha obtenido en venta hasta 17.60 pesos.

La industria lanar es incipiente en el establecimiento. Ocurre lo propio con la crianza de porcinos, destinados al consumo del establecimiento, salvo algún remanente que se ha dado a la venta. El tipo predilecto es berkshire, cuyos capones de un año han alcanzado precios de 100 pesos cada uno, con un promedio de 220 kilos de peso en pie.

Como un deporte especial que condice con las predilecciones cinegéticas del señor Gietz, la cabaña canina pone su nota original en el establecimiento. Los planteles, no tan numerosos como selectos, abarcan diversas razas, desde los mastines de San Bernardo hasta los ágiles fox-terrier. Descuellan con sus modalidades propias y tipos inconfundibles, los setters, galgos, pointers, belgas, de policía, etc.

***

Se ha iniciado la siesta. El sol se derrite en polvo de oro y fuego sobre la campiña aletargada. Ni la más leve brisa mueve las hojas. En cómodo «break», arrastrados por fornidas trotonas, vamos a recorrer los potreros. Bien pronto se pierde de vista la estancia entre las ondulaciones del campo. Algunos accidentes del terreno nos informan de viejos arenales, estabilizados ya. El señor Gietz usa para ello el procedimiento más via-

ble: el alambrado precaucional conjuntamente con el cultivo de centeno, la plantación de álamos erectos o cañaverales.

Los alfalfares están espléndidos. Este año ha sido excepcional por las lluvias oportunas y abundosas. Para renuevo de los alfalfares se recultivan los potreros durante uno, dos o tres años, con maíz, avena, centeno o caupi, produciendo con estos forrajes en verde, seco, grano y silo. Es un procedimiento previsor que pone al reparo de toda emergencia.

Llegamos al local de los silos en donde trabaja a esa hora la máquina trituradora «The Ross», movida por un motorcito de seis caballos. Junto al silo, casi a llenar, y alambrado por medio, una cuadrilla emparva el forraje recién henado. Es fuerte la faena bajo aquel sol canicular. Desde el predio, donde la dejó la cortadora, es conducida la alfalfa en montículos de dos y tres toneladas y mediante una sencilla rastra de cadena. Un aparejo la eleva hasta la parte superior del almiar, prendida a su gran horquilla, mientras un niño ejecuta la labor de manejar el caballo que hace funcionar el guinche.

En el silo próximo, la obra es más mecánica y rendidora. Junto al foso de 15 x 5 x 2, abierto al suelo, trabaja la máquina picadora. El pasto introducido en su buzón por una garrucha de madera tableada, sale desmenuzado inmediatamente para recibir la influencia del ventilador, que por un tubo de metal liviano lo expela a distancia graduable. En esta forma se va llenando el foso. La alfalfa así almacenada, excede como un metro a flor de los bordes del foso. Luego se cubre con la misma tierra excavada, dándose a este revoque

un espesar de 40 centímetros. He ahí el silo subterráneo, de remoto origen, pero cuya exhumación para las prácticas agrícolas en el uso de forrajes, se le debe a los Estados Unidos. Tres o cuatro meses después puede utilizarse el pasto así almacenado, con resultados ventajosísimos y cuando el invierno suele ser cruel para los campos.

El señor Gietz, que es un gran propagandista de este sistema de conservación del forraje, hace dos años que practica los silos.

—Al principio, — nos dice, — no faltó quien tildara de locura mi ensayo. Pero cuando ralearon los campos, con el inviernito que nos tocó soportar, alguien se acordó que mis silos podían ser una solución.

—¿Y cuántos silos hay en el campo?

—Actualmente diez; pero pienso hacer de 60 a 80, por el mismo procedimiento, que ocnceptúo lo mejor. Estos silos serán distribuídos en los potreros, de manera de facilitar el reparto del forraje cuando se necesite. El reparto se hace en comederos con un 50 % de economía en el pasto.

Piensa el señor Gietz ensilar el maíz que ha cultivado en 60 hectáreas y las 60 hectáreas de caupi.

Regresamos a la estancia a la hora del té. Nuestro coche corta a campo traviesa por sobre el mullido alfalfar. En algunos potreros, las manadas curiosos se acercan a nuestro encuentro y vienen a olfatear a nuestras yeguas de tiro. El sol castiga con menos impiedad. Pasamos junto a una aguada. Luego bordeamos el campo de centeno que comienza a amarillear, poniendo un tono nuevo al eterno verdor...

CAPITULO XXII

El establecimiento La Barrancosa. — Departiendo con don Sotero Ramírez. — Un criollo a la antigua. — La experiencia y el tecnicismo, factores de éxito. — Perfiles de un gran ganadero. — A través de los prados. — Productos e instalaciones. — Los cuadros del alfalfar, la manga y el abrevadero. — Comodidades rurales. — Los altos precios del frigorífico. — Novillos a 222.70 $, precio máximo. — El panorama a la hora de abrevar. — Los silos. — El sistema de ensilaje descubierto. — Ecos del concurso de carne gorda. — Por las estancias vecinas. — El establecimiento Pavón. — La cabaña Casals. — La Morocha, La María y otros campos.

Hemos llegado de noche a la estancia La Barrancosa. Nos recibe su administrador, don Sotero Ramírez, con esa llaneza tan sin reatos y tan amplia, propia de nuestros viejos hombres de campo. Y efectivamente, el señor Ramírez, que acaba de ser elegido munícipe de Pico por el concenso de dos fracciones en lucha, es un espécimen del criollo de antaño, abierto y suspicaz, tipo inteligente del ganadero, que sin dejar las modalidades sencillas del pasado, — virtud tradicional de raza, — adopta la reforma, buscando en el tecnicismo de importación, todo lo que contribuya a ennoblecer y acrecentar nuestras industrias rurales. Los yankes lo ejemplarizarían como un «ranchman» modelo. Nuestro espíritu de argentinidad, trabajado en esta larga gira por tanto tipo

exótico, refractario a nuestros sentimientos y a nuestro idioma, experimenta la sensación de un desahogo al lado de este hombre.

Conjuntamente con uno de sus hijos, su yerno y el agrónomo señor Tomás Sisternas, damos razón de una buena comida, prevista por ese apetito campero trabajado por el aire libre de la pampa. Es larga y afectiva la sobremesa. Mariposeamos alrededor de todos los asuntos. El señor Ramírez, — lector asiduo de los diarios de Buenos Aires y gran amigo de «La Nación», — sigue paso a paso el proceso del país y los acontecimientos europeos, dedicando especial atención a las referencias de la estadística. Está al cabo del movimiento del mercado mundial en productos, precios y relación financiera de los grandes países. Sigue con gran interés el giro de la conflagración europea, anticipando deducciones tan propias y atinadas que revelan una afinada sagacidad. Se habla de política, y como se ha establecido una corriente de simpática camaradería, se habla... «a calzón quitado», según la expresión criolla. No siempre es suave la premisa. Algún concepto fogoso lastima la epidermis. El juicio sobre hombres y cosas, es ágil, sutil, a veces puntiagudo... Y como el señor Ramírez es militante, tiene que sacarse el lazo a menudo. Y lo hace con bizarría, con entereza, con elegancia, buscando la expresión adecuada, el concepto final lleno de filosófica sencillez.

Al día siguiente, temprano, después de saborear una

docena de mates amargos, echamos a andar por el campo en un «buggy», vehículo de lo más cómodo para campaña. Queríamos recorrer, en compañía de don Sotero, los diversos cuadros del campo.

Consta este establecimiento de 5000 hectáreas divididas en 38 potreros, con 12 molinos y tanques australianos para 400.000 litros cada uno. Este campo fué poblado hace seis años con destino a agricultura. Hace cuatro y medio años que se aprovecha en ganadería. Está completamente alfalfado. Tiene el agua a 5 metros de profundidad, como término medio y carece en absoluto de tosca.

En la actualidad La Barrancosa posee 6000 cabezas de ganado, habiendo alcanzado a 10.000, raza durham, producto de padres puros, por pedigree y madres puras por cruza. Los toros progenitores son importados de Inglaterra por intermedio de la casa Bullrich.

Por productos de este establecimiento se han obtenido en el frigorífico La Plata (Compañía Swift de La Plata), el más alto precio de la zona: 222.70 $ por novillo.El máximum de peso alcanzado ha sido de 852 libras de carne y en novillos de tres años. Un animal que da este peso, tendría vivo, alrededor de 665 kilos.

Sobre el funcionamiento de la manga moderna y sus accesorios, nos da, en pleno local, una explicación detallada el señor Ramírez. El sistema de compuertas, corrales, apretadores y palancas, juega en forma sencilla, bajo la acción de un ingenioso mecanismo. Esta manga es sistema «Cremona», patentado, pero los corrales han sido construídos de acuerdo con indicaciones prácticas

del señor Ramírez, simplificando el procedimiento en los apartes y embretadas.

Visitamos los potreros. Es imposible superar la lozanía de estos alfalfares, ni un tipo más uniforme y parejo en las vacadas. Los abrevaderos están colocados en la intersección de los alambrados, de manera de favorecer cuatro potreros a la vez, correspondiendo a cada uno por sectores.

Nos encanta, a las diez de la mañana, el concierto ganaderil, frente al agua cristalina, formado por las haciendas de cuatro cuadros, que vienen mansamente a la hora habitual. Desde lo alto del molino, presenciamos la interesante romería que se va congregando poco a poco, y cuyos grupos rezagados apenas se divisan entre el verde pastizal del horizonte.

La Barrancosa practica los silos aéreos, a manera de almiares, revocados con una capa de tierra de 30 a 40 centímetros, sobre cuya capa se pone otra de pasto como abrigo para atemperar la fuerza del sol. Opina el señor Ramírez que éste es el silo más práctico y económico que se pueda realizar, facilitando la operación de corte y de reparto.

Actualmente hay en el establecimiento 10 silos, del año anterior. Con el corte de alfalfa en una superficie de 1000 hectáreas, se formará en seguida de 50 a 60 silos.

Tiene muy pocos médanos este campo. En general, han desaparecido con los cultivos apropiados; y las pocas dunas que quedan en algunos potreros, se utilizan como reparo para los novillos gordos, en las noches de invierno, cuando el frío anticipa la nevazón. Se improvi-

san comederos en los huecos de arena y los ganados no sienten tanto los efectos de las noches crueles que suelen desmejorar la presentación de las reses.

Regresamos a medio día, a la estancia, complacidos de aquella gratísima excursión que nos dió la pauta de las ponderables energías del señor Ramírez, puestas en acción para la cultura del predio y la selección de los ganados.

Después del almuerzo, departimos amigablemente bajo el corredor, cuando anuncian por teléfono de Pico, haber recibido un telegrama de Buenos Aires, para La Barrancosa. Se levanta el señor Ramírez para atender la comunicación.

—¿Novedades? — le interrogamos al verle regresar con semblante jubiloso.

—Nada... — nos responde. — Me informan que en la exposición de ganado gordo de la Sociedad Rural, en Palermo, se ha pagado 900 pesos por cada ejemplar de La Barrancosa.

Era el martes 13 de noviembre.

*
* *

La estancia Pavón del doctor Luis Mitre, es un establecimiento modelo, tanto en lo que respecta al seleccionamiento de sus ganados, como a la importancia de sus instalaciones.

El edificio de la estancia es el más hermoso en la zona del norte y responde a todas las exigencias del

confort moderno. Este solo detalle bastaría para exteriorizar una tonificante nota de cultura, puesta como un broche al margen de la cuantiosa riqueza ganadera de la comarca.

*
* *

La cabaña Casals comprende una extensión de 1200 hectáreas alfalfadas en 12 potreros, con 5 molinos y tanques.

Su propietario don Marcelino Casals, catalán de Lérida y hombre emprendedor, inició su cabaña en 1912, dedicando preferente atención a la raza caballar. Arrancan sus productos con la paternidad de los padrillos puros de carrera Purran y Político, y con yeguas casi puras por cruzamiento, en número de 46. En tiro pesado posee Cometa, — clydesdale, — con un plantel de 18 yeguas de alta mestización.

En vacunos, cría durham y en ganado lanar, lincoln y rambouillet.

*
* *

En la importante estancia El Consuelo, su propietario, el señor don Juan Chappie Sidebottom, presta atención preferente a sus planteles de vacas durham y ove-

jas cara-negras. Por lanar, — puros de pedigree, — ha obtenido diversos premios en certámenes nacionales.

*
* *

La Morocha, estancia de don José María Trabadelo, registra en sus galpones muy buenos tipos de durham, clydesdale y lincoln, en las tres clases de ganado.

*
* *

La María, es el nombre del establecimiento ganadero de don Manuel Porta e hijo. Fué fundado en 1907 a veinte cuadras de la estación Vértiz. Se dedica a la cría de vacunos, contando en sus sementales con un magnífico todo durham procedente de El Dorado.

Los señores Porta se dedican también a la cría de rambouillet en ovinos y percherón en caballar.

*
* *

La Concepción de don Juan Boracio, comprende un campo de una legua, más o menos, dedicado a crianza en general.

*
* *

Otra estancia de notoria significación, es San Agustín, de don Agustín Carricaburu e hijos (Tomás F. y Antonio), con legua y media de inmejorable campo y haciendas mestizadas.

*
* *

Entre otros establecimientos de importancia, figuran San Joaquín de don Joaquín Otamendi; el de don Juan Urruspuru; el de don Pedro Arocena; el de don Aniceto Gallastegui; el de don Pedro Brunengo y otros.

*
* *

Próximo a Pico, pero en la provincia de Buenos Aires, — partido de General Villegas, — está la cabaña Santa Teresa de don Vicente Bo y cuya dedicación especial es el seleccionamiento de ovinos rambouillet que le ha dado notoria fama dentro y fuera del país.

Lamentamos que a pesar de ser el establecimiento tributario de la zona de Pico, esté ultra-fronteras, es decir, lejos de nuestra misión de cronistas pampeanos. De otra manera no se hubiese librado de nuestra descripción detenida, que bien lo merece por su significación.

CAPITULO XXIII

Por los dominios de Trenel. — Una ojeada retrospectiva. — La heredad salvaje y los primeros albores de civilización. — Del campo bruto a la colonia. — Los ensayos ganaderiles del capital anglo-criollo. — La South American Land Company Limited. — Bases de la nueva sociedad Estancia y Colonias Trenel. — La obra de don Antonio Devoto. — 327.500 hectáreas hacia la evolución agrícola. — La transformación cultural de la comarca. — El semillero de pueblos: Trenel, Metileo, Monte Nievas, Arata, Caleufú, Ingeniero Luiggi y Embajador Martini. — La conquista del riel. — El gran progreso agrícola. — Condiciones agrológicas del suelo. — Los cultivos extensivos. — El peso específico de los cereales. — El mejor trigo barletta de la Pampa, premiado en la exposición del Centenario. — Recordando doctrinas de un mensaje presidencial sobre colonización. — Edilidad en los centros poblados, vialidad e instrucción pública. — 120.000 toneladas de producción cerealera anual. — A través de Trenel. — La visión del porvenir.

Fué la comarca de Trenel dominio de ranqueles, antes de la conquista civilizadora. Hasta allí extendió su imperio el pueblo aborigen, cuyo foco central irradiaba desde las selvas tupidas del noroeste. Trenel es una prolongación de la planicie inquebrada de Buenos Aires. Sin ríos, sin lagunas, sin arroyos, campos de gramillal, salpicados de trecho en trecho por caldenares precarios, no fué, en suma, la silvestre heredad, solar de tribus arraigadas. Sus indios, fieros y audaces,

como que tenían en sus venas sangre de Caupolicán, los cruzaron mil veces en depredadoras carvanas,

> «sobre el potro rozagante
> cuyas crines altaneras
> flotan al viento ligeras»,

según el clásico poema, y burlando el acecho de nuestra caballería. Sin quiebras, sin refugios, sin el recurso montaraz del bosque inextricado, fué, en realidad, un desierto la comarca. Por fin las armas de la nación, escalonando sus felices jornadas, desde el foso de Alsina y los fortines de Córdoba, Mendoza y San Luis, hasta Choele-Choel y el Limay, quiebran para siempre la autóctona soberanía. Y el misterio cae bajo la fuerza avasalladora de la civilización. Con las últimas dianas, se plantan los primeros pueblos. Se allana el tránsito, barrida con pólvora la tenebrosa heredad; carga el Estado con el rico patrimonio que ha de subdividir y cultivar; se roturan los predios; se domina el monte legendario; despuntan las primeras colonias; se atreve el comercio y la industria a buscar horizontes en el nuevo país. Y mientras los pueblos migradores, vitalizan con fuerzas promisoras la tierra conquistada, tímidamente se orientan hacia la Pampa las paralelas del tren...

Capitales anglo-criollos ponen sobre los campos brutos de Trenel su primer nota cultural. Es un ensayo indeciso aquella tentativa de civilidad, no obstante el clásico empuje, valiente y engreído, del capital inglés.

Tiene más de especulativo que de progresista el

trance que corre la South American Land Company Limited, con directorio en Londres, a base de la ganadería elemental. Nada de selección, nada de praderías artificiales, ni procedimientos zootécnicos que no fueran los rudimentarios. Sobre los gramillales veleidosos de 90.000 hectáreas, 12.000 bovinos, 30.000 ovejas y algunos yeguarizos, constituyeron la gran estancia con todo el sello de un criollismo indolente y primario, sin aspiración a perfeccionamiento ni propósitos de colonización.

En tales circunstancias, pasa el gran fundo a manos de don Antonio Devoto.

Consta esta propiedad de 327.500 hectáreas, o sea 131 leguas cuadradas en un solo block. Está ubicada, casi en su totalidad, en la sección Primera de la Pampa y vecina al Meridiano 5º, límite entre el territorio y la provincia de Buenos Aires.

A renglón seguido de la adquisición, que se verifica en enero de 1905, el propietario, anheloso de dar a aquellas tierras un impulso definitivo, tira las bases de la sociedad anónima Estancia y Colonias Trenel, sólido organismo que debía imprimir de inmediato la transformación cultural de la comarca. Y se inicia la transición con las primeras colonias. Los campos pastoriles, silvestres y feraces, se entregan a Céres sin reatos. El ferrocarril, que apenas ha iniciado la travesía a la capital del territorio, marchando con cautela, se resuelve por el norte, atraído por la valiente tentativa de Devoto. Y comienza la tierra generosa a manifestarse en óptimas cosechas; y surge como una bendición el semillero de pueblos: Trenel, Monte Nievas, Metileo,

Arata, Caleufú, Embajador Martini e Ingeniero Luiggi. He ahí, en síntesis, la evolución de aquella extendida comarca, desde el capital egoísta y retardatario de la South American Land Company Limited hasta la iniciativa franca de la empresa colonizadora que llevaba la civilización.

Veamos cómo se ha producido el proceso agrícola de los campos de Trenel, a partir de 1905. En este año se inicia la colonización, entregando a cultivos 80.000 hectáreas. Quedan, en consecuencia, 247.500 hectáreas de campo bruto. En 1906, el área cultivada con cereales, alcanza una superficie de 117.500 hectáreas. En los años de 1907 y 8, llega la labor agrícola a significarse con 137.500 hectáreas. En 1909 las sementeras ocupan más de la mitad de los campos. Se reparten así las cifras: 160.000 hectáreas de pradera silvestre y 167.000 de chacras perfectamente cultivadas. En los años de 1910 a 12 se insinúa la ganadería, y la agricultura toma un impulso considerable. A 230.000 alcanza el número de hectáreas cultivadas, mientras el campo virgen se ha reducido a 95.000 hectáreas. El año 13 asciende la agricultura a 260.000 hectáreas; el 14, a 290.000. En 1915, la colonización agraria ha dominado por completo con sus 335.000 hectáreas bajo cultivos y 2.500 hectáreas dedicadas a la industria pecuaria. Con esta culminación se clausura el primer ciclo de la Estancia y Colonias Trenel, iniciado y cumplido en el breve espacio de tiempo de diez años, desde el predio salvaje hasta la más ponderable colonización.

Obra realizada con método, con entusiasmo, con previsión, con clarividencia, sobre todo, sus gestores han

sabido utilizar juiciosamente todos los factores capaces de asegurar un éxito definitivo. Aventurado hubiera sido romper de golpe con la rutina comarqueña, imbuída en el prejuicio elemental de la vieja estancia. El plan colonizador tenía que ser prudente y decisivo, cosa de utilizar de consuno todos los factores convergente, tratando de seleccionar y arraigar al colono, perfeccionar los cultivos y atraer y distribuir convenientemente las líneas del tren. Sin duda, una de las obras más fundamentales que trajo consigo esta empresa, fué la distribución apropiada del sistema ferrocarrilero, ramificado en sus dominios. La línea del Oeste, que viene de Buenos Aires por Meridiano 5º, cruza Pico y se interna hacia Victorica y Telén, sirve los intereses de la colonia en la comarca de Metileo y Monte Nieva. Desde Metileo arranca un ramal en dirección al noroeste, ramal que se interna al corazón de estos campos y cruza por las chacras y poblaciones de Trenel, Arata y Caleufú. La línea del Pacífico que arranca de Huinca Renancó, para rematar en Puerto Galván de Bahía Blanca, corre por el linde oriental de las colonias, pasa por Speluzzi, sobre los mismos alambrados, por Berg y Pico a cinco kilómetros y por Dorila a once. Por el norte, la ferrovía que arranca de la capital federal por Bragado y Los Toldos, sirve toda la extensa zona de Ingeniero Luiggi y Embajador Martini. Este es, en concreto, el sistema ferrroviario que sirve cumplidamente los cuantiosos intereses de la sociedad. Trenel queda de Buenos Aires, por la línea del ferrocarril del Oeste, a una distancia entre 545 y 607 kilómetros, y de Bahía Blanca a 394 kilómetros. El flete por cerea-

les, desde las colonias a los puertos de embarque, oscila entre 7 y 8 pesos la tonelada, según la estación en donde se cargue. Conviene hacer notar, como dato ilustrativo, para demostrar la ventajosa ubicación de estas líneas, que ningún punto de las colonias está a una distancia superior a 15 kilómetros de la estación inmediata. Complementan estas ventajas del tráfico, excelentes caminos vecinales que facilitan el transporte de las cosechas y ponen en comunicación a todos los pueblos y chacras de la colonia.

Sobre las condiciones agrológicas del terreno, creemos oportuno reproducir el informe oficial del propio ministerio de agricultura, a raíz de un estudio practicado en 1904. «Sin duda alguna, — dice el documento, — estos terrenos deben su origen a depósitos de aluvión. La capa arable, cuyo depósito crece de día en día, se halla en plena formación, lo que explica el gran porvenir que nosotros atribuímos a estos dominios, desde el punto de vista de la agricultura». Y refiriéndose a la calidad de las aguas, dice el mismo informe: «La calidad de las aguas es satisfactoria desde el punto de vista de la alimentación del hombre y de los animales, como lo indica desde luego, la media de los análisis efectuados. A pesar de su dureza, esas aguas son perfectamente potables y muy poco cargadas de sales marinas». En lo que se refiere a fenómenos meteóricos, podemos asegurar que las lluvias en los campos de Trenel se producen con un promedio anual de más de 650 milímetros. La máxima de lluvias por mes ha sido de seis días. El término medio por año oscila alrededor de 33 días lluviosos. Es evidente que con los cultivos

PAMPA CENTRAL

Sección 1ª A.

Sección 1ª D.

Sección 1ª C.

Sección 7ª C.

Colonia E. Marzini

Colonia "La Elvina"

Colonia "El Trigo"

"Calfuf"

Colonia "Trenel"

Colonia

Belvedere Argentina

"Calfuf"

"Sta. Filomena"

La Favorita

Colonia Alto Verde

Colonia Antonio Devoto

Colonia Italica

Colonia La Carlota

S. Lorenzo

J. Barbieri

Escala 1:200.000

se han regularizado las lluvias. El clima de toda la región es templado y agradable. La temperatura máxima absoluta es de 32.8 grados Reaumur en diciembre; la temperatura mínima absoluta es de 3.1 en julio. Los vientos reinantes dominan del este y sudoeste o «pampero»; pero nunca son tan bravíos que impidan el cultivo de la tierra. El terreno es absolutamente llano. Es la pampa idealizada en Buenos Aires, «donde la vista se pierde, sin tener donde posar». De vez en cuando se produce algún ligero declive que nunca pasa, en su altura mayor, de 40 metros.

Sobre la aptitud productora de las tierras de Trenel, basta decir que los cultivos se han sucedido año a año, en forma extensiva, sin abonos, sin sistemas rotativos, ni tecnificaciones propias de las tierras precarias. Esto demuestra la condición excepcional de la tierra, y por ende, la calidad de las cosechas. Fácil nos es ratificar este aserto con las comprobaciones oficiales. La memoria del Departamento de Economía Rural y Estadística, que con raro talento dirige el doctor Emilio Lahitte, registra el siguiente cuadro relacionado con el peso específico por hectólitro del cereal cosechado en diferentes zonas del país: «Trigo de la provincia de Buenos Aires, 78.50 kilos; de Santa Fe, 77; de Córdoba, 79.40; de la Pampa, 80». En la zona de Trenel, los trigos de la cosecha 1907-1908 excedieron en peso específico a las cifras anotadas. Por ejemplo, en la colonia Santa Filomena, situada entre Trenel y Arata, el rendimiento fué de 80/500; en la colonia Itálica, de 81/750; en la colonia Antonio Devoto, de 82/160. Sin embargo, la cosecha siguiente superó en mucho tales densidades,

llegando a registrarse pesos de 85/700 por hectólitro, lo que importa un desiderátum. A este trigo le cupo en suerte ser declarado en la exposición del Centenario, el mejor trigo barletta de la Pampa, obteniendo, en consecuencia, primer premio y medalla de oro. En aquel recordado certamen, los trigos de las colonias Trenel, obtuvieron, además, cinco premios primeros por trigos barletta, ruso y húngaro; catorce segundos premios por trigos, linos y cebadas; cinco terceros premios por trigos y avenas y seis menciones honoríficas por trigos en general. No podía pedirse una comprobación más elocuente del éxito de esta importante colonización, cuyo primer quinquenio acababa de cerrarse con la festividad centenaria. Y debió ser una honda satisfacción para sus gestores, cuando el primer magistrado de la nación, doctor Sáenz Peña, en su mensaje de aquel año a las cámaras, al hablar de la Pampa, confirmaba el amplio criterio con que la sociedad Trenel había orientado su acción colonizadora.

«La división y explotación agrícola de esas grandes propiedades de la Pampa,—decía el recordado Presidente, — requería la concurrencia de algunos de estos factores: a) Propietarios con mucho capital y bastante empuje para dividir sus campos en chacras con las instalaciones indispensables y venderlas barato, a largos plazos, a los colonos y a medida que los medios de transporte permitieran la explotación agrícola; b) Agricultores con suficiente capital para comprar lotes de tierra y para instalar chacras, cultivarlas, etc.

«He aquí extremos difíciles de acercar en las condiciones actuales de nuestra economía rural.

«Muchos propietarios han vendido las haciendas pero son muchos más los que ariendan, por la sencilla razón que son pocos los colonos que pueden comprar desde el primer momento la tierra que explotan.

«Por otra parte, si es tan enorme el capital que se ha necesitado para poner en cultivo esa área en pocos años, ¿qué suma habría alcanzado este capital si el colono hubiera tenido que comprar la tierra? La respuesta es clara: la tierra no se habría cultivado en tales proporciones, porque el colono no dispone de capital; viene aquí para ganarlo con su trabajo. Y es ésta, precisamente, la incomparable ventaja que ofrece nuestro país. El gran factor del avance de la agricultura en la Pampa central, como en otras regiones, es la confianza bien fundada que todos tienen en la prodigalidad de la naturaleza.»

Tales son las manifestaciones presidenciales que encuadran perfectamente dentro del programa de esta colonización. Y es, por cierto, uno de sus principales objetivos, la subdivisión y venta de sus tierras en pequeñas fracciones, de manera de arraigar la población trabajadora, sobre la base de transacciones liberales. De otra manera no se conciben las siete poblaciones florecientes cuyo desarrollo edilicio toma cuerpo día a día, centros vecinales llamados a una creciente prosperidad. Por otra parte, la sociedad destinó oportunamente 70.000 hectáreas para la venta por parcelas y en condiciones de pago ventajosas para los colonos compradores.

La prosperidad agrícola de Trenel ha traído, por consiguiente, exigencias de carácter social. Y a fe que con

la urbanización de sus centros poblados, van llenándose paulatinamente. Por lo pronto, las escuelas públicas han concentrado preferentemente la atención de la sociedad. En todos los núcleos de población funcionan establecimientos de enseñanza bajo el patrocinio del Consejo Nacional de Educación. En estas escuelas reciben instrucción más de 800 niños, población escolar que dá idea de notorios progresos. Aparte de este exponente cultural, los pueblos de Ingeniero Luiggi y Trenel han enriquecido su edilidad con sus templos parroquiales de bello estilo y que tonalizan la vida espiritual de la comarca, constituída en su totalidad, por pobladores católicos. Conviene hacer notar que en la masa colonizadora predomina el trabajador italiano, vale decir, el elemento que viene desarrollando con más eficacia sus condiciones de labor en nuestras industrias rurales, sobre todo en agricultura.

Estas son, en concreto, las características más salientes de las colonias de Trenel. El proceso evolutivo, desde que se abrió el primer surco hasta que se convirtió en un mar de mieses la extensa heredad, ha obedecido a un plan metodizado y prudente. Sin embargo, no puede pedirse úna mayor celeridad en la transformación. Diez años han bastado para dominar el inmenso baldío, contribuir a la economía nacional con el producto de 120.000 toneladas de cereales anualmente y culminar como modelo, por sus franquicias y su alto espíritu de equidad dentro de los diversos sistemas de nuestra colonización privada. Es decir, que desde sus prolegómenos a la fecha, ha llenado airosamente su programa, propendiendo no solo a valorizar su acervo,

si no a vitalizar aquella rica zona del norte pampeana, llevando el ferocarril, fundando pueblos, abriendo caminos y propendiendo a la vida fácil de la masa trabajadora que siempre encontró su apoyo decidido y franco. Es así como clausura su primer ciclo la sociedad Estancia y Colonias Trenel, bajo la pujante voluntad de su iniciador don Antonio Devoto y la obra inteligente y sagaz de su administrador don César Negri, quien, después de la eficiente jornada, se retira de su puesto de acción para atender sus intereses particulares.

Hemos visitado con detenimiento las diversas poblaciones coloniales. Hemos recorrido las chacras desde Monte Nievas a Ingeniero Luiggi, desde Caleufú a Metileo, cortando en auto los trigales inmensos. ¡Qué maravilla! Pasa noviembre con sus soles bravos y sus mañanas deliciosas. Se pierde la máquina entre las tupidas sementeras. En Monte Nievas visitamos las casas de algunos pobladores, propietarios ya. Cada vivienda denota un amable bienestar. Se prodiga la huerta en frutales y plantas de reparo: durazneros, manzanos, sauces y tamariscos. El corral y la porqueriza, dan idea de previsión y economía, subrayando la nota peculiar del colono de arraigo. En Trenel, vagando a la ventura por los viales angostos, nos detenemos un momento en la vieja estancia, desde donde la South American Land Company Limited dirigió su extendido dominio ganaderil. Involuntariamente se vá al parangón ante aquel vestigio de la Pampa silvestre, arrumbado entre

el verde portentoso de la campiña civilizada. Y es entonces cuando la obra de hoy surge destacada en su amplio aspecto cultural y magnífico, y se siente como un hálito vivificador que trae al espíritu su canción augural...

CAPITULO XIV

Semblanza de don Antonio Devoto. — Un espécimen del carácter y laboriosidad. — El financista, el industrial y el hombre de negocios. — Los factores voluntad, inteligencia y acción, frente al pesimismo. — El triunfo de Trenel. — Preliminares de la casa Devoto. — Medio siglo de fecunda labor. — El banquero, el filántropo y el patriota. — Fundando pueblos. — Un gran gestor de la vinculación ítalo-argentina. — El asilo Umberto Primero y los empréstitos italianos. — Un recuerdo al empréstito popular argentino de 1891. — El «gentleman» y el diplomático. — Perfiles de una gran figura.

Veamos ahora los perfiles salientes del prócer que cimentó esta obra.

Tuvo, sobre todas las cosas, don Antonio Devoto, un gran carácter, como basamento de su contextura moral. Espíritu abierto, valeroso, franco, poseía, además, al decir de sus allegados, ese don intuitivo de las cosas. Sus éxitos de financista, de industrial, de hombre de negocios, no se afianzaron nunca en el juego aventurado de los acontecimientos, si no en la clara visión. Era inductivo-deductivo para el sistema de sus operaciones; y como se había hecho en el yunque y conocía el juego franco de los negocios y estaba ligado, como un factor integrante, — tal vez más que ninguno, — a la evolución comercial y económica del país, jamás el fracaso desconcertó ninguna de sus obras. Sin haber

afrontado responsabilidades gubernaticias, debido a su calidad de extranjero, tenía toda la materia fundamental del estadista. ¿Qué otra cosa es esta inmensa comarca colonizada, donde florece un semillero de pueblos ligados por caminos de hierro, si no el resultado de una energía motriz y de una orientación previsora que rompió valientemente el prejuicio pesimista, puesto como un dique frente al porvenir de la Pampa? ¿No advertís la sentencia alberdiana, puesta en acción, en el momento preciso en que la reclama con más urgencia la República? Cuando adquirió los campos en Trenel, no faltó la expresión de excepticismo en boca de los potentados de Buenos Aires. ¡Era una lástima aventar tanta energía en aquel ingrato territorio! Y el prejuicio se basaba, precisamente, en una novelería que es necesario desterrar de una vez por todas de nuestra ingenua credulidad. Si el capital inglés, corajudo y engreído, había puesto límite a la aventura, criando ovejas a la de Dios que es grande, en aquella extendida comarca ¿qué resultado aguardaría a Devoto que se arremangaba a la nueva conquista de conjurar la tierra con el arado? Solo el respeto que infundía este argonauta, puso una nota de fe en la timidez-ambiente. Y Trenel fué una nueva consagración de su talento y un nuevo campo de acción para la riqueza nacional.

Convalecía el país, después de Caseros, cuando en 1855 aparece don Antonio Devoto asociado a su hermano don Bartolomé, piloteando su casa inicial. Para seguirlo en su ascensión de medio siglo, hasta la hora de su muerte, — siquiera sea en sus más destacadas aristas, — hay que vincularlo en todo momento al

progreso argentino, a veces a los destinos de la cosa pública, siempre a la indiscutible confraternidad ítalo-argentina, y muy amenudo a los acontecimientos de orden económico que han puesto en juego la acción administrativa del Estado. Quiere decir con esto que estamos en presencia de un grande hombre, un caso del «self-help», en el sentido personal, un «pioneer», generalizando el concepto público, digno de la estatua y de la gratitud.

Hombre de trabajo en la amplia acepción, lleno de salud física y moral, iniciador y dinámico, nada es desconocido para él en el alto mundo de los negocios. Banquero y financista, funda, encarrila y preside por largo tiempo el Banco de Italia y Río de la Plata. Funda el Banco Inmobiliario que pasa más tarde a ser compañía de seguros. Industrial, organiza y preside la compañía General de Fósforos y el Frigorífico Argentino. Hombre de empresa, toma a su cargo durante los años 1882 a 1886; la construcción de una gran parte de las obras de salubridad y aguas corrientes de la metrópoli, que importaron una suma mayor de 16.000.000 de pesos; el túnel de las aguas corrientes; el sifón que corre bajo el lecho del Riachuelo; el acueducto de desagüe que muere en Berazategui; obras de empuje que ponen de manifiesto su energía excepcional y su gran fe en el progreso argentino. Sembrador de pueblos, funda el pintoresco y nutrido faubourg de Villa Devoto, centro suburbano de notorio prestigio social, e inunda de núcleos florecientes el norte pampeano con la clarividencia del porvenir. Y es, a la vez, hombre público dentro de la acción oficial, filántropo, patriota

fervoroso, gran argentinista y gran señor. Por diversos períodos el Concejo Deliberante de Buenos Aires y el Banco de la Provincia, le cuentan entre sus munícipes y directores más caracterizados por su iniciativa y su labor. Hombre de corazón y sentimientos cultivados, contribuye con generosas dádivas al sostenimiento de las instituciones filantrópicas. Funda y sostiene con su propio peculio en Villa Devoto, el gran asilo Umberto Primero, con destino a recoger, amparar y educar a los niños huérfanos de italianos, proporcionándoles, al propio tiempo, una educación sana y útil que los capacite para la lucha por la vida. Este orfelinato, cuyo sostenimiento mensual irroga un gasto de 15.000 pesos, cobija en su seno a más de doscientos niños, grandioso patrimonio que la caridad y el estudio rescatan para la sociedad al habilitarlos para la acción eficiente del trabajo y la moralidad. Italiano de origen y argentino de corazón, dá cima en 1910 a la noble idea de iniciar y sustanciar un gran movimiento de propaganda, en el sentido de que sus connacionales residentes significaran su afecto al país con la erección de un monumento a Cristóbal Colón. En esta oportunidad conviene con el artista Zocchi los detalles concernientes a la ejecución de esta obra, contribuye con un fuerte donativo y coloca la piedra fundamental en unión de los presidentes argentino y chileno y del representante de la corona de Italia, embajador extraordinario Fernando Martini. Quien tal hace para fortalecer los vínculos afectivos entre la patria de nacimiento y la tierra de adopción, no puede descuidar ni las duras calamidades que sufrió la Italia meridional, con los terremotos de la Calabria,

ni los momentos de apremio por que pasaron las finanzas argentinas a raíz de la crisis del 90. Así le vemos concurrir con cuantiosos donativos para mitigar el dolor de la patria lontana, aportar ingentes sumas en ocasión de la guerra ítalo-turca y de la actual conflagración, suscribiendo con espontaneidad y magnificencia todos los empréstitos italianos y poniéndose como el primer italiano de la República, a la cabeza del comité italiano de guerra, destinado a subvenir al sostén de las viudas y huérfanos de los que cayeron inmolados en aras de la patria. Y le vemos también, en 1891, cuando el gobierno argentino, haciendo un llamamiento al patriotismo nacional, lanzó su empréstito popular interno, suscribiéndose con 500.000 pesos, cooperación que le colocara en los primeros puestos entre los contribuyentes particulares.

No es extraño, entonces, que esta descollante figura, mientras conquistaba la gratitud y el sentimiento argentino para el juicio desapasionado de la posteridad, cosechara para su ejecutoria de gran hijo de la Italia gloriosa, los timbres honoríficos con que premiara el rey sus virtudes, puestas al servicio de la humanidad y de la patria: caballero de la orden de la corona de Italia, de la orden del mérito del trabajo y de la orden de San Mauricio y San Lázaro; comendador de la Corona, gran Oficial y finalmente el título nobiliario de conde. No puede pedirse una demostración más elocuente ni un juicio más definitivo en la consagración de sus méritos.

Y fué, en ocasiones, diplomático habilísimo y sutil. Su don de gentes, su gran tacto de hombre de mundo,

le valieron un éxito de discreción y buen tono con motivo del desentendimiento que hubo de producirse a raíz del rechazo, por parte del congreso nacional, de la obra pictórica del miniaturista Nestor Leoni. Allanando la molesta situación de los que habían intervenido en esta adquisición y haciendo, al propio tiempo, honor a la celebridad del artista, adquiere para sí el valioso trabajo en la suma de 100.000 pesos. Y como un corolario dignificante de tan caballeresca gestión, dona al gobierno nacional el bello trabajo, enaltecido en su confección artística por el símbolo sugerente de la constitución nacional. He ahí una gentileza de gran señor que dá medida de un delicado «savoir faire» y de una nota de diplomacia fina y sagaz.

Estos son, en síntesis, los rasgos salientes de don Antonio Devoto. Fué un precursor, un augur, si cabe el vocablo, que anticipó con rara intuición el porvenir de la República. Modelo de carácter y laboriosidad, jamás el triunfo le abandonó en el camino, por que tenía la noción exacta de su peso moral. Como si hubiera nacido en esta tierra, fué nuestro en cuerpo y alma. Tuvo el don de la modestia para hacer el bien y la aristocracia del espíritu para crearlo. Fué, sin duda, un espécimen en todo. No se amenguarían las figuras de Smiles si lo recogieran sus páginas. Y con seguridad que superaría a algunas de aquellas vidas ilustres.

La muerte le toma incansado, tenaz y valeroso, como la tempestad a la encina.

Ahí queda su obra. Y sobre todo, su gran obra en las pampas maravillosas del norte.

CAPITULO XXV

La acción de don César Negri en Trenel. — Un gestor eficiente. — El ciclo expansivo de las colonias. — El triunfo más metodizado y elocuente de nuestra economía rural. — La acción conjunta de los factores capital y trabajo. — Una obra de sano argentinismo. — La colonización a base de arrendamiento. — Síntesis de un auspicioso sistema. — Hay que vincular equitativamente y en forma estable a propietarios y colonos, corriendo una suerte común. — Los contratos de locación al tanto por ciento. — Los inconvenientes del arrendamiento fijo y en dinero efectivo. — Un modelo de contrato de arrendamiento puesto en práctica sobre 200.000 hectáreas. — Sus características primordiales, sus ventajas. — En el terreno de las cifras. — Colonización privada a base de venta de la tierra. — Un plan general de ampliaciones. — Clausura de la etapa inicial de Trenel.

Al éxito dė Trenel y a la iniciativa de don Antonio Devoto, está liga íntimamente la acción fecunda de don César Negri, administrador general de la importante sociedad. Identificado a la obra civilizadora, hombre de ideales elevados, de difundida cultura y ponderable dinamismo, el señor Negri puso en práctica sobre la orientación de aquel gran organismo entregado a sus manos, un plan general que debía completar, en el mínimum de tiempo, la evolución cultural de la inmensa comarca, desde la salvaje heredad al aprovechamiento definitivo y total de la tierra, bajo los cultivos científicos y la colonización sistemada. Laborador incansable

y sincero optimista, puso método, energía y prudencia en la obra. Las cifras que arroja año a año el proceso expansivo de la agricultura, se han encargado de prestigiar tan juicioso procedimiento. Solo una década necesita Trenel para cerrar su ciclo, entregando a la economía del país, siete pueblos florecientes entrelazados por el ferrocarril, ciento treinta leguas de campo bajo el dominio de las sementeras y el sistema de colonización más completo y equitativo de la República. No conocemos un triunfo más elocuente, más metodizado, más completo en los anales de nuestra economía rural. Por que no es solo el éxito privado, que redituó enormemente sobre el capital puesto en juego, con omisión del bienestar colectivo y los progresos de la región. Aquí se unifican los factores capital y trabajo; y de esta acción conjunta surge el porvenir de la inmensa comarca, urbanizada y vitalizada en su organismo social. Es decir, que los lineamientos particulares de esta colonización tienen tantos puntos de contacto con la colectividad y es tal su entraña nacional, que la obra se embellece con los contornos de un sano argentinismo, capaz de servir de base y modelo a todas las colonias privadas del país.

En materia de colonización a base de arrendamiento, el señor Negri, que ha especializado brillantemente esta rama de la economía política, plantea soluciones alrededor de estas conclusiones fundamentales: «La tierra debe ser entregada por su propietario directamente al colono que la trabaja»; «en la colonización por arrendamiento debe subordinarse el monto de éste en relación a la producción de cada año».

Alrededor de esta tesis ha girado su trabajo presentado como tesis a la comisión dictaminadora del reciente congreso Agrícola de la Pampa celebrado en Santa Rosa, trabajo que prohijó y suscribió unánimemente en calidad de dictamen.

Opina el señor Negri que el propietario de la tierra debe estar vinculado al locatario, de manera de correr una misma suerte. Para establecer esta complementación, es menester subordinar el arrendamiento a la producción anual.

—Lo prudente y equitativo, — nos dice, — será convertir en dinero contante, el porcentaje que corresponda al propietario por concepto de arrendamiento, evitando los inconvenientes de orden legal y jurídico, sin necesidad de proponer una ley especial y esperar su sanción, a menudo dilatoria y no siempre encuadrada dentro de la razón.

—¿Querría puntualizarnos, con mayores detalles, este concepto judicial? — hemos requerido —.

—Se refiere esta premisa, — arguye el señor Negri, — al recelo que comunmente tiene el propietario de la tierra para abordar en forma decisiva el negocio de la colonización, frente a la discrepancia de algunos funcionarios encargados de administrar justicia. La presunta huelga agraria de 1913-14 nos dejó algunas enseñanzas que es necesario no echar en olvido. Una de ellas fué a raíz de la premura de ciertos procedimientos judiciarios, que sentaron una rara jurisprudencia sobre la calidad jurídica de propietarios y colonos, llegando a sostener que los contratos al tanto por ciento establecían, de hecho, vínculos de «sociedad» entre las par-

tes. Esta manera de apreciar, pone en evidencia los peligros que pueden marginarse durante el ciclo de las cosechas, con soluciones no siempre equitativas para uno de los contratantes.

«En la práctica, — continúa el señor Negri, — hemos podido apreciar los inconvenientes que acarrea el arrendamiento fijo y en dinero efectivo. Puedo asegurar, convencido absolutamente, que este sistema carece de equidad. Si el colono es favorecido por una buena cosecha, paga el arrendamiento estipulado; pero si la suerte le ha sido adversa, no solo no cumple con su locación, si no que se escurre subrepticiamente con todo lo que posee. Por otra parte, el propietario que se vé obligado por el contrato á percibir un arrendamiento limitado cuando la tierra dá buenos rendimientos y no puede cobrar nada en época de malas cosechas, por falta de responsabilidad en el colono, indignado por aquella limitación a que se ha visto sujeto en la práctica, echa mano del recurso judicial y se vá al embargo de los animales o implementos agrícolas que poseyera el chacarero. De este temperamento adoptado surge otro gran inconveniente que nos plantea el caso tan discutido de la conveniencia y razón de la embargabilidad o inembargabilidad de los animales e implementos de labor.»

—¿Podría señalarnos algún concreto de su experimentación? — interrogamos —.

—Durante cuatro años, — nos responde, — he venido practicando escalonadamente y en una superficie de 200.000 hectáreas un modelo de contrato de arrendamiento, cuyas conclusiones están destinadas a establecer, o más bien dicho, convertir en dinero efectivo,

lo que corresponda por arrendamiento al propietario en relación a la producción de cada año. Es decir, que no solo se establece el cánon más razonable para el colono, si no que legalmente desaparece la presunta calidad de «socio» en que se solía colocar al propietario. De ahí que las partes contratantes lo encuentren equitativo y diversos propietarios del país lo hayan adoptado para sus arrendamientos.

—¿En qué condiciones queda el colono, mediante ese contrato?

—El colono queda en plena libertad de seguro, de trilla, de compra de bolsas, forma de acarreos, venta del cereal, etc. Queda en posesión de todo el cereal que produzca y para que lo venda a quien más le plazca. Si el colono no paga el arrendamiento en especie, no guarda el constante recelo de que por tal concepto le sea retirado el mejor cereal producido. Se evita así, discusiones desagradables muy frecuentes, y se sostiene la cordialidad entre el propietario y el colono. Uno de los artículos, — el 10, — deja al colono en plena libertad de rescindir el contrato al terminar cualquiera de los años agrícolas.

«Veamos ahora, en cifras, — continúa el señor Negri, — cómo este contrato representa una conveniencia considerable para el colono, traducido en una rebaja efectiva en el arrendamiento. Para ello es menester consignar que los arrendamientos en especie que se acostumbra cobrar en aquella zona, suelen alcanzar a un 18 %.»

Y nos dicta el señor Negri, el siguiente cuadro que constituye la sinopsis de su fórmula:

«Con una base de producción de 8 quintales al 18 %, corresponden al propietario 01.44 quintales, que al precio de 10 pesos importan para el propietario, pesos 14.40; al precio de 9 importan 12.96; al precio de 8, — 11.52; al de 7, — 10.08; al de 6, — 8.64; al de 5.55, — 8 pesos. Siendo el precio, más alto fijado en nuestro contrato el de 8 pesos por hectárea, en mérito a una producción de 8 quintales, lo que equivale en realidad a un peso por quintal, desulta, como se vé, que la fórmula en especie se le equipararía en caso de que el trigo llegara a valer, o sea a pagarse al colono a pesos 5.55 el quintal. Según la zona o parcela a arrendarse, más o menos inferior, debe fijarse el arrendamiento, ya sea en 8 pesos, ó 7.60, ó 7.20, ó 6.80, ó 6.40, ó 6 ó 5.60 pesos por hectárea y así sucesivamente, lo que en realidad equivale respectivamente a pesos 1 ó 0.95 ó 0.90, ú 0.80, ó 0.75 ó 0.70 pesos por cada quintal.

—¿Y cuáles son las conveniencias para el propietario?

—El propietario lo encuentra conveniente por las siguientes razones: Esta forma de contrato hace que la administración de una colonia sea liberal y simpática, sencilla y fácil. Además, económica, por que requiere poco personal. Evita discusiones enojosas y es de un contralor casi mecánico que hasta consulta la psicología del personal que se emplea en la administración local de la colonia, en virtud del uso de formularios ad-hoc que el mismo contrato exige para su ejecución en la práctica. Con esta forma le es posible al propietario colonizar y administrar directamente, con toda facilidad grandes extensiones de tierra, sin el concurso de

intermediarios cuya intervención ha sido tan combatida y resistida por infinidad de motivos que hoy son del dominio general y, sobre todo, esta forma subsana el inconveniente de la parte jurídica, que considera al propietario «socio» del colono, cuando percibe un tanto por ciento de la cosecha por concepto de arrendamiento.

«Debo advertirle, — prosigue el señor Negri, — que el sistema de mis contratos ha sido aceptado por más de quinientos colonos, quienes, no solo interpretan fielmente, si no que lo prefieren a cualquier otro después de cuatro años de práctica. El formulario de este contrato, con su comentario, sirvió de tesis a la comisión dictaminadora del congreso Agrícola de la Pampa.

En lo que respecta a colonización privada, a base de venta de la tierra, sintetiza su opinión el señor Negri, en las siguientes manifestaciones subscriptas en el trabajo que presentara al precitado congreso Agrícola de la Pampa:

—Para la Pampa, en donde por lo general los propietarios poseen grandes extensiones de tierra, la base de colonización qeu juzgo más adecuada para la conveniencia mutua del colono y del propietario, por ser más segura; valorizadora del resto de la tierra no dedicada a la colonización de una propiedad y más tranquila, por que daría fin a las disidencias y disturbios que las frecuentes llamadas «huelgas agrarias» provocan, sería la colonización a base de la venta de la tierra en parcelas a plazos y sencillamente con pagos subordinados a la producción de la misma tierra; ayuda a establecerse en el mismo contrato de compraventa y que consistiría en el derecho de recibir el colono préstamos del propietario,

anualmente y en relación al capital que hubiese abonado a cuenta de su compra.»

«En suma, — termina el señor Negri: — la colonización debe ser hecha a base de la venta de la tierra a los colonos que la trabajen; si el propietario no se dispone a vender por lo menos una parte de las grandes extensiones de tierra que posee y quiere, como generalmente lo pretende, que se le reconozca como verdaderamente asociado al progreso del país por medio de la producción, entonces debe hacer trabajar y producir su tierra por administración propia, empleando colonos sin ningún capital, o sean, simplemente, labradores de tierra.»

No obstante el éxito material y moral de estos sistemas de colonización, proyecta el señor Negri un plan general con ampliaciones y reformas, que publicará como modelo o lo practicará en elgún predio particular.

Tal es, en síntesis, la obra de este gran espíritu. Mucho, mucho le debe la Pampa a su iniciativa y a su acción. Mucho espera todavía de su energía motriz, de su experiencia, de su tenacidad en la labor. Con su retirada de la administración, de la sociedad Estancia y Colonias Trenel, se clausura la primera etapa de esta gran empresa, la etapa inicial de conquista, si cabe el vocablo, de cultura agraria y de civilización. Crecerán los pueblos, rotarán las tierras hacia nuevas especulaciones industriales; se transformará con el rodar del tiempo la fisonomía de la comarca; pero su paso por la Pampa siempre será recordado y la historia de la agricultura argentina lo mentará algún día junto al «pioneer» don Antonio Devoto, descorriendo el velo de aquella intocada virginidad de los campos del norte.

CAPITULO XXVI

La nueva orientación de Trenel. — Hacia la colonización agropecuaria. — Razones de orden económico que aconsejan la evolución. — Una variante trascendental. — Departiendo con el nuevo administrador, señor Prudencio Monzón. — Los acontecimientos agrícolas de Europa y su repercusión en la Argentina. — Flujo y reflujo inmigratorio. — El problema de la nueva Rusia. — Estadística, cálculo y previsión. — Los cultivos combinados. — El vasto y grandioso plan con que inicia Trenel su nuevo ciclo. — Lineamientos generales del proyecto. — El Banco Rural de Trenel, organismo de crédito protector. — Cremerías, molinos harineros y panaderías. — Un sistema cuasi-cooperativo de abaratamiento de la vida. — El hospital regional y el hotel. — Un procedimiento novísimo para la venta de chacras de 250 hectáreas. — El colono pagará su parcela con el 20 % de sus cosechas. — El vivero regional. — Culto al árbol y difusión del regadío. — En vísperas de la gran reforma. — El espécimen más completo de la colonización moderna. — «Ubi patria ibi bene...». — Origen conceptual de la bella iniciativa. — Una gran mujer frente a la decisiva y valiente reforma: la señora Elina Pombo de Devoto.

¿Hacia dónde se orientará, de hoy en adelante, el porvenir de esta empresa, cerrado su proceso inicial? Hacia la colonización agropecuaria, o sea la chacra mixta. Razones de orden fundamental aconsejan esta evolución. De primer intento, se dijera que una razón agrológica, de economía elemental, viene a imponer la rota-

ción. El proceso cultural de la comarca, escalonado en el transcurso de una década, ha debido fatigar algunos predios. La tierra reclamaría su vacación o su variante, para acrecentar los jugos nutricios sin aminorar el generoso tributo. Pero, sobre esta razón, que no deja de ser fundamental, hay otra más robusta aún, de más significativa trascendencia, de carácter eminentemente económico y cuyos elementos han sido espigados en el campo de la estadística y madurados en el estudio comparativo de la evolución universal.

Y por cierto que conviene a los espíritus estudiosos y hombres de gobierno, seguir de cerca este grandioso y valiente ensayo, en que van a iniciarse los campos de Trenel, pasando de la época civilizadora y el triunfo cuantitativo, — todo un desiderátum, — al período de la plus-cultura agropecuaria, dentro del modelo más completo de colonización que se conozca.

Opina el señor Prudencio Monzón, — nuevo administrador de la sociedad Estancia y Colonias Trenel, — que a renglón seguido de la conflagración mundial, se producirá el éxodo en Europa; pero que esta dispersión será momentánea. La República Argentina sentirá, sin duda, y en primer término la acción del flujo inmigratorio. Ahora bien: Rusia, cuyas extensiones laborables son inmensas, va a proporcionar el espectáculo más trascendental de carácter económico que pueda producirse después de la guerra. El acervo privado del gran zar, — hoy infeliz ciudadano de Tomsk, — marcó en predios, una extensión de casi el doble de las tierras laborables de la Argentina. Tan inmenso patrimonio, secularizado por obra de la divinidad en esta casta privilegiada, don-

de veinte y cinco agrónomos, primeras medallas de facultad, pusieron su ciencia no siempre en cultivos nobles, si no en especulaciones recreativas para el «padrecito» común y sus cortesanos, — pasará a manos del pueblo y será subdividido en miles de predios, dados en propiedad a agricultores profesionales. Alemania, que ha culminado en materia de cultivos técnicos, desarrollará posiblemente, — triunfante o derrotado, — su influencia científica sobre las tierras rusas en poder del proletariado. Encarriladas en su vida normal las naciones, después de la guerra, y con esta gran fuente de producción rusa, que se incorporará al mercado universal, el trigo, que ha alcanzado precios excepcionales, sentirá forzosamente una enorme depresión en sus cotizaciones. ¿Qué debemos hacer, entonces? Adelantarnos al porvenir, cosa que la inesperada evolución no nos tome de sorpresa y nos aniquile.

Encarriladas las tierras rusas bajo los auspicios de gobiernos populares, nada de extraño es que se produzca el reflujo emigrador y se dirija hacia aquellas latitudes la corriente trabajadora que nos envía Europa. Rusia, cuantiosamente rica en tierras de pan llevar, dilatadas comarcas extendidas hasta los confines siberianos, poseedora en el subsuelo de enormes yacimientos de fosfatos que constituyen los mejores abonos naturales, tiene que congregar, forzosamente, y bajo gobiernos reparadores, la ola flotante del trabajador universal que busque bienestar y convivencia en el suelo productor. Y si no es desacertado pensar en que Alemania pueda ejercer su influencia cultural agraria en aquellas inmensas tierras, fácil será echar un cálculo sobre el

porvenir industrial que le está reservado a la Rusia moderna, tan rica, tan amplia, tan abierta hoy a las especulaciones del trabajo. Sobre la posibilidad de que se consagre en el hecho esta hipótesis, es bueno tener presente de que Alemania ha dado la nota más alta en materia de perfeccionamiento de los cultivos. En materia de abonos gasta por hectárea lo que consumen juntos Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Italia. Se explica así la creación de su gran industria de la azúcar de remolacha y que haya culminado en el rendimiento de sus trigos. Mientras Alemania produce 3000 kilos por hectárea, Estados Unidos ha alcanzado al máximum de 2.800 y la Argentina solo a 600 ú 800.

Estas juiciosas opiniones, resultado de una observación madurada y científica y que nos trasmite esquemáticamente el señor Monzón, mucho tienen que ver con la nueva orientación que se ha resuelto imprimir a los campos de Trenel. Sin duda alguna, la situación actual de la República es transitoria. La trascisión de país importador a exportador, operada en el transcurso de cuarenta años, tiene su explicación lógica a través del proceso universal. Nos ha favorecido en estos últimos años la situación general de los grandes países productores, de Estados Unidos que necesita para sí de sus cosechas; de Australia y Canadá que responden a las exigencias consumidoras de las Islas Británicas. Nuestra condición productora es única en estos momentos. Pero hete aquí que la renovación rusa viene a plantear un gran interrogante sobre el destino que le está reservado de inmediato a nuestra industria agrícola. ¿Será aventurado pensar que pueda producirse una super-

producción? Y si esto no resultara una paradoja, sabemos por experiencia, en carne propia, lo que importan estos problemas. Ya lo palpamos hace años con los cañaverales del norte y lo hemos vuelto a sentir recientemente, con la industria vitivinícola de Cuyo, desmonetizada por la fiebre expansiva de los viñadores.

A prevenir con tiempo eventualidades de orden económico, tiende el amplio y magnífico proyecto con que inicia Trenel su nuevo ciclo y cuya orientación capital puede circunscribirse al propósito de no dejar todo librado a los destinos de la agricultura, ensanchando el horizonte de la colonización con los cultivos mixtos, poniéndose a recaudo de todas las sorpresas y sobre la base siempre noble de proporcionar a los pobladores todas las comodidades apetecibles y la más arraigada convivencia al predio.

Veamos los lineamientos generales de este gran proyecto en vías de una consagración definitiva.

La sociedad de Trenel establecerá, en primer término, un Banco Rural, con asiento matriz en Trenel y sucursal en Buenos Aires. Este organismo de crédito facilitará a los colonos el dinero necesario para labrar y sembrar la tierra como asimismo el que sea menester para el levantamiento de las cosechas, dinero que se facilitará con intereses corrientes. De esta manera el colono se verá libre de la especulación y de la usura y trabajará con fe viéndose espaldado por la propia sociedad.

El colono, por otra, no quedará sujeto a ninguna otra exigencia que no sea el compromiso bancario regular, quedando en libertad absoluta para adquirir su se-

milla, sus herramientas y sus mercaderías donde mejor le cuadre.

Establecerá una cremería central y diversas cremerías dependientes en los distintos pueblos de la colonia, de manera que cada colono que posea vacas cuya leche sea un excedente sobre el consumo casero, pueda vender esta producción en la cremería vecinal, en donde se le abonará al día y una vez desnatada se le devolverá el suero para sus cerdos. En esta forma el colono puede percibir diariamente una entrada para sufragar sus gastos menudos. ingreso que para su economía importa una retribución más eficaz que si recibiera al final del año la suma redonda por el mismo concepto. Estas cremerías darán origen a una fábrica de quesos que organizará sobre las mismas bases.

Construirá la empresa un molino harinero central y siete molinos distribuídos en los centros urbanos de la zona. El objeto de estos molinos tiende a que los colonos lleven su trigo a moler para que puedan elaborar para sus necesidades pan bueno y barato. Ocurre la anomalía que en la región donde se produce el trigo, la harina es más cara que en Buenos Aires. El señor Monzón hace fijar nuestra atención sobre este ligero cálculo: 100 kilos de trigo producen 75 de harina. En Trenel, 100 kilos de trigo valen 10 pesos y 75 de harina valen 18. ¿Cómo solucionar el problema para establecer una baratura equilibrada? El colono lleva su trigo al molino. Allí se le cobra sin gravamen de ninguna espepecie, la manufactura y el interés del capital. De manera que no se recargará la harina ni con fletes, ni negocios de molinería ni intermediarios. Como accesorios

del molino se establecerán fábricas de fideos y panaderías mecánicas, a estilo de las que existen en Buenos Aires y bajo la más absoluta higiene. Estos establecimientos recibirán la harina de los colonos y entregarán el pan y los fideos cobrando los gastos de hornada y el manipuleo indispensable. Sobre las ventajas de este procedimiento eminentemente económico, conviene hacer notar que si valen los fideos en Buenos Aires 24 centavos y en Trenel 40, después de establecida esta industria en la región, los fideos en Trenel se cotizarán a precios no superiores de 20 y 15 centavos por las calidades de primera y segunda. Está calculado que para su economía un rústico ingiere diariamente dentro de los alimentos que consume, el 50 % de pan y el 25 % de fideos. Con este solo detalle, revelación de la higiene privada, queda justificado el beneficioso sistema de molinos y fidelerías que implantará Trenel.

No paran aquí los propósitos de carácter colectivo que se propone afrontar la sociedad. Cuando este libro aparezca es probable que ya se haya cavado en la población de Trenel, los cimientos del gran hospital regional, establecimento de primer orden, montado con todas las comodidades y elementos modernos, con amplios y ventilados pabellones, con jardines, dispensario y sala de maternidad y primeros auxilios. Hemos tenido ocasión de revisar los planos del futuro edificio y hemos quedado gratamente impresionados de su disposición, de su aspecto general y la previsión con que será ubicado, anticipando ampliaciones para el porvenir.

Construirá, además, la sociedad, un espacioso hotel

con su gran comedor, su bar, sus habitaciones para viajeros, con baños bien distribuídos y demás comodidades, su jardín en el patio central con plantas de la región y arbolados propios para atemperar los vientos, con caballerizas y garage; todo esto bajo un plan de higiene y confortable sencillez. Un hotel, en fin, donde pueda darse la mano, si cabe la expresión, la bondad del campo y la cultura de la ciudad.

Sobre el sistema de venta de tierra de Trenel, que será un innovamiento en las prácticas coloniales de la sociedad, nos dice el señor Monzón:

—Es sabido que los grandes centro atraen las masas rurales. Tal ocurrirá a Trenel. Sobre este aforismo se ha resuelto establecer un sistema original y lo más equitativo que pueda concebirse para la venta de cierta cantidad de tierra. He aquí la forma: el colono pagará su tierra con el 20 % de la cosecha. De manera que el colono, no bien entra a ocupar su predio se siente propietario. En esta forma, demás está decir que cultivará con verdadero amor su parcela. Ya lo dijo el pensador inglés en términos parecidos: «Dad a un agricultor en arrendamiento un jardín y lo convertirá en un erial; dad en propiedad un erial y lo convertirá en un jardín». Sin duda alguna que para esta nueva colonización se exigirá muy escrupulosamente moralidad reconocida y hábitos de trabajo, debiendo además, cada colono hacer de su peculio, un rancho y un pozo, poseyendo, además, la semilla y herramientsa necesarias paro afrontar la labor de la siembra. Es decir, que el colono debe poseer en elementos o dinero efectivo, de 1.500 a 2.000 pesos. Sobre este particular, es bueno recordar

que ningún agricultor que trabaja su tierra posee menos de esta suma en animales, herramientas e implementos de labor. Decir lo contrario sería aceptar implícitamente que el colono que no posea estos elementos en forma ostensible, los tiene a buen recaudo bajo el nombre de un tercero para capear algún fracaso o zafar a la mano del acreedor.

Las chacras que se transferirán según esta forma de venta, serán de una superficie de 250 hectáreas destinadas a chacras agropecuarias. La sociedad Trenel gestionará ante el gobierno en el sentido de que toda la tierra que sea dada en venta en estas condiciones sea inembargable.

Establecerá un vivero regional, destinando para ello 35 hectáreas de campo y especialmente para frutales y forestales. Estas plantas se darán gratis a los colonos para que las distribuyan en sus predios. Las que se planten y prosperen, serán pagadas por la sociedad a tanto por vegetal y como una retribución.

No conocemos un procedimiento más práctico, más noble y más eficaz para propender al culto de las plantas, difundir la huerta frutal y divulgar el cerco vivo, tan necesario en las regiones del norte y en toda la Pampa. Aparejado a esta organización de cultura vegetal, se organizará el regadío por sistema de norias que elevarán 60 toneladas de agua por hora, estimulando así a los colonos a la disciplina y aprovechamiento del agua que es obra de civilización.

Tan vasto y grandioso plan, concretado en sus contornos capitales está en vísperas de llevarse a la práctica. Cuatro o cinco millones de ladrillos, hornados ya,

levantarán en seguida los cimientos de los grandes edificios destinados a hotel, a molinos y hospital; nuevas líneas reforman y subdividen en el plano la inmensa propiedad, mientras los primeros alfalfares anuncian, florecientes y magníficos, que ha llegado la hora de la renovación.

¿Queréis un espécimen más acabado de la colonización moderna? ¿Quereis una expresión más simpática del cooperativismo, por la acción espontánea del capital frente al trabajo? Por que no hay duda alguna de que estamos en presencia de un caso único en la República y quizá en el mundo. No será un invento, tomando por separado cada una de sus proyecciones, pero es una combinación magistral, cuyo modelo será inútil buscarlo en la colonización privada de las más avanzadas naciones del orbe. Se busca algo más grande y duradero que la comodidad transitoria del colono; se persigue el noble propósito de «hacerle patria», — y «ubi patria ibi bene», — orientación magnífica que lleva todo el espíritu de una elocuente argentinidad. ¡Bien se conoce que detrás del proyecto está la garra del erudito, la fe del práctico y la concepción augural del maestro!

Y sabedlo bien, hombres de empresa y potentados del país, que solo veis vuestro éxito en las redituaciones fáciles del capital absorbente como la piedra imantada sobre las limaduras del hierro, — sabedlo, que frente a esta valiente reforma, una mujer, una gran mujer, ha puesto todo su espíritu generoso y su clara visión. Una gran mujer, una mujer argentina que preside y orienta la sociedad Estancia y Colonias Trenel, bajo

cuyo arbitrio juegan setenta millones de pesos, que dirije sus sesiones, lleva la palabra directriz y encarrila los debates, y que a su raro talento e inmensa filantropía, une las dotes de una acendrada modestia. Tal la señora Elina Pombo de Devoto.

De vez en cuanto una racha de feminismo nos llega del norte como la claridad de una gran conquista. Pero no siempre el triunfo novelero y aparentemente viril de las faldas, despeja horizontes definitivos a la mujer. El Capitolio de Wáshington fué testigo hace unos meses de una escena sintomática. La diputada X, prototipo del caudillo feminista, se desmayaba en su banca al votarse la ruptura de relaciones con Alemania. ¿Qué es, entonces, el feminismo, preguntamos nosotros? ¿Será como lo plantea, en este caso, Estados Unidos o como podemos concebirlo nosotros, con este modelo de compatriota, que bellamente, silenciosamente, pone su fortuna y su talento en favor de la patria y su corazón en favor del bien?...

CAPITULO XXVII

Por la zona de Monte Nievas y Castex. — Perímetro de influencia comercial. — Colonias de importancia. — Las primeras cosechas. — Acción de don Haroldo M. Heckell y Cía., en la región. — Los años de prueba y de fracaso. — Colonización primitiva. — 280.000 bolsas de trigo. —Subdivisión de la propiedad rural. — El campo La Invernada. — El trigo «Eckell». — Cereal para cultivos en secano. — Un trigo francés perfeccionado. — Varilla fuerte y espiga excepcional. — Optimismo sincero. . . .

La población de Monte Nievas en la línea Pico-Telen, abarca una zona de influencia comercial de treinta y cinco a cuarenta leguas. Las colonias de mayor importancia son Matucalé, campos de Quintana, cuyo arrendatario principal es don Ramón Arana; campos Delena, Jaguel Grande y propiedad de don Haroldo M. Eckell.

Lleva poco más de ocho años de fundado este centro agrícola, a renglón seguido de llegar el ferrocarril. En 1908 se establece en la región don Haroldo M. Eckell y compañía, labrando y cultivando una extensión no menor de 50.000 hectáreas. En el término de cuatro años, la casa Eckell perdió alrededor de 700.000 pesos. Pero, por sobre este ingente sacrificio, debía afirmarse y perdurar la colonia. Durante esta época de dura prueba, tan denodados colonizadores, no sólo proporcionaron a sus agricultores y subarrendatarios, semillas y herramientas, sino que les dieron capital para afrontar cul-

tivos y levantamientos de reducidas cosechas. Tales fueron los cimientos de esta colonización.

Los agricultores primitivos fueron italianos y españoles. No puede decirse que se seleccionó la clase trabajadora. El apresuramiento con que debían poblarse los campos, al conjuro del tren, ávido de cosechas, trajo consigo la colonización híbrida no muy zarandeada por la depuración. Las recolecciones fueron malas, casi siempre, a excepción de la de 1914.

En 1908, la casa Eckell cargó 280.000 bolsas de trigo; un año después, de la misma extensión cultivada, se recogían 30.000 bolsas menos, debido a los efectos de una neblina.

Los campos de la zona de Castex, vecina a Monte Nievas, están muy subdivididos. La hectárea tiene un precio que oscila alrededor de 100 pesos, campo de rastrojo. Por campos alfalfados, se anotan ofertas de 250 pesos.

El único campo alfalfado desde Metileo a Loventuel es el de Eckell, en una distancia de cuarenta leguas. Llámase La Invernada, es popular en todo el norte del territorio, y resiste, por hectárea, según su propietario, 4 animales en verano y 3 ½ en invierno.

El señor Eckell, que es, realmente, uno de los agricultores técnicos de la Pampa, enamorado de sus lucidos ensayos y sementeras, nos informa del trigo que ha comenzado a divulgarse bajo su nombre (Eckell), tipo barletta, formado por selección y propio para los cultivos en secano.

—El año anterior, — nos dice, — he sembrado 200 hectáreas de este trigo, habiéndome producido 6 ½ por

hectárea, con un rinde específico de 79/900 por hectólitro. En el deseo de divulgar esta calidad de cereal que la conceptúo de primer orden, he proporcionado semilla a la Bolsa de Cereales, a la Bolsa de Comercio, a la Sociedad Rural Argentina, Sociedad Rural de la Pampa y Ferrocarril Central Argentino. Esta empresa lo ha ensayado en diversos puntos, pudiéndose notar que en Tacanas (Tucumán), donde escasean enormemente las lluvias, este trigo ha dado muy buenos resultados.

«Puedo garantirle, — afirma lleno de fe, — que este año este trigo me ha de rendir alrededor de veinte fanegas por hectárea!

No llega nuestro optimismo a tanto. Pero como el señor Eckell, que es un caballero afable y gentil, es capaz de trasmitir su entusiasmo de buena ley, nos damos por convencidos haciendo votos por que la cosecha sancione su optimismo con la más cumplida realidad.

—En el trigo que he conseguido un seleccionamiento digno de mención, es en el francés. Hace cinco años el señor López Frers, importó de Burdeos, semilla de francés. Después de prolijos experimentos, he conseguido fortalecer la caña de este trigo, robusteciendo, asimismo, la espiga y dificultando el desgrane en pie.

Aquella mañana de noviembre en que departíamos con el señor Eckell, en la casa de comercio del señor Martínez, había soplado un viento recio.

—He visto al pasar, los trigos volcados por el viento huracanado de hoy, — nos dice el señor Eckell. — Seguro estoy que los míos se mantienen en pie...

Por la tarde nos lleva a Castex, muestras de su ponderado francés. Efectivamente el haz que hemos tenido

en nuestras manos, era de una caña excepcional, con un carrizo de gran consistencia y de una espiga larga, fuerte y nutrida.

El señor Eckell, que es un hombre joven y estudioso, tiene fe sobre el futuro ganaderil de la zona, así como su poco de pesimismo sobre los resultados económicos de la agricultura. No en balde ha sufrido sus reveses con cosechas exiguas y años perversos. Su porvenir está en La Invernada, su campo hecho una floreciente pradera, verde siempre, como una esmeralda engarzada en el oro de las mieses.

CAPITULO XXVIII

La gran casa Serralta en Trenel. — Un emporio comercial. — Cómo se inician las grandes tiendas de la Pampa. — Un caso nuevo. — Impresiones objetivas. — El "almacén-cetáceo". — La gran zona de influencia, — 57.500 hectáreas de colonización. — El espíritu de convivencia de los colonos. — Esbozo general de la casa de comercio y de sus gestores. — Perfiles de don Jaime Serralta. — Del colegio al mostrador y al campo. — Los prolegómenos rurales en Trenque Lauquen. — La gran táctica de fomentar la población con el arrendamiento barato. — Valor de los campos y de las haciendas. — El campo La Lola. — Hacia General Villegas. —Después de La Primavera y La Aurora, El Aguila. — Preliminares difíciles. — La lucha vecinal. — En pleno auge. — El poblador, el comerciante y el hombre de comuna. — Patrocinando los progresos urbanos. — En Trenel. — Experiencias de la iniciativa, la voluntad y la labor. — Apuntes agropecuarios. — Sembrar para recoger.

Ningún establecimiento de la Pampa dá una idea completa del emporio comercial como la casa Serralta, Taravella y Cía. — hoy Francisco y Jaime Serralta, — instalada en Trenel. En el transcurso de nuestra jira territorial, a cada paso hemos sentido mentar a esta robusta empresa, exponente significativo del progreso pampeano. Cada pueblo de la Pampa, por modesto que sea, tiene su casa fuerte que absorve, por ley natural, el grueso de los negocios, y donde se proyectan las necesidades comerciales de la región. Pero no todas,

por cierto, pueden blasonar como este gran establecimiento, de una tan simpática iniciación. Es común en la breve pero fecunda historia de la Pampa, encontrar grandes tiendas de campaña levantadas sobre la base de felices cosechas o con el usufructo de especulaciones colonizadoras, no siempre liberales. Es decir, que la tentativa comercial viene afianzada sobre la consagración de un éxito, en terreno conocido y con dinero local. A fuer de francos, debemos declarar que no vemos hazaña en esta nueva orientación especulativa que se dá al capital. El caso del establecimiento Serralta se produce a la inversa, y casi estamos por asegurar, que es único en la Pampa. Iniciativa, capital, nervio directriz, vienen de la periferia, como fuerza centrípeta, a incorporarse a los destinos de la comarca. Y he ahí su característica primordial. Júzguese ahora si tendríamos deseos de visitar esta casa.

La impresión objetiva que nos produce el establecimiento es óptima. Fué fundado en 1910 sobre la base de un capital ilimitado, dispuesto por la firma, a la que siempre apoyó con eficacia el señor Miguel Camuyrano, hombre éste de reconocidas aptitudes y notorio prestigio en el mundo comercial. La Firma Serralta, Taravella y Cía., la componían tres entidades: la sociedad Francisco y Jaime Serralta, como socios activos y solidarios, D. Miguel Angel Camuyrano y D. A. Taravella, como industrial. La primer manifestación que sugiere al viajero aquel gran edificio, aquellos enormes salones, aquel hacinamiento de maquinarias, implementos y mercaderías, es de franca laudatoria para el capital valiente y tenaz que no tuvo cortapisas para lanzarse

a la aventura. ¿Cómo es posible, — se piensa, — que un organismo comercial tan amplio, pueda haber jugado su destino en una población modesta del norte? Si tuviéramos el espíritu yankee, ampuloso y gráfico a la vez, diríamos que es un «establecimiento-cetáceo», acostado sobre los inmensos trigales. El secreto del triunfo está, sin embargo, en la extendida zona de acción circunscrita a sus operaciones: Trenel, Arata, Metileo, Monte Nievas, Caleufú y Embajador Martini. La casa de Serralta afirma sus sillares, cuando las colonias de Trenel están en el período de florescencia, rumbo al porvenir. Incorporada al progreso de la región, su concurso poderoso y decidido, obra como factor convergente y eficaz. Y triunfa, y se impone, por méritos propios, por liberalidad, por la acción honesta de sus operaciones.

En sus comienzos coloniza 57.500 hectáreas de campo. Esta labor agrícola sobre predios de la sociedad Estancia y Colonias Trenel, se realiza hasta 1917. A partir del año anterior, su colonización ha quedado reducida única y exclusivamente a lo que cultiva la nueva firma por administración, es decir unas 12.000 hectáreas, contando, a más del campo que tienen arrendado a la sociedad Estancia y Colonias Trenel, con 3000 hectáreas de propiedad de la firma y de D. Miguel A. Camuyrano. En nuestra visita realizada a estas colonias, hemos podido comprobar el espíritu de arraigo de sus agricultores, síntoma fehaciente de bienestar y convivencia; todos cuidan sus hortalizas y plantan frutales; todos tienen su granjita para las necesidades caseras, y algunos cultivan sus viduños y hasta vinifican...

Pero el fuerte de los negocios no está fundamentalmente en la industria agrícola. La gran casa en ramos generales, constituye la especificación comercial de esta sociedad, vale decir la empresa compleja, arriesgada y tenaz.

Es muy posible que el comerciante cómodo de las ciudades no tenga nociones de lo que importa, en la Pampa, un establecimiento de esta categoría y el engranaje de intereses que mueve. Es casa de negocio y banco a la vez. Ayuda en toda forma el colono; le proporciona semilla, herramientas, mercaderías y dinero. Sin embargo, no siempre se reconoce el esfuerzo; y la casa se vé obligada a defenderse del chacarero de mala fe que vende dos veces su cosecha y zafa la acción judicial con compradores apócrifos, obrando, — hablan reveladores concretos, — en combinación con agentes de «maffias» ocultas que se oframn y se lanzan a la estafa, desvirtuando el concepto de la labor y del bien. ¡Bien ha tenido este establecimiento que pasar por las horcas caudinas para mantener su prestigio! Y se ha dado el caso que en momentos apremiosos, originados por el estado anormal de los créditos, por la guerra y los malos rendimientos agrícolas, ha podido mantenerse sin menoscabo de su prestigio y con sus propios recursos. Esto ha constituído, sin duda, un precedente alentador para la región.

¡Y qué preliminares difíciles! La tierra era rebelde y montaraz. Nada, absolutamente, poseían los colonos, faltos de capital y de experiencia y a veces rudimentarios e indolentes. Era necesario luchar abiertamente contra todos los factores negativos opuestos a la refor-

ma cultural que se operaba en la comarca. Pero la obra tenía que imponerse lógicamente, impulsada por la propia fuerza moral de origen, el capital y la acción.

Sin duda en este bello triunfo se destaca con relieves inconfundibles una energía potencial que dá orientaciones cardinales a la empresa: nos referimos a D. Francisco y D. Jaime Serralta, el primero, como factor en el orden que demandaba y demanda la organización de la agricultura; y el segundo en la administración general de la empresa. Don Jaime, con quien departimos, es un hombre de negocios en la amplia acepción. Niño aún, se inicia al lado de aquellos comerciantes de antaño, todo decencia y probidad.

—Así fueron mis comienzos, — nos dice añorando el recuerdo juvenil. — Después del colegio Rollin, donde cursé estudios con mi hermano y socio Francisco, pasé al mostrador. ¡Tiempos aquellos! Iniciaba mi escuela del mundo. Mis maestros fueron aquellos comerciantes porteños que de noche preparaban sus paquetes de yerba y azúcar, con el peso exacto, para la venta del día siguiente. Siempre he recordado la moral sentenciosa de uno de mis viejos patrones, tan axiomática, tan sencilla y tan llena de austeridad. «Si ustedes ponen de más, — solía decirnos, — me perjudican, porque yo compro pesos exactos; y si ponen de menos, me perjudican también, porque pierdo el cliente»...

De varones de esta pasta, catonianos en el amplio decir, tales discípulos. Así se formaron los Serralta, en el aprendizaje honorable del trabajo y la moralidad profesional.

Pero no es nuestro propósito el ditirambo, poco pro-

picios como somos a las semblanzas personales que no tengan el sello de la obra concreta como justificativo. Rastreemos, pues, sobre el vestigio que va dejando en el camino esta fecunda existencia que aún no ha coronado los nueve lustros.

Don Francisco y don Jaime Serralta inician su labor rural independiente allá por el año 1900 en el partido de Trenque Lauquen, — campos de Leiria, Supisiche y Centro Juárez Celman. — En el inmenso baldío, pampa desolada y yerma, de doce a trece leguas de superficie, que pasa a sus manos sobre la base de un estipendio de 32 centavos por hectárea (!), montan sus dos casas de comercio bajo los epígrafes augurales de La Primavera y La Aurora. Bien pronto el esfuerzo juvenil, noblemente aquilatado por el trabajo, se impone en toda la región. La diosa Fortuna comienza a sonreir a estos jóvenes tripulantes de Argos. Pero el triunfo es obra de la inteligencia, de la observación prudente, del espíritu intuitivo que regula la marcha de sus negocios. Figuraos la especulación que podría haber sobre campos arrendados a 32 centavos y subarrendados al mismo precio... El noble arte de tentar el éxito estaba en poblar la campaña desierta con el incentivo de la tierra barata. Y cada poblador sería un cliente. Es así como el gran fundo cae en manos de un centenar de ganaderos, dedicados con especialidad a la crianza de ovejas y bovinos. Y comienza la evolución de la zona bajo tan auspiciosos preliminares. Toman incremento los ganados que hasta entonces se habían cotizado a precios irrisorios de 7 pesos por vaca y 90 centavos por lanar; y los campos, hollados en su salva-

je virginidad, se abren a la explotación y se significan en el mercado con las primeras cotizaciones. ¡Claro que los valores primitivos son insignificantes! Un coronel Sosa, propietario del campo La Lola, endeudado con los jóvenes comerciantes, viene a ofrecerles sus ocho mil hectáreas a un precio irrisorio hoy, cantidad que apenas cubría la deuda ocasionada por suministro de mercaderías y préstamo de dinero, liquidación que daba idea del valor atribuído por entonces a los campos del oeste de Buenos Aires y del pundonor del jefe que sabía saldar sus ditas...

Con aquella iniciación fructuosa en tierras de Trenque Lauquen, los hermanos Serralta tientan nuevos horizontes. Un centro novel, — General Villegas, — esboza someramente el trazado de futuro núcleo social que urbanizará el tiempo. Hacia allá orientan su destino los sagaces y fecundos laboradores. Corre el año 1902. El Aguila. es el nuevo y sugerente título de la casa, afirmada sobre hormigón, que ha de consolidar la buenaventura y que debía servir de baluarte para redondear la fortuna de los hermanos. Pero debía ser ardua la lucha desde la iniciación hasta el triunfo. Ocho años el Aguila caudal les cobija bajo sus benignas alas, hasta que el negocio pasa, en venta, a manos del señor Muriel, en 1910.

Cuando los señores Serralta llegaron a General Villegas, se había entablado una fuerte lucha de preponderancia entre los colonos de Massey y de Flores, a propósito del lugar que se destinaría al nuevo pueblo. Los comerciantes querían fundar el nuevo centro en campos de Villegas, donados por la viuda del valeroso ge-

neral don Conrado. Los intereses creados, más fuertes que la necesidad pública, marginan algunos trastornos en la edificación. Los señores Serralta, siguiendo el trazado del ingeniero Guevara, eligen el terreno conveniente, llevan sus menestrales y comienzan a levantar el edificio de El Aguila. Los interesados en la prosperidad de los campos de Massey, trabajan tesoneramente para contrarrestar el éxito de la nueva población. No es de extrañar, entonces, las argucias que se pondrían en juego para evitar que el edificio de Serralta nucleara, como tenía que suceder, el macizo de la población. Pero la obra estaba en marcha y no debía detenerse ni ante las estratagemas del capital privado, ni ante la preponderancia de determinados inspectores, que pretendieron disponer la suspensión de los trabajos de albañilería. Secundados por un comerciante de garra, — don Angel Miqueo, — definieron con sus edificios, el corazón del pueblo, anticipándose a urbanizar los contornos de la plaza pública. Ante esta consagración edilicia, toda la oposición se reduce a la impotencia, y triunfa desde entonces el pueblo de General Villegas. Comienza de ahí a destacarse la plaza central, con don Elvecio de Giorge y el doctor Samuel E. Luna, funda el hospital vecinal, establecimiento de significación cuya importancia se debe, en buenos términos, a su labor y concurso, francamente dispensado. Organiza la Sociedad Española, a la cual destina actividades y dinero, levantando el amplio edificio y teatro que hoy posee dicha asociación. Contribuye con mano generosa y espíritu abierto a cuanta obra laudable se incorpora a aquel organismo social que va vitalizándose día a día.

Con la práctica de los negocios y del mundo, y valiente para afrontar las dificultades, redondean allí su capital. Siguiendo su sistema poblador usado en Trenque Lauquen, compra gran número de chacras y suertes de estancia, las subdivide y las transfiere a sus clientes sin ganar dinero. Amante de las labores del campo, perfecciona notablemente sus prácticas agropecuarias. Convierte en pradería artificial su campo entre América y San Mauricio, que estaba abandonado. Siembra de consuno maíz y alfalfa; luego, trigo y alfalfa. Y es un precursor en la zona, en esta clase de explotaciones rurales. Sobre su rastro en el campo virgen, que deja alentadoras enseñanzas, irán bien luego los ganaderos rutinarios de la región, buscando en el forraje seleccionado, las carnes reclamadas por el saladero y el abasto, y el frigorífico después.

Consagrado el triunfo, llevan a Trenel su capital y su empuje decidor, sin olvidar, por cierto, la recordada población, fuente que fué de su experiencia y bienestar.

Sobre sus enseñanzas recogidas en los campos del norte, nos dice don Jaime Serralta:

—Tengo la experimentación de la zona y puedo asegurarle que no hay tierra mala. Desde Metileo, Monte Nievas y Castex, las tierras son excepcionales para trigos; no así para alfalfa. Estos campos tienen las mismas características agrológicas que las tierras de General Villegas.

Es ferviente partidario de los cultivos intensivos.

—El chacarero será feliz, — nos dice, — cuando trabaje sus parcelas con cultivos combinados. Por ejemplo, un predio puede considerarse bien aprovechado

cuando tenga 25 hectáreas de maíz, 50 de avena y 50 de alfalfa, para así garantir la buena estabilidad del chacarerro. En esa forma podrá asegurarse el medio indispensable de vida para la familia en caso de malas cosechas de trigo y lino que tenga ligado en la extensión mayor que con estos granos cultive. Evitará endeudarse, pues el alfalfar sostendrá, además de sus veinticinco lecheras que le han de proporcionar una entrada cuotidiana de 12 a 16 pesos, los caballos o bueyes de trabajo. La avena le será una ayuda como forraje de invierno, proporcionándole una entrada de 2 a 3 mil pesos como mínimo. El maíz, le prestará una ayuda incalculable, pues siempre podrá vender por un valor de mil a dos mil pesos, después de hacer sus reservas para crianza de cerdos, gallinas, etc.

Como ganadero, su práctica es tal que no hay secretos para su observación prudente y sagaz. A menudo se hace notar en su conversación con apuntaciones originalísimas, sancionadas por el resultado más eficaz. Para la crianza de ovinos, nos previene la conveniencia de la rotación de los rebaños, de manera de no echar el ganado en los alfalfares cortos, — salvo en casos apremiantes, — sino en predios de forrajes mullidos y altos. Se evita así, que la oveja que tiende para su alimentación, a mariposear en los macollos y ramas tiernas, arrase con los gérmenes desparramados a ras del suelo. Con una rotación prudente puede conseguirse tres crianzas en dos años. Es enemigo de quemar los campos. «Eso no es cultivar los predios; eso es envenenarlos», — nos dice —. «Con tal procedimiento se mata la simiente de los gramillales, que está en embrión, pero que

tarde o temprano tiene que eclosionar cuando se remueva la tierra». Cree que lo mejor para domar los médanos, es sembrar conjuntamente avena y alfalfa en rama y con semilla, cosa de impedir que los vientos arrastren las partículas germinativas. El procedimiento de plantar estacas de álamos le parece bueno. Para circundar los médanos, opina que lo más oportuno es sembrar alfalfa y gramillas australianas, conjuntamente. Así se tendrá forrajes en todas las estaciones del año. Pero aconseja que la siembra de gramillas con alfalfa, debe hacerse especialmente en tierras de humus y en partes donde la tosca no permite el mayor desarrollo de la alfalfa.



Recogiendo y transportando a nuestros lectores tan fundamentales y bellas instrucciones, nos hemos separado del asunto capital de este artículo. Pero para significar la alta validez del emporio comercial de los señores Serralta, era menester la semblanza de sus gestores. Sabrá la Pampa y el país, con esto, que la valiente jornada, no fué obra de la especulación, del prejuicio, ni el lucro calculado. Se fué a civilizar, no a exprimir; se fué a sembrar, no a recoger. Tal, esta gran casa de comercio, perdida entre los trigales infinitos y que haría honor a cualquiera de nuestras grandes ciudades.

CAPITULO XXIX

Por los pueblos del norte. — Uno de los centros más antiguos de la Pampa: Parera. — Estacionamiento por falta de ferrocarril. — El antiguo pueblo del Tordillo. — Los primeros agricultores de Parera. — Resultados del esfuerzo inicial. — Los préstamos sobre prenda agraria. — A la espera del tren. — Necesidad del telégrafo nacional. — Los pueblos precoces: Realicó y Quemú-Quemú. — Preliminares dificultosos. — El pesimismo de los primeros colonos de Realicó. — Tosca, arena, escacés de pastos y lluvias irregulares. — El alpataco, planta maléfica. — La emigración de los criadores de ovejas. — Los precursores del éxito. — Un dato sugerente. — Colono que paga un campo con el producto de sus cosechas. — Quemú-Quemú y sus comienzos. — Los vecinos fundadores. — Esbozo general del municipio. — 170.000 hectáreas cultivadas. — Establecimientos rurales de importancia. — San Alberto, de Peña. — La Enriqueta, San Rafael y La Delicia. — Perspectivas del centro urbano.

Uno de los pueblos más antiguos de la Pampa y sobre el que ha pesado una rara injusticia, propia del azar de las cosas, ha sido Parera, centro urbano del norte y hasta el cual no ha llegado todavía el ferrocarril.

El ferrocarril Oeste, cuando llevó sus líneas por aquella comarca, tuvo el propósito de conectar directamente Van Praet con Parera. Hace de esto algo así como quince años. Sea por convenir a los intereses de la empresa la modificación del trazado, o porque los pro-

pietarios de campo se «empacaron» en sostener precios fuertes por la tierra que iba a utilizar la ferrovía, el caso es que el tren se desvió para Jardon, siguió para Realicó, Quetrequén, etc., defraudando las esperanzas del vecindario de Parera, digno de mejor suerte.

Parera tiene 26 años de existencia y fué fundado en campos de don Faustino Parera, quien dividió y loteó el égido. Se llamó en sus comienzos el Tordillo. Los planos de esta población se oficializaron recién en 1915. Su población urbana cuenta con 1400 habitantes. Tiene servicios municipales modestos pero completos. Funciona en esta localidad una escuela nacional con los cinco primeros grados de enseñanza y que ha contado hasta con 300 alumnos.

La colonización de la zona de Parera data de 1910. Los primeros agricultores fueron italianos procedentes de Quetrequén, Rancul y Chamaicó. Estos arrendatarios primitivos pagaban por su locación el 13 % sobre la cosecha, o cuatro pesos por hectárea. Pero el arrendamiento en dinero no duró mucho tiempo. Había que facilitar la acción de los agricultores ya que la lejanía del tren dificultaba o encarecía el levantamiento y transporte de las cosechas.

Conviene recordar quiénes fueron los colonos fundadores de la agricultura en esta región. Ellos fueron: Antonio Sa Figueroa, uruguayo, que ocupó el lote 15; Bartolo Busso, italiano, el lote 6; la viuda de Goñi, el lote 17; Antonio Lazcano, el lote 24. Se cultivó en aquellos comienzos los campos de Romeo Ravasengui, Rativel, Ursula Segovia de Parera.

¿Cuáles fueron los resultados de aquella iniciación

agrícola? Los cuatro primeros años se hicieron notar así: dos malos; uno, regular; uno, bueno. A pesar de todos los trastornos, los colonos se arraigaron. Hoy son francamente optimistas.

Algún tiempo después se hacía sentir, en parte, la ayuda oficial. El Banco de la Nación prestó sobre prenda agraria. En esta forma, se evitó el intermediario, que fué siempre el comercio local, formalizándose las operaciones directmente entre la institución bancaria y los colonos.

—¿Vendrá algún día el ferrocarril? — nos interroga un vecino caracterizado de Parera, que encontramos en Quetrequen. — Estamos tan desesperanzados ya!...

Sentimos desilusionar a este bravo agricultor que fué de los primeros en roturar la tierra de la comarca. Nos parece difícil que el ferrocarril lleve sus líneas hasta Parera. Lo único viable que encontramos, — y que será tal vez la solución del tan justamente anhelado beneficio ferrocarrilero, — es la unión de Quetrequen con Ingeniero Luiggi, pasando por Parera, a pesar de la pequeña comba que haría la línea. Mientras esto se convierte en una bella realidad, beneficiando con el riel a una región importantísima, hagamos votos por que el gobierno lleve a Parera, por lo menos, el telégrafo nacional...

* * *

Realicó, la población más setentrinal de la Pampa, centro cortado en cruz por los ferrocarriles del Pacífico

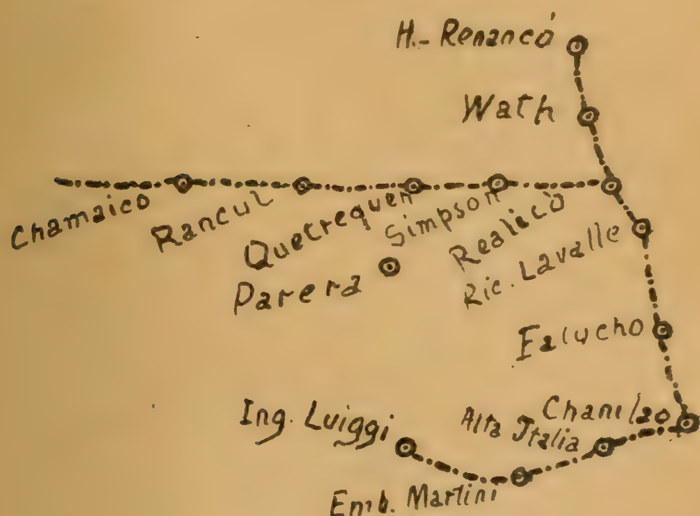
y del Oeste, está destinado a ser de una importancia excepcional, una vez que se subdivida la tierra circunvecina. Sus prolegómenos fueron como la mayor parte de los pueblos pampeanos, erizados de dificultades. El pueblo tiene apenas diez años de vida y ya es un centro primoroso, sin la potencialidad de Pico, pero con muy brillantes perspectivas. Se fundó el 2 de marzo de 1907. La colonización de sus chacras vecinas data de 1903. Se ha seguido pues, en este sistema de población, el orden correcto: primero los años de prueba, los cultivos, es decir el ensayo sobre los medios de vida de que dispone la comarca; después, la fundación del centro urbano.

Había en los comienzos de esta colonización un arraigado pesimismo que fué menester destruir poco a poco. Los agricultores santafecinos y del sur de Córdoba, no querían arriesgarse en el ensayo de aquellas tierras, conceptuadas malas, «a priori». La tosca, la arena, la escesez de pastos, la irregularidad de las lluvias, eran factores negativos, mentados de lejos y sin el conocimiento absoluto de la tierra. Había una especie de terror a una planta silvestre llamada alpataco, de corto tallo, que se difunde en raíces duras y que rompe las rejas del arado. A esta mala cizaña, se unía el olivillo y el tupe, enseñoreado, también de las praderas.

Destinados a ganarse la vida en campos tan ingratos y tan desacreditados por el prejuicio, los primeros agricultores se volvían a sus tierras del norte, sin intentar que la labor inteligente salvara los obstáculos. Después, los más tenaces, echaron de ver que las tierras eran de excelente calidad. El alpataco, con su raigambre infer-

nal, sirvió de combustible, descuajado a fuerza de hacha, después de arar. Y, cosa rara, resultó que las tierras de alpataco fueron las más aptas para los cultivos de las gramineáceas.

Los criadores de ovinos, corridos por la irrupción agrícola, se retiraron al oeste, no sin antes haber provocado el choque. De esta lucha de las dos corrientes industriales, la ganadería rudimentaria y la agricultura científica, resultaron las quemazones de campos, consecuencia de la derrota de una de ellas, al arriar sus majadas en busca de tierras vírgenes.



¿Qué ocurrió después? Que la colonia fué tomando

incremento en forma halagadora, hasta no dejar un estadal de tierra sin cultivo. Fueron precursores del éxito agrícola de Realicó, los progresistas vecinos y colonos Maisonnave, Aiassa, Mulhaly, Pereira, (A. N.), Fariña, Rosa y otros.

Hoy este pueblo del norte está en marcha y en estado floreciente, merced a la difusión agrícola de su departamento. La tierra se subdivide en pequeñas propiedades, lo que importa un progreso regional que ha de hacerse sentir bien luego en la economía del departamento. He aquí un dato sugerente que nos proporciona el señor S., vecino de gran prestigio en Realicó y la zona del norte: Don Pedro Vidianco arrendó en la cercanía de esta población 564 hectáreas de campo al precio de 6 pesos. Esta fracción tiene unas 60 hectáreas de monte. El primer año obtuvo buena cosecha. El segundo tuvo un rendimiento de 3000 quintales que vendió entre 14 y 16 pesos. Este año agrícola ha sembrado 400 hectáreas con un rendimiento aproximado de 10 fanegas por hectárea, — no hemos confirmado el dato. — Corolario de la prosperidad de este colono con buena estrella: que ha comprado el campo a la compañía Holando-Argentina a razón de 137 pesos la hectárea, pagándolo con el producto de sus cosechas.

Basta este detalle para pensar que fué ilusorio aquel pesimismo inicial y que no deben ser tan malas las tierras de alpataco...

*
* *

De nuestra visita a Quemú-Quemú, hemos recogido la más óptima impresión. Es, sin duda, esta población una de las más progresistas de la Pampa, por la situación topográfica que ocupa en el territorio, la calidad de las tierras adyacentes y la difusión colonial que informa el incremento que ha tomado la agricultura.

Quemú-Quemú, fué fundado el 26 de julio de 1908, por el señor Carlos M. Madero, en campos de la señora Sara Unzué de Madero. Tiene actualmente en su planta urbana 3.500 habitantes y 3000 en el perímetro de su departamento. La población está, como Pico, Realicó y Catriló, cruzada por dos vías férreas, el Pacífico y el Oeste. Esta circunstancia pone al departamento en condiciones inmejorables para propagar sus industrias rurales. Sus primeros pobladores merecen ser recordados: Nicolás Calabria, Tomás Tassone, Mariano Lamper, Guinotti y Estéves, Felipe Gastelú, José M. Suárez, Marcelino Arteaga, José Rivadulla, Julio Pereira, Jeremías Cittadini, Andrés Monje, etc. Como se ve, por los patronímicos, predominó en su origen, la población italiana y española.

Quemú-Quemú tiene hoy municipalidad propia. Sus calles son amplias y rectas. Dos plazas públicas, — San Martín y Belgrano, — dan vida al aspecto general del municipio con sus jardines bien arborizados. Tiene importantes establecimientos de comercio e industrias urbanas.

En los campos tributarios de Quemú-Quemú, quince colonias de importancia han intensificado la vida agrícola, extendiendo sus cultivos en una superficie de 170 mil hectáreas.

El agua subterránea se encuentra a profundidades que varían de 3 a 5 metros.

Entre los establecimientos rurales de Quemú-Quemú más importante, figura La Enriqueta, con 2.500 hectáreas, campo alfalfado y dividido en 15 potreros. Esta propiedad dedica sus praderas a la crianza de vacunos, tipo durham mestizado y caballar hackney.

Es digno de mención el importante criadero de aves de La Enriqueta, con magníficos planteles y reproductores de pedigree.

Pero el establecimiento de verdadera significación en la zona es San Alberto, a cuatro leguas del pueblo, propiedad de la sucesión de don Alfredo Peña y fundado en 1907.

San Alberto se extiende en una superficie de 14.000 hectáreas, es decir, más de cinco y media leguas de campo. Esta inmensa pradera, alfalfada en su totalidad, está dividida en 50 potreros con 46 molinos.

Para darse cuenta de la importancia de esta gran invernada, basta saber que pacen en aquel fundo alrededor de 15.000 cabezas de ganado vacuno, tipo durham en su totalidad.

Otro establecimiento digno de mención, es San Rafael, de don Tomás Echenique, uno de los primeros pobladores de la Pampa.

Comprende este campo una superficie de 2.500 hectáreas cultivadas con alfalfa y pobladas con ganados bovino y ovino, de noble mestización.

San Rafael, dividido convenientemente en cuadros de invernada, está cercado con alambrados de seis hilos lisos y dos de púa.

La Delicia es otro establecimiento de industrias mixtas propiedad de don Santos Vivalero. En este campo de 1.200 hectáreas, hay un monte frutal y viñedo que han dado excelentes resultados.

En compañía de don Modesto Caretto, intendente municipal de Quemú-Quemú, giramos la población, sorprendiéndonos agradablemente los progresos de la edificación y el buen orden edilicio que dan idea de la comuna progresista.

CAPITULO XXX

En viaje a Victorica. — Los bosques de calden en Conhello. — Las parvas de leña en Luán Toro. — El paisaje silvestre. — Reminiscencias montaraces. — El rancho cimarrón. — Vacadas criollas. — Los campos de Victorica. — Los primeros alfalfares. — Don Máximo García, precursor en los cultivos forrajeros. — 80.000 hectáreas de alfalfa. — Lo que cuesta una hectárea de cultivo. — El maíz. — Los primeros ensayos de trigo, base de la futura corriente colonizadora. — Lo que hace don Enrique Kenny en su campo La Fe. — Los ganados en la región de Victorica. — 250.000 cabezas de vacunos, como cantidad aproximada. — Las razas ovinas lincoln y rambouillet. — 2.000.000 de kilos de lana cosechada este año. — Movimiento comercial. — Los beneficios del Banco de la Nación. — Hacia la agricultura, industria cardinal de Victorica.

Después de visitar diversos pueblos de la línea de Pico, hemos pasado a Victorica. En la proximidad de Conhello comienzan los montes de caldén, de vegetación uniforme. Está la comarca en plena explotación. La leña, en parvas interminables, se alínea junto a los alambres del ferrocarril. En Luan Toro, el stock de consideración, aguarda tren rodante para volcarse en la capital federal. Cruzamos las «hachadas» de Marti de Paz y Tronconi. Las industrias agropecuarias poca vitalidad dan todavía a la zona. Se está en la faena primitiva de descuajar el bosque para entregar los campos a la roturación.

El día es espléndido. Se visten de alegría el cielo azul, el monte y la pradera. El cardo asnal levanta sus mitras constelando de pompones el campo de tréboles y gramillas. El paisaje silvestre se tonaliza de vez en cuando con el pequeño alfalfar, el desmonte, el labrantío. Muy de tarde en tarde, asoma de entre el monte tupido, un ranchujo cimarrón, mezcla de toldo y de vivienda suburbana. El terreno se quiebra en collados, pero sin brusquedad, con elegancia. En algunos potreros advertimos la vacada de criollos, de tipos torvos y violentos, pero con las primeras intentonas de mestización; algún rebaño pampa, a medio seleccionar y algún hato caprino triscando alegre entre los árboles.

No es necesario descender del tren para dar juicio sobre la aptitud de los campos. La cebadilla agreste, difundida en copiosos matorrales, nos habla con elocuencia de la fertilidad del suelo. Las lluvias de este año han sido frecuentes y abundosas.

*
* *

Los campos de Victorica, por sus condiciones agrológicas, son buenos para cultivos de forrajeras. La tierra, arenosa y morena, es propicia a la alfalfa.

Los primeros alfalfares los inició en la región y en 1898, don Máximo García. Estos ensayos en su establecimiento Carro Quemado, fueron una comprobación. Le siguieron en la prueba, don Alberto Sidebottom, en La Isabel; don Alfonso Capdeville, — el pujante francés, —

en sus campos de Telen; Von Bernard, en Poitahue y Armando Lernoud, en La Morocha. Actualmente la superficie alfalfada de Victorica puede calcularse en una extensión de 80.000 hectáreas.

Sin duda alguna, el más empeñoso cultivador ha sido don Máximo García, quien por la excelencia de sus semillas, obtuvo premios de valía en el concurso organizado por el ministerio de agricultura en 1909, y en los de la Bolsa de Cereales de 1910 y 1913.

Para el cultivo de una hectárea de alfalfa en Victorica se calcula una inversión de 30 pesos. Por las faenas de arar, sembrar y rastrear, se paga 8 pesos. Se da, generalmente, tres cortes anuales, destinando el primero para semilla, cosa de que si fracasa se pueda asegurar el segundo. La alfalfa se acondiciona en parvas y almiares. No se han ensayado aún los silos en esta región, debido a que los resultados del forraje, en estos tres últimos años, — salvo el presente, — han sido precarios, por escasez de lluvias.

El maíz se cosecha con éxito en toda la comarca. Predomina el tipo de maíz amarillo.

Este año se han iniciado los primeros tanteos en trigos, con pequeñas extensiones de 100 y 200 hectáreas, en ruso y barletta. Y a fe que este cereal y su poco de avena, han dado rendimientos alentadores. Son italianos, españoles y criollos los labriegos que acaban de tentar esta nueva orientación para los cultivos rudimentarios de la comarca. De este ensayo arrancará la corriente colonizadora que ha de iniciar la evolución agraria en Victorica.

—Quien está poniendo mucha atención en estos pre-

liminares agrícolas, — nos dice el gerente del Banco de la Nación, — es el señor Enrique Kenny, en su campo La Fe. El señor Kenny ha traído colonos del sur de Buenos Aires. Su ubicación es reducida pero ha resultado eficaz. Son tres familias, solamente, las fundadoras de la chacra, con un cultivo de 300 hectáreas. El trigo y la avena prometen dar óptimo rendimiento. Con tan buenos auspicios, el propietario del campo aumentará sus colonos el año entrante. El campo La Fe está situado a seis leguas del ferrocarril. El señor Kenny no cobra arrendamiento por el campo destinado a agricultura. Lo hace, simplemente, a título de ensayo.

La industria ganadera tiene viejo arraigo en la zona. En materia de ganado vacuno, la tecnificación comienza hace quince años, con los primeros tipos importados en toros y vaquillonas. Actualmente predomina el tipo durham. Se calcula en más de 250.000 el número de cabezas en el departamento. Estas haciendas se destinan a los mercados del litoral y a frigorífico. Como un dato significativo sobre el mercado de haciendas, diremos que en los remate-ferias de Telen y Victorica, se transa mensuales, sobre totales de 1000 cabezas como término medio, exclusión hecha del ganado lanar. En ovino, se ha reformado mucho también, con cruzas de lincoln y rambouillet. Las majadas aborígenes, salvo uno que otro plantelito de propiedad de criadores retrógrados, están de Santa Isabel y Colonia Mitre para afuera. Son limpias, en general, las lanas de la zona. Hay un poco de roseta, sin embargo. No hay abrojo grande. No hay garrapata. No hay lombriz. La sarna es benigna, y para ello tienen los establecimientos sus co-

modidades zootécnicas. La cosecha de lana este año está calculada en 2.000.000 de kilos. Los últimos precios alcanzados hasta ahora, — escribimos este capítulo a principios de noviembre, — han oscilado entre 20 y 25 pesos.

Creemos que bastan estos apuntes como semblanza general del departamento. La tierra es generosa y feraz, apta como la mejor del territorio para las industrias rurales. ¡Lástima que no esté lo suficientemente subdividida! Pero las necesidades agrícolas han de formalizar con el tiempo la evolución, tonificando el progreso de la zona.

El comercio regional es nutrido y honesto. Las casas de Victorica tienen un extendido radio de acción en el noroeste, llevando sus mercaderías hasta las colonias Mitre y Epumel y gran parte de la sección 13. Hay establecimientos comerciales que merced a su empeñosa labor, y sin ser excesivos en los precios, han doblado su capital en un año. Unase a esto el dato de que el Banco de la Nación sostiene un movimiento no inferior a 15.000.000 de pesos, según informes oficiosos que recogemos, y se tendrá una noción aproximada de la validez comercial de este centro.

La evolución de Victorica es hacia la agricultura. Ya se diseñan los primeros albores. Departamento criollo, — el más criollo de la Pampa, — y ganadero, en consecuencia, va ganando el oeste, mientras la agricultura de importación, se apodera de los gramillales y fracciona en chacras la heredad. La línea de Toay a Victorica, cuando vaya, revolucionará los predios y constelará de colonias el camino.

CAPITULO XXXI

Cómo se pobló Victorica. — La obra del 9 de caballería. — El pueblo criollo. — Los primeros vecinos. — Fisonomía general de la zona tributaria. — El país de los ranqueles. — Poitahué, centro de parlamentos y operaciones internas. — El rincón de Baigorrita y el valle feráz de Yuá-Yuá. — Los dominios de Painé. — Vegas próvidas, selvas, médanos y lagunas. — Un vallecito maravilloso. — La puerta de la travesía. — Hasta los derrames del Atuel Ranquilcó y Leuvocó. — El paraíso perdido... — El triunfo de las armas de la nación. — Victorica, primera avanzada civilizadora del norte.

Terminada la campaña al desierto, había que poblar el país conquistado. La Pampa del norte, foco de tribus hoscas bajo la garra de caciques zahareños, reclamaba con urgencia núcleos urbanos como el primer complemento civilizador. Nuestra caballería, fatigada aun, dejaba sus carabinas humeantes para cavar el cimiento de las poblaciones. Militar había sido el desbrozamiento del bosque salvaje y militar debía ser el bautismo de los pueblos. Nace así Victorica, el 12 de febrero de 1882, tutelado por las armas victoriosas del 9 de caballería. Es el coronel D. Eduardo Racedo quien le unge su óleo militar, en unión de sus compañeros de armas, coronel Ernesto Rodríguez, comandantes Sócrates Anaya, Froilán Leiria y otras figuras descollantes de la cruzada.

Era a la sazón ministro de la guerra, el general don Benjamín Victorica. El pueblo criollo cuyos primeros vecinos proceden de Mercedes de San Luis, recibe el legado de las armas dispuesto a desenvolver sus energías y a apresurar la colonización del vasto territorio. Era la simiente de la pacificación llevada por la guerra y que debía germinar en rama de olivo entre los campos agrestes y los bosques del norte. Y en verdad, que no podía el ejército haber elegido un punto más estratégico y central para la fijación del núcleo urbano.

Abarquemos en una ligera reseña el amplio panorama de la heredad indígena, donde estaban aún frescas las huellas de la salvaje dominación. Poitahué, vecino a Victorica, puede considerarse el punto de irradiación de aquel dominio bárbaro. El paraje es boscoso, lleno de quiebras y circundado de médanos. Las selvas se escalonan en anfiteatro hasta empenachar las más altas colinas. Allí, desde tiempo inmemorial, se consagraron las más sonadas aventuras indígenas, alianzas y parlamentos y se tramaron las más bravas invasiones a tierra de cristianos. Fueron estas selvas, metrópoli gubernaticia en la bárbaro e institucional y gran mercado de transacciones en el comercio y la ganadería. Hasta allí vinieron los plenipotenciarios del Limay, de Mendoza y de ultra cordillera a transar convenios «internacionales» y legislar sobre los campos sin fronteras; y vinieron también arrieros y negociantes a comprar ganados y cargar en sus recuas con la sal de las lagunas. Hacia el sur oeste, donde el bosque se diluye en aislados matorrales, dos lagunas, como dos broches de plata, cierran la herradura de los médanos. Allí tenía el cacique Quin-

chao su aduar, como un carcerbero puesto en guardia junto a los primeros árboles de la selva mitológica. Desde la cresta de las lomadas vecinas, la vista abarca un dilatado horizonte. Hacia el sureste se abre, otra vez, el bosque infinito y espeso. Es el Rincón de Baigorrita entre cuyas tupidas arboledas supo, el famoso cacique, buscar refugio como un gato montés. Más allá una hondonada; luego un médano. Después, una laguna, — Metero-Quett, — abundosa mina de sal común.

Se entra después en la tierra próvida: Yuá-Yuá. Fué en este valle feracísimo donde Painé había asentado su pueblo. Tierra rica en humus, se prodiga en gramíneas silvestres y en pintorescas perspectivas. Levantada la tienda aborigen, nuestras tropas encontraron cebadales sembrados en forma rutinaria pero florecientes. De este oasis, que suponemos invernadero promisor para las caballadas indígenas, pudo decir el doctor Benjamín Dupot, cuando en 1879 lo cruzó con las tropas del coronel don Rudecindo Roca: «De todos los terrenos que hemos recorrido, desde Villa Mercedes de San Luis hasta aquí, 92 leguas, es el más feraz éste, pareciendo que fuese fecundada la tierra artificialmente».

Pero este valle no es más que un anticipo de la vega fertilísima que sigue al sur espaldada en semicírculo por las colinas de Calpe y Curru-Mahuida, que corren paralelamente de noreste a suroeste y donde, en previsión del árido desierto que vendrá después, la naturaleza parece que hubiera desbordado en gracias. Lástima que es breve el solar valletano. Pero es nutricia y es húmeda su tierra, y basta una lluvia tímida para tamizar de verdira el prado. Aquí se abre el horizonte so-

bre la travesía como una puerta infranqueable que los indios denominaron Huin-cul.

Desde allí hasta los derrames del Atuel, sobre las arenas del Chadi-Leuvú, el terreno se presenta fragoso y desigual, ora lleno de dunas errátiles, ora salpicado de jarillas y piquillines precarios, ora con praderías fértiles pero amargas, ora con sotos exiguos pero poblados de gramillas y tréboles de olor.

Pero no es esto todo el vasto país que dominaron los ranqueles. Hacia el norte y hacia el sur y hacia el este llevaron la fuerza brutal de su poderío. Y si nómades fueron sus correrías, no fué por la pobreza de sus valles, que no convivieran la tierra propia, en los afanes del trabajo remunerador. Guerreros por casta, sañudos y andariegos por modalidad, no era el sedentarismo de la labor agraria el que había de poner freno a su vida gandul. Con invernadas fértiles ¿a qué razón intentar el labrantío, si era más fácil poner por delante de sus potros los ganados agenos y alcanzar la inmensidad de los bosques y las vegas recónditas? ¡Ah si hubieran sido sosegados y trabajadores como los indios de la meseta! La misma facilidad de la vida sobre la tierra fértil y bajo el sol benigno, contribuyó a entorpecer su propia étnica, trabajada en la guerra y en la rapiña del pueblo araucano, su antecesor. Y hubieron de perder su paraíso porque no supieron cultivarlo para vivir en paz a su sombra.

¡Sus valles! ¡Sus bosques! ¡Sus serranías! ¡Sus lagunas!... En Ranquel-có, exuberante pradera regada por su arroyo juguetón y circundada de médanos hechos al azote del viento, solía Baigorrita invernar sus caba-

lladas. En Leuvucó, junto a la laguna de Ochoel, donde se dividía el extenso reinado con Epumer, salpicado por vastas selvas y claros ubérrimos, mantenía su tienda Mariano Rosas, mientras el predio le devolvía con trigos y cebada el trabajo de aventar la semilla. ¿Y Cochicó? ¿Queréis algo más bello? Sobre este valle, santificado por la tragedia, un militar de la cruzada, en parte a Racedo, suscribió esta breve semblanza: «La naturaleza parece hacer alarde de sus galas. Difícil es describir la particularidad de esa perla, — permítasenos la frase, — en la soledad misteriosa de la Pampa.»

Y todo lo perdieron. Quedó la inmensa heredad abandonada. Las tolderías deshechas. Creció la maleza en las vegas inactivas y ansiosas de ganado. Se cubrieron de maraña los senderos ocultos que se retorcían como serpientes hasta el corazón de las selvas. Y cuando la civilización, legataria del esfuerzo armado, quiso recoger el premio de su gran conquista, pensó en que la obra inmediata de esta depuración debía llevarla la colonia.

Así nació Victorica, primera avanzada civilizadora en el país de los ranqueles.

CAPITULO XXXII

La primera impresión de Victorica. — El monumento a los héroes de Cochicó. — Una jornada memorable. — Remembranzas históricas. — Partes del coronel Racedo al general Roca. — La dominación ranquelina. — Baigorrita y Epumer. — La persecución accidentada. — Desde Curru-Mahuida a Cochicó. — El jagüel de las Liebres. — La muerte de Baigorrita. — La soberanía de los ranqueles y el bandidaje circunstancial. — Guerra sorpresiva. — La acción de Cochicó. — Un puñado de veinte y seis Yancamil. — Los héroes humildes. — El trihombres lucha contra cuatrocientas lanzas de buto de la posteridad.

La primera impresión agradable que nos da Victorica, la recogemos en la plaza pública. Es el obelisco a los héroes de Cochicó, mojón más que monumento, donde el alma popular ha significado su espontánea glorificación al puñado de valientes que cayó en la jornada del 19 de agosto de 1882, inmolado por las lanzas de Yancamil. ¡Loado sea el pueblo que venera a los humildes!

Sin duda, historiadores rotundos, ignoráis esta sencilla jornada del desierto, que venía a epilogar con la nota más cruel y más saliente la campaña civilizadora. El episodio de Cochicó, trivial para los resultados generales de la cruzada, tiene una significación trascendental dentro del espíritu de disciplina del ejército. Demuestra, además, con harta elocuencia, la necesidad de

complementar el éxito de las armas, con una política gubernamental auspiciosa, que llevara sobre el rastro de las tribus en dorrota, vigilancia, cultivos y población.

El coronel Racedo, con asiento en Villa Mercedes, en parte telegráfico de 25 de noviembre de 1878, decía al ministro de la guerra, general Roca: «Le felicito por el resultado de la expedición del comandante Roca. Ella ha sido tan feliz como la mía. Poco queda que hacer con los ranqueles.» Roca le contestaba dos días después: «Me parece conveniente que usted en persona dirija la operación de concluir con los ranqueles. Váyase preparando y avíseme qué día piensa salir. Creo que ahora estas marchas deben hacerse despacio para no fatigar los caballos. No deje perder esta luna. Le recomiendo me lo trate bien a Chancalito.»

Sin embargo, lejos estaban de concluir con la salvaje dominación. Era muy vasto el país ranquelino, muy lleno de accidentes topográficos y variado en recursos naturales para que pudiera descuajarse de golpe aquel imperio montaraz. Faltaban por caer los soberanos Baigorrita y Epumer. Las armas de la nación, demasiado hacían en aquel inextricable laberinto, desde los altos médanos de Poitahué hasta los guadales del Salado, en una extensión salpicada de bosques espesos, de lagunas salobres, campos abiertos, dunas y collados. Por fin cae Epumer con su mesnada de 300 jinetes de chusma y lanza. Es el día 7 de enero de 1879 y lo comunica Racedo desde Río IV. Abandonan los aborígenes sus viejas guaridas y se retiran al Chadi-Leuvú. Pero falta Baigorrita. ¡Baigorrita! Contra él se lanza el jefe

de la vanguardia de la tercera división de operaciones, coronel D. Rudecindo Roca y lo persigue a lo largo del Salado hacia el sur. En Curru-Mahuida, le da un indio la noticia de que el fugitivo con sus fieles, ha vadeado el río y el Atuel. Se sigue los rastros. Se costea una cerrillada de médanos. Se cruza el abra. Luego el monte hirsuto. Pero ahí está el río lleno de braveza, hinchando el lomo y guarnecido por el tembladeral. ¿Quien se azota!. . Una de las comisiones volantes anuncia, por la delación de un indio, hermano del capitanejo Mariqueo, que Baigorrita debe estar junto a la laguna de Cochicó. Hay que volver entonces diez y seis leguas por lo menos. Allí ha de estar el montesino, el ogro, con su hermano Lucho que es su sombra y su brazo. Y hacia Cochicó fueron nuestras armas. Penosa debía ser la travesía. Los derrames del Atuel habían invadido con su raigambre de cañadones una extensa superficie. Diez horas permanecieron nuestros bravos en el agua un día 25 de mayo frío y ventoso. Pasaron por fin aquel delta endemoniado. Ganaron una isla, ateridos y hambrientos, para recomenzar la jornada al día siguiente, no bien se iniciase el sol. ¡No había que dar tregua al fiero ranquel! El 27 se gana el rastro de Cochicó. Cruzan el bosque de chañares y jarillas y van a acampar a la vera de la serranía. Allí se muda caballos y se vuelve a tomar el camino hasta la laguna amarga. Un chasque del capitanejo Cumilao, sorprendido en el monte, denuncia la situación de Baigorrita en Cochicó. Allí está con Lucho, Fortuna y Cumilao. Pero, no contaban nuestras tropas con la astucia del indio, que es su naturaleza providencial. Baigorrita ha huído horas antes, al

otear como una fiera perseguida, la proximidad del ejército. ¿Hacia dónde? A Ranqueló, sin duda. Pero no se detiene aquí y vuelve nuevamente a burlar a sus perseguidores, emprendiendo la fuga hacia el Colorado. Le garronearán las pezuñas los ginetes del 9. Pero fué inútil. El gamo había nacido en las breñas y tenía el instinto ancestral del bosque. Se escurrió como una sabandija.

—¿Ve esa humareda? — le preguntó al coronel Roca, un ex-cautivo que se plegó a las tropas frente al jagüel de las Liebres. — Es Baigorrita que avisa a sus indios dispersos, encontrarse en la otra ribera del Colorado.

Dos meses después, en agosto, el gobernador de Mendoza, Don Elías Villanueva, comunicaba al general Roca la muerte del ranquelino. «Cayó Baigorrita en poder de las fuerzas, después de combate reñido. Huyó con diez indios, y el mayor Torres que lo perseguía, lo mató porque no quería rendirse.»

Este episodio ocurrió el diez de agosto a la margen del río Agrio.

*
* *

Con la muerte de Baigorrita y el sometimiento de grado o por fuerza de los grandes caciques, termina el imperio pampásico como entidad subordinada a la soberanía indígena. Pero no así el bandidaje desalmado en algunas comarcas. El país ranquelino, quebrado y

fértil, lleno de bosques, de médanos, de serranías y gramillales, era de fisonomía excepcional para prolongar las montoneras. El chusmaje aborigen, capitaneado por los útimos lanceros que restó la huída en los repliegues del camino, por largo tiempo merodeó en la comarca sometida, no obstante el optimismo de los conquistadores. Y precisamente, a la guerra sorpresiva que siguió a la acción sistemada, pertenecen los más bellos y emocionantes episodios militares. El encuentro de Cochicó que trata de perpetuar este monumento honrado y glorificador de la plaza pública, tiene los contornos de la epopeya. Se suscribió así aquella jornada de sangre y de valor. El el mes de julio de 1882, cinco meses después de fundado el pueblo de Victorica, el comandante Froilán Leiria, segundo jefe del regimiento 9 de caballería, desplegó al mando del mayor Nicolás Santerbó en persecución de los indios, una parte de la fuerza de su guarnición. Cuando estas tropas llegaron a Puelen, es decir a cincuenta leguas de Victorica, su jefe desprendió una partida de 26 hombres al mando de los oficioles teniente Tránsito Mora y alférez indígena Simón Martínez. Esta fuerza, con carácter de exploradora, debía patrullar por Cochicó («cochi», dulce; «co», aguada) y sus alrededores. Conocedores los indios de esta maniobra, tendieron su celada. Cuatrocientos ginetes, apostados en las breñas y en el monte, salieron al encuentro de los atrevidos exploradores. Eran las lanzas del bravo cacique Yancamil, cuyas depredaciones y salteos no habían encontrado castigo todavía. ¡Qué lejos estaba Santerbó para el auxilio! Rodeado Mora y sus legionarios, lucharon denodadamente en aquella demanda desigual de

uno contra quince. Agotadas las municiones, inutilizadas sus armas blancas ante las largas picas y las boleadoras, hubieron de pelear hasta con las piedras. ¡Qué dolorosa ultimación! Cuando Santerbó, avisado del encuentro, llegó al lugar de la jornada, habían pasado a la inmortalidad sus héroes bajo la envoltura sangrienta y gloriosa. Recordemos sus nombres: Cabos primeros del regimiento 9, Matías Rosales y Miguel Cardoso; cabos primeros distinguidos, Juan Suárez y Juan Márquez; soldados Tiburcio Vergara y Liberato Paez; cabo primero del batallón 10, Francisco López, y soldado Dolores Amalag.

Tal fué el episodio de Cochicó. Tal el monumento sencillo que la gratitud popular ha llevado a la plaza pública. Los despojos de los héroes humildes descansan en el atrio de la iglesia. Allí se levantará el monumento futuro, grande y significativo como la propia acción. Y cuando la Pampa, dejando su minoría de edad, se incorpore a la diadema constelada como una nueva provincia, — ¡gran provincia, sin duda! — y necesite fomentar el culto de los héroes propios, ya el sentimiento nativo volverá sus ojos al vallecito aquel, donde dos arroyos, que se tiran como dos culebras del cerro, ponen sus cintas de plata sobre el verde tamiz...

CAPITULO XXXIII

Un error capital en la fundación de Victorica. — Los campos de la Ganadera Nacional. — Manzanas, chacras y solares. — Los primeros certificados de posesión territorial. — La ley de escrituración y el título provisorio otorgado por la municipalidad. — Odisea de la propiedad privada. — Un decreto injusto contra una ley ambigua. — Cómo se coarta el florecimiento de una población. — Un «atentado legal». — Vecinos que pagan cuatro veces el precio de su tierra. — Los paliativos de la dirección de tierras y colonias. — Los casos de la sargento mayor doña Carmen Orozco y don Luis Gómez. — Un alegato interesante: el templo parroquial contra la biblioteca. — Hay que reparar el error y otorgar escrituras definitivas.

Hubo un error capitalísimo en la fundación de Victorica. La falta de un estudio catastral del terreno y la deficiencia de las cartas planimétricas levantadas fraccionariamente por el ejército, marginaron errores de ubicación que acarrearon graves consecuencias. Victorica se delineó sobre campos de la Ganadera Nacional, en la creencia de que se trataba de patrimonio del fisco. Este error hubo de subsanarse con una ley nacional que indemnizó con largueza el acervo privado. Pero ya el centro urbano, subdividido y loteado, estaba en marcha y su trasplante hubiera sido un fracaso. El agua buena, casi al ras del suelo, — de 5 a 8 metros de profundidad, — era su principal incentivo. Sus predios suburbanos, por lo demás, eran dóciles a la labor, blandos y fe-

races, con condiciones de primer orden para los cultivos hortícolas. El égido original comprendía 248 manzanas, divididas en cuatro solares cada una y 150 lotes de chacra de 100 hectáreas.

Cuando la obra miliciana tocó a su término y fué menester retirarse y entregar el nuevo pueblo a la acción civil de sus autoridades, los jefes pobladores, autorizados por la superioridad, entregaron a las tropas, certificados por los cuales se les concedía en propiedad solares y chacras. Los héroes, sustanciada tan brillantemente la campaña, buscaron el abrigo del rancho propio, trocando el fusil por el arado. Confiados en la modesta recompensa, construyeron sus poblaciones, labraron sus dehesas, y esperaron que la escritura, que era lo propio, canjeara en definitiva el certificado eventual. Pero, como aquel comisario pagador, largamente esperado por los milicos de la frontera, la escritura no llegaba nunca ni ha legalizado todavía la posesión del solar...

Con incertidumbre, con pesimismo, frente a la regresión propia del que cultiva para que coseche el vecino, se inicia la odisea de aquellos hombres de labor arraigados al suelo, firmes en el rudo bregar, pero huérfanos de todo estímulo y de toda protección. Se registra, por fin, una ley confiriendo atribuciones a todos los municipios de la Pampa para conceder y escriturar las tierras perimetrales a los pobladores que estuvieran dentro de la ley, — es decir que hubiesen alambrado, poblado y hecho un pozo dentro de la posesión. — Pero esta legislación fué, sencillamente, un paliativo. Concurrieron los pobladores de Victorica. La intendencia les

dió títulos, pero títulos provisorios que no pudieron canjearse por definitivos.

¿Qué hizo el gobierno nacional después? Anula la ley con un decreto y procede con el criterio más injusto y desprovisto de toda equidad, a la anulación de las tierras del égido y a ponerlas nuevamente a la venta. Victorica había pasado ya sus días de prueba. Su infancia, difícil y gloriosa, se trocaba en floreciente juventud. No era ya la alquería de los primeros tiempos. Era el núcleo social, lozano y fuerte, que no podía detenerse en el remanso como la piedra del arroyo. El conglomerado de casas, había alcanzado su tonificante edilidad. Era fuerte su comercio, fácil su vida, manifiesta su prosperidad y su labor. Casas de mampostería en reto a los ranchos fundadores, carreteras expeditas y ampliadas por el tráfico, irradiando como un sistema arterial por la inmensa campiña; plantaciones y arbolados, estancias y sembríos. Tal era el exponente de aquella joven población, cuya influencia debía pesar en forma definitiva sobre el dominio conquistado, ansioso de civilización.

Pero estos títulos no debieron ser suficiente timbre de honor para el gobierno nacional, que en forma tan inconsulta borraba de un plumazo el sacrificio de aquellos valientes pobladores. Se puso en vigor el decreto, violatorio de la ley. Volvió a transarse la tierra. Y como la mayor parte del vecindario había poblado de firme, muy pocos pusieron resistencia a este «atentado», que venía a poner cada propiedad frente al remate compulsivo por deudas ilusorias al fisco... Y se dió el ejemplo, poco edificante para el Estado, de que hubo propie-

tario que pagó más de dos veces su solar, siendo notorio el caso de doña Carmen Orozco, la sargento mayor del ejército expedicionario doña Carmen Orozco, — ¡oidlo bien! — esposa de militar, quien ha pagado cuatro veces el valor de su propiedad. ¡Ingrata patria!...

Por repetidas veces la dirección general de tierras, mandó sus inspectores en tren de investigación más que de arreglo. ¿Qué se ha hecho hasta ahora? Nada. Los pobladores siguen reclamando infructuosamente sus derechos, a pesar de haber cumplido con la ley. Esta circunstancia, de inestabilidad posesoria, imposibilita las operaciones bancarias y comerciales, por la dificultad, en caso necesario, de disponer como responsabilidad, de la garantía raíz que es lo corriente en esta clase de transacciones.

Un caso concreto y que da la pauta de este desbarajuste, es el ocurrido a don Luis Gómez, viejo poblador de Victorica. Gómez, que tiene una hermosa casa edificada, posee dos títulos de propiedad de su terreno: uno, firmado por la municipalidad; otro por el ministerio de agricultura (dirección de tierras y colonias). Un buen día recibe este poblador una nota de tierras y colonias compeliéndole a que en el término de treinta días «arreglara su situación». De otra manera se daría por caducada su ubicación en el terreno. ¿Qué situación? ¿Se pretende, acaso, que este progresista vecino pague por tercera vez su terreno? ¿O es que esta odiosa situación no lleva miras de acabarse nunca?

No deja de ser interesante este otro caso: la manzana donde está la municipalidad, la biblioteca y el templo parroquial, frente a la plaza, fué edificada por el

ejército y con el contingente de algunas dádivas particulares. Allí estuvo el cuartel del 9 famoso. La iglesia, que aparentemente tiene zanjada su situación posesoria, mediante una escritura otorgada por tierras y colonias, tiene, según este documento, derecho a todo el solar de 50 x 50. Con esta superficie invade el local de la biblioteca. ¿Irá la biblioteca a la calle con sus 3000 volúmenes y su gran simpatía popular? Sería curioso... Pero ha de primar el buen tino, y el obispado platense, a cuya diócesis corresponde este templo, no ha de permitir el alegato entre tan altas instituciones.

Debe terminar de una vez este estado inestable de la propiedad privada, que tanto afecta al desenvolvimiento de Victorica. El presidente de la República, Dr. Hipólito Irigoyen, que con austera equidad, se ha avocado el conocimiento y solución de los viejos escándalos de la tierra pública, debe tender sus ojos a este pueblo, lleno de esperanza y de gloria, reparar el error de los predecesores y darle de una vez el poco de justicia que reclama.

Hasta él elevamos nuestra queja, solidarizados en la demanda común.

CAPITULO XXXIV

El porvenir agrícola de Victorica. — La viña y sus industrias derivadas. — Los parralitos urbanos. — Visitando viñedos. — En la quinta de don Pascual Mazzuco. — Cuatro racimos con 16 kilos de peso. — Los viduños fundadores. — Sarmientos de Villa Mercedes. — Duraznero, perales y almendreros. — Con don Domingo Lemme, entusiasta viñador. — La moscatel rosada. — La quinta de don Medardo Bustos. — Las colonias ganaderas del noroeste. — Rasgos de los últimos criollos... — Una semblanza. — La colonia Epumel. — Error de ubicación. — Efectos de la falta de agua. — Los campos vecinos. — La colonia Mitre, del cacique Morales.

El porvenir agrícola de Victorica tendrá un valiosísimo factor en la viticultura, y en consecuencia la industria derivada del vino. Es excepcional su tierra para esta clase de cultivos. El obstáculo, que puede salvarse, tratándose de extensiones reducidas, es el régimen de las lluvias. Las lluvias no obedecen a una regularización más o menos aproximada. Pero esta condición meteorológica del clima, tiene su compensación con el riego artificial y el molino. Puede asegurarse que casi no hay quinta ni propiedad urbana que no tenga su parralito o su espaldero. ¡Y qué productos! Un hortelano, cuya finquita es un pequeño paraíso, — el italiano Pascual Mazzuco, — envió hace algunos años al general Victorica, cuatro racimos, hijos de una moscatel rosa-

da ya provecta. Diez y seis kilos bien medidos pesaba esta lujuriosa cosecha.

Los viduños fundadores, primitivos como los de Noé, datan de veinticinco años atrás. La crónica de entonces trae hasta nosotros la nómina de los ensayadores: Domingo Lemme, José Ares Bustelo, Inocente Rebollo, Pascual Mazzuco. Después prosiguen Medardo Bustos y otros. Popularizado el éxito, se difunde los cultivos, se tecnifica las clases, se perfecciona las instalaciones y se organiza viveros con buen resultado. Esta comprobación tienta a la empresa. Y por ahí queda en arreglos una cooperativa que hubo de sentar tienda con capitales y prácticas adquiridas en Mendoza.

De muy buen grado visitamos los viñadores de significación, distribuyendo nuestra mañana entre las huertas de Mazzuco y de Lemme.

Mazzuco tiene una hectárea que compró en 1897. Posee además, una chacra de 88 hectáreas, sobre la que no le ha caído en gracia, como a todos, el título definitivo.

—¿Cómo inicié mi viñedito? — nos dice con modestia. — Pues, desde Mercedes de San Luis hice venir un manojo de sarmientos. Eran diez varillitas de moscatel blanca y negra. Llegaron en diligencia. Las planté y rindieron. Las podas de esas plantas me sirvieron después para extenderme. Ya ve usted. Y no están tan mal que digamos. ¿No le parece? El año pasado me las dejó arruinadas la langosta. No me quejo este año...

Y en verdad que están pampanosas y frescas las vides. No obstante, de vez en cuando, la mirada investigativa descubre entre el follaje alguna hoja donde la antragnosis ha puesto su carcoma color de tabaco. Pero

es sencilla la profilaxis para el parral enfermo y Mazzuco, que es horticultor de cepa, sabe utilizar los recursos del sulfato y la cal para prevenirse.

Están magníficos los perales y los almendreros. El duraznero no da los resultados apetecidos en la comarca. Vive cuatro o cinco años. A los dos produce fruta. Luego se achaparra y se muere. Mazzuco opina que es por la flojedad de la tierra. Los almendros sí que rinden y se vuelven viejos. De cuatro plantitas que tiene por vía de ensayo, ha recogido el año anterior cuatro bolsas de 45 kilos cada una.

Estos datos sencillos y veraces, son una comprobación de la excelencia agrológica del suelo para determinados cultivos. Nos despedimos de este simpático trabajador.

—Esto que usted ve, — nos dice Mazzuco al cruzar la huerta llena de sombra, acompañándonos hasta nuestro coche, — era un monte de caldenes cuando lo adquirí. Ahora hay viñas y perales... Pero créame, señor, no se ayuda el esfuerzo y a uno se le va, a veces, hasta el coraje de trabajar...

El viñedo de don Domingo Lemme es un parral elegante y cuidado. Parece un vergel. Se explica que medie más un propósito deportivo en cultivar esta plantación que en sacarle utilidad. Lemme es comerciante antiguo y goza de buena posición pecuniaria.

También sus sarmientos vinieron como los de Mazzuco, de Mercedes. Predomina la uva moscatel, aun cuando tiene un poco de francesa.

Este vecino, uno de los hombres más caracterizados

y más antiguos de la población, tiene fe en el porvenir que le está reservado a la viticultura.

Otra de las quintas que merece mención especial es la de don Medardo Bustos, vecina a la estación del ferrocarril y cuyo producto no sólo se relacione con la viña y los árboles frutales, sino con las hortalizas. Es un cultivo este, donde su propietario ha puesto en práctica los procedimientos aconsejados por la tecnificación agrícola; y es por ello que la tierra remunera su labor con productos excepcionales.

***

La colonización ganadera en los departamentos de Leventué y Chalileo, — es decir la extendida comarca comprendida entre Victorica y la ribera del Salado, — va tomando cuerpo día a día. Los pobladores de esta región son, en su mayor parte, criollos. Mientras las sementeras inician sus primeras tentativas, con resultados halagüeños en la parte oriental, adelantándose el ferrocarril que unirá a Victorica con Santa Rosa, los hijos del país, ganaderos nativos, se aventuran al oeste donde abundan los campos de pastoreo. Y no se sospeche que es una retiscencia criolla este aspecto silvestre de la industria ganadera, demasiado tecnificada en la región para que pudiera creerse regresiva. El criollo no es agricultor; y si con resultados exiguos ha de ser arrendatario en los campos próximos al poblado, prefiere habilitaciones o medianerías ventajosas, lejos, eso sí, pero con

libertad. ¡No es para la jaula esa ave nacida en la soledad infinita de los campos! Y no le creáis ni hosco, ni atrasado, ni tímido.

—Nuestro criollo, — nos dice un respetable vecino de Victorica, — se ha modificado mucho. Es generoso, como siempre, pero no derrochador. La vida cara le ha llevado a la economía sin estrechez. Ya no es el nómade de que habla la leyenda campesina. Se arraiga, refina y cuida su hacienda como el mejor ganadero. Para defender sus productos, se ha hecho comerciante. Lee o hace leer los precios y el movimiento del mercado. Trae sus animales a las ferias; y, lo que hubiera parecido increíble hace algunos años, deposita el excedente de sus operaciones en caja de ahorros del Banco de la Nación.

Tal, en pocas palabras, es el criollo del noroeste, difundido en un setenta por ciento en la población general de aquellos campos.

En lo que no ha estado acertado el gobierno es en la organización de algunas colonias, malogrando, desgraciadamente, las energías de numerosos pobladores. La colonia Epumel (su verdadero nombre debía ser Epumer), fundada hace diez años, constituyó al principio un foco de atracción para una apreciable masa de modestos ganaderos. Se loteó la tierra en fracciones de 600 hectáreas. Pero fué una organización a ojo de buen cubero, sobre el mapa, como quien dice, y desconociendo en absoluto, las condiciones de la tierra. No se hizo esperar el fracaso. ¡Ah de los pobres colonos con el agua a 100 metros de profundidad! Fué doloroso el engaño bajo la sanción formal del gobierno. La colonia Epumel está hoy casi abandonada, a pesar

de la oferta seducente de ventas fáciles y por grandes extensiones. No podía ocurrir de otra manera en aquellos terrenos donde un jagüel cuesta de 4 a 5000 pesos, y si es un semisurgente, algo más.

Tal fracaso se debe única y exclusivamente a la forma inconsulta de organizar esta colonización, sin haber antes estudiado con empeño la calidad de las tierras y sus facilidades para los cultivos. Campos linderos a Epumel, que han sido fiscales, son hoy praderías artificiales, debido a las ventajas del subsuelo y a la proximidad del agua. Citemos algunos establecimientos: Pichimericó, Los Manantiales, Los Cerrillos, etc., todos de la sección 13.

Algo parecido a Epumel ha ocurrido a la colonia Mitre, cuyas tierras fueron entregadas al cacique Morales y su tribu. El agua escasa es la rémora opuesta a la prosperidad de este valle de tierra feraz. Sólo dos lotes de chacras son los favorecidos por pozos propicios y en donde la colonia encuentra, en los momentos precarios, el manantial aplacador que abrió Moisés en la peña del Sinaí...

CAPITULO XXXV

En la estancia La Morocha de don Armando Lernoud. — El vallecito próvido. — La faena matinal. — En el parque. — Departiendo con el señor Lernoud. — La ganadería de antaño. — Los primeros toros importadores. — Odisea ganaderil. — Mestización moderada y eficaz. — Crianza y engorde. — Los alfalfares. — ¡Maldita sequía! — El agua subterránea y pluvial. — Un alfalfar espontáneo. — Detalle sugerente. — La necesidad de lluvias oportunas y no excesivas. — Parvas y no silos. — Un poco de pesimismo. — El monte de La Morocha.

Aprovechamos la mañana primaveral para visitar el establecimiento ganadero La Morocha, de D. Armando Lernoud, distante cuatro leguas de Victorica. El camino tenía sus trechos de pesado arenal. Ya en la tarde anterior, el auto que nos conducía, no tuvo fuerzas para trasponer el médano, acostado como un dragón sobre la carretera. Y nos vimos obligados a regresar a la población, a pie. Pero este virlocho que nos conduce ahora es ágil y son fornidas las bestias que lo arrastran. Volvemos a cruzar sobre la duna brava, bordeando el deslinde de La Morocha hasta las primeras matas del gran monte. Torcemos de allí a la izquierda. A poco andar, la depresión del terreno, dilatándose hasta el horizonte, se abre ante nuestros ojos en amplia vega. Abajo, en los cuadros de alfalfa, faenan los carros forrajeros. La horquilla de los emparvadores levanta el henar,

oreado ya, para hacer los almiares. La estancia emerge como una cenefa a espalda del valle destacando sus umbrosas alamedas.

Bajamos. No son las siete de la mañana todavía. El establecimiento está en plena labor. Junto a los galpones, el personal acondiciona, en parva enorme, la alfalfa del valle. Un hijo del señor Lernoud, joven y bien plantado, que no puede negar su tipo francés, capitanea el grupo. Con él paseamos por las calles del parque bajo los enormes carolinos y árboles de importación, cuya convivencia en el solar ha de haber costado ingentes sacrificios. Es una nota de buen tono este parquecito, propia del espíritu francés, no muy peculiarizado por las iniciativas, pero inteligente, fino y amante de la comodidad. El verde tornadizo y amable suple en el parterre artificiado y en la variedad del adorno arborícolo, la exigüidad del jardín, incapaz de ser pródigo bajo el azote de los vientos fríos o el ardor tropical.

***

Momentos después departíamos con el señor Armando Lernoud.

—La ganadería mestizada en esta zona, — nos dice el señor Lernoud, — se inició en 1900. Se organizaron en aquella época algunos establecimientos de crianza e invernada. Los preliminares, sin duda alguna, se deben a don Alfonso Capdeville, quien diez años atrás, en

1890, dió el primer envión a la industria ganaderil de la comarca.

«En 1902, es decir dos años después de haber formalizado este establecimiento, traje de Inglaterra dos toros puros. Fuí, en consecuencia, el primer ganadero de la zona, que tentaba el ensayo de la alta mestización, en contraposición a todos los inconvenientes imaginables. Estos sementales vinieron en tren hasta Santa Rosa. De Santa Rosa aquí fué menester traerlos a pie. Para este traslado se empleó más de un mes. Traerlos en carretas, con los malos caminos de entonces, hubiera sido poco menos que imposible. Vinieron pisada sobre pisada, sin molestarlos cuando no querían caminar y con el consiguiente convoy de auxilio, carro de forraje y carro aguatero. Cada uno de estos ejemplares me había costado alrededor de 6000 pesos.»

Nos imaginamos la importancia de este prolegómeno de la industria, que fué sin duda, el precedente alentador, que desbrozó el camino a los demás ganaderos de la zona.

A estos sementales fundadores, siguieron otros toros importados, que apresuraron la tecnificación de las haciendas. El primer lote de vacas casi puras, que vino a romper el sello criollo de la ganadería comarcana, estaba compuesto de 80 ejemplares de tipo Durham, que procedían de la cabaña Stenz de Vedia, en la provincia de Buenos Aires. También a este selecto plantel le tocó su parte de odisea en una arreada desde Buena Esperanza hasta La Morocha.

Actualmente el establecimiento, que dedica su aten-

ción a crianza y engorde, conjuntamente, tiene un total de 1500 vacas Durham.

Podría argüirse que esta cantidad de ganado es ínfima para una extensión de 17.000 hectáreas que comprende el campo de La Morocha. Pero en esta superficie cuya mitad está invadida por el monte talar, no han prosperado en la forma anhelada los alfalfares, debido a los años de persistente sequía. El señor Lernoud nos informa, con cierto excepticismo, sobre el resultado de sus cultivos forrajeros.

—La alfalfa da bien, siempre que la lluvia sea pródiga, — nos dice. — Hay que refinar el campo paulatinamente, pues por la flojedad de la tierra, resulta que con un par de aradas se forma médano. Al comienzo sembramos de 6 a 7000 hectáreas. No llovió y se perdieron. El agua es problemática, además. Las napas corren de diez a quince metros, pero suelen estar a profundidades no menores de cien. El anterior fué un año pésimo para la alfalfa.

—¿Y este año? — interrogamos. — Porque el cuadro próximo a la estancia es un primor...

—Vea usted lo que ha ocurrido con ese cuadro. En el mes de mayo, imbuídos del pesimismo anterior, sembramos ese campo, pero a la de Dios que es grande: sin arar la tierra. Se empleó solamente la rastra de discos, tanto para desparramar la simiente. Y ahí tiene usted: la alfalfa es una maravilla. El prodigio lo ha hecho la lluvia; ni más ni menos.

—¿Y cuál es el promedio de lluvia en la comarca?

—En 1915 llovió 467 milímetros; en 1916, 244; y en lo que llevamos de 1917 hasta octubre, 363 milímetros.

Como se ve por estas cifras, no es la escasez pluvial lo que ocasiona el fracaso en los forrajes; es la falta de oportunidad en las lluvias. Así vemos que con un milimetraje tan exiguo como el que registran estos tres trimestres, los alfalfares de mayo han alcanzado una lozanía excepcional, con sólo aventar la semilla y distribuirla en la tierra con un rastrillaje superficial.

No siendo hasta ahora de un resultado seguro la alfalfa, el procedimiento de los silos no se ha puesto en práctica aún. El almiar es un depósito más inmediato para los momentos apremiosos del ganado. Arguye, además el señor Lernoud, que para los silos subterráneos no se presta el suelo, por su falta de densidad. La arena es un inconveniente insalvable, según su opinión.

Nos explicamos que este espíritu de hombre de progreso, trabajado por ingratas alternativas en el rendimiento de su labor rural, tenga su poco de pesimismo, después de haber afrontado con voluntad serena aquellos difíciles preliminares del refinamiento ganaderil. Tal vez dentro de aquella acción tesonera ha faltado un poco de iniciativa para alternar los cultivos del campo con rendimientos de otra naturaleza, o un empecinamiento cerrado ha circunscripto la constante labor alrededor del círculo vicioso de cebar vacunos en alfalfares problemáticos. Y no se puede tomar como ejemplo, ninguna desilusión aquí en Victorica, donde cuarenta leguas afuera hay establecimientos como Ventrencó con diez y seis leguas de campo destinadas a cría y engorde y a donde ha ido a plantar alambrados con postes de fierro la garra inglesa, valiente y tenaz.

—¿Y el monte? — interrogamos.

—El monte he dejado de explotarlo, — nos dice el señor Lernoud. — Hoy por hoy, no rinde la leña como negocio. Son malos los caminos. Son pesados los fletes...

*
* *

Momentos después nos despedimos del señor Lernoud y de su hijo. Ascendimos por el camino. Ganó el «charret» la loma. Desde la meseta volvimos la vista atrás. Abajo, en el valle, verde como una esmeralda, levantaban el henar los horquilleros, mientras los pájaros silvestres saludaban la mañana radiosa con una pastoral...

CAPITULO XXXVI

La región del Noroeste. — El eterno prejuicio. — Los argonautas. — La obra de don Alfonso Capdeville, fundador de Telén. — Fomento, población, industrias rurales e intercambio comercial. — Servicio de mensajerías y tráfico carretero. — Las primeras construcciones. — Telén, gran centro de operaciones comerciales. — Edificios públicos. plaza y templo, obras a todo costo. — El primer servicio de alumbrado eléctrico de la Pampa. — El Banco de Crédito Rural de Telén. — Decaimiento de Telén con el retiro de su gestor. — Optimismo sobre el futuro de este centro. — En los cultivos y la subdivisión agraria, Telén asegurará su vitalidad. — El latifundio, siempre el latifundio! — Establecimientos pastoriles de importancia. — Alfalfares y napas subterráneas. — El lejano suroeste. — Las secciones 10, 15 y 20. — Ganadería lanar mestizada. — Campos medanosos y campos fértiles. — 1000 ovejas por legua en la proximidad del Salado. — La colonía de los últimos Puelches. — La tierra de la zona tributaria de Telén. — Precios de 30 a 40 pesos por hectárea y de 15 a 18. — Un gran horizonte para los capitalistas. — Algo sobre los caminos. — Los viajes largos. — Hay que arreglar los caminos y acortar las distancias.

Pesa sobre la zona oeste de la Pampa un injusto prejuicio, el mismo que hace poco más de veinte años gravitaba sobre todo el territorio, malogrando las más bellas iniciativas. La campaña al desierto cerró el legendario interrogante. Roto el misterio para la incredulidad de Buenos Aires, el capital inteligente buscó su aco-

modo en la tierra conquistada. Se extendió el horizonte de la ganadería, se abrió paso a paso, llevando con sus rieles civilización y bienestar. Y bien: no ha hecho todo la conquista. Las pampas del oeste esperan todavía, como el bíblico solar, el advenimiento transformador. Malos gobiernos, iniciativas débiles, indolencia oficial y privada, han sido los factores negativos puestos como una infranqueable barrera para la prosperidad de aquellos campos. Por eso, cuando aparece una figura de garra, que se levanta como la sombra de Anteo a retar el obstáculo, el excepticismo intolerante no admite en la acción nueva el propósito levantado, sino la tentativa especuladora y aviesa.

Tal habrá ocurrido a ese hombre de envergadora, a ese gran francés, tipo de los modernos colonos del Madagascar. don Alfonso Capdeville. ¿Y quién es Capdeville? — preguntarán los burócratas de todo el país, los afincados cómodos que pasan el día mirándose la panza como los fetiches. — ¡Pues nadie!... Capdeville fué el fundador de Telen, buscador del vellocino que plantó su tienda, — que decimos: su castillo! — treinta leguas más allá de los últimos durmientes del ferrocarril; que dió impulso formidable a una inmensa comarca; que depuró de bandidaje los campos, allanó los caminos y llevó el intercambio comercial hasta los puntos más remotos del oeste, hasta Colonia Mitre, hasta el Odre, hasta Santa Isabel, Algarrobo del Aguila y la Copelina. Y después de dar vitalidad a toda esta región, de organizar su comercio, de estabilizar una nutrida población, fomentar las industrias rurales, valorizar la tierra, fundar bancos y propender a todas las iniciativas,

envuelto en la veleidad de los negocios — ¡Anteo, al fin! — va a poblar el establecimiento. El Sosneado, llevando, como una águila, el empuje de su espíritu civilizador hasta los valles mendocinos del sur, ignotos y feraces.

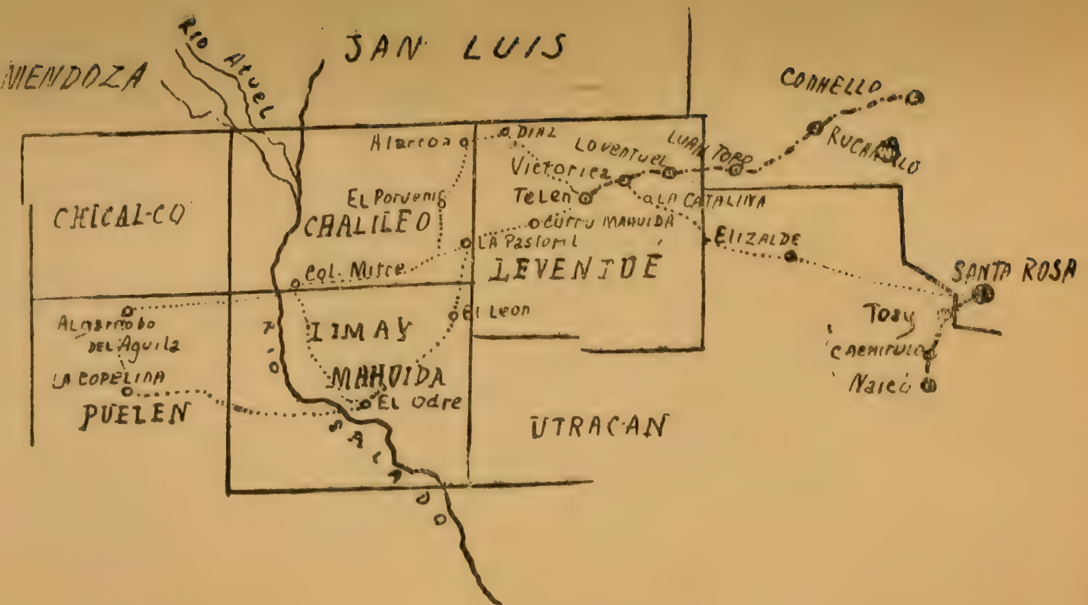
El tren del oeste no llegaba a General Pico aun, cuando Capdeville planta la primera piedra de la naciente población. Como medida previa, se organiza un servicio de comunicaciones y pasajeros entre Victorica y Telén, a base de diligencias bisemanales, en comunicación regular y directa con la capital del territorio. Para el transporte de las mercaderías y productos regionales, se establece un servicio de tropas, nutrido y bien aviado. Pero esto no era el desiderátum para la economía vecinal, destinada a una costosa edificación con el encarecimiento de los materiales. Capdeville, que no sabe abandonar a los suyos, afronta con valentía las dificultades preliminares y da el ejemplo en la empeñosa labor. Su casa, sita en el punto más alto de Telén, no es una casa: es una montaña, aferrada al suelo como un sello inconfundible de estabilidad. Con esta fábrica, que parece una ciudadela, se inicia la edificación urbana. Sigue su casa de negocio que abarca una manzana y que giró bajo la firma de A. Capdeville, Ares, Rebollo y Cía., con amplio hotel, talleres de carpintería y herrería montados con maquinarias modernas y una barraca de frutos con prensa hidráulica y a donde por muchos años, vino a volcarse la cosecha de lanas de toda la región hasta los límites con San Luis y Mendoza. Complementan estas construcciones hechas a todo costo, los edificios para el correo y la es-

cuela. En este tren vertiginoso de progreso, nada de extraño es que Telén sea el primer pueblo de la Pampa que haya tenido luz eléctrica. ¡Bello apresuramiento esta electrificación de su alumbrado público, cuando aun no había llegado en tren! Esta sola nota da la medida del gran espíritu de su fundador.

Conjuntamente con estas primeras manifestaciones edilicias, se daba la nota amable con la plaza pública que es un primor y la que fué necesario tapiar con una pared de un metro de alto, para resguardar contra los vientos las plantas exóticas que dieron tonalidad y alegría a sus jardines. La iglesia parroquial, de tipo elegante, reclamó para su construcción, una suma no menor de 50.000 pesos. Fueron tiempos felices aquellos de la infancia de esta interesante población, cuando la abundancia fué nota característica de una creciente prosperidad vecinal, y la gran casa del señor Capdeville, verdadero emporio y verdadero blanco de la zona, vió eternamente en sus canchas de embalaje y en las calles adyacentes, hasta cincuenta carros diarios cargando y descargando mercadería.

Fué aquello una racha de bienestar para todos los pobladores, situación que se hizo más accesible con la fundación del Banco de Crédito Rural de Telén, establecimiento constituído por acciones y con un buen capital. Este banco trabajó seis años holgadamente. Con el decaimiento de Telín clausuró sus operaciones, estando actualmente en liquidación.

Son estos, en síntesis, los primeros pasos de Telén. Pero, como todas las obras personalísimas que llevan el sello inconfundible de sus gestores, Telén sintió el va-


SAN LUIS
MENDOZA
Rio Atuel
CHICAL-CO
CHALILEO
LEVENTUE
LIMAY
MAHUIDA
PUELEN
UTRACAN
Alarcon
Diaz
Loventuel
Victorica
Telen
La Catalina
Curru Mahuida
La Pastoril
El Porvenir
Col. Mitre
El Leon
El Odre
Elizalde
Conhello
SANTA ROSA
Toay
Naicó
Algarrobo del Aguila
La Copelina
Rio Salado

cío, cuando reveses de fortuna alejaron de su seno a su esforzado fundador y «alma mater» de aquella brillante iniciación. Hoy ha decaído. Pero somos optimistas sobre el futuro que le está reservado todavía. Telén supervivirá al sacudón y al amodorramiento. En esta parálisis en que vegeta hoy, son diversos los factores que operan con fuerzas negativas, pero que irán desapareciendo poco a poco.

Capdeville no fué un visonario. El tenía fe en el éxito de la aventura. El sabía que el triunfo de Telén sería definitivo, cuando los campos circundadores cayeran en cultivos. La agricultura haría el prodigio. Pero la agricultura se ha retardado demasiado, y esto no estaba en los libros del señor Capdeville. ¿Por qué se prolonga esta evolución que tiene que venir fatalmente? Porque el latifundio ahoga todavía al centro urbano. Y los terratenientes, que antes de fundarse Telén, hubiesen realizado sus campos por dos cobres, una vez floreciente el centro urbano, se dejaron llevar por el optimismo y pidieron cifras fabulosas por su heredad. No se pudo subdividir y, en consecuencia, no se pudo sembrar.

Cuando esto ocurra, Telén renacerá con más vigor.

* * *

Toda la zona oeste que arranca de Victorica está comprendida por establecimientos pastoriles, algunos de notoria importancia. Hasta Santa Isabel, treinta leguas al oeste, los campos están alambrados. Las condiciones agrológicas del suelo, son variadas. Donde el agua está

próxiam a la superficie, no tardan en arraigarse los alfalfares. Pero las napas son veleidosas y corren a profundidades de 3 a más de 100 metros. Y ocurre a menudo que en los campos donde el agua está más distante, la tierra, morena y blanca, es de condiciones excepcionales para cultivos.

Mucho más retirado, al sudoeste, la ganadería lanar se especifica en cruzas rambouillet y lincoln. Los prados artificiales son escasos. Se aprovechan las hondonadas para alfalfares, pues los terrenos altos son, por lo común, pedregosos.

La sección 20 letras B y C, están muy pobladas con hacienda ovina. Lo propio ocurre con las secciones 10 y 15 del lado de Pichi-Mahuida. En la colonia de los puelches, a treinta y cinco leguas al oeste de General Acha, han mestizado sus ovejas. Tienen también sus moradores, numerosos rebaños de cabras. Los pobladores aborígenes, últimos restos en el dominio secular, van retirándose para el Colorado y las cordilleras. La población de esta comarca central oeste es española, en general. Hay pocos italianos y algunos franceses. Los campos son regulares, a veces medanosos, pero en general, con buenos pastos. Sus ocupantes aseguran que pueden mantener 1000 ovejas por legua; pero puede afirmarse, que bien explotados estos campos, dan un rendimiento muy superior. 1000 lanares por legua es el resultado del aprovechamiento rutinario, sin aspiraciones y a la de Dios que es grande. En las proximidades del Salado, la tierra tiene precios que oscilan entre cinco y ocho pesos la hectárea. Los campos tienen por lo común, montes de jarilla, piquillin y alpataco.

Pero hablamos de tierras muy distintas de Telén y en el paralelo de General Acha. Volvamos a la región tributaria del oeste.

*
* *

¿Precios de la tierra? Imposible fijarlos por el momento, dado la época anormal para esta clase de transacciones. Antes de la conflagración europea, la tierra de esta zona, de Telén afuera, tenían un valor de 30 a 40 pesos la hectárea. Estas mismas tierras se cotizan hoy con precios que oscilan entre 15 y 18 pesos; y entre 12 y 15 tratándose de terrenos alejados de las poblaciones. Pero estas cotizaciones, lógico es, no son definitivas. Desaparecidas las trabas que dificultan las operaciones en tierras, estos campos marcarán cotizaciones estimables. En nuestro concepto, los capitalistas podrían emplear muy bien su dinero en adquisición de tierras en el oeste, en la seguridad de que con solo el repunte de los precios, que vendrá muy en breve, se realizarían pingües negocios. Por lo pronto, los arrendamientos han comenzado a subir, arguyendo los propietarios para fijar sus aumentos, la valorización de los productos de la ganadería y especialmente de las lanas.

En materia de caminos, no podemos, por desgracia, decir nada halagador. En general, son pésimos. Nada han hecho los gobiernos por mejorar la vialidad del

oeste. Los convoyes con mercaderías que van a los centros y colonias retirados, desde Victorica y Telén, emplean por lo general, toda una semana en viaje redondo. Esta demora se debe, en parte, a los malos caminos. Los propietarios de campo, tan alejados de la fiscalización gubernativa, no cumplen con las prescripciones del código rural en lo que se relaciona con los caminos carreteros. Comunmente cercan grandes extensiones de campo, sin abrir las tranqueras reglamentarias. De aquí que las distancias se hacen enormes y los viales quedan librados a sus malos pasos, sobre temibles médanos, quebradas fragosas o encerrados entre interminables alambrados.

—Cuando tenga la Pampa un gobierno que se preocupe de sus intereses y se avoque a las necesidades de la zona del oeste, — nos dice un vecino prestigioso de la comarca, — es probable que los caminos continúen siendo malos, pero tenga seguro que las distancias serán mucho más cortas.

«La acción del gobierno, — agrega, — debe circunscribirse muy especialmente a satisfacer estas necesidades: extender sus líneas telegráficas; estimular el avance del ferrocarril; y mejorar la vialidad de la campaña.»

CAPITULO XXXVII

La Fiesta del Grano. — Una ceremonia que será clásica. — El santoral de las cosechas. — La eterna Céres. — Iniciativa del ingeniero Roberto P. Godoy. — El triunfo pampeano en el concurso de la Bolsa de Cereales. — La sociedad Rural Argentina. — Quiénes fueron los agricultores laureados. — Campeón de trigo híbrido. — Don Andrés Giordano, triunfador. — Precedentes. — La distribución de premios. — Una identificación laboriosa. — La previsión de una mujer. — La ceremonia trascendental.

Con la Fiesta del Grano, celebrada por primera vez en Santa Rosa el 16 de noviembre de 1913, se incorpora al calendal agrícola de la Pampa, una ceremonia destinada a ser clásica. Ceres, tuteladora de las sementeras, reclamaba su santoral. Tal vez la fecha, no muy apropiada, tenga su modificación en los festivales del porvenir y se arraigue en febrero, por ejemplo, con el grano en los trojes o en el trasatlántico. Ya lo dijo el Exodo de Moisés: «la fiesta de la cosecha, cuando cogieres tu trabajo del año». Pero, sea como fuere, reclama el triunfo del cereal su advocación consagratoria. El trasunto es oriental y eterno como la belleza. Flora fué la simbolización gentilicia que enseñó a los griegos a consagrar sus viñas y a amar en el perfume y el color de los prados la grandeza del sol. Roma, recoge el modelo y lo perpetúa en la diosa del pan, hija de Saturno

y nodriza de la dorada mies sobre las campiñas tiberianas. Y se llamó Ceres.

De entonces acá el símbolo la eternizó como el hada maravillosa, con su túnica blanca y bajo cuyo aliento promisor cubriríanse de verdura las hazas y caería el polvo de oro sobre las espigas.

La Fiesta del Grano en la Pampa, es la fiesta a Ceres, que prendió a la tierra el arado y roturó el labrantío, que desparramó la simiente y puso en el alma de cada labriego su gota de esperanza y su gota de amor. Poetizarla en su fiesta patronal, es enguirnaldar sus cabellos con una égloga de Virgilio, es volcar en su holocausto el ánfora de la gratitud donde bañaron su esperanza los pueblos migradores de toda la tierra que vinieron en busca del azul de nuestro cielo y el abrigo de nuestro solar. Por eso es que sentimos hondo la influencia de esta consagración sencilla, evocadora y sentimental.

La Fiesta del Grano, corresponde como iniciativa al agrónomo regional, ingeniero Roberto P. Godoy, iniciador, asimismo, del primer Congreso Agrícola de la Pampa, que se acaba de celebrar con éxito en Santa Rosa.

En el concurso de cereales, organizado en setiembre de 1913 por la Bolsa de Cereales de Buenos Aires y la sociedad Rural Argentina, cupo en suerte a los trigos de la Pampa, la adjudicación de diversos y significativos premios.

El premio por trigo barletta fué adjudicado a don Bartolomé G. Perrando y Cía., de Colonia Castex; el correspondiente a trigo ruso, a don Francisco Malvici-

no, de General Pico. Campeón regional de lino fué declarado don Juan B. Berisso, de Arata; por avena obtuvo el premio don Juan Santiago, de Bernasconi. Don Guillermo Boerr, de General Acha, alcanzó campeonato por semilla de alfalfa. Por centeno, obtuvo el premio don Boiso Monticelli, de Utracan.

Bastaría sólo esta nómina para demostrar palmaríamente la importancia que habían alcanzado en el territorio los diversos cultivos. Pero, sobre este halagador resultado del certamen, había un premio máximo: el campeón nacional. Este premio, el más significativo y valioso del concurso, lo alcanzó con su trigo híbrido, el cultivador don Andrés Giordano, chacarero de las colonias Inés y Carlota, vecinas a la capital del territorio.

Ya en 1907, un agricultor de aquella vecindad, había obtenido el primer premio, — medalla de oro, — adjudicado por el ministerio de agricultura, en un concurso de cereales. Este nuevo triunfo, era la consagración definitiva sobre la calidad productora de la Pampa. Y hubiese sido malograr una oportunidad excepcional en el estímulo reclamado por la industria, dejar correr tan fausto acontecimiento sin dedicarle la atención pública, mancomunando el triunfo agrícola que era el triunfo común.

De esta necesidad colectiva, nació la Fiesta del Grano, es decir la fiesta a Ceres. Debía celebrarse el ceremonial con motivo de la distribución de los premios obtenidos. En su edición del 30 de setiembre decía «La Capital» de Santa Rosa, al hablar de la fiesta en ciernes y refiriéndose a los agricultores premiados:

«Estos detalles que allá en la gran metrópoli argen-

tina pasan inapercibidos para la inmensa mayoría de sus habitantes, son para nosotros los timbres de honor, los diplomas de nobleza, que han ganado los pioneers del progreso pampeano con su labor, y la prueba palpable de la fertilidad de la tierra generosa de esta región, que devuelve con creces el fruto de la simiente arrojada con mano inteligente y robusta en el surco labrado por los agricultores.»

La ironía era amarga pero tenía su fondo de verdad. Con este concepto local sobre el propio valimento, difundido en el territorio, la consagración a la espiga próvida tenía que concentrar la voluntad de todos los agricultores. Y el festival alcanzó todos los contornos de un gran acontecimiento.

Fué dificultoso preliminar la tarea de establecer la persona del colono campeón. La Bolsa de Buenos Aires designó una comisión de técnicos presidida por el señor Godoy para que identificara la procedencia del cereal premiado. Se sabía que correspondía a colonos de Inés y Carlota, pero como los trigos de éstos, en el transcurso de verificarse el certamen habían sido vendidos, se presentaron algunas dificultades para la investigación. Por fin se pudo constatar que las muestras traídas de Buenos Aires, coincidían con las muestras del trigo de Giordano, conservadas por su esposa, como si una rara intuición, una previsión misteriosa, se hubiera anticipado al feliz acontecimiento. Nos explicamos el triunfo sentimental de Ruth Moabita espigando en la segada de Booz...

La distribución de los premios se realizó en acto público. Concurrieron agricultores de todos los ámbitos

del territorio. La ceremonia fué auspiciosa y fraternal. Se estrecharon en vínculo afectivo los cultivadores. Se laudó en cálidas manifestaciones la obra del progreso puesta en marcha sobre los campos pampeanos. Aquello fué una tonificante demostración de vitalidad, de energías, de labor. Se entonó un salmo a Ceres. Y al loar el triunfo de la agricultura, se puso en alto el nombre de la nación.

CAPITULO XXXVIII

El sistema ferroviario de la Pampa. — Las dos grandes empresas. — El Oeste, ferrocarril afluyente; el Pacífico, exportador. — Una política ferrocarrilera atinada y útil. — El sistema de los ramales leñateros. — El triángulo intensivo «Toay-Catriló-Bahía Blanca». — Líneas confluentes y transversales. — ¿Qué línea avanzará hacia Cipoleti? — Perspectivas de una nueva ruta a Choele-Choel. — Competencia en fletes. — Lo que dirá el porvenir.

La red ferroviaria de la Pampa está dispuesta a los grandes destinos. Dos sistemas, colonizadores ambos e igualmente benéficos, han extendido su raigambre por todo el territorio. La condición de cada una de las zonas que benefician y la ubicación de los puertos a donde converge la cuantiosa producción cerealera, han definido perfectamente las comarcas de influencia, ajenas a toda previsión. El Oeste es un ferrocarril afluyente; el Pacífico, un ferrocarril exportador. Nervio esencialísimo del gran sistema del Pacífico, es la línea de Villa Dolores a Bahía Blanca, que se quiebra en Watt y que moviliza la más completa región agropecuaria del país, toda una trayectoria sin desperdicios que toma la región pastoril de San Luis, de Córdoba y la Pampa; cruza los campos agrícolas del oeste de Buenos Aires, corre el meridiano 5º y va a rematar a los tinglados de Puerto Galván. Irradia desde esta gran arteria el sis-

tema triangular de ramales Toay-Catriló-Bahía Blanca, que ha operado el impulso definitivo de una rica comarca, con sectores apropiados al servicio de una nutrida colonización.

El Oeste, extendido como un amplio abanico, de Colonia Alvear a Santa Rosa, parece orientado en el sentido de la gran travesía. El Pacífico, sin embargo, le sale al paso y tienta su línea transversal, proyectada de Toay a San Rafael, buscando salida portuaria para las nuevas colonias. El Oeste no puede detenerse ni en Telen ni en Toay. Su rumbo está al oeste, al riñón del territorio, sembrando pueblos. Y nada de difícil sería que a este sistema le estuviera reservado el esfuerzo más trascendental en la conquista del riel, dentro de la Pampa: su intersección con Cipoleti, atraído por la feracidad de la mesopotamia del Río Negro, o su travesía en línea recta hacia el sur mendocino. Con esta expansión ferroviaria, que viene preparándose para el futuro, por comprensión geográfica y por propio espíritu de conservación comercial, habrá , la obra de las grandes empresas, cerrado el ciclo de conquista y colonización que arranca desde la campaña al desierto. Y en verdad que estará en el interés de cada ferrocarril extender en lo posible sus líneas avanzadas hacia el oeste, centro de futuras poblaciones y de una nutrida colonización.

La política ferrocarrilera del país tiene analogía con la que se ha venido desarrollando en los Estados Unidos. El interés particular de las empresas ha hecho la obra. Y debemos confesar que lo ha hecho con tino, con prudencia, con clara visión, creando y fomentando el interés particular y el del Estado. Y es digno de mencio-

narse que en nuestro país no ha ocurrido el fracaso ostensible de tener que levantar rieles por improductividad de las líneas, espectáculo muy común en los Estados Unidos del Norte, cuando el capital invertido en un ferrocarril particular, no compensa las exigencias del interés. En estos tres últimos años son numerosos los pequeños ramales construídos en el territorio de la Pampa. Es un sistema original, a retazos, en crecimiento por yuxtaposición sobre las líneas matrices. Son los ramales leñateros destinados de inmediato a desmontar los predios boscosos, allanando la tierra para la colonización y el poblado. Y ocurre, que como a renglón seguido de la explotación forestal, se apoderan las sementeras del campo desbrozado, el ramal, que fué una improvisación, se hace una necesidad para levantar las cosechas. Y la línea circunstancial, queda, en definitiva, ampliando a tramos, el gran sistema. Por este procedimiento, — no hay que ponerlo en duda, — irán las empresas conquistando el oeste, con su tejido de malla, buscando la leña para sus locomotoras y abriendo nuevos horizontes a las industrias rurales.

El desarrollo sorprendente de la Pampa, se difunde en forma tan decisiva hacia el interior, que tiene que provocarse lógicamente esta lucha de intereses entre las dos empresas: la una sirviendo la zona del Norte, con la cercanía de Buenos Aires; la otra, con su influencia distribuída en el sur y camino a los puertos de aguas hondas. Condiciones más o menos análogas, equilibran el prestigio y la acción de ambos ferrocarriles: el Oeste, con 740 kilómetros; el Pacífico con 640. Las dos empresas se han dado cita en Toay, punto medio y equidistan-

te del sistema pampeano. ¿A qué empresa le está reservada la travesía definitiva hasta la confluencia del Negro y el Limay, atravesando diagonalmente el territorio? Cuando esto ocurra, no sólo se habrá dado el paso más serio en la campaña civilizadora, sino que se habrá abierto a Buenos Aires una nueva ruta hacia Chile, evitando la comba del ferrocarril del Sur por Bahía Blanca, destinada, eso sí, a importantes servicios territoriales en Río Negro y Neuquén. Ya la línea del Sur ha ganado airosamente la frontera por Pino Hachado. El esfuerzo chileno tienta la combinación con su transversal por Temuco, como un nervio de su sistema medular, destinado a dar horizonte a sus puertos de Talcahuano y de Valdivia. Vemos, pues, que esta gran expansión al sudoeste, no sólo es de beneficio pampeano, sino que es de trascendencia nacional. No creemos que los resultados de este trasandino puedan ser de grandes ventajas para el comercio internacional. Tenemos el ejemplo evidente de la línea por Uspallata, sujeta a los accidentes geográficos y meteorológicos: cara, deficiente, tiránica, imposibilitada a veces, en su función, por los temporales de invierno, al extremo de haberse vulgarizado en Chile, — lo hemos leído en sus órganos de publicidad, — la manifestación de que anteriormente con sus correos a mula estaban mejor servidos, por lo menos en la regularidad de la travesía y en el transporte de la correspondencia. Chile, con su línea por Temuco, a medio construir, tiene fe en abrirle un grandiso porvenir a su industria maderera. Ojalá no se equivoque. Mientras tanto, para nosotros, aparte de la importancia que como vínculo internacional tendrá esta línea, con-

tribuirá grandemente al fomento de los territorios de la Pampa y Neuquén.

La solución inmediata para el territorio pampeano, en lo que respecta al expandimiento de sus ferrovías, corresponderá a la competencia de las dos grandes empresas, competencia en tarifas, en servicios y en difusión. A medida que el Oeste avanza en líneas concéntricas sobre Buenos Aires, el Pacífico se desparrama en idéntica irradiación sobre Bahía Blanca. Y donde se cruzan, allí se entabla lucha de competencia. En cada intersección se pone en juego la prepotencia de los contendores. Se compite noblemente y se toman posiciones. No se dan tregua en el avance. Cada nuevo ramal se estira sobriamente pero sobre seguro. Y el primero que gane los campos semipoblados del occidente, — es probable que esto ocurra no bien termine la guerra europea, — afianzará sobre el esfuerzo inmediato el éxito más definitivo en el porvenir.

*
* *

Especializando estos comentarios en lo que se refiere a uno de los ferrocarriles extendidos en la Pampa, — el F. C. O., — grato nos es reproducir algunos párrafos del discurso pronunciado por el señor James Calder Angel, representante de la citada empresa ante el congreso agrícola de Santa Rosa.

Decía el señor Calder, entre otros párrafos:

«Los adelantos de la Pampa son realmente prodigiosos, y acaso en ello radique la causa de que muchos no despierten aun a la realidad de la encomiable situación alcanzada. Son tan asombrosos que el que no tiene oportunidad de palparlos, mediante una vinculación directa con el territorio, le es tan difícil concebirlos, que no pocas veces acaba por suponerlos una fantasía.

«No soy yo quien va a aventurarse a aquilatar que parte de la gloria de estos progresos pueda corresponder a los ferrocarriles. Sin embargo, puedo decir que la doctrina sentada por Mitre y Sarmiento en el famoso mensaje en que como Gobernador y Ministro respectivamente de la Provincia de Buenos Aires, echaban las bases de la política ferroviaria que convenía seguir, sosteniendo que correspondía «abrir el país a los ferrocarriles porque llevan el bienestar, el movimiento y la civilización al extremo del territorio», jamás esta sabia doctrina — digo — de esos clarividentes estadistas habrá encontrado mejor comprobación que el espectáculo que hoy ofrece el rico territorio de la Pampa.

«Para fundar este concepto, bastará enunciar que en los últimos veinte año, o sea el período que va transcurrido desde que fué habilitada la prolongación del Ferrocarril Oeste a Toay, la red ferroviaria creció en 720 %. La población aumentó en un 300 %, y la superficie cultivada en nada menos que 11.550 %.

«El Ferrocarril del Oeste tiene 740 kilómetros de vía y 45 estaciones en la Pampa, en cuya construcción ha invertido la cuantiosa suma de más de veinte millones y medio de pesos.

«Limitada la acción del Ferrocarril por la natura-

leza del negocio mismo, a sus funciones de transportador y depositario de productos agrícolas, ha tratado en primer término de que se mejoren los caminos de acceso a las estaciones con los recursos allegados por la

La zona de influencia del F.C. Pacífico en el sur de la Pampa.

Ley 5315, que concurre a formar, y los recursos propios de la Compañía. A ese fin sus propios ingenieros han estudiado la manera de mejorar la red de caminos y ampliarla, y donde la acción de los fondos de la Ley

Mitre no ha sido suficiente, ha ido la empresa con sus propios recursos, colaborando en algunos casos la acción de los vecinos.

«En segundo término ha construído galpones y tinglados en sus estaciones en superficie mayor a lo calculado para las necesidades ordinarias, invirtiendo en estas instalaciones alrededor de seis millones de pesos. Complementario de esto ha establecido en las estaciones Ingeniero Brian y Haedo depósitos de concentración, y se ha acogido a la Ley de Warrants para facilitar la obtención de créditos a los depositarios.

«En nuestra estación Ingeniero Brian, que es a la vez dique de cabotaje, funciona uno de los planteles más modernos para la limpieza y clasificación de los cereales.

«Los señores delegados conocen los coches especiales para conferencias agrícolas con los cuales el Ferrocarril Oeste inauguró en 1909 la cátedra ambulante en el país, con el concurso de la División de enseñanza agrícola del Ministerio de Agricultura, cuyos agrónomos recorren al zona agrícola instruyendo a los agricultores sobre los mejores métodos culturales. Asimismo ha tratado de difundir publicaciones instructivas sobre las diversas industrias rurales. En este último período, la iniciativa de acordar préstamos destinados a intensificar la zona de cultivo pertenece al Ferrocarril Oeste, cuyo representante legal y ex-Gerente de la Compañía, señor Lértora, la llevó al Directorio del Banco de la Nación, ofreciendo garantir una parte de los créditos que esta institución acordase a los agricultores para la adquisición de semilla.

«Al mismo tiempo ha prestado toda su cooperación, sin restricción alguna, a la iniciativa del señor Ministro de Agricultura, de acordar préstamos de semilla a los agricultores, para lo cual se puso en contacto desde el primer momento con el Ministerio y la Comisión Central designada por el Poder Ejecutivo.

«Al efecto, procedió, además, a llevar a cabo una activísima campaña de propaganda en todas las zonas de su línea, para alentar a los agricultores a extender sus cultivos, basado en la escasez mundial.

«Por último, con el propósito de identificarse más de cerca con los productores, el actual Gerente, Ingeniero Don Frank Foster, acaba de crear el Departamento Comercial, con el especial encargo de impulsar por todos los medios las industrias existentes y fomentar la creación de otras nuevas. Quiere conocer sus dificultades y poner de su parte todo su esfuerzo para tratar de solucionarlas. Propender, en fin, a asegurar la prosperidad de las regiones atravesadas por sus líneas, porque de su desarrollo y prosperidad depende la del ferrocarril. Y para que esta nueva rama del servicio tenga todo el éxito que se espera, ha sido colocado a su frente Don Manuel Blanch, uno de los ferroviarios más prestigiosos del país. De modo que podrán acudir todos los interesados con sus proyectos e ideas, pues bastará que tengan por finalidad el fomento de la producción. para que se les dispense la más deferente atención.»

CAPITULO XXXIX

Alrededor de la justicia pampeana. — Los problemas agrarios de Santa Fe y su repercusión en la Pampa. — El juzgado letrado en lo Civil y Comercial, a cargo del Dr. Torres. — Los arrendamientos excesivos. — Propietarios y chacareros. — Contratos de arrendamiento y contratos de sociedad. — La intervención ecuánime del juzgado. — Disminución del canon de los arrendamientos. — Evitando los desalojos. — Cómo se suprimen los intermediarios. — Los cereales embargados. — Una creación judicial eminentemente pampeana. — Las prácticas antiguas y la nueva doctrina. — El «embargo voluntario», precursor a la prenda agraria. — Los grandes acaparadores de tierra. — El caso Stroeder. — Casos de equidad. — Diversas.

Los problemas agrarios, cuya intensidad se significa con el movimiento santafecino de 1913-14, tuvieron, como era de esperarse, su repercusión en la Pampa. El procedimiento judicial, moldeado hasta hoy en la rutina de nuestro sistema colonizador, se vió de pronto en la necesidad de afrontar casos desconocidos para nuestra legislación. Por las actuaciones del juzgado letrado en lo civil y comercail a cargo del Dr. J. Alfredo Torres, podrán nuestros lectores apreciar la importancia del procedimiento judicial en lo que tiene atingencia con los diversos problemas agrarios planteados últimamente.

Sostiene el Dr. Torres que siendo la Pampa un territorio de irradiación agrícola en donde vienen a con-

verger las corrientes colonizadoras de Buenos Aires y Santa Fe, nada más lógico que todos los problemas rurales que se produzcan en estas provincias, tengan en la Pampa, su inmediata repercusión. Así se explica que el movimiento agrario de Santa Fe, se reprodujera de inmediato, aunque con menor intensidad, en este territorio.

¿Cuál fué el origen de este movimiento? Plantearon el problema los arrendamientos excesivos generalmente a base de intermediarios y en la época ingrata de las malas cosechas.

Los agricultores, imposibilitados para satisfacer la locación y temeroso de caer en el embargo, levantaban las cosechas subrepticiamente, aprovechando la impunidad de la noche para trillar con máquinas australianas. Por este medio lograban burlar la acción de los arrendadores o propietarios, quienes, de improviso, se encontraban con que no había una espiga en pie. Esta propaganda de levantamiento de trigos, se intensificó en las zonas de Anguil, Uriburu, Quemú-Quemú, Pico, Trenel e Ingeniero Luiggi.

Como la diferencia entre arrendadores y colonos no llevarara miras de solución, los propietarios se presentaron a los tribunales pidiendo embargo sobre las cosechas de los chacareros. Se dió el caso de un solo propietario que solicitó este procedimiento judicial simultáneamente sobre cuatrocientos cincuenta chacareros.

Los agitadores sostenían que los contratos no eran de arrendamiento, sino de sociedad. Para establecerse la demanda era menester dar cumplimiento al impuesto

de papel sellado. (Debemos advertir que hasta hace poco tiempo no había en el territorio la costumbre de satisfacer el impuesto al estampillado.) En la necesidad de poner las cosas bajo el imperio rígido de la ley, cada demanda planteada ante el juzgado, debía irrogar a sus gestores, previamente a toda sustanciación, una suma de 2100 pesos; es decir, 100 pesos por concepto impositivo del sellado; y 2000 en carácter de multa (1000 pesos corresponde a cada una de las partes en litigio).

Contra la tesis de los chacareros, los propietarios o arrendadores sostenían que los contratos no eran de sociedad, sino de arrendamiento.

Ante esta disparidad entre los litigantes, el juzgado, que buscaba el interés legítimo de ambas partes, no quería pronunciarse, supuesto que se trataba de fenómenos nuevos en el territorio, no previstos hasta ahora por el procedimiento.

La tendencia del juzgado, como se descubre, era arribar a una solución equitativa. Es decir, suavizar el canon de los arrendamientos y al propio tiempo que se satisfacieran con regularidad. Sin la oportunidad para desarrollar de inmediato un procedimiento tranquilizador y equitativo, mantiene, en consecuencia, una situación espectante, ya que proceder de glope con aquella avalancha de litigios, provocando un desalojo a granel, hubiera sido plantear una situación violenta para el territorio, casi una revolución.

He aquí su acción circunscripta alrededor de los siguientes objetivos: 1º: obtener la disminución razonable en los arrendamientos; 2º: Pago inmediato de los mismos; 3º: proporcionar a las partes la oportunidad,

con el nuevo contrato, de cumplir con la ley de sellos; 4º: evitar los desalojos. Este fué, en suma, el programa lleno de cordura que se puso en práctica para solucionar la mayoría de los casos.

Sin duda, antes de llegar a esta conclusión, hubo necesidad de proceder ejecutivamente. Y cuando se observó que la demora en la sustanciación de los juicios, daba pie a que los colonos levantasen las cosechas, el juzgado resolvió los embargos sin ocuparse de la naturaleza del contrato, formalizándose la acción judicial con el auxilio de la fuerza pública y entregándose a los embargantes la parte proporcional del arrendamiento. Este procedimiento, severo pero legal, llevó la situación a su quicio. La huelga — que tal fué aquel movimiento — quedó terminada sin necesidad de pronunciarse desalojos.

¿Cuál fué la consecuencia de este temperamento judicial? La supresión del intermediario, pues los dueños de campo se dieron cuenta que los intermediarios, que tenían en gran parte la culpa del movimiento, zafaban su responsabilidad descargándose con los chacareros.

Tenemos, pues, que mientras en Santa Fe continuaron las agitaciones agrarias, en la Pampa cesaron radicalmente. Y esto, sin duda, fué debido a la acción de la justicia, que si no importaba un desideratum, en lo que concierne al usufructo directo de la tierra y a la subdivisión, fué doctrinaria, de conciliación y de equidad.

Ahora bien: relacionando la jurisprudencia sentada por el juzgado con los propósitos de orden económico,

obtenidas por el procedimiento, se buscaba las siguientes finalidades: 1º: no perder un solo grano de las cosechas; 2º: obtener los precios más remuneradores.

Veamos el proceso de los cereales embargados. Un trigo, embargado en planta, debía ser cosechado por el deudor, de acuerdo con el acreedor. En caso de no tener el primero los elementos necesarios, lo cosecharía el acreedor. Una vez cortado y trillado el cereal, se transportaría a los galpones de la estación, a disposición del juzgado. Al pedido de venta, se remitiría a plaza para que una casa cerealera, acreditada, le diera salida. A este efecto, el juzgado dictaminó y la cámara confirmó, de que fueran los precios de la Bolsa de Cereales de Buenos Aires, los que servirían de patrón para las operaciones de venta. Con esta disposición se obtuvieron dos cosas: levantamiento del grano a conciencia y las mejores cotizaciones. En esta forma el cereal quedaba perfectamente garantido.

Este procedimiento, empleado por el juez Dr. Torres, puede justipreciarse como una creación eminentemente pampeana, pues nuestras leyes de procedimientos nada dicen sobre el particular.

Había interés nacional en que no se malograra la cosecha, y al obtenerse buen precio, se facilitaba la transacción entre el acreedor y el deudor.

Frente a las prácticas antiguas, esta nueva doctrina judicial toma verdadero realce. No es para nadie un misterio que anteriormente a este procedimiento, jamás un trigo, embargado en pie, caía bajo la cuchilla de la segadora. Se malograba sobre el predio, servía de forraje a las bestias o caía bajo la voracidad de las lla-

mas, en la quemazón intencional. El concreto, en favor del nuevo procedimiento judicial, arroja la cantidad de 60.000 bolsas de trigo, embargadas al comienzo de la guerra, trigo salvado por la práctica conciliatoria puesta en juego por el juzgado entre propietarios y colonos. Repuntaron, como se recordará, los precios. Y aquella cosecha, que se hubiera aventado, con las prácticas viejas, rindió con creces para la transacción de acreedores y deudores y hasta para los terceristas que suelen nacer como hongos en estas oportunidades.

El «embargo voluntario», es también otra creación pampeana que se anticipó, sin duda, a la prenda agraria. Mediante un acta judicial, el acreedor entregaba al chacarero un crédito para levantar su cosecha, dando a embargo el producido de su chacra y dándose por depositario. La cosecha quedaba como garantía prendaria. Si el deudor pretendía engañar, el acreedor pedía suplantación de depositario.

A raíz de la depreciación de la tierra, los grandes acaparadores para lotes por mensualidades, tuvieron que rescindir contratos de compraventa. Stroëder, por ejemplo, operaba en el agio, con simples boletas. Los chacareros, compradores de buena fe y que habían pagado gran parte de sus predios, se presentaron al juzgado cuando los propietarios verdaderos de la tierra, engañados por los intermediarios, trataron de compelerlos al desalojo. Esto era, evidentemente, injusto, pues no sólo se trataba de desalojo, sino de desapropiación de las cosechas. Tuvo, entonces, el juez que buscar el modo de no lesionar los intereses ni de los propietarios, ni de los pobres chacareros que no tenían culpa del

crack y que se verían desposeídos del fruto de su labor. Dentro de los recursos de la ley, el juzgado supo arbitrar el tiempo necesario para que se produjera el ciclo de la recolección agrícola.

Tal hubiera hecho aquel Magnaud de París que le cupo tan bien el calificativo de «buen juez»...

CAPITULO XL

El primer Congreso Agrícola de la Pampa. — Su celebración en Santa Rosa. — Evidenciando el progreso industrial y social del territorio. — La palabra oficial. — El discurso del Director General de Ganadería, Dr. Juárez. — La disertación del ingeniero Amadeo, Director General de Enseñanza Agrícola. — La reunión de los experimentadores. — La importancia económica de la Pampa. — Datos y cifras reveladoras. — Alrededor del interesante certámen.

En la primer quincena de diciembre, tuvo lugar en Santa Rosa el anunciado congreso agrícola de la Pampa. La iniciativa de este certamen, como hemos tenido oportunidad de manifestarlo, corresponde al agrónomo regional, ingeniero D. Roberto P. Godoy.

Demasiado fresca está la información periodística sobre este hermoso torneo, para que intentemos organizar la crónica de sus deliberaciones, reproduciendo detalladamente el material de la asamblea. Baste decir que este congreso, el primero de su índole que se celebra en el territorio, constituyó una elocuente nota de progreso industrial y de cultura social.

El ministro de agricultura, Dr. Honorio Pueyrredón, imposibilitado, por la duplicidad de sus tareas ministeriales, de hacer acto de presencia en este tonificante concurso, delegó su representación en la persona del Director General de Ganadería, Dr. José León Suá-

rez, quien, por el voto unánime de los delegados pampeanos, asumió la presidencia del congreso.

Recojamos sus propias impresiones de este certamen, manifestadas en su elegante y brioso discurso de clausura, palabra que tiene valor documental dado el carácter administrativo de su representación.

«Preocupado con las cuestiones vitales para el país — dijo el Dr. Suárez, — quise enterarme, por mis propios ojos, lo que sería el Congreso Agrícola de la Pampa.

«Lo demás vosotros lo sabéis; resulté elegido Presidente y un viaje proyectado por un día se me ha convertido en cuatro de permanencia en esta Capital.

«Pequeño trastorno sin duda, que está hartamente compensado, si mi desempeño presidencial ha podido ser de alguna utilidad como se me ha manifestado en la reunión de esta tarde.

«He hecho lo que he podido por guiar los debates dentro de la libertad y el orden, conciliando los preceptos parlamentarios con la índole de una reunión de hombres de trabajo que se proponían llegar a conclusiones prácticas, como las que ha sancionado el Congreso.

«La tarea no fué del todo fácil: la Asamblea era al principio heterogénea y anteayer y ayer estaba agitada y nerviosa.

«Me cabe la satisfacción de que los trabajos se hayan concluído, traducidos en propósitos homogéneos y en la mayor tranquilidad de ánimo.

«Desde que pisé Santa Rosa, me di cuenta que en el Congreso se entendía de muy diversas maneras por sus miembros, el problema, eterno como la sociedad, difícil como pocos, sobre las relaciones del hombre con la sociedad en que vive y la posición que ocupa en sus vinculaciones jurídicas con la autoridad gubernativa.

«Sin embargo, la asamblea comprendió perfectamente su misión y ha realizado de un modo encomiable su programa.

«Si es cierto que nos separa a muchos un concepto tan distinto como sincero y respetable, sobre lo que es «la verdad», no es menos cierto que nos ha unido a todos un profundo sentimiento, el del «Bien Público».

«Hemos procurado sintetizar en una serie de fórmulas, varias innovaciones de la mayor importancia, que llevan todas la contribución intelectual de agricultores, propietarios, técnicos y representantes del Gobierno.

«Se trata de verdaderas transacciones, de esas que sólo se conciben cuando se eleva el espíritu por sobre el ras de la tierra a una altura en que los hombres se reconocen solidarios en origen y destinos y sienten la verdadera «igualdad» que no basta que sea jurídica sino que han llegado los tiempos en que es necesario que sea social.

«Señores: A veces estuve tentado de recordar a la asamblea las palabras históricas de Siélles en la Revolución francesa: Vosotros queréis ser libres y no ser justos; pero el buen sentido de todos se impuso y la gran mayoría de las resoluciones, han de merecer el apoyo de la opinión y del Superior Gobierno Nacional.

«Queda demostrado señores: que podemos reunirnos en una misma sala los representantes de ideas y de intereses a menudo antagónicos y que con un poco de paciencia y un mínimum de cultura llegamos a entendernos.

«La vida, lo mismo en la familia que entre los individuos, es transacción, es tolerancia. El filósofo americano W. James, ha dicho que la suprema virtud del hombre es la tolerancia; y el Emperador filósofo Marco Aurelio, cuando en su lecho de muerte, el jefe de la guardia, le pidió el santo y seña del Imperio, le contestó con la voz iluminada de un moribundo: «Ecuanimitas» — ¡ecuanimidad! —

«No vinimos a discutir doctrinas, ni a convertir a nadie. Cada uno se retira con sus convicciones y con sus armas, como Aquiles a su tienda de campaña.

«Hemos venido a mejorar en algo la situación de la agricultura y de los agricultores de la Pampa.

«La obra del Congreso Agrícola marcará una etapa memorable en la historia económica de nuestro país. El texto de las proposiciones votadas (y que para no ser pesado no quiero comentar) puede dividirse en dos clases: las de fomento y las de reformas. Las primeras representan, si se practican como espero, un poderoso impulso para la industria agrícola.

«Pero, las segundas son verdaderamente trascendentales; porque implican que la justicia iluminada por la razón, se ha impuesto, espontáneamente y sin violencia, al espíritu de los congresales que han aceptado como un deber de la conciencia pública, soluciones

que hace pocos años hubieran parecido exageraciones atrevidas y hasta subversivas.

«Tal es, a mi entender, el carácter de este Congreso, donde se ha hecho una labor eficaz y armónica por la ciencia y la experiencia, el propietario y el obrero, la tierra y el trabajo.

«Si todo o la mayor parte de esto se practica, hemos de llegar a consagrar la granja, la industria agrícola y ganadera simultánea, como una institución argentina, en reemplazo de nuestra vetusta chacra que hace tiempo constituye un anacronismo.

«Cualquiera que sea nuestra concepción de la vida espiritual, sea que creamos que el motor es la inteligencia; sea que creamos que es el sentimiento, o que son las necesidades materiales; no hay duda señores que el bienestar físico influye en el bienestar moral y que una familia en su granja, sin pasiones malsanas que la perturben sembrando diversos cultivos y criando diversos animales, plantando y cuidando árboles con la esperanza que le den sombra, tendrá la subsistencia asegurada y se sentirá feliz, en ese estado de ánimo que se llama la salud del alma.

«Espero que como resultado de la aplicación de las medidas sancionadas por el Congreso agrícola de la Pampa, la alegría volverá a los campos y en las tardes serenas, cuando el sol se pone en el horizonte, cuando el hombre, aún el menos religioso siente fervor de humanidad y llega a ese indefinible estado de ánimo que Víctor Hugo expresó magistralmente en su colosal Oración por todos; cuando, como en el toque de ángelus, el hombre instintivamente al ver que un día más se

marca en la eternidad de los siglos, se siente pequeño ante la grandiosidad de la naturaleza y se saca maquinalmente el sombrero; yo espero que los hombres de la Pampa y los de toda la República podrán decir como San Pablo en una de sus epístolas: ya no hay griegos ni romanos, cristianos ni gentiles, oprimidos ni opresores, todos armados de tolerancia y obrando en razón, se sentirán buenos y procederán bien.

«Señores: Vuelvo con agradecimiento para todos. No llevo un solo agravio del Congreso y sí, en cambio, muchas satisfacciones y entre otras aquella que hizo decir a Pelletan: He auscultado el corazón del pueblo y lo he sentido latir.

«Gracias, a todos, por el concurso que me han prestado. Los saludo en nombre del Exmo. señor Ministro de Agricultura de la Nación que, antes de pensar en ocupar tan alto cargo era ya uno de nuestros distinguidos universitarios y un importante agricultor y ganadero. Las discusiones de este Congreso, han sido benéficas. La lucha es vida; la unanimidad es la muerte. De las ideas contrarias nace la luz como del choque de los pedernales salta la chispa.

«Empezamos casi en una borrasca y terminamos contemplando en el cielo el arco iris. Se realiza aquí el viejo adagio latino «post nubila feeubus» — Después del nublado sale el sol. —

«Permitidme que también os diga, a modo de los latinos que espero que los vientos propicios y los dioses bondadosos lleven a buen puerto esta simbólica nave que hemos constituído en el Primer Congreso Agrícola por-

que ella va cargada de justicia y repleta de buenas intenciones.»

Tal, la hermosa pieza oratoria del Dr. Suárez.

Lamentamos que el carácter de este libro no dé margen a la reproducción de meritorias disertaciones producidas en este congreso, hijas del debate, — algunas, — y otras en sostén de acertados trabajos de fomento agrícola y reforma social. No podemos, sin embargo, sustraernos al deseo de reproducir algunos párrafos del discurso pronunciado en la sesión inaugural por el Director General de la Enseñanza Agrícola, ingeniero Tomás Amadeo, disertación que tiene, además del valor técnico, el valor oficial. Esta última circunstancia es la que provoca su transcripción, siquiera fragmentaria.

Dijo, entre otras cosas el señor Amadeo:

«Este Congreso de la Pampa tiene una importancia excepcional, por la forma de su composición, por el sitio donde se celebra y por ser el primero de su índole que se realiza en la República.

«Hace algunos meses, cuando surgió la idea de esta reunión y ella fué resuelta, los delegados de la Dirección de Enseñanza Agrícola, en este territorio, lo recorrieron en todas sus zonas pobladas y cultivadas hasta el punto de poder afirmarse que no hay una localidad donde pueda existir un núcleo de agricultores que no haya sido visitado por esa embajada enviada a los obreros de la tierra, para invitarles a hacerse representar en este acto. Realizáronse en todas las colonias

asambleas en las que se eligieron, democráticamente, representantes que concurrirán a las deliberaciones que hoy se inician. De esta manera puedo asegurar que este congreso es la representación de los cincuenta y ocho mil varones que da el censo de 1914 en la población rural del territorio.

«Como esta representación sería incompleta y unilateral, si ella fuese exclusiva, concurren hoy representaciones de las empresas colonizadoras y asociaciones agrícolas e industriales, cuya voz debe ser oída y cuyos intereses son respetables; pero es bueno observar que esta clase de representación media quedará diluída, por razón del número, en la considerable delegación de agricultores.

«Hasta ahora era una costumbre inveterada la de elegir, para sede de los congresos, las grnades ciudades centralizadoras. Rompemos hoy esa rutina, elevando en este pueblo, de tan poca población, la bandera de la reunión profesional porque consideramos que los intereses de la Pampa deben estudiarse y discutirse en la Pampa misma y porque deseamos, de una vez por todas, iniciar una saludable y nueva tradición en esta materia.

«He dicho que este congreso es el primero de su índole que se celebra en la república.

«Es cierto que se han realizado reuniones locales de agricultores por iniciativas privadas u oficiales tales ocomo las que inició y patrocinó en distintas ocasiones el distinguido director de Economía Rural señor Lahitte, quien me ha encargado que os excuse su ausencia motivada por razones respetables de familia.

«No es menos cierto que algunas asociaciones o federaciones agrícolas han efectuado también reuniones considerables.

«Pero ni las primeras han llegado a tener la amplitud de este congreso ni las últimas han sido presididas por el espíritu liberal y amplio que flota en este ambiente.

«Es necesario recordar a quienes pretenden ejercer la tutoría y hacen de tutores o capitanes del gremio agricultor, enarbolando bandera de rebelión y de intransigencia, que su prédica exótica no encontrará terreno propicio en el libre ambiente de la nación argentina donde el agricultor, quien quiera que sea, es respetado y respetable y sólo necesita de un poco de empuje y de organización, para hacer valer más justamente sus intereses que son solidarios con los más grandes y amplios intereses nacionales.»

Luego habló sobre la primera reunión anual de los experimentadores. Refiriéndose después a la enseñanza agrícola y a los agricultores del país, dijo:

«Es oportuno y patriótico recordar desde esta alta tribuna, delante de vosotros, agricultores de la Pampa, que representáis a todos nuestros hermanos de la república, que es absolutamente falso que existan ni puedan existir antagonismos, incompatibilidades o distancias entre la enseñanza agrícola y el gremio rural, entre la ciencia y la experiencia, entre el agrónomo y el agricultor.

«Unos y otros se complementan y se enseñan, sirviéndose recíprocamente para el común progreso y adelanto de la república, demostrando con los hechos y no

con palabras huecas ni afirmaciones arbitrarias que la fraternización de agrónomos y agricultores, que la compenetración de la enseñanza agrícola en la masa rural, exteriorizados en diversos modos en todas las provincias y territorios, tienen hoy su solemne consagración en este congreso.»

Sobre la importancia social y económica de la Pampa, tuvo frases como las que siguen:

«Muy digna de tal consagración es la oportunidad que nos ha congregado; oportunidad que sirve a la vez para poner en evidencia ante todos los habitantes de la república, la importancia social y económica, cada vez más considerable de este territorio que marcha a la cabeza de todos los demás territorios nacionales.

«Basta recordar rápidamente ciertas informaciones elementales, para reconocer la justicia con que se ha elegido a la Pampa como asiento del primer congreso regional de agricultores.

«Nuestro distinguido compañero de la comisión organizadora de este congreso, D. Emilio Lahitte, publica anualmente una estadística agrícola comparada, que nos da interesantes detalles sobre este asunto.

«El territorio de la Pampa con catorce millones y medio de hectáreas, es decir, con una extensión territorial superior a la de Santa Fe y casi doble de la de Entre Ríos, tiene actualmente, ciento cinco mil habitantes es decir que ha cuadruplicado la cifra desde 1895, en cuya época sólo contaba con veinticinco mil habitantes.

«El área cultivada de 1.900.000 hectáreas es cerca de doscientas veces mayor que hace diez años y coloca

al territorio en cuarto lugar, después de Santa Fe, en el conjunto de todas las provincias y territorios.

«Ocupa el quinto lugar en sus líneas ferroviarias que se extienden en más de mil cuatrocientos kilómetros por las que circulan anualmente alrededor de setecientos mil pasajeros y cerca de ochocientas mil toneladas de carga.

«Sobre tres mil trescientas setenta chacras cultivadas en 1915, ochocientas setenta y nueve e an explotadas por sus propietarios, es decir el 26.08 por ciento, ocupando con esta proporción el quinto lugar en la república.

«En el quinquenio de 1906 a 1915 se han vendido 6.073.701 hectáreas por valor de ciento cuarenta y cuatro millones de pesos, aumentándose el número de propietarios y acentuándose la tendencia hacia la subdivisión de la tierra.

«El 63.6 por ciento de la población total es argentina, predominando en la población extranjera el elemento llamado latino.

«Existen cinco sucursales del Banco de la Nación con un giro bancario de cerca de 200.000.000 de pesos.

«En una interesantísima publicación realizada en este mismo territorio encuentro otras no menos interesantes informaciones que complemento y contraloro con la lectura de los censos últimos.

«Cerca de cuarenta núcleos importantes de población tienen ya constituídos o se encuentran en condiciones de organizar sus comunas.

«Existen noventa y dos escuelas primarias para una

población escolar empadronada de 21.000 niños en edad escolar.

«Todos estos antecedentes que son muy conocidos en la Pampa no es superflue repetirlo en esta tribuna, desde la cual hablamos al país entero, quien se convencerá, al fin, que en este próspero y predestinado territorio hay un ambiente económico y social, digno del congreso que iniciamos así como también de una consideración nacional superior.»

*
* *

En suma: el congreso agrícola de la Pampa fué un bello triunfo para el territorio. Como acto de solidaridad social, constituye un gran paso en el sentido de organizar las fuerzas productoras del territorio; como aporte técnico contribuye eficazmente a fomentar las prácticas de la agricultura. Los trabajos presentados fueron numerosos, siendo algunos de verdadero mérito.

CAPITULO XLI

Los agrónomos regionales. — Un viaje de enseñanza y de observación. — La labor de los técnicos: de movilidad, de difusión y de consejo. — Las condiciones agrológicas del suelo pampeano. — La práctica en los cultivos. — Los chacareros de Quehué. — Un ensayador de silos en Macachín. — El aula-museo del ferrocarril Oeste. — La plaga de la isoca. — Escenas pintorescas. — Un hortelano previsor. — En la chacra experimental de Guatraché. — Apuntaciones generales de una larga jira. — La acción de los agrónomos. — Diversas.

Gran parte de nuestro viaje por la Pampa lo hemos realizado en compañía de agrónomos de la Enseñanza Agrícola. Esta circunstancia nos ha dado coyuntura para apreciar de cerca la obra de los técnicos y los beneficios que reporta a la agricultura, cuando se desenvuelve en su acción regular. Para que la labor de los agrónomos regionales sea eficaz, debe ser de constante movilidad. Un territorio tan extenso como éste, en donde los problemas agrícolas son tan múltiples, reclama una consciente fiscalización técnica. La chacra experimental, puede llegar a una eficiente contribución en lo que se refiere a seleccionamiento, aclimatación y perfeccionamiento cultural de las sementeras. Pero esta estación de prueba, cuyos resultados definitivos tendrán que demorar un tiempo para incorporarse a la práctica regional, necesita de la obra comprobativa de los agró-

nomos, cuya labor debe ser de difusión y de consejo, sobre el surco, como quien dice y no en la comodidad burocrática de la oficina.

El agrónomo regional debe connaturalizarse profundamente con la zona cuyos intereses ha de servir, vincularse al agricultor y seguir el proceso de sus cultivos.

Siendo variadas las condiciones climatéricas y la calidad geológica de los suelos en el territorio, se impone, sobre todas las cosas, la observación objetiva del técnico. Hay una gran diferencia entre el norte de la Pampa en donde las lluvias arrojan un promedio de 550 milímetros y el centro y sureste, donde el pluviómetro marca de 250 a 400 y el oeste, conceptuada zano seca con sus 250 milímetros escasos. La misma constitución arenosa generalizada en toda la extensión de la Pampa, tiene sus variantes fundamentales. Los terrenos recostados en la frontera de Córdoba, son de arena gruesa con escasa proporción de arcilla; tienen alguna diferencia los del lado de San Luis, livianos y permeables. El análisis de Javenir (Pablo), sobre suelos de la Pampa, establece que el Bernasconi, Alvear, Trebolares, Larroudé, Macachín y Santa Rosa el porcentaje no llega en ningún caso al 7 %; en Toay y Trebolares, la tierra es más consistente con una proporción total de arena de 82 a 97 y más, %. En general, es mediana la riqueza en calcáreo, ázoe y humus. En cambio son ricas en ácido fosfórico y en potasa.

Ante la diversidad de componentes químicos y geológicos que definen zonas características, nada más eficaz para la buena enseñanza agrícola, que el conocimien-

to experimental y la objetividad. El agrónomo regional debe ser una cátedra ambulante, mentor y consejero, teórico y agricultor a la vez. Nuestro viaje nos ha dado oportunidad para apreciar la condición de esta labor. En cada pueblo donde se han detenido nuestros coches, la acción científica ha podido experimentar sobre elementos nuevos, dar orientaciones y enriquecer el caudal investigativo con la experiencia de los cultivadores.

—Venga — le dicen al agrónomo, en comisión, de Quehué, los chacareros de Unánue — a visitar nuestros trigos. Venga pronto... Han aparecido unas manchas azules en las hojas, que nos tienen alarmados. ¿Qué será?

Hemos podido observar que en general, los agricultores de profesión, creen estar muy por sobre los agrónomos, en la práctica de los cultivos. Mientras los trigos se desarrollan sin novedad, con el verde uniforme y magnífico, todo va bien. Discuten enfáticamente procecedimientos de cultivos y hasta suelen recibir con hosquedad las conferencias didácticas. Su desconcierto es cuando algún azote patógeno sacude el trigal. ¡Entonces sí que acuden al agrónomo, ante la amarga perspectiva de malograr los afanes del año!

—La isoca me tiene mal, señor, muy mal... ¿qué debo hacer?

—Si los trigos están en condiciones de soportar — opinan algunos agrónomos — páseles la rastra y el rodillo. Y sea previsor para el año que viene: surque el linde del campo. Aisle la isoca, que la isoca es cobarde para cruzar al sol. Esto, como medida previa. Pero lo fundamental es conocer de «visu» el terreno donde se

ha desarrollado la plaga. Un papal, por ejemplo, sufre la isoca, por invasión del predio vecino, porque está mal trabajada la tierra, o el estiércol no ha sido usado en condiciones de descomposición, como es lo pertinente. Es un caso de clínica que reclama la objetividad del agrónomo sobre todos los consejos.

Un campesino de Macachín nos confiesa su simpática aventura:

—¿Sabe que me he metido a ensayar los silos de alfalfa? Leí un artículo en una revista norteamericana y ¡qué diablos! para probar...

—¿Y?

—De todo. El forraje de los dos que hice fué cortado en la misma época. A ambos los acondicioné en igual forma. Uno de ellos me dió un resultado espléndido; pero el otro fué un fracaso. Fermentó en seguida y apareció el pasto todo manchado, amarilloso, fétido.

—¿Lo cubriría mal, tal vez?

—No señor. Tuve igual precaución para los dos. Y, a medida que iba insumiéndose el foso, me cuidé muy bien de ir revocando las grietaduras, cosa que no entrara el aire.

—Habrá estado la alfalfa de alguno más humedecida.

—Quizás haya sido eso...

Y a renglón seguido de este diálogo, viene la explicación oportuna, cosa de que no se malogren los silos nuevos de este valiente ensayador.

En una estación de la línea Toay-Bahía Blanca, sube a los coches agronómicos, un guarda del ferrocarril. El también tiene un rosal en su casita. Es hombre de

buen gusto y no puede ver que los pulgones le arruinen el «crédito de su jardín, que da unas rosas como si fueran de porcelana». Se le receta la acreolina al 2 % o una emulsión jabonosa, a base de kerosene. Y el hombre — ¡qué decimos! el poeta — jubiloso, como que lleva la salud a su pensil, busca con ingenuidad en su bolsillo, un peso para satisfacer la consulta...

En Macachín, una planta adventicia, simpática en apariencia, se ha metido como Juan por su casa, en los alfalfares. Cualquier ganadero pone semblante torvo ante esta intrusa que no tiene traza de pertenecer al comadraje de la vecindad, definido ya en la nomenclatura campesina. ¿Qué será? ¿Qué no será? ¿De dónde vino? ¿La comerán las vacas? ¿Será indigesta, purgativa, venenosa? En nuestra presencia, la recoge el agrónomo. El tampoco la conoce. Pero ya le dirá la clasificación científica, a qué gentuza pertenece esta cizaña que viene a romper la armonía del prado.

El aula y el museo ambulantes, en que viajan los agrónomos, constituyen foco de atracción, no sólo de colonos, sino también de estudiosos y observadores y especialmente del mundo escolar. Sentimos vivo placer en Rivera (prov. Bs. As.), en donde aguardamos el enganche en el tren que va a Catriló, presenciando la lección que un judío ruso dá a su hijo, — rapazuelo inteligente, rubio y bronceado, — en el coche museo.

—Este — le dice, enseñándole un frasco — es una mais mogocho que rguinde mucho... Aquí tienes una sgma de pagaiso en donde se ha apodegado la cochinilla (aspidiotus hederae).

Hay quinteros con veinte o treinta años en el país.

que se han encerrado en la rutina. Duro es machacar sobre estos espíritus, blindados a todo modernismo, imbuídos de buena fe en su primitividad virgiliana. ¡Y cuidado de contradecirles si han ingertado un brote diminuto sobre robusto y desproporcionado patrón o han podado románticamente un manzano lleno de fronda!

No siempre son ásperos y rudos los agricultores que nos trae la marejada inmigratoria. Cuando el agrónomo se familiariza con ellos y sabe atenderlos en sus cuitas, le toman afecto. Para los colonos, un agrónomo bueno, suele ser una figura paternal, una especie de segunda providencia. En los focos de colonización judía, sus agricultores, reacios y calculistas a menudo, suelen tener su afecto sencillo para el profesional. Los de Quehué, por ejemplo, llaman bondadosamente al agrónomo distribuidor de semilla «el gromo de nosotros»; la «gróma» a la esposa; a sus niños los «gromitos».

En lo que el agrónomo no debe descansar es en su prédica sobre la civilización y afianzamiento de los médanos, problema que tiende a desaparecer en la Pampa. A menudo hemos visto despuntar sobre los trigales florecidos la cresta pelada de un médano, en salvaje desafío, como una ampolla purulenta sobre la lozana salud de los campos.

—¡Pero amigo!... — se le dice al colono locador o propietario, con cierta irónica gravedad. — Dome ese medanito...

—Le parece... ¡Si es más bravo! Ya planté unos álamos, pero han desaparecido.

—Es claro. Si no lo repara, es tiempo perdido. Evi-

te que entren los animales a removerlo. Métale un alambrecito con un hilo de púa, nomás; y después, ponga estacas de álamo de Italia o siembre centeno. A la vuelta de dos años no hay médano...

No siempre enseñan los agrónomos. Suelen aprender en la práctica de los viajes. De continuo se encuentran con verdaderas sorpresas. Quien ha ensayado un forraje de Minesotta o Normandía; quien emplea un procedimiento especial para la desinfección de sus frutales, con resultados halagüeños; quien ha introducido una planta exótica para cerco viso, que compite con ventaja sobre las tuyas, el tamarisco, la tuna y la cinacina.

Un italiano de la vecindad de Trenque Lauquen, que corresponde geográficamente a la zona de Catriló, nos enseña su cerco de oliveto, un arbusto excepcional para reparos vivos.

—Por aquí no entran ni los pájaros — nos dice con cierta vanidad por este descubrimiento que pone su fanegada a resguardo del medanito lindero.—

—¿Conoce los sorgos de Jerusalem? — interroga al agrónomo, un agricultor ruso de Doblas. — Pues me están dando excelente resultado. Yo creo que es lo que conviene para el oeste de la Pampa.

En la chacra experimental de Guatraché, nos dan pésimos informes sobre el eucalito resinífero, como inadaptable al ambiente; sin embargo, en la estación Rivera (Bs. As.), zona análoga, hemos podido admirar florecientes ejemplares de esta especie.

Todas estas apuntaciones han venido a robustecer nuestro juicio sobre los agrónomos regionales. Mientras su acción se circunscriba a la labor oficinesca, a base de

meteorología, de notas al ministerio y correspondencia epistolar, con los pocos chacareros que consultan, lejos de la observación y el experimento, todo sacrificio del Estado para mantener este dispendioso organismo de la enseñanza agrícola será estéril. Es muy sencillo aconsejar a los labriegos de la Pampa: «siembren trigo», ya que la necesidad del duro pan ha modificado el consejo de nuestro Guido Spano, cuando desde aquel remoto empleo agrícola que le deparó el destino, decía a los chacareros: «planten rosales, señores, muchos rosales, para dulcificar la vida»...

Pero no es ésta la misión fundamental de los agrónomos. Su obra debe ser práctica, experimental, objetiva. Debe ser maestro de agricultores, junto al arado, bajo el sol, en la cosecha, en la parva, en el troje; en los árboles de la huerta y en el alfalfar; frente a la plaga rebelde y en el ensayo de la máquina; en el consejo y en el aplauso estimulador. Debe en fin, no sólo ser buen agrónomo, sino buen agricultor, cosa de borrar en el espíritu de los hombres de campo el concepto de diletantismo con que la experiencia rural estigmatiza casi siempre, y por mera retracción campesina, todo lo que es didáctico o facultativo. Debe, en una palabra, ser autoridad.

CAPITULO XLII

El progreso escolar y la evolución agrícola. — Consorcio de pueblos. — Los primeros cimientos de una raza nueva. — La escuela, exponente de uniformidad étnica. — El «far west» argentino. — Características de la colonización. — A través de las escuelas. — Niños decididos, inteligentes y cuidadosos. — Anecdotario escolar. — El sentimiento nativo, hondo y glorioso. — Una lógica de hierro. — «Yo soy pampeano, señor»... — Localistas por ambiente, por atavismo y por instrucción. — La escuela normal de Santa Rosa, sembradora de maestros. — Detalles de su organización. — Sus frutos. — El colegio nacional. — Las escuelas del territorio. — Sus contornos sobresalientes. — Escuelas modelo. — La acción educativa de los salesianos. — Pueblo que sabe organizarse sólo, sabe gobernarse sólo.

El proceso escolar que viene desenvolviéndose en la Pampa, no se puede concebir sino sobre la base de la evolución agrícola. Es un problema sociológico que sólo el tiempo podrá resolver. País de inmigración por excelencia, mientras el consorcio de los pueblos sea en su seno una amalgama y no una fusión, mientras el entrevero no haya fijado en definitiva el tipo pampeano, — que será sin duda, de tez morena y ojos claros, — mientras un régimen social no concierte los fundamentos básicos de la colectividad y se codeen a la ventura, razas, lenguas y religiones, no pasarán de ensayos precarios las tentativas de armonización, de étnica funda-

mental. Pero como quiera que es mucho pedir la sustanciación de este proceso, no abreviado en América ni con la civilización vertiginosa de los Estados Unidos, tomemos la Pampa tal como se presenta en su florescencia virginal, mientras se asientan en su seno los pueblos inmigrantes, y los factores tiempo, ambiente, convivencia y legislación, se encargan de plasmar su arquetipo.

Lo que no admite discusión es que el proceso evolutivo se ha comenzado ya, a raíz de los primeros cimientos. La generación pampeana de hoy, que recibe los beneficios de la enseñanza pública, es decir el primer germen de la vitalidad autóctona del territorio, se significa en un sello propio de inteligencia y sagacidad. La explicación de esta premisa está en el dominio de la sociología elemental. Todo pueblo migrador es inteligente. Los pueblos estacionarios, incapaces de difundirse por el orbe, son por lo común, retrógrados. Sólo el indolente o el chato, se muere de viejo en su fanegada del valle, sin alzar la cabeza por sobre la montaña para mirar el horizonte azul donde se extiende el porvenir. Un hombre pobre, ruso o español, italiano o inglés, que cruza con su familia el mar, en viaje a lo desconocido, buscando un horizonte para labrar fortuna, es una fuerza, es un carácter. Y de esta clase de hombres está poblada la Pampa, esa gran Pampa, que consagra hoy el vaticinio augural de ser «nuestro más pingüe patrimonio» (1). Y si esta es la simiente esparcida por todo el haz del territorio, ¿cuáles serán los frutos

(1) Echeverría.

que cosechará el porvenir? Ya se diseñan; ya los encontramos por los campos en las faenas rurales, en la brega ardorosa; ya los sentimos en el trajín de los negocios y en el dominio esforzado de la tierra sin mancilla; ya los vemos, — bravos mocetones, — en los predios civilizados de la colonia y en la cabaña, — técnicos y no rutinarios, agricultores y no labriegos. Pero donde el espectáculo de esta naciente uniformidad se presenta augural y tonificante por el sello inconfundible de su argentinismo promisorio, es en las aulas de la escuela nacional. Aquellos niños rubios o morenos, de ojos azules o castaños, hijos de españoles o italianos, alemanes o rusos, católicos, protestantes o judíos, pampeanos todos, se unifican al pasar por el crisol de la escuela. ¡Y qué almácigo! La semilla, fecundizada por el trabajo, eclosiona en la brava progenie en cuyas manos y en cuya inteligencia la constitución nacional confiará el porvenir de una de las primeras provincias argentinas.

La colonización de la Pampa se ha venido produciendo en forma análoga aunque superior a la de Estados Unidos. Aquí está el «Far West» argentino en vías de moldear sus improvisaciones y manifestarse en la mayoridad otorgada por las fuerzas vivas que se desenvuelven en su seno. Ha alcanzado una etapa en su desarrollo; y si hasta ayer libró sus energías a la ruda labor de la tierra, comienza hoy a sentir preocupaciones de carácter institucional y político, síntoma elocuente de que acaba de terminar el proceso vegetativo de su organización, y siente, como el árbol, la necesidad de florecer y fructificar. Su población no es ya el componente híbrido, segregado de todas las latitudes, incapaz de la conviven-

cia redentora por la acción del trabajo. El sedimento que nos trajo Europa en su marejada, a semejanza del desborde de los grandes ríos, ha dejado su barro fertilizante en las campiñas, y es azul en los linos, oro en las mieses y verdura en los alfalfares. Y ninguna población más valerosa que este pueblo colonizador que acaba de asegurar su estacionamiento definitivo en el territorio. El agricultor pampeano no tiene reatos para sus cultivos. Se entiende con energía y con abundancia, en la seguridad que ha de conseguir su independencia económica. Si persevera y salva su situación, se enriquece; si fracasa no se siente vencido ni se acobarda. El horizonte se abre como una providencia a su brazo y a su iniciativa. Y como la ayuda oficial fué siempre relativa, — precaria a veces, — hay un orgullo ingénito, propio del que no necesita de nadie. Todo se debe al trabajo personal, a la obra privada de cada colono. Y como el territorio es tan grande, tan generoso, tan pródigo en tierras de panllevar, si la suerte es avara en un sitio, se recurre a otro. Basta esta ligera semblanza para orientar el juicio sobre el temperamento de la masa escolar, retoño de buscavidas y base de una raza armoniosa, que ha de manifestarse en el porvenir con estas cualidades máximas: valor, inteligencia, sagacidad.

En nuestro viaje de estudio a través del territorio, hemos visitado numerosas escuelas, comprobando la existencia de estos elementos básicos que definen los prodromos de un pueblo homogéneo, a pesar de la diversidad de sus componentes. En todas partes hemos encontrado niños decididos, inteligentes, cuidadosos;

audaces y no gazmoños; activos y no escurredizos ni negligentes. Y este patrón del mundo infantil es universal en el territorio. Lo hemos comprobado en la observación y el ejemplo. Un distinguido hombre público que visita una escuela infantil, elije al azar, entre los educandos de una clase inferior, un niño.

—Escriba en el pizarrón esta frase, — le dice.

Y le dicta:

«La Pampa, por la bondad de su clima y la feracidad de su suelo, está llamada a ser una de las primeras provincias argentinas».

El niño, sin vacilar, escribe de corrido. Al llegar a la palabra «feracidad», se detiene. Recuerda de un tirón la frase, pero no ha colegido bien la vocalización de esta palabra. Es listo, pero teme el error, por propia emulación de sus camaradas, por orgullo instintivo. El mentor, que penetra la lucha interna del rapazuelo, se apresura a repetir la frase, puntualizando los sonidos de la palabra «feracidad», desconocida para .el alumno. Y basta el detalle para salvar el obstáculo hasta el final, sin un error.

—¿Y por qué será la Pampa una de las primeras provincias argentinas? — interroga a la clase el improvisado preceptor.

—Porque la Pampa tiene que ser provincia, — responde sin discrepancia el concurso infantil.

Entrar en detalles sería inoficioso. Saben los niños que «ser provincia» es más que «ser territorio»; y ellos, que son argentinos, como los demás hijos de la nación, no pueden admitir que aquel «gran territorio» no pueda «ser provincia». Es una lógica de hierro.

Era mentor circunstancial de esta clase tan bella, el doctor Pedro O. Luro, «leader» de la provincialización de la Pampa.

***

Ejemplos parecidos a este que dan medida del espíritu abierto de la masa infantil, hemos podido observar en toda ocasión y en todo lugar. El sentimiento nativo es grande y glorioso a la vez. Buenos Aires, que suele tener a flor de labio la expresión despectiva de «la Pampa siempre es la Pampa», — por desconocimiento craso de este territorio y de la levadura que se amasa en su seno, — debía sentir la arrogante respuesta franca y honda, de sus niños, cuando se les interroga sobre el lugar de su nacimiento: «soy pampeano, señor!» — con todo el orgullo de un hijo de la república de los Gracos: «ciudadano de Roma»...

Y nada de extraño tiene esta característica, que semblantea las aristas firmes de este pueblo. Los niños de la Pampa no sólo son localistas por atavismo, por ambiente y hasta por necesidad, si se quiere, sino también por instrucción. La escuela normal de Santa Rosa que constituye el organismo educacional más completo del territorio, da su cosecha anual de maestros, pampeanos todos, y que se diseminan por la Pampa a cumplir su apostolado. Nada más lógico que este granero magisterial, lleve su amorosa semilla a todos los ámbitos del terruño e inicia a sus niños en el afecto nativo, capaz de ser más grande cuanto más alejado se ve al te-

rritorio del concierto fraternal dentro de los destinos de la nación.

La escuela normal se fundó en 1909, el 28 de junio, con carácter de escuela rural, con dos cursos. En 1914, bajo la administración del consejo nacional, se completó con cuatro cursos. Este establecimiento ha dado maestros rurales en 1910, 11, 12 y 13. El año 914, que correspondió a la reforma, no diplomó. En 19 5 y 1916 dió los primeros maestros normales. De entonces a la fecha, han egresado numerosos maestros. El primer grupo fué de 5; el segundo de 10. El año anterior, — 1917, — se han recibido 18. A estos resultados hay que agregar los maestros rurales del comienzo. El personal docente fundador de esta escuela, estuvo constituído por profesores normales para los cursos superiores y maestros para los grados de aplicación. Actualmente, en el personal hay dos médicos, dos abogados, un doctor en filosofía y letras, profesores normales, profesores de enseñanza secundaria y algunos maestros normales. Del sexo de los maestros normales que se forman en esta escuela, un 90 por ciento corresponde al femenino. En los cursos de aplicación están equilibrados. Dirige este establecimiento, con beneplácito general, el señor Andrada, doctor en filosofía y letras y profesor egresado de la famosa escuela normal de Paraná. El doctor Andrada que es un pedagogo de vasta ilustración, formó parte, en 1914, de la comisión de reformas del plan de estudios de las escuelas normales.

El colegio nacional, que está llamado a desempeñar un papel importantísimo en el territorio, como base de cultura profesional, ha comenzado recién su primer

curso bajo los mejores auspicios y la acertada rectoría del profesor señor Dávila. Su primer aula se ha llenado de educandos. Este año se tonificará con nuevos elementos que han salvado su instrucción preliminar. Debemos hacer notar que había un poco de pesimismo a raíz de la fundación de este establecimiento. Este ambiente de retiscencia, se afirmaba en el precedente de otras localidades. En la mayor parte de las capitales de provincia, al inaugurarse sus colegios nacionales, rara vez se pudo ordenar de inmediato el funcionamiento de su primer curso, dado la escasez de aducandos. El colegio nacional de Santa Rosa resultó una revelación en tal sentido, pues su registro de matrículas cubrió con creces el número requerido para comenzar las clases con regularidad.

En el territorio de la Pampa hay más de 100 escuelas de carácter y dependencia nacional. El personal de todas, sin excepción, es diplomado. Los maestros están equiparados a los de la capital federal, con sueldos correspondientes a las categorías 1ª, 2ª y 3ª: 240, 216 y 190 pesos, respectivamente. Es decir que tienen haberes más remunerativos que los de las escuelas Láinez. Una característica que hemos podido comprobar, es que el personal docente de las escuelas es homogéneo. Hasta el seno de la escuela no ha llegado aún la influencia política, lo que no puede decirse de la mayor parte de las provincias. Los establecimientos de educación tienen carácter idéntico a los de la provincia de Buenos Aires, y es común encontrar escuelas con personal preparadísimo y en donde la enseñanza sigue el camino progresivo de las mejores iniciativas. No faltan los edi-

ficios de primer orden como el de la escuela elemental de Santa Rosa, donde se han llenado cumplidamente las necesidades de la pedagogía moderna; ni edificios primorosos como la escuelita de Santa Aurelia, en Pico; ni establecimientos donde al buen local y mejor enseñanza, se une una otra segunda escuela de la palabra escrita, — el periódico infantil, — como ocurre en la urbana de Jacinto Arauz.

La acción privada, contribuye, por otra parte, muy eficazmente a la cultura del mundo infantil. Son numerosos los establecimientos particulares distribuídos en los principales núcleos de población. Pero como tipo-modelos, ahí están las escuelas salesianas con asiento en diversas poblaciones y en donde una numerosa masa escolar recibe instrucción sana y fecunda. La escuela salesiana de General Acha, que hemos tenido oportunidad de visitar, es un establecimiento de primer orden y nos hacemos un deber en aseverarlo, desposeídos de todo prejuicio.

No hemos de entrar en mayores detalles sobre la instrucción pública en el territorio. La organización completa del organismo escolar llenará los claros paulatinamente. Lo importante, lo inmediato y que corresponde al campo de la sociología, es saber que en la entraña de este gran territorio, se está fundiendo una raza nueva que será, tal vez, la más definida de todas nuestras provincias. Y si por sus contornos generales encontramos que el entrevero moldea y uniforma su étnica especial, no hay razón para pensar que el pueblo que sabe organizarse por sí mismo no esté capacitado para gobernarse por sí mismo dentro de las mayores franquicias de la constitución.

CAPITULO XLIII

La Pampa moderna. — La tradición y la realidad. — Errores de buena fe y oposicionismo calculado. — El proceso evolutivo del territorio. — Un parangón con los Estados Unionistas del oeste. — La Pampa, Estado nuevo, sin precedente en las naciones del orbe. — Las revelaciones de la estadística. — 108.000 habitantes de población. — Superficie general, área cultivada, rentas, ferrocarriles y núcleos de población. — Antecedentes estadoales de los Estados Unidos. — La ley de territorios y la nueva provincia de La Pampa. — Un artículo terminante. — El problema de la provincialización y sus impugnaciones. — Los grandes tenedores de tierra y los propietarios pampeanos. — El impuesto territorial, base de oposición provincialista. — Los latifundios de la Pampa. — El presupuesto de gastos de la Pampa y su contribución al erario nacional. — ¿Carencia de hombres ilustrados? — Alcemos la vista al norte... — Cómo se inició el movimiento provincialista. — Sus gestores. — El comité territorial pro-provincialización. — Las dos tendencias. — En marcha. — El proyecto Escobar-Rodríguez Jurado. — La acción del doctor Pedro O. Luro. — Intensificación de la campaña provincialista. — Consideraciones generales. — La Provincia-modelo.

Tal es la Pampa de hoy, bajo las diversas aristas de su fisonomía, como la concibe nuestra semblanza honesta y augural. Y seamos francos: ¿la sabía de tal magnitud el país? Es posible que no. Impregnados estamos del prejuicio porteño sobre esta «factoría» terri-

torial, par que caigamos en la ingenuidad de creer que no tiene mucho de paradojal ese conocimiento de la Pampa. En las deficiencias de la enseñanza está, sin duda, el fundamento de este pecado original. Ningún educando concibe el territorio pampeano, — para su clase de composición, — si no como «esa llanura extendida, inmenso piélago verde», con el gaucho legendario y el ombú. Son los errores del romance vulgarizados en la escuela por el criollismo invertebrado que se revuelca todavía entre las cenizas del fogón. Son resabios de maestros indolentes pegados al fabulario de los payadores, más que al proceso de la geografía política del país. ¡Ni la eterna llanura, ni gauchos, ni ombúes! Entre los campos ondulados, grávidos de cereales y teñidos en verde de alfalfar, zigzaguean los caminos dóciles y decisivos. Ya el coturno de la bota de potro se borró entre las arenas frágiles del médano, al paso del ramplón tachuelado del gringo. Hasta allí no alcanzó la sombra bienhechora y egoísta del ombú «sin dar al rancho madera, ni al fuego una astilla dar» (1). Son caldenes los soberanos de la selva pampeana, contra cuyos troncos seculares se afila la herramienta talar, abriendo predios vírgenes a Céres y la pradería artificial.

Sobre la base de estos errores que competen a la geo-

---

(1) A título de información podemos asegurar que no hemos encontrado un solo ombú, originario, en la Pampa. Nos refieren que existe uno de escasas dimensiones, en la proximidad de Quemú-Quemú, lindando con el Meridiano V.

Los únicos ejemplares que hemos visto, están en la estancia Santa Catalina de Engelbert Hardt y Cía., arbustos incipientes, que se desarrollan con mucha lentitud, al amparo de barricas de duela. Estos arbustos son trasplantados.

grafía elemental y que, — pese al optimismo declamatorio, — siguen difundiéndose en los establecimientos de enseñanza, gravita el desorientado preconcepto que se tiene del territorio. Pero no es solo el error de «bona fide» el que ha dado cauce al juicio irrazonado sobre las características generales de la Pampa y su grandioso porvenir. Hay otros factores especiosos que tientan con malicia mantener el concepto insustancial que se tiene formado de la Pampa, de manera de no descorrer el velo de esta recóndita virginidad, fuente poderosa de riqueza y de vigor.

Contiene este libro el aporte veraz y desapasionado que necesita el país para orientar su juicio sobre la Pampa. Pero si la objetividad con que han sido recogidas estas informaciones y la honradez periodística que prestigia sus capítulos, no tradujeran con suficiente elocuencia el grado de progreso alcanzado por este gran territorio, completamentaríamos la nota personal con las revelaciones de la estadística. Así, en guarismos globales, diríamos al país que la Pampa según la información del censo de 1912 excede en población, de 108.000 habitantes, sobre una extensión de 14.000.000 de hectáreas de tierras aptas para toda clase de cultivos y explotaciones ganaderas; que la agricultura ha extendido sus sementeras en una superficie no menor de 2.000.000 de hectáreas, mientras la industria pecuaria, con el prestigio de la tecnificación reclamada por la ciencia moderna, abarca todo el resto del territorio, desde las notables invernadas de Pico hasta las márgenes del Colorado y los campos ovejeros de la Copelina; que los ferrocarriles han irradiado su sistema colonizador en

líneas y ramales cuya longitud marca una extensión superior a 1.700 kilómetros, lo que excede en mucho a la mayor parte de las provincias argentinas, salvo Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe; que posee más de cien escuelas nacionales, colegio nacional y escuela normal y veinte y cinco publicaciones periódicas entre diarios, hebdomadarios y revistas, que alienta la vida institucional de veinte comunas constituídas y otro número igual de pueblos que aguardan las revelaciones del censo para incorporarse al organismo municipal (1). Y a esta demostración de potencialidad, material y moral, que informa de un organismo poderoso vitalizado por las grandes industrias, hay que agregar la fuerza económica del acervo privado que excede de los 300 millones y su contribución impositiva al fisco nacional muy vecina a los 5 millones de pesos.

Corto se ha quedado el panegírico de los pampeanistas al buscar, para el proceso evolutivo, de este territorio el simil de las tierras estadounenses que complementaron y aureolaron con su incorporación a los trece estados fundadores, la bandera constelada del Norte. Reclamamos para la Pampa la originalidad de un Estado absolutamente nuevo y sin precedente en las demás naciones del orbe. Ya lo hemos dicho al comien-

(1) El 31 de mayo de 1912, las cifras parciales recogidas por la gobernación daban el siguiente resultado: Capital, 9.400 habitantes; Realicó, 8.000; Intendente Alvear, 7.400; Trenel, 2.100; Pico, 11.000; Castex, 600; Quemú-Quemú, 7.500; Uriburu, 600; Macachín, 5.500; Guatraché, 4.600; Bernasconi, 8.600; Río Colorado, 500; Parera, 7.200; Victorica, 6 600; Toay, 3.000; General Acha, 7.000; Cuchilli-có, 800; Curacó, 1.000; Limay Mahuida, 1.900; Santa Isabel, 1.800; El Aguila, 700; La Copelina, 1.400.

zo de este libro: la Pampa no ha tenido adolecencia. Después de la desposeción al aborigen, — ayer nomás, — ha quedado incorporada de hecho a la cultura nacional, sin ese interregno semi-bárbaro que caracterizó las tierras nuevas de los Estados Unidos. El problema del indio cayó en liquidación con la campaña al desierto que constituye el episodio interno más notable en la vida militar del país. Y si aún se sostiene la fantasía selvática del Chaco, nada de extraño sería, que poniendo en evidencia las razones de este pseudo-problema, se encontrara en nuestro norte lejano el pretexto de una gimnasia militar para computar servicios y ganar presillas, a título de movilizar la institución armada de suyo burocrática en nuestro país, para tranquilidad y grandeza de la República...

Nosotros no tenemos ni el problema del indio, ni menos «the black problem» que es una pesadilla para los Estados Unidos.

Ningún territorio de la Unión, al incorporarse como Estado autónomo alcanzaba a la densidad demográfica de nuestra Pampa. Ni Ohio, ni Mississipí, ni Illinois, ni Missouri, ni Michigan, ni Florida, ni Iowa, ni Oregón, pudieron alcanzar esta cifra elocuente de 108.000 habitantes con que podemos presentar a la Pampa en su justo anhelo de provincialización. Todos aquellos Estados, con extensiones territoriales iguales o mayores que la Pampa, oscilaban parcialmente, en población de 45 a 80.000 habitantes. Solo Kansas, al operarse su transición política de territorio a Estado, tenía una población igual que la Pampa. Y Montana, que ocupa su sitio en el concierto federal en 1889, arroja una po-

blación de 130.000 habitantes pero sobre un territorio tres veces superior que la Pampa.

No puede haber parangón posible entre el caso argentino y en norteamericano. Aquellos Estados se incorporan a la constelación por una apremiosa necesidad política, frente al problema separatista que era fundamental. Nuestra Pampa debe incorporarse espontáneamente por obra y gracia de la civilización. Su sistema cultural ha sido más completo que el de los territorios unionistas del oeste. Aquí, operada la conquista indiana, el progreso orgánico abrió con su cultura, el ciclo franco de la colonización, sin las escenas de aquella California desalmada de los buscadores, ni la justicia típica del «far west» con el código de Lynch y los desbordes de la chusma incivil.

Balanceadas en el transcurso de este libro las fuerzas vivas del territorio, fluye de una manera evidente la necesidad de elevar la categoría institucional de la Pampa, bajo el concepto federativo de nuestra carta fundamental y de acuerdo con el desarrollo de sus fuerzas productivas, su vitalidad económica y su densidad de población. Sobre la base de la constitución, la ley territorial número 1532, en su artículo 4º, estatuye en forma clara y terminante que «cuando la población de una gobernación alcance a sesenta mil habitantes, constatados por el censo general y los censos suplementarios sucesivos, tendrá derecho para ser declarada provincia argentina». Tal es la situación de la Pampa. Todo esfuerzo para violentar ese derecho legítimamente conquistado, sería atentatorio para la civilización y regresivo para la ley.

Planteado el problema de la provincialización pampeana, nada de extraño fué que el retardatarismo sacudiera su molicie para contrarrestar el avance de la idea nueva. Para la vieja feudalidad, esta autonomía gubernaticia significaba una revisación de valores materiales que pondría en evidencia el máximo de las ganancias sobre la base del mínimo de las contribuciones fiscales. De ahí que el latifundista indolente, que vive del terrazgo, sobre cánon no siempre libérrimo, goza de la vida muelle de la metrópoli y conoce la Pampa por las tranqueras de su heredad, buscara en la operación «outrance», recursos ni muy expeditivos, ni muy convincentes para constreñir y desviar la opinión del país. Pero no se necesita mucho esfuerzo para especificar la estratagema. Los campos de la Pampa, cuya valuación territorial, no ha sufrido aparentemente modificaciones fundamentales desde muchos años hasta hoy, gravarían, por cierto, su contribución de acuerdo con su valorización. Y esto es, en suma, lo que no desean los terratenientes, para quienes el usufructo del predio está en la locación parcelaria, fuente cómoda de sus más seguros ingresos. Es sospechosa, a fe, la discrepancia de opiniones entre el potentado tenedor porteño y el propietario pampeano, laborador sobre el surco o el gramillal, de sus dos, tres o cinco mil hectáreas, en defensa cada cual del interés privado. El terrateniente, que tiene una tasación oficial sobre su fundo de 20 pesos por hectárea, sabe que su precio positivo es de 200 y aboga porque la remoción institucional a que está avocada la Pampa, en su anhelo provincialista, no venga a nivelar el valor ficticio de

la tierra que constituye la riqueza más firme y cuantitativa de la nación. Es, por lo común, un caso de cerrada sordidez, sin la más remota idea de la evolución progresiva que se opera en el país. Pero a fuerza de estirar el concepto se va a repetir la fábula de la gallina de los huevos de oro. El impuesto territorial, burlando el sistema de los terratenientes, va nivelando paulatinamente el tributo impositivo de la propiedad raíz. De ahí que la contribución territorial de la Pampa se haya acrecentado en más de un millón y medio de pesos en lo que va corrido de los dos últimos años. ¿A qué, pues, tanta oposición a la autonomía pampeana, sobre la premisa del impuesto territorial, cuando el impuesto territorial se ha de gravar lo mismo por la propia e inevitable valorización de la tierra? El propietario rústico, por el contrario: nervio y motor de su predio, colono o criador, siente la necesidad de que la opinión oficial venga a consagrar el verdadero valor de su tierra. En consecuencia es un partidario ferviente de lo provincialización pampeana. Con toda la honradez que caracteriza nuestra labor, debemos consignar que en numerosas ocasiones hemos comprobado este contraste significativo; y más de una vez algún vasco analfabeto del oeste o algún italiano progresista del sur — a veces un criollo — ha exaltado nuestro entusiasmo, al enaltecer, con argumentos verdaderamente eficaces, la necesidad de coronar el esfuerzo de los laboradores pampeanos con la autonomía del territorio, como el medio legítimo de orientar sus destinos, disponer de sus rentas, y alcanzar el desiderátum de los deberes y derechos que acuerdan el trabajo, la civilización y la ley.

Contra esta amplia doctrina que emana del capital y del trabajo a la vez, no vemos el argumento fundamental que puedan oponer los grandes tenedores de tierra.

Los lectores que hayan seguido la capitulación de este libro, echarán de ver que no nos dejamos arrastrar por pasiones estrechas al exteriorizar nuestro juicio sincero sobre el latifundio. No hay prevención mezquina en este caso. Sabemos que el latifundio es un resultado de la despoblación. Por las proximidades de los grandes centros se va conjurando poco a poco con la subdivisión testamentaria, el ferrocarril y la colonia. No ocurre lo propio todavía — y por desgracia — ni en los campos cordilleranos, ni en algunas provincias del norte donde, como en Jujuy, existen feudos como el de Yavi que no es otra cosa que el marquesado de Campero de hace doscientos años, indiviso aún y con todos los derechos feudales sobre el autóctono, manumitido pero servil. En momentos de escribir este capítulo, el director general de Economía Rural y Estadística, Dr. Emilio Lahitte, cerebro potente y gran argentino, pone en nuestras manos su atlas sobre el proceso del latifundio en el país. Más que todo lo que dicen los economistas sobre la evolución de la tierra argentina, nos han enseñado estos gráficos que siguen el curso de la subdivisión territorial iniciada, sin duda, con los ferrocarriles. Por los mapas del Dr. Lahitte nos hemos compenetrado del proceso pampeano y podemos asegurar que es tan fundamental la evolución, que la Pampa feudataria, se redimirá en muy corto plazo con el aumento vegetativo de su población y el expandimiento de sus ferrocarriles.

Nuestras objeciones sobre el fundo tienen su especi-

ficación capitalísima para aquellas heredades que, enclavadas al margen de los pueblos, desconciertan y trastornan la evolución progresiva de los núcleos de colonización, cierran los caminos, y circunscriben su labor a la crianza cerrada o a la monocultura, ajenos a toda orientación reformista, a todo expandimiento civilizador. Cabañas como las del norte donde las industrias rurales se combinan con espíritu franco, donde se busca en la tecnificación el triunfo de la ganadería nacional; colonización como la de Trenel, donde se ha llegado al cooperativismo por propia iniciativa del capital en íntimo consorcio con el trabajo, no pueden despertar otro sentimiento que de simpatía ni otra palabra que el aplauso estimulador.

Sostienen los impugnadores de la Pampa provincia, que la creación de un organismo autónomo irrogaría ingentes egresos al nuevo Estado. Para el metropolitanismo acaparador es más cómodo y productivo centralizar las rentas de la Pampa antes que entregarlas a su arbitrio y distribución. No basta el procedimiento inconstitucional y absorcivo de los impuestos internos que restan a las provincias sus recursos legales; es necesario amamantar la burocracia con el tributo colonial de la Pampa, indianizando, a la antigua usanza, un territorio que vale, en peso específico y por sí más que algún trío de provincias, tan precarias que aguardan periódicamente el giro federal para cubrir sus descalabros financieros. ¿Cómo se significa la Pampa en el presupuesto de gastos de la Nación? Es probable que su sostenimiento administrativo no origine una cantidad mayor de 800.000 pesos, englobando a la suma el margen

de los imprevistos federales que tengan atingencia con el territorio. En cambio, su contribución al erario bien puede calcularse alrededor de 5.000.000 de pesos por concepto de contribución directa, patentes, papel sellado, derechos sucesorios, etc. La elocuencia de estos guarismos ha de poner en claro el juicio «a priori» o calculado de los que pretenden sostener este factoraje. Y no sería extraño que la influencia política de las «provincias pobres» tuviera su participación en este estancamiento provincialista de la Pampa, por temor a las comparaciones y por propio instinto de conservación...

Otra de las objeciones — la más inocente, quizá, — del oposicionismo a todo trapo, se relaciona con la supuesta carencia de hombres de talento cultivado, en el territorio. Es pueril la premisa. El centralismo federal jamás puso medida para liquidar los pleitos del interior e imponer a las provincias sus hombres dirigentes. Es vieja práctica, en nuestras artes de gobierno, malgrado nuestra plataforma federativa, el sistema de someter al cerebro de la capital lo que siente el corazón del país. Fué común desde antaño, ungir gobernadores desde los estrados de la casa rosada, salvo en los nobles tiempos del patriciado. ¡Y ahora ponemos el grito en el cielo porque el futuro estado de la Pampa, — provincia de experimentación democrática, — pudiera iniciar su proceso autonomista bajo la dirección administradora de los hombres de Buenos Aires!

Empero no ha ocurrido tal cosa. Un territorio de labor como la Pampa, no ha de necesitar de elementos extraños para el gobierno propio. Las delegaciones que acudieron al certamen agrícola de Santa Rosa en el mes

de diciembre, — algunas espectables, como la que representaba al ministerio de agricultura, — pudieron darse cuenta exacta de la entidad representativa del territorio en lo que concierne a sus fuerzas productoras, base fundamental para el prestigio y la estabilidad de su gobierno. Es hipotético, egoísta y propio del desconocimiento que se tiene del país, pensar que no hay hombres en la Pampa, capaces de encarrilar sus destinos en la senda de su política institucional. Tal, la estratagema partidista imputaba incapacidad administradora, a los territorios de la Unión en vísperas de abrogarse facultades estadoales para gloria y concierto de los Estados del Norte. Y sépase bien, que de aquellos territorios noveles y semibárbaros del oeste salieron estadistas y presidentes y ministros, y fué el voto de uno de sus ciudadanos el que dirimió en el Capitolio la abolición de la esclavitud, el sillar más firme sobre el cual la gran república del Norte aseguró su porvenir.

Seamos justos; seamos grandes; seamos, en fin, argentinos.



¿Cuál es la génesis del movimiento provincialista en el territorio? ¿Cuándo se inicia? ¿Quiénes son sus precursores?

Recojamos para la historia de la Pampa, los rasgos más sobresalientes de este simpático proceso.

La autonomía pampeana alborea a fines del año 1907. Anteriormente a esta fecha, es probable que el

pensamiento aislado haya tenido algunos precursores, augurales pero indecisos. En 1907, un núcleo de personas independientes, radicadas en Santa Rosa, insinúa al juez letrado del territorio, Dr. Miguel R. Duarte, la posibilidad de elevar el rango territorial de la Pampa buscando la provincialización garantizada por la ley de territorios. El Dr. Duarte, compenetrado de la justicia de esta compañía, al propio tiempo que lleva el alegato al presidente de la República y a su ministro del interior, Dr. Marco Avellaneda, quienes acogen con simpatía el propósito, consulta al presidente de la suprema corte de justicia, si dado su carácter de magistrado puede propiciar abiertamente el movimiento iniciado. El alto tribunal le significa que no hay incompatibilidad entre sus funciones y la doctrina de provincialización territorial sustentada por la ley.

Esta primer gestión que ponía en evidencia el sentimiento pampeano, sirve al gobierno central, a manera de comprobación, para tirar sus líneas. El gobernador de la Pampa, Dr. Diego González, que recibe instrucciones del ministro político de iniciar los trabajos preparatorios en favor de la provincialización, convoca a su despacho a un grupo de vecinos de espectabilidad. De este reducido concilio surge el proyecto de una convención en Santa Rosa. Y como el propósito era ganar tiempo y posiblemente cumplir insrucciones emanadas de la superioridad, el gobernador cree oportuno anticipar orientaciones a la convención y define el propósito: «designar una comisión de personas residentes en Buenos Aires y que, vinculadas a la Pampa, pudieran propender al progreso

del territorio». Uno de los asistentes a esta reunión, — el Dr. Marcos Molas, — hace presente que la convención era, sin duda, la forma recomendable para iniciar los trabajos autonomistas; pero una convención soberana, que plantearía y definiría — con el concenso de todo el territorio, — las bases a cumplir. Esta forma decisiva y abierta de plantear el programa, provocó disparidad de opiniones. De esta cita preparatoria, nace una comisión encuadrada en la tesis del Dr. Molas, compuesta por los señores Santiago Ortiz y Juan Forns y Artigas, comisión que se encargaría de invitar a los pueblos del territorio para designar sus delegados. Quedaba con esta actitud planteada una divergencia fundamental dentro del mismo propósito: la tendencia metropolitana, expuesta por el gobernador y la tendencia autónoma sostenida por Molas. Gana terreno esta última. De ahí surge el primer comité pro provincialización de la Pampa. Recordemos los nombres de sus miembros: Presidente: Dr. Miguel R. Duarte; vice primero: D. Santiago Ortiz; vice segundo: D. Tomás Masson; tesorero: Dr. Marcos Molas; pro íd.: D. Salvador Pérez; secretario general: D. Luis M. Camussi; secretarios: D. Eudoro R. Turdera y D. Crispiniano Fernández (h.); vocales: Dr. José R. Oliver, Cristóbal J. Rollino, Arturo Castro, Juan R. Lorruso, Onofre Rey, Alfredo Forchieri, Arturo F. Guevara, Antonio Gallino, Luis Rogers V., Raimundo Burgos y Simón Galiano.

Tiene lugar la convención el 24 de noviembre de 1907. Preside provisionalmente el Dr. Molas, quien explica el objeto de la asamblea y pone en evidencia las dos orientaciones puestas en juego. Se rechaza el

propósito de designar el protectorado de Buenos Aires y queda constituído con sanción pampeana, el Comité Territorial pro Autonomía de la Pampa, bajo la presidencia del Dr. Duarte, como vice presidente, el Dr. Lucio Molas y como secretarios los señores Máximo Viniegra y Arturo Castro.

A pesar de la tesis sustentada de circunscribir la empresa autonomista a la acción territorial, se busca el concurso virtual de los hombres de Buenos Aires.

En diciembre de 1908, los diputados nacionales Adrián Escobar y Rodríguez Jurado, requeridos por el comité, presentan un proyecto de ley para que la Pampa sea declarada provincia el 25 de mayo de 1910, para lo cual se ordena levantar un censo que comprobaría la existencia de los 60.000 habitantes reclamados por la ley.

Sin duda alguna, estos preliminares en favor de la provincialización del territorio, constituyeron una tonificante gimnasia. Pero, justo es confesarlo, traían un pecado de origen. Eran prematuros, a pesor del optimismo de sus gestores. La Pampa de diez años atrás, no poseía los prestigios sólidos de hoy para tentar su amplia autonomía. La razón provincialista, indubitable y afianzada en fundamentos de peso, surge después, con la incorporación de nuevos pueblos y colonias, con el expandimiento de las industrias agropecuarias y la revelación censal.

Comienza por entonces a sonar en el seno de la comisión provincialista el nombre del Dr. Pedro O. Luro, diputado nacional a la sazón. El Dr. Luro, ligado a la Pampa por intereses valiosos, hombre de una vasta cultura y entusiasta propagador del progreso argentino,

podía prestar un aporte de significación a la causa provincialista. El 10 de noviembre de 1908, el comité provincialista se pone al habla con el legislador. El 22 de diciembre se sirve en Santa Rosa y en honor del nuevo paladín de la Pampa, un banquete de trascendencia y en el cual se cambian discursos augurales. Todos los pueblos del territorio, se dieron cita por medio de sus representantes, en esta significativa demostración. A partir de esta fecha, el Dr. Luro inicia en la Cámara una brillante campaña en favor de la provincialización. Tiempo después prodúcese su famosa carta abierta al vice presidente en ejercicio, Dr. Victorino de la Plaza, documentos lleno de sana doctrina y que constituye, sin duda, la piedra angular de la campaña provincialista. A raíz de esta acción sin desmayos, sin defecciones, ejercida durante una década, se robustece en el territorio el sentimiento autonomista, se organizan conferencias vecinales, delegaciones al gobierno central, se tonifica el entusiasmo público, surgen periódicos valientes que afrontan con decisión el problema. Tal es, en síntesis, el proceso de esta pujante empresa, que trae como toda renovación un hálito nuevo, oxigenante y vitalizador.

***

La Pampa debe ser incorporada al concierto provincial de la República. Lo sanciona la ley, lo reclama su progreso, lo impone la civilización. ¿Que marginará nuevos problemas de política interna? Para eso hemos

cimentado nuestro sistema federativo. ¿Que creará un presupuesto dispendioso? Es el destino más legítimo que puede dar a sus rentas,antes de entregarlas al tesoro nacional para sostener con ellas el orfelinato de las provincias pobres. ¿Que concentrará el éxodo en menoscabo del país? Ojalá pudiera hacerse sentir en bien de la descongestión de Buenos Aires, hipertrofiado de miseria, arastrando hacia sus campiñas promisorias, la juventud inactiva y el proletariado sin hogar! Hasta por nuestro propio buen nombre en el exterior, debemos crear esta provincia. La Pampa argentina es universal, pero bajo la envoltura del prejuicio, como la llanura incivil materializada por el geógrafo francés impresionado en la semblanza de «La Cautiva». Es una vergüenza que sobre el meridiano de la primer provincia argentina, se extienda todavía la colonia, secularizando el concepto del desierto cerril de hace cuarenta años. Y, tenedlo seguro, que para el extranjero ilustrado que nos visite, esta dilación en dar a la Pampa sus derechos autónomos no será otra cosa que un expediente de política criolla. Y pensará, es posible, y en menoscabo de nuestros hombres de gobierno, sobre la «necesidad política» de mantener un territorio de asilo, válvula de expansión para el compadrazgo político y la frondosidad del presupuesto nacional; y hasta podría sospechar — ¡tan mal nos conocen! — que el territorio pampeano es un desahogo de la provincia de Buenos Aires, reclamado por épocas regresivas, para zafar las jurisdicciones de la ley....

De la Pampa autónoma, grande y floreciente como es, se podría organizar la provincia de experimentación,

el Estado-modelo, asegurando para su constitución las más bellas prácticas de la democracia, y para su legislación general, las más nobles conquistas del trabajo. Ojalá los materiales de este libro puedan ilustrar el criterio del país, proporcionando a nuestros hombres de gobierno el aporte necesario para afrontar en definitiva el problema de la provincialización.

INDICE

CAPITULO V

CAPITULO VI

CAPITULO VII

CAPITULO VIII

CAPITULO IX

CAPITULO X

CAPITULO XI

CAPITULO XII

CAPITULO XIII

CAPITULO XIV

CAPITULO XX

CAPITULO XXI

CAPITULO XXII

CAPITULO XXIII

CAPITULO XXIV

CAPITULO XXV

CAPITULO XXVI

CAPITULO XXVII


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 13 28 11 07 001 6